Michael Bentine

EL TEMPLARIO



En el año 1180, la llegada de un templario herido hace que Simon de Creçy un joven feudal normando educado por su tío, se enfrente a la verdad que rodea el misterio de su nacimiento y su futuro, «arrojado al crisol del destino». Cumpliendo los deseos de su padre, ingresará en la Orden del temple, aprenderá el arte de la guerra y de la paz y las responsabilidades de un caballero, así como los secretos de la construcción de la gran catedral gótica de Chartres. Una vez preparado para el combate, partirá hacia Tierra Santa durante la Tercera Cruzada.

Michael Bentine, famoso por ser un prestigioso profesional de la radio y la televisión, ha dedicado recientemente sus energías a la escritura. Fruto anterior a *El templario* es la novela *The Condor and the Cross*, en la que recreaba el mundo del conquistador Francisco Pizarro.

OceanofPDF.com



eBooks con estilo

Michael Bentine

El templario

ePUB v1.0
RufusFire 03.09.12

más libros en epubgratis.me

OceanofPDF.com

Título original: *Templar*
Michael Bentine, 1988
Traducción: Jordi Arbonés, 1994
Ilustración de portada: Ferran Cartes/Montse Plass

Editor original: RufusFire (v1.0)
Corrección de erratas: arant
ePub base v2.0

OceanofPDF.com

Para mi lady Clementine con amor

OceanofPDF.com

PRÓLOGO

El otoño se insinuaba serenamente sobre Normandía en el año del Señor de 1180. La foresta del norte de Francia se despojaba perezosamente de sus hojas crujientes, antes que los vientos del mes de noviembre dejaran sus ramas desnudas. Los bosques se encontraban convertidos en una maraña de arbustos secos; el suelo, abrigado por una cubierta de marga. El humo de las carboneras planeaba inmóvil a la altura de un hombre, aportando a la escena una especie de magia así como una protección para los venados.

A lo lejos sonó un cuerno de caza. El repicar de cascos, el crujir de ramas y de matas aplastadas, anunciaba la llegada de una partida de caza. A la cabeza del grupo, cabalgaba a una milla de distancia un ansioso doncel, montado en un caballo de guerra castaño. La flamante cazadora de ante que lucía y las magníficas botas de montar lo señalaban como miembro de una familia feudal; así lo confirmaba también el espléndido caballo.

La emoción animaba su bello rostro; sus muslos enfundados en cuero oprimían el cuerpo de la cabalgadura como si estuviese soldado a la silla de alto pomo. El castaño cabello rizado del joven normando era exactamente del mismo tono que el pelaje de su montura y sus ojos de color verde azulado estaban encendidos por el ardor de la cacería. Hubiera sido difícil de adivinar cuál de aquellos dos magníficos animales disfrutaba más de la cacería. Ambos se encontraban inmersos en el éxtasis del esfuerzo.

Simon de Creçy tenía exactamente diecisiete años en aquella fresca mañana de octubre. El atuendo de piel de ante era un presente de cumpleaños de su tío, sir Raoul de Creçy. El corcel, Pegaso, había sido el

regalo de su tío del año anterior. Jinete y montura constituían un equipo inseparable, potencialmente un arma mortal en las guerras medievales, donde los jinetes vestidos con armadura eran la punta de lanza en el ataque.

Al salir al claro, Simon tiró de la rienda de Pegaso. En aquel momento un viejo ciervo real con la cornamenta dañada salió de su escondite en el extremo opuesto del raso. Silenciosamente, Simon descolgó de su hombro el arco galés, un arma poco usual para ser usada por un caballero normando. Apoyo el cabo de una flecha de una yarda a la cuerda del arco. El enorme animal se detuvo, husmeando el aire saturado por el humo. La vacilación de aquella criatura fue su error definitivo. Los oídos del venado captaron el zumbido de la cuerda del arco al tiempo que la pesada flecha cruzaba velozmente el claro. Llegó al blanco con un golpe seco, al clavarse en el corazón del animal hasta el nacimiento de las plumas de ganso.

Durante un instante de agonía, el viejo venado retrocedió, a la vez que se daba vuelta para huir; pero el peso de la rota cornamenta le hizo desplomarse sobre el suelo, con los ojos castaños velados ya por la muerte. Simon de Creçy cruzó a su vez el claro al trote, con el cuchillo de caza listo para el golpe de gracia. No fue necesario. El ciervo real estaba muerto. El joven desmontó y cayó de rodillas junto a su presa, al tiempo que, sorpresivamente, elevaba una plegaria por el espíritu que había abandonado el cuerpo del animal. Lo había ultimado porque sabía que un destino más cruel esperaba al viejo ciervo, ahora que su larga vida había vuelto más lentas sus reacciones.

—Mejor una rápida muerte mediante una flecha de punta ancha, que un fin penoso entre las fauces de los podencos del tío Raoul murmuró.

Simon alzó el cuerno de caza para lanzar una llamada que convocara al resto de la partida, cuando otro sonido llegó a sus oídos.

El doncel en seguida lo reconoció como el choque de armas, confirmado por el débil grito de:

—¡A moi! ¡A moi!

El lejano grito provenía de una cañada en el límite del bosque. Simon subió de un salto a la silla, espoleando a su corcel hasta que se puso al galope para llevarlo entre los arbustos con la velocidad de un bote a través

de la rompiente. Al mismo tiempo, lanzó una llamada apremiante dirigida a los cazadores que le seguían.

Simon salió del sotobosque y se encontró ante una dramática escena. Un jinete alto, corpulento, embozado en una capa con capucha de peregrino, se debatía con un grupo de ladrones. Le atacaban por todos lados, mientras él hacía corcovear a su montura para enfrentar el ataque.

La presunta víctima iba armada con una pesada espada, que manejaba con soltura, mientras los atacantes trataban de hacerle caer de la silla con desesperación. La mayoría de los asaltantes estaban armados con dagas o sables cortos. Un atacante gigantesco blandía un garrote con clavos en la punta. Otros dos permanecían apostados a cierta distancia, buscando un espacio abierto para lanzar sus flechas. Dos de los ladrones se desangraban por las heridas abiertas por el diestro espadachín. Un tercero estaba arrodillado, agonizando, con las manos cerradas sobre las entrañas que salían por el abierto vientre.

Simon extrajo una flecha de una yarda. En aquel preciso instante, uno de los arqueros disparó: su saeta se clavó en el hombro del peregrino. Al caer el herido, se desplomó también su encabritado corcel, lanzando un relincho de dolor por el golpe recibido en un anca. El caballo cayó sobre el jinete, que quedó atrapado bajo el animal.

Con un alarido, el resto se abalanzó sobre él. Su jefe, un individuo gordísimo, levantó el facón para ultimar a la víctima. De repente, los ojos se le salieron de las órbitas al tiempo que la flecha de Simon se le clavaba en el vientre. Aun antes de caer, chillando, una segunda flecha del arco de tejo de Simon atravesaba el cráneo del jubiloso arquero, sobresaliendo un palmo por el otro lado de su cabeza. Los asaltantes sobrevivientes huyeron. Una tercera flecha se clavó en el hombro del gigante en retirada. Con un alarido de dolor, se volvió y, dominado por la rabia, se abalanzó sobre Simon, al tiempo que blandía su garrote.

Antes que el joven normando pudiese disparar, dos flechas salieron silbando del bosque, para hundirse en el cuello y el pecho del ladrón gigante. A pesar de todo, permaneció en pie, rugiendo desafiante.

Un alto caballero de pelo blanco salió al galope de la foresta, mientras espoleaba a su corcel que galopaba directamente hacia el Goliat. Con un golpe de su espada, sir Raoul de Creçy cercenó la cabeza bamboleante del bandido, la cual cayó rodando a través de la cañada.

Al igual que un árbol bajo el hacha del leñador, el decapitado tronco del gigante se abatió sobre el suelo. El alto jinete frenó a su montura y saltó de la silla para arrodillarse junto al peregrino herido. Simon desmontó para ayudarle. El resto de los señores que integraban la partida de caza salieron en persecución de los bandidos que huían para darles rápida muerte a punta de espada. En la Francia del siglo XII, la justicia era pronta y terrible. El sistema feudal administraba la justicia en los estratos altos, medianos y bajos. La espada, el hacha y la soga de cáñamo eran los únicos árbitros de la ley.

Simon liberó el caballo herido de su agonía, con la ayuda de dos monteros; después levantaron su enorme peso de encima del jinete caído. Mientras tanto, Raoul de Creçy cortó cuidadosamente la flecha, para extraer acto seguido el resto por la parte posterior del hombro del herido. Medio aturdido, el peregrino, un sexagenario de fuerte constitución, abrió los ojos e hizo una mueca de dolor, pero ningún gemido salió de sus labios.

Mientras su mirada se fijaba en el rostro del viejo De Creçy, una sonrisa se dibujó en sus curtidas y bronceadas facciones.

—¡Raoul! —exclamó con voz ronca—. ¡Por fin!

El caballero normando asintió con su cabeza de blanca melena.

—Bernard de Roubaix —dijo, con voz suave—. Se te ve como un peregrino inverosímil.

Simon abrió desmesuradamente los ojos con admiración cuando su tío despojó al peregrino de su capa, para dejar a la vista una larga sobrevesta blanca. Estaba profusamente manchada de sangre, cuyo color competía con el carmesí de la ancha cruz cosida en la parte anterior. Bajo la túnica brillaba una cota de malla, que había protegido a su portador del peor de los mandobles de sus asaltantes. Sólo la flecha había perforado la cota de malla.

—¡Sois un templario, señor! —exclamó Simon.

Debajo de la palidez grisácea causada por la impresión, el rostro del caballero herido se ruborizó con orgullo.

—¿Éste es el muchacho? —musitó—. ¡Se parece a su padre!

Raoul de Creçy asintió con la cabeza mientras vendaba el hombro del templario.

—Simon te salvó la vida, Bernard. Cuando yo llegué, todo había terminado. ¡El muchacho se portó bien!

El rostro del caballero herido, surcado y fruncido por cicatrices de antiguas contiendas, se distendió con admiración.

—Es el destino, Raoul —murmuró—. ¡Inshallah!

Luego perdió el conocimiento.

OceanofPDF.com

1
LA LLAMADA A LAS ARMAS

Durante cinco días y cinco noches, Raoul de Creçy y su sobrino lucharon por la vida del templario. La flecha herrumbrada había provocado una tremenda infección que hizo elevar peligrosamente su temperatura. Durante horas, el templario estuvo delirando con frenesí.

El quinto día, la fiebre cedió. Bernard de Roubaix yacía en su lecho de enfermo, débil como un cachorro de león recién nacido. Durmió el profundo sueño reparador de aquellos que regresan del oscuro corredor de la muerte. Las pociones y cataplasmas del hermano Ambrose, preparadas con hierbas cultivadas en el huerto de la abadía cercana, habían resultado milagrosamente efectivas. Sin embargo, sin el devoto cuidado de los Creçy, el herido caballero no habría sobrevivido.

Simon estaba fascinado por su misterioso huésped, pero su tío le dio sólo los detalles más escuetos sobre el templario.

—Bernard de Roubaix es un viejo camarada de lucha, de la época en que servía en la segunda Cruzada. Hacía más de dieciséis años que no nos veíamos. Yo ignoraba que había vuelto de Tierra Santa.

—¿Le conocía mi padre? —inquirió Simon, siempre interesado en saber cosas relacionadas con sus difuntos padres, a ninguno de los cuales recordaba.

—En efecto, tu padre le conocía muy bien. Ningún hombre podría desear un amigo más leal que Bernard de Roubaix.

—¿Estaba él con mi padre cuando falleció?

El muchacho estaba ansioso de saber más.

—¡No! —respondió el mayor de los Creçy—. ¡No estaba! —La actitud del caballero normando se tornó esquiva—. Basta de esto, Simon. Cuando De Roubaix esté mejor, tendrá muchas cosas que contarte. Hasta entonces debes ser paciente.

—Pero es que sé tan poco sobre mis padres... —protestó su sobrino.

El rostro del viejo caballero mantuvo una expresión severa.

—Ya te he dicho, Simon, que en el momento oportuno conocerás más cosas sobre este particular. Hasta entonces, debes esperar. A los caballeros templarios se les ha ordenado hacerse cargo de tu formación. Sin duda te sorprende que la gran riqueza de los templarios asuma todos los gastos de la De Creçy Manor, desde el mantenimiento total de la finca hasta la manutención y hospedaje de los criados. Cuando Bernard de Roubaix se haya recuperado, te lo explicará todo. Para eso ha venido.

Su sobrino parecía estupefacto. Raoul le sonrió con afecto.

—Bernard se dirigía hacia aquí cuando le salvaste la vida. Ahora tiene la intención de llevarte de vuelta con él, a la sede central de los templarios, en Guisos.

Simon se quedó absorto, mientras su mente era un remolino a causa del efecto de las palabras de su tío.

La vida del joven caballero normando, desde la infancia hasta el momento presente, había quedado circunscrita a De Creçy Manor y sus alrededores. Todo había sido regido por la ordenada sucesión de las estaciones.

En la primavera, se sembraba y nacían los corderos. El verano aportaba abundancia de trigo, cebada y avena que, juntamente con el ganado y las hortalizas, constituían el alimento principal de la familia feudal y su impresionante legión de vasallos y sirvientes.

El feudo se hallaba situado demasiado al norte para producir uvas para la elaboración de vino, pero las fincas contaban con magníficos manzanares que brindaban a la casa del viejo caballero y a las gentes de los alrededores

excelente sidra. La leche era abundante y con la rica crema de Normandía se producía una deliciosa variedad de aromáticos quesos.

La educación escolar de Simon había sido intensa, como si su tío deseara llenar la cabeza del muchacho con la mayor cantidad de conocimientos que fuera posible.

Por lo tanto, desde temprana edad tomó parte activa en las duras tareas del cultivo de la tierra y en la actualidad colaboraba en el buen funcionamiento de cada rama del feudo, desde el apareamiento del ganado lanar y vacuno hasta el de los grandes caballos de guerra por los que Normandía era famosa.

Simon era una honra para Raoul de Creçy y un magnífico ejemplo para los jóvenes feudales normandos. Su vida estaba plenamente ocupada desde las primeras horas del alba hasta el momento de quedarse dormido poco después de la puesta del sol, junto al rugiente hogar del salón de la mansión.

Durante su ordenada y joven existencia nunca había sucedido nada tan súbito y dramático como la llegada del templario herido. Ahora, de pronto, todo su futuro había sido arrojado al crisol del destino.

Simon sospechaba que las circunstancias de su nacimiento fueron deliberadamente envueltas en el misterio. Por supuesto, le consumía la curiosidad por descubrir la verdad. Sin embargo, la novedad de que la famosa orden militar de los caballeros templarios había sido responsable de su instrucción estricta e insólita en De Creçy Manor le había causado una profunda impresión.

El muchacho siempre había pensado que su tío Raoul era su padre sustituto. Amaba al viejo caballero con una lealtad a toda prueba y aceptaba todo cuanto el viejo De Creçy decía como la pura verdad.

Su tutor le devolvía su devoción y había dedicado toda su vida, desde el nacimiento del chico, a su formación, educación y bienestar, tratándole como si fuera su propio hijo.

Debido a severas heridas sufridas durante la segunda Cruzada, Raoul de Creçy no pudo engendrar hijos. El caballero normando aún cojeaba a causa del lanzazo del sarraceno que le había tirado del caballo y robado su masculinidad.

Durante años, le había torturado la perspectiva de tener que contarle la verdad a su protegido sobre su nacimiento. Ahora el momento estaba cerca.

Con los fondos generosos de los templarios, De Creçy había podido educar a Simon hasta el filo de la edad adulta, brindándole todas las oportunidades posibles para aprender el arte de la guerra y de la paz, al tiempo que le enseñaba las responsabilidades de un caballero.

Desde la época que el muchacho tuvo fuerza suficiente para portar armas, el viejo cruzado le fue transmitiendo las habilidades que él había aprendido luchando en Tierra Santa. Raoul sabía que muy pronto le perdería, para someterse al entrenamiento militar a cargo de los templarios, y aquel conocimiento le dolía en lo más profundo de su corazón.

El décimo día, Bernard de Roubaix se encontraba con fuerzas suficientes como para abandonar el lecho de enfermo y tomar un baño. Una enorme tina de roble, hecha con medio tonel de sidra, fue llevada rodando hasta su dormitorio. En seguida la llenaron de humeante agua caliente generosamente aromatizada con hierbas del hermano Ambrose, incluyendo su remedio preferido, un extracto de Aquea Hamamelis, destilado de la planta del sortilegio, la antigua loción romana para los miembros acalambrados y las heridas ulcerosas de las batallas.

El cuerpo envejecido del templario llevaba muchas marcas de sus pasados combates, principalmente de los encuentros salvajes con los sarracenos. Su tronco vigoroso, atezado, y las largas extremidades estaban cubiertos de cicatrices. Si bien el anciano caballero había perdido peso durante las crisis febriles, su poderosa constitución aún exhalaba un aura de gran fuerza.

A los sesenta años, Bernard de Roubaix se encontraba en tan buen estado como cualquier hombre veinte años más joven. Toda su vida, de la adolescencia en adelante, se había dedicado a hacer la guerra en nombre de Cristo, tanto como cruzado francés o caballero franco, como, posteriormente, como templario o, para nombrarlos con el título completo: «Los Pobres Caballeros de Cristo del Templo de Jerusalén».

Durante su baño ritual, sólo Raoul y su pupilo tuvieron permiso para asistir a Roubaix. Ambos sintieron que, mientras el herido caballero se

distendía en el agua caliente, había llegado el momento de que su huésped les contara el propósito de la misión que le había traído de Tierra Santa.

Simon contemplaba al viejo templario con asombro. De la espesa mata de grises y rizados cabellos a la flotante barba blanca, Bernard de Roubaix ofrecía el aspecto de un guerrero avezado de la más estricta orden militar en las Cruzadas, las «Guerras Santas» que habían tenido lugar en Tierra Santa por más de un siglo. Su nariz rota y la cara llena de costurones estaban curtidas por los incontables días pasados bajo el sol palestino, pero sus brillantes ojos castaños revelaban humor, compasión y ternura en lo más profundo de ellos.

He aquí, pensaba Simon, un monje guerrero con la bondad y la piedad del verdadero caballero, el código de honor del guerrero de la orden de caballería. Presentía que Bernard de Roubaix era un adalid nato, un paladín que cualquier hombre se sentiría orgulloso de seguir.

Simon poseía un grado de percepción muy aguzado para sus años y, a causa de la instrucción devota de su protector y tutor hermano Ambrose, también sabía leer y escribir. Eso era algo raro en aquellos tiempos. De hecho, Simon sabía escribir y conversar en latín, francés, árabe e incluso inglés, lengua que le había enseñado Owen el Galés, un viejo arquero cruzado, que también le había entrenado en el uso del mortífero arco galés.

En el dormitorio de bajo techo, calentado por un resplandeciente fuego de leños durante el largo invierno normando, Simon permanecía callado junto a la tina humeante, que iba rellenando constantemente con agua caliente. Al comprender que, por fin, se correría el velo de misterio que envolvía su nacimiento, temblaba de emoción.

Jamás olvidaría aquella noche en el cuarto iluminado por el fuego del templario herido, donde vacilaban las sombras, mientras Roubaix remojaba su cuerpo abatido en las calientes y curativas aguas, y el caballero normando masajeaba diestramente los anchos hombros de su viejo camarada de luchas.

—¡Ah, Raoul! —exclamó el templario, con una sonrisa de satisfacción —. Siempre tuviste el don de curar. Deberías haber sido un hospitalario.

Esas manos tuyas han calmado muchos miembros doloridos y llevado alivio a incontables cuerpos abatidos.

De Creçy dejó de hacerle masaje y sonrió, con una amplia sonrisa que curiosamente no alteraba la lívida cicatriz que le cruzaba la boca causada por el afilado filo de una cimitarra sarracena.

—Cuando estuve prisionero en Damasco, aprendí a hacer masajes de un sanador que conocí allí. Massa es una palabra árabe, Simon. No sólo significa tocar, sino también sanar. Los sarracenos saben mucho más sobre este gran arte que nosotros.

Bernard de Roubaix asintió con la cabeza para expresar que compartía aquella opinión.

—El propio médico personal de Saladino era oriundo de Córdoba, en España —siguió diciendo De Creçy—. Allí le llamaban Maimónides. Es judío, un verdadero maestro en el arte de curar. Los sarracenos le llaman «Abu-Imram-Musa-ibn-Maymun». Cuenta con la plena confianza de Saladino en cuanto a su notable capacidad para curar, y se le reverencia y respeta en todo el Islam.

—Pero eso seguro que debe de ser brujería, ¿no? —intervino Simon, con temor ante aquellas palabras.

El viejo templario lanzó una profunda y sonora carcajada. —Créeme, joven Simon, todavía tienes mucho que aprender. Ahora escúchame bien. El pueblo judío es muy antiguo, son los herederos de un vasto caudal de conocimientos que estuvieron casi perdidos para el mundo cuando se quemó la gran biblioteca de Alejandría.

«Desde entonces, sucesivos eruditos hebreos han dedicado su vida a preservar todo el conocimiento que estuvo allí depositado antes de producirse aquel imperdonable acto de salvajismo. Maimónides me contó que él estaba convencido de que los conquistadores de Egipto destruyeron deliberadamente lo que consideraban como conocimientos peligrosos, demasiado valiosos para ser confiados a los profanos.

«Nosotros, los cristianos, les debemos a los judíos la visión que tuvieron al preservar el gnosticismo, como lo llaman. Mediante su acto de coraje al salvar el conocimiento secreto que contenía la biblioteca de Alejandría, se

ha beneficiado toda la humanidad. Sin su extraordinario esfuerzo, el gnosticismo se habría perdido.

Semejante punto de vista sobre los judíos, Simon nunca lo había escuchado antes. En la Francia feudal existía un enorme acosamiento dirigido contra el pueblo de Israel, y el joven normando pocas veces había oído hablar en su favor. Aquellas expresiones halagüeñas, procediendo de una fuente tan erudita como lo era Bernard de Roubaix, le tomó de sorpresa. Simon resolvió, en lo sucesivo, revisar su propia actitud hacia aquel pueblo notable.

—No olvides nunca —continuó el templario, con el brillo de una mística luz en sus ojos castaños—, que nuestra Madre bendita, la Virgen María, era judía, como lo era también, por supuesto, José, su esposo. Sin embargo, el arcángel vino a anunciarle que sólo Ella entre toda la humanidad había sido elegida para dar a luz a Cristo. Ella fue la Inmaculada Concepción.

El silencio entre las sombras danzantes del dormitorio iluminado por el fuego fue absoluto, hasta que el templario continuó diciendo:

—El Espíritu Santo penetró en el infante Jesús al nacer, y un rabino judío realizó el sagrado rito de la circuncisión en el niño santo.

«Yo nunca me he sumado a la injusta persecución de un pueblo tan antiguo como notable, porque me han enseñado muchísimo. Maimónides fue amigo mío e instructor, y de él y de su mentor sarraceno, el gran Osama de Isphahan, aprendí muchas de las maravillas del gnosticismo.

El viejo templario escrutó los ojos de Simon.

—Jamás subestimes la sabiduría y la compasión de los judíos —dijo.

Fue Raoul De Creçy quien rompió el silencio que se hizo después.

—Este poder para curar, que todavía se enseña entre los judíos en Tierra Santa, me lo transmitió una mujer extraordinaria, Miriam de Manasseh —explicó—. Si de brujería se trata, sin duda es una extraña manera de manifestar el mal por parte del Príncipe de las Tinieblas.

«Maimónides es famoso en toda Tierra Santa por el alivio y las curaciones que ha brindado a los sufrientes y doloridos, sin tener en cuenta si eran judíos, gentiles, cristianos o musulmanes. Todos saben que el gran

sanador está al lado de las fuerzas angélicas, y jamás podría servir a las oscuras legiones del Infierno.

De Roubaix asintió con la cabeza.

—Raoul, mucho es lo que le has enseñado al muchacho, pero aún tiene que aprender muchísimas cosas de las antiguas costumbres y procederes.

Se volvió hacia Simon.

—Ven, muchacho, y pon tu mano entre las mías. Tengo mucho que contarte, pero primero quiero que hagas un solemne voto de silencio.

—Lo que vos digáis, señor —respondió Simon.

La voz del templario se volvió sombría y las sombras de la habitación parecieron alargarse.

—Jura por la Virgen María —entonó— y por todo lo que te sea más sagrado que, sea lo que fuere lo que te revele, será, eternamente, tu secreto y el mío. Jura que guardarás silencio con respecto a su contenido, para siempre.

El viejo caballero siguió diciendo con gravedad:

—Si alguna vez rompieras este voto de silencio, debes tener en cuenta que te será cortada la lengua para ser enterrada en las arenas de la playa, donde las aguas alcanzan la altura mayor en las mareas. Simon de Creçy, ¿aún deseas hacer el voto?

—Sí, señor —respondió Simon con voz ronca, impresionado por la severidad de la pena.

—Entonces, júralo sobre la empuñadura de mi espada de templario que, al sostenerla enhiesta se convierte en el símbolo de la cruz, en que Nuestro Señor Jesucristo fue crucificado.

De Creçy, que había presenciado el ritual de toma del juramento en silencio, entregó a Simon la pesada espada con el puño en cruz. El joven normando repitió solemnemente el voto y besó la empuñadura de bronce. Hecho esto, ambos caballeros se mostraron visiblemente aliviados.

—Simon —dijo el templario—, todo cuanto te diré es la pura verdad. Primero, tu nombre no es De Creçy, y Raoul no es tu tío.

Simon lanzó una mirada sorprendida a su padre sustituto.

—Eso no quiere decir que el amor que os tenéis sea menos auténtico —continuó De Roubaix—. Raoul lo ha sido todo para ti. Si hubiese tenido un hijo, no podría haberlo amado más.

—Lo sé —murmuró Simon, con voz ahogada.

—En segundo lugar —dijo el templario—, tu padre está muerto.

—Pero eso debió de suceder hace mucho tiempo.

El comentario del joven normando fue hecho con el tono de una pregunta.

—No —respondió Roubaix—. Apenas ha transcurrido un año desde que ocurrió su muerte, en Damasco. Por eso he venido a este feudo.

De pronto, la voz del templario se tornó áspera.

—Simon, por el poder que se me ha otorgado como humilde caballero de la orden del Temple en Jerusalén, te ordeno que me acompañes a nuestra comandancia en Gisors, donde recibirás instrucción en el Cuerpo de Servidores Templarios.

«Cuando hayas terminado la instrucción, si te consideras merecedor de ser enrolado como servidor pleno en nuestra Orden, se te llevará a Tierra Santa: allí recibirás el mandato de nuestro actual Gran Maestro, Arnold de Toroga.

Simon estaba anonadado ante la fuerza de aquellas revelaciones.

—¿Entonces, deseáis que me convierta en caballero templario, como vos mismo, señor?

—Eso es el destino el que tiene que decidirlo, Simon. —Mientras hablaba, De Roubaix sonreía—. Salvo en raros casos, uno debe ser armado caballero antes de ingresar en nuestra Orden. Tanto Raoul como yo éramos caballeros francos. Yo me hice templario y tu tutor se convirtió en Donat, haciendo donación de sus tierras y de todas sus posesiones a nuestra Orden, sin derecho convertirse en caballero templario. Eso fue así porque consideró que, a causa del carácter de su herida, no podría tomar el voto de celibato en su pleno significado de una total abstinencia de mantener relaciones carnales con una mujer, como acto de voluntad.

El caballero normando asintió con la cabeza mientras el templario continuaba diciendo:

—Simon, tú serás servidor cadete en el cuerpo, como tu padre hubiese deseado. Tu tutor y yo estamos seguros de que, finalmente, obtendrás las espuelas de oro de la orden de caballería y por consiguiente estarás en condiciones de ingresar en nuestra Orden. En cuanto yo esté repuesto, partiremos hacia nuestra comandancia.

«Sin embargo, debo recordarte de nuevo que si llegas a hablar de este asunto, te será cortada la lengua, aun cuando tu tutor o yo mismo debamos ser los instrumentos que lleven a cabo tamaña operación.

El rostro del templario parecía de granito. Era evidente que hablaba muy en serio.

—¿Y mi padre, señor? ¿Quién era? Puesto que he hecho voto de silencio, seguramente tengo derecho a saberlo.

Bernard de Roubaix, que se estaba secando ante el fuego, sonrió ampliamente.

—Por supuesto que lo tienes, Simon.

El viejo caballero permaneció callado durante un largo rato.

—Tu padre fue uno de los más valientes caballeros de la cristiandad. Fue nuestro más íntimo amigo. ¡Se llamaba Odó de Saint Armand, ex Gran Maestro de la Orden del Temple!

Durante el resto de la noche, Simon durmió con desasosiego; vívidos sueños matizaban su descanso. Desde la infancia, el joven normando experimentaba aquellas visiones, algunas estáticas, otras como pesadillas con vislumbres del horror de las que despertaba gritando, para recibir la confortación de las palabras tranquilizadoras de Raoul de Creçy.

Aquella noche soñó que volaba como un pájaro, dejando el cuerpo terrenal dormido en la casa, mientras su «cuerpo sutil», el doble exacto del físico, se elevaba por encima de un paisaje distante. Se trataba de una experiencia que había conocido muchas veces con anterioridad.

Viendo pasar por debajo de él las ondulantes colinas y los escarpados rocosos, los desiertos y frondosos oasis, Simon tenía la certeza de que aquélla era una visión de Tierra Santa.

En esencia, el sueño era siempre el mismo. Simon se encontraba perdido y buscaba desesperadamente a su padre. De pronto, el sueño se convertía en una pesadilla. Los cielos por donde volaba eran traspasados por relámpagos zigzagueantes, que obligaban a Simon a volar más bajo sobre el extraño paisaje.

Debajo de él una espesa niebla se arremolinaba y bullía como dotada de vida propia. Dentro del repelente manto gris, Simon vislumbraba criaturas demoníacas, cuyos rostros eran de seres muertos desde tiempos inmemoriales. Uno de ellos tenía un enorme parecido con el gigante decapitado que Raoul de Creçy había enviado al infierno.

El cadáver sin cabeza, devorado por los gusanos e hinchado hasta duplicar su gigantesco tamaño, mantenía alzada su testa chillona, mientras sus mandíbulas trataban de triturar la figura volante de Simon.

El muchacho lanzó un estentóreo grito de terror y se despertó inmediatamente, bañado en sudor. Se abrió la puerta de su habitación y apareció en el umbral su tutor, que se quedó sin saber qué hacer.

Simon gritó:

—¡Tío Raoul!

Aterrado, le tendió instintivamente los brazos a su padre sustituto.

Sólo se precisaba aquel gesto tan simple para que se abrazaran. El caballero normando de blanca melena estrechó a Simon entre sus brazos, al tiempo que trataba de ahuyentar los horrores de la noche, tal como hacía cuando Simon era niño.

—¡Menudo servidor templario voy a ser! —dijo el muchacho, avergonzado—. ¡Aquí me tienes, a los diecisiete años y llorando como un niño!

Su tutor sonrió tiernamente, mientras estrechaba con más fuerza a su protegido.

—No debes avergonzarte de las lágrimas, Simon. No haces más que despedirte de tu infancia. De ahora en adelante eres un hombre; un hombre con un gran destino. Ve con mi bendición, pues ya sé que te espera un futuro maravilloso en Tierra Santa. Debes seguir tu estrella, Simon. Ella te guiará hasta la fama y la fortuna.

Por última vez, el joven caballero y su anciano tutor durmieron uno junto al otro, estrechamente abrazados como padre e hijo.

La vida entera de Simon cambió dramáticamente. Durante diecisiete años sólo había conocido la compañía de hombres hechos y derechos, cada uno de ellos, un maestro y un amigo. Entre éstos se contaba su tutor, a quien amaba como a un padre; su maestro, el sabio hermano Ambrose, de la cercana abadía cisterciense; Owen el Galés, el arquero que había servido junto a Raoul De Creçy en Tierra Santa, y toda la comitiva de montañeses y labradores hacendados, así como los criados, que constituían el personal del viejo caballero normando.

Curiosamente, aquella era una casa sin mujeres, salvo las sirvientas de mediana edad que siempre abandonaban la finca antes del anochecer. Sin embargo, había sido un hogar feliz para Simon, cuya joven existencia parecía haber sido el eje en torno al cual giraba la propiedad de De Creçy.

Ahora todos aquellos devotos esfuerzos parecían tender a terminar con la partida inminente de Simon. Tal era el extraño camino de los templarios.

El caso de Simon era, por supuesto, excepcional en un aspecto. Su nacimiento, como hijo natural de un Gran Maestro de una orden entregada al celibato, había hecho de su formación un asunto del más estricto secreto.

Como Bernard de Roubaix le contó:

—Nuestra Orden se fundó hace unos sesenta años. Estaba formada por un pequeño núcleo de caballeros, guiados por Hugues de Payen y Godefroi de Saint Omer, como Gran Maestro y Ordenador, respectivamente.

Otros caballeros implicados fueron Hugues de Champagne, Payen de Montdidier y Archambaud de Saint Amand, mientras que los restantes, André de Montbard, Gondemar, Rosal, Godefroy y Geoffrey Bisol, pronto se unieron a ellos para formar el primer capítulo de los «Pobres Caballeros de Cristo del Templo de Jerusalén».

«Esos hombres extraordinarios andaban juntos para proteger a los indefensos peregrinos que habían sufrido graves pérdidas en el camino de Jaffa a Jerusalén, una antigua carretera romana de unas sesenta millas de largo. Muchas de las víctimas, jóvenes y viejas, perecían a manos de

asaltantes y ladrones, y esa situación se había vuelto intolerable. Por esa razón se formó la Orden, con el principal propósito de poner fin a esa matanza de los inocentes.

«Los templarios, tal como se nos conoció, hicimos votos de pobreza y castidad, eligiendo el difícil camino del celibato en una tierra donde impera en gran medida el amor libre.

«Adoptamos como distintivo la insignia de dos caballeros cabalgando un solo caballo como demostración de nuestro voto de pobreza y, originalmente, los caballeros templarios vestían solamente ropas de desecho y equipos donados por terceros.

«Hoy en día, el equipo y los caballos nos los proporciona la Orden. Nuestra enseña, el Gonfardon, la llamamos el Beauseant. Es una bandera negra y blanca en que la sección negra guarda proporción con la parte blanca, de acuerdo con los principios de la mística Sección Dorada, un axioma de la antigua Geometría Sagrada.

«Saint Bernard de Clairvaux, el gran cisterciense, estableció las reglas por las que se rige la Orden de los Templarios. Estas reglas disciplinarias son inflexibles y no toleran ningún desliz; de ahí que se te criara clandestinamente como hijo natural de uno de los más famosos grandes maestros de la Orden.

«Este secreto hubiera podido causar un daño irreparable a la Orden, pero se guarda en manos de unos pocos hombres de confianza, de los cuales, Simon, ahora tú formas parte. Ésa es la razón por la que te pedí que hicieras el juramento sagrado.

Simon tenía todos los deseos normales de cualquier joven saludable, pero el mantenerle en un entorno sin mujeres había constituido un intento deliberado de Raoul de Creçy para preservar la castidad de su pupilo. Sin embargo, no había nada de perverso en aquella conducta poco común por parte de su tutor.

Simon era de noble linaje. Odó de Saint Amand no había sido un hombre corriente, sino un caballero cuyas gestas eran legendarias. La bastardía no era un estigma en aquellos tiempos y muchos caballeros lucen

la marca de la bar-sinístre en sus escudos, para indicar que son hijos naturales, nacidos fuera del matrimonio, de aquellas familias feudales.

A menudo, esos hijos ilegítimos pertenecían a la nobleza europea, y en Tierra Santa, entre las familias sarracenas, se había adoptado la misma actitud sensata con respecto a la bastardía.

Sólo el hecho de que Odó de Saint Amand fuese el Gran Maestro de los templarios, acogidos al celibato, le había privado del gozoso reconocimiento de Simon como hijo natural.

OceanofPDF.com

2
EL CUERPO DE SERVIDORES

Bernard de Roubaix estaba impaciente por llevar a su nuevo cadete a Gisors, la fortaleza de los templarios que dominaba aquella parte de Normandía, así como para que iniciara la intensiva instrucción que allí le esperaba. Tan pronto como su herida estuviese curada, el caballero estaría listo para partir.

El día elegido fue la vigilia de Navidad de 1180, pues De Roubaix no quería soportar prolongadas despedidas en la gran festividad de la cristiandad. Bien sabía cuán poco dispuesto estaba su viejo amigo, Raoul de Creçy, a perder a su sobrino adoptivo, y consideraba que cuanto antes pasara aquel doloroso momento, mejor sería.

La partida de Simon del hogar de su infancia fue acompañada de lágrimas y de escenas que partían el corazón. Su tutor y cada uno de sus maestros y amigos vertieron muchas lágrimas. Aquellos eran tiempos violentos y pavorosos, en que la vida humana valía poco y nada, pero las demostraciones de emoción no se consideraban vergonzosas, de modo que los hombres más fuertes podían llorar abiertamente.

Simon y De Roubaix partieron cargados de presentes, entre los que se contaba la propia espada de cruzado de Raoul de Creçy, una soberbia muestra del arte de los forjadores de armas de Damasco.

—Sé que la llevarás con honor —dijo el viejo caballero, con los brillantes ojos llenos de lágrimas—. Esta hoja jamás ha segado una vida

humana sin una buena razón.

Se abrazaron por última vez y lloraron, ambos con el corazón a punto de quebrarse.

El anciano cisterciense, que había enseñado a Simon a leer y escribir en tres lenguas, le llevó a su alumno un breviario con tapas de marfil, el fruto de muchos meses de tallarlas penosamente, a causa de la debilidad de sus ojos.

—Lleva esto contigo, hijo mío —le dijo, con voz ahogada por la emoción—. Te confortará en tus momentos de fatiga. Ruega por nosotros, Simon, como nosotros rogamos por ti.

Owen, el arquero galés, cuya habilidad con el largo arco de tejo había proporcionado a su discípulo una enorme ventaja para sobrevivir, le abrazó con auténtico fervor gaélico.

—Ve con Dios, Simon —graznó roncamente—. ¡Owen nunca te olvidará!

Su regalo de despedida fue una flamante aljaba de cuero, con tres docenas de las más magnificas flechas de una yarda, con plumas de ganso, que el más hábil artesano pudiera hacer.

Entre abrazos y lágrimas amorosas, el joven caballero normando emprendió el largo viaje que le llevaría a muchas tierras y le proporcionaría infinidad de aventuras. Simon estaba a punto de cumplir un extraño destino.

La ruta meridional a Gisors atravesaba el mismo bosque donde sólo unas semanas atrás Bernard de Roubaix casi había perdido la vida. El invierno había llegado, y los dos jinetes, conduciendo por la brida los caballos de carga, avanzaban lentamente por la crujiente capa de nieve recién caída.

Mucho antes del mediodía, habían salido de los bosques que señalaban el límite meridional del feudo de De Creçy, y muy pronto les resultó muy fatigoso seguir la senda cubierta de nieve que llevaba a la comandancia de los templarios.

Si bien se podía llegar a Gisors en un día, cabalgando a paso tranquilo, en condiciones normales, el tiempo obstaculizó su avance al desencadenarse una fuerte ventisca. Sólo cuando hubo aclarado apareció

borrosamente a la vista la imponente fortaleza de los templarios, resplandeciendo con un color de salmón rosado bajo el sol poniente.

Gisors era sólo una plaza fuerte en el gran sistema de comandancias de los templarios que se extendían a través de Francia, España y Portugal, con puestos en puntos tan lejanos como Inglaterra y Tierra Santa.

En su tierra, en Francia, los templarios habían establecido un complejo sistema interconectado de abadías, feudos y granjas fortificadas, construidas para la defensa y avituallamiento con el fin de desplegar las vastas actividades de la Orden. Desde forrajes para los caballos hasta comida, ropa, armas y equipos para los caballeros, servidores y el resto de los numerosos cuerpos de hermanos seglares, herreros, armeros, escribientes y albañiles, carpinteros y constructores de buques: la Orden de los Templarios era autosuficiente.

Además, su flota, que superaba en exceso los sesenta bajeles, con galeras de guerra y de transporte, surcaba los mares, trayendo mercaderías y riquezas: oro, plata, sedas y raras especias, de tierras lejanas.

Semejante organización, tan poderosa, de los templarios era ampliamente respetada y si Bernard de Roubaix no hubiese ido vestido de peregrino en su viaje a De Creçy Manor, la malhadada banda de ladrones jamás se habrían atrevido a atacarle. La pena por haberlo hecho fue la muerte. Aquel frío día de invierno, el viejo caballero y su acompañante se sentían seguros con el convencimiento de que, llevando el templario la característica cruz de la Orden en su túnica blanca, podían andar seguros por donde se les antojara.

Por el camino hacia Gisors, el cruzado había ilustrado a Simon en una serie de actividades de los templarios. Una de ellas era el invento de la Orden de lo que más adelante se denominaría «la banca comercial».

El joven normando estaba asombrado ante el alcance y el poder del sistema. Él no tenía idea de cuán vasta era la red financiera de los templarios en todo el mundo occidental.

En las palabras De Roubaix:

—Los capitales de los templarios respaldan muchas empresas en toda Europa y el Mediterráneo. Se rumorea incluso que nuestra flota comercia

con extrañas y hasta el presente desconocidas tierras allende el vasto océano occidental.

El viejo cruzado rió, con una sonora carcajada.

—Pocas personas conocen la manera en que operamos financieramente cubriendo tan largas distancias. En vez de transportar pesadas cargas de oro y plata en barras, lo que no deja de ser peligroso cuanto menos, nosotros simplemente llevamos un solo documento, que llamamos «carta de crédito». Con la sola presentación del documento al llegar a destino, o sea, a otra comandancia de los templarios en cualesquiera que sea el país donde me encuentre, puedo cambiar el importe que declare la carta por el metal precioso equivalente.

El templario se reía de la estupefacción que manifestaba su joven acompañante.

—Más que eso, Simon. Si yo le doy una carta, aprobada por el Gran Capítulo de nuestra Orden, a un mercader aventurero, éste podría utilizarla para equiparse con una nave y la correspondiente tripulación, vituallas, armas y fondos suficientes como para la expedición.

«El mercader sólo tendría que traer de vuelta una carga valiosa, y nosotros, los templarios, sólo le cobraríamos un modesto porcentaje del valor a cambio de la financiación de la empresa.

—Pero el voto de pobreza, señor, seguramente no permite que una riqueza semejante vaya a parar a los cofres de la Orden, ¿no es cierto? —inquirió Simon.

—El voto de pobreza sólo se aplica a los caballeros monjes de la Orden, no importa cuál sea nuestro rango, pero no a la Orden misma. Los hermanos templarios no poseemos nada salvo los caballos, la armadura, las capas y las armas. Al morir, se nos sepulta con nuestro uniforme y nuestra armadura, y espada en mano. No poseemos nada más.

«Como puedes ver, Simon, yo no llevo dinero, sino sólo cartas de crédito por una modesta suma, por si tuviera necesidad de pagar por una noche de hospedaje o precisara un caballo nuevo. Al presentar uno de estos documentos en la comandancia de la Orden, la persona a quien he quedado

debiendo dinero percibirá la suma que yo haya escrito en la carta. Él meramente cambia el documento por oro o plata, según prefiera.

Simon movió la cabeza, perplejo. Él no tenía idea de las ramificaciones de la Orden. Bernard De Roubaix siguió diciendo:

—El Temple incluso adelanta las enormes sumas que se requieren para la construcción de muchas de las grandes catedrales góticas que se levantan lentamente en toda la cristiandad.

—¿Qué hay de esos rumores acerca de que la flota de los templarios comercia con tierras desconocidas? —preguntó Simon con avidez, su romántico espíritu conmovido por las visiones que aquello conjuraba.

De nuevo, De Roubaix lanzó una carcajada.

—Los árabes y los judíos no son los únicos que practican el arte secreto de la navegación. Nuestra Santa Madre y Sus sirvientas, las estrellas, guían nuestros barcos hasta muchas tierras ignotas, más allá del horizonte occidental, hasta lugares aún no descubiertos por otros.

Con los fascinantes comentarios de De Roubaix para pasar el tiempo durante el viaje a Gisors, el día transcurrió volando.

De repente, el templario se detuvo, señalando hacia la alta torre de piedra, que brillaba bajo los últimos rayos del sol poniente.

—He aquí nuestro cuartel general en Normandía. Como puedes ver, Simon, la torre de vigía domina la ciudad, los valles y bosques que la rodean. Nuestra estrategia se basa en el establecimiento de tales comandancias a lo largo de las rutas de peregrinaje a Tierra Santa.

«En una época, los romanos se establecieron en el mismo lugar. Tenían buen ojo para descubrir los terrenos altos, tanto para el ataque como para la defensa. Si los romanos no hubiesen sido paganos, habrían podido ser buenos templarios.

El fornido caballero rió y clavó las espuelas a su nuevo corcel. Salió al trote y luego al galope, para poner a prueba al magnífico caballo de guerra gris que Raoul De Creçy le había regalado para reemplazar el que había perdido a manos de los ladrones. Simon, aun montado en Pegaso, tuvo dificultades para mantenerse a la altura del viejo templario.

El áspero camino cubierto de nieve subía serpenteando por la empinada colina hasta las puertas del castillo, que se abrían en las macizas murallas de piedra que rodeaban el montículo artificial central donde se levantaba la torre.

Dejando espacio para posibles reconstrucciones e incluso para refuerzos mayores, los ya macizos muros exteriores cerraban el vasto patio interior así como extensos terrenos, y daban lugar a los cuarteles del cuerpo de servidores y establos para los caballos.

Estos edificios estaban construidos en forma de barracas de techo bajo, abrazando el perímetro interior de las murallas.

De Roubaix rompió un largo silencio, que se había abatido sobre ellos.

—Aquí es donde vas a pasar los próximos meses, Simon.

El joven normando contemplaba la fortaleza de los templarios, fascinado por el aspecto inexpugnable que ofrecía. Al ver la expresión maravillada en el rostro de su protegido, el viejo caballero sonrió.

—Gisors no es tan fuerte como parece. Tenemos planes en estudio para reconstruirlo. Espera a ver todos los grandes castillos de Tierra Santa. Por ejemplo, Krak des Chevaliers tiene unos muros dos veces más gruesos que éstos. Puedes creerme si te digo, Simon, que todo Gisors cabría en un rincón de Krak y ni se notaría.

—¿Cuándo construyeron los templarios ese Krak des Chevaliers, señor?

—¡No lo construimos nosotros! En su mayor parte fue obra de nuestros colegas en Tierra Santa, la Orden del Hospital de Saint John de Jerusalén.

«Sólo unos pocos de los múltiples castillos de Palestina los construyeron los templarios. Algunos los adaptamos de las fortificaciones originales que construyeran los turcos y los sarracenos. Los hospitalarios, que consideramos rivales nuestros, son formidables constructores, y nosotros incluso ocupamos en guarnición algunos de sus más grandes castillos, por cuanto ellos no cuentan con hermanos suficientes para guarnecer todas sus fortalezas y llevar a cabo la obra piadosa en sus hospitales.

—¿Cuántos castillos hay en Palestina?

Cada vez que el viejo templario impartía alguno de sus conocimientos arduamente aprendidos, Simon se mostraba como un encantado discípulo.

De Roubaix manifestó con un gruñido su evidente disgusto ante aquella idea.

—¡Demasiados y me quedo corto! Desde la primera Cruzada, que se libró con el único propósito de recuperar Tierra Santa, y especialmente Jerusalén, para que los cristianos la visitaran en peregrinación, han aparecido muchos aventureros que se han unido a la segunda Cruzada con el único propósito de enriquecerse ellos.

«Estos así llamados «nobles», ya que muchos de ellos tienen un dudoso pasado, adoptaron el nombre de la ciudad o puerto que conquistaron como título nobiliario, y actualmente dominan la región adyacente a las plazas fuertes que ellos guarnecen.

«Hay tantos castillos en Palestina, que pueden verse los unos desde los otros. Ahí reside el punto débil de nuestra campaña. ¿Sabes Simon? La Cruzada es una guerra móvil y permanecer a salvo en enormes castillos no es el medio adecuado para hacer frente a nuestro más poderoso enemigo... ¡Saladino!

El nombre salió de los labios agrietados De Roubaix con un halo de aliento congelado.

—Cuando ese poderoso guerrero sarraceno concluya su actual campaña en Egipto y mueva sus fuerzas ayyubids hacia el norte de Tierra Santa, nosotros vamos a enfrentar nuestro más grande desafío, porque el sultán Saladino es el comandante de caballería más probo desde Carlomagno, emperador de occidente.

«En estos momentos está en vigencia un tratado de paz, pero es probable que cualquier imbécil entre los codiciosos caballeros normandos lo rompa asaltando alguna de las ricas caravanas de Saladino en ruta hacia La Meca.

De Roubaix gruñó y escupió con asco en la nieve.

—Entonces veremos qué plan de batalla resulta mejor. Cerrándonos dentro de esos enormes bastiones de piedra, sitiados por los sarracenos, o

saliendo a combatir contra los ayyubids de Saladino, lanza a lanza. ¡Ésta es nuestra única oportunidad, Simon!

«Tú tomarás parte en esa batalla, y ahí es donde comienzas tu nueva vida y tu gran gesta, como tu padre hubiera deseado.

De Roubaix se persignó y siguió trotando, seguido de cerca por Simon.

A la entrada del castillo, les dio el alto el centinela, pero era una simple formalidad. Aunque montaba un caballo extraño, el templario fue reconocido de inmediato, y el servidor de la guardia dio la orden de levantar el rastrillo para dejarles pasar al patio interior.

Cuando por fin se abrieron las pesadas puertas, un fornido hombre de armas de barba gris, vistiendo la negra túnica del cuerpo de servidores, se adelantó precipitadamente a saludar a De Roubaix.

—Me alegro de veros de regreso, señor —dijo, con una voz parecida a un trueno lejano—. Veo que habéis traído a nuestro nuevo recluta.

El veterano señaló a Simon.

—Así es, Belami —respondió De Roubaix—. Este joven caballero es todo tuyo para que le instruyas y le enseñes, le insultes y le alabes, como te plazca. Sobre todo —agregó el viejo caballero haciendo una significativa pausa—, ¡le protegerás con tu vida!

—Entonces, señor, será mi deber y tendré el placer de cumplir vuestras órdenes.

Simon reaccionó cálidamente a la amplia sonrisa que apareció en el tosco rostro bondadoso del veterano servidor que, como él ya había advertido, sólo tenía el brazo derecho; el izquierdo terminaba con un gancho sujeto a una funda de cuero a la altura de la muñeca.

Bernard De Roubaix observó la sorpresa que expresaba el rostro de Simon y sonrió hoscamente.

—Belami es capaz de blandir la lanza, el hacha de batalla, la espada, la maza o la daga con un solo brazo mucho mejor que el más hábil de los caballeros con ambos.

El veterano guiñó el ojo a Simon, los claros ojos azules brillando en su rostro arrugado y del color de una castaña. Le dedicó otra amplia sonrisa, mostrando generosamente una hilera de dientes perfectos.

—Haré cuanto pueda, cadete —gruñó—. Veo que llevas un arco galés, así como una aljaba llena de flechas de una yarda. ¿Sabes tirar también con la destreza de un galés?

Antes de que Simon pudiese responder, De Roubaix lo hizo por él.

—Tres posibles asesinos yacen muertos en el bosque cercano a De Creçy Manor a causa de los certeros tiros de Simon. Unos villanos descarriados trataron de matarme, Belami, y casi lo consiguieron. Estuve más cerca de mi Hacedor que nunca en los últimos años; en realidad, desde el día en el que cercenaste la cabeza de aquel sarraceno que me había ensartado en su lanza.

Belami se mostró preocupado.

—Confío que no os hirieran gravemente, señor.

El templario sonrió gravemente.

—¡Un simple rasguño! Recibí una flecha en el hombro izquierdo. Pero perdí a Eclair, un excelente caballo. Todavía siento su pérdida. ¿Y qué te parece mi nueva montura, Belami? Es un presente de Raoul De Creçy.

El fornido servidor dio una vuelta en torno al gris semental, asintiendo con su grisácea cabeza a medida que ponderaba mentalmente cada detalle, en favor y en contra.

—No es tan ligero como Eclair, diría yo, pero es un magnífico animal a pesar de todo. Raoul De Creçy es un buen juez en lo que a caballos se refiere. ¿Qué nombre lleva, señor?

—Boanerges. Así fue bautizado en honor a uno de los «Hijos del Trueno». —De Roubaix se rió—. El buen Dios sabe bien que pede atronadoramente.

Los dos viejos soldados rieron a gusto, saboreando la grosera broma. Simon parecía sorprendido ante aquel chiste tan crudo, viniendo en forma tan inesperada de De Roubaix. Al advertirlo, el templario se sonrío.

—Simon, los caballeros del Temple se espera que sean ponderados en lo que se refiere a los asuntos sagrados, y por supuesto lo somos. Saint Bernard de Clairvaux nos indicaba muy acertadamente que evitáramos los pensamientos mundanos, las chanzas ligeras y otras locuras de la carne, y nos alentaba a mantener sesudos y sobrios discursos con nuestros hermanos

templarios. Pero sería un día muy triste si dos viejos camaradas que han compartido duras batallas, como Belami y yo, no pudiéramos celebrar una broma como las que suelen hacerse en los fuegos de campamento.

El rostro del joven normando se distendió y su risa juvenil se unió a la suya. El caballero templario palmeó los cuartos traseros del caballo del joven.

—Adelante, Simon. Te dejo en las expertas manos del más capaz servidor de nuestro cuerpo. Escucha con atención cada palabra que él diga. En serio o en broma, todo cuanto Belami te cuente merece ser recordado. Veinte años de guerrear en Tierra Santa le han enseñado muchas cosas. Le debo mi vida a Belami muchas veces. De modo que escucha y aprende. Un día, Simon, estarás agradecido por sus sabias palabras.

Así diciendo, Bernard de Roubaix hizo dar media vuelta a su caballo gris y se marchó al trote hacia el cuartel de los Caballeros Templarios en la torre de vigía, en tanto Belami conducía a Simon hacia las humildes barracas donde se alojaban los cadetes del Cuerpo de Servidores.

El veterano ya sabía muchas cosas sobre su nuevo discípulo, porque De Roubaix había estado enviando despachos a Gisors. Además, sus astutos ojos habían examinado a Simon, y al viejo soldado le gustó lo que descubrió.

—¿Conocisteis a mi padre? —prorrumpió indiscretamente, adivinando casi la respuesta.

Belami se volvió hacia él, manteniendo inexpresivo su rostro arrugado. El tono de su voz era adusto.

—Yo también hice un juramento solemne, muchos años atrás —dijo.

—Pero ahora ya sé quién era mi padre —arguyó Simon en voz baja. Bernard De Roubaix me lo dijo.

Belami dirigió una larga mirada a la cara ansiosa del joven normando, y su expresión se suavizó.

—Entonces no tengo que decirte que era un hombre magnífico. —El veterano bajó la voz—. Pero cuanto menos hablemos de él aquí, tanto mejor. Hay oídos muy aguzados en Gisors. Guarda tu secreto, mon ami, y yo guardaré el mío. He aquí mi franca mano para sellar el trato.

El viejo servidor extendió su poderoso brazo derecho y su palma dura como el acero se cerró sobre la mano derecha de Simon. En aquel momento, su discípulo comprendió que había encontrado un amigo para toda la vida.

La barraca de los servidores era limpia y ordenada, puesto que todos los días los diligentes cadetes se dedicaban a fregar su suelo. En aquel momento sólo había siete de esos jóvenes, que habían quedado de la camada anterior, cuyos integrantes habían partido recientemente hacia el sur, hacia Marsella, donde embarcarían en dirección a Tierra Santa.

Los cadetes restantes, debido a enfermedades o heridas recibidas durante su instrucción, se consideraba que no estaban momentáneamente en condiciones y, por lo tanto, tendrían que esperar con impaciencia durante varios meses el próximo barco disponible que partiera para ultramar.

Ellos constituían una muestra representativa de los jóvenes cadetes del cuerpo. Sus hogares se encontraban en sitios tan lejanos como Flandes o Bretaña. Con la excepción del bretón, los demás provenían de Normandía, sus feudos, y de Flandes, Picardía y el Loire. Todos ellos se parecían en una cosa: cada uno se sentía amargamente contrariado al no haber podido embarcar hacia Palestina.

También se mostraban ansiosos por impresionar al recién llegado con sus conocimientos y experiencias adquiridos últimamente. Belami lo encontraba divertido puesto que él había sido quien les brindara la instrucción preliminar y aún consideraba que eran unos reclutas novatos.

—Os presento a Simon De Creçy, nuestro último cadete —anunció al grupo de jóvenes semi formados, algunos de los cuales andaban con muletas, mientras que otros llevaban el brazo inmovilizado por pesados vendajes o se encontraban recuperándose de las fiebres. Uno de ellos incluso tenía una suave banda de cuero atada alrededor de la cabeza, puesto que se había fracturado la mandíbula. Temporalmente, estaba imposibilitado de hablar.

Se agruparon en torno al recién llegado, y comenzaron a atacar a Simon a preguntas.

—¿De dónde eres, muchacho?

—¿Qué parte de Francia ha tenido la dicha de liberarse de ti?

—¿Acaso tu familia te dio una patada en el trasero o fuiste lo suficientemente loco como para enrolarte como voluntario?

Las habituales bromas de los soldados adolescentes acuartelados saludaron al recién llegado.

Simon sonrió bonachonamente, aceptando de buen grado las pullas más ásperas. Su altura y sus anchos hombros, así como la decidida expresión de su rostro ya le habían asegurado el respeto de sus hermanos cadetes por su físico. Ahora ponían a prueba su ingenio, para ver cuán vivo era y averiguar si Simon sería una buena adición a sus filas.

—Soy de Forges-les-Eaux, donde forjamos hombres de hierro —respondió, jocoso—. Mi tío Raoul fue quien me enroló «voluntariamente».

Simon continuaba llamando a su tutor por el antiguo título.

—Cuando estéis todos repuestos y bien de nuevo, con sumo placer os demostraré lo que puede hacer a un hombre tomar las aguas ricas en hierro de nuestro pueblo de Forges-les-Eaux.

—¡Debes de estar herrumbroso! —exclamó un sonriente cadete de Lille.

El resto prorrumpió en una carcajada, y la ligera tensión nerviosa que los recién llegados solían experimentar en tales circunstancias cesó en seguida.

Sin embargo, Simon no iba a salir tan bien librado. Los demás cadetes lo cogieron entre todos, y, temiendo lastimarles si se resistía, Simon no se defendió.

—Vamos, Herrumbroso —gritaban, aplicándole inmediatamente un apodo—. ¡Veamos realmente de qué estás hecho!

Los alborotados cadetes cogieron una manta de caballo y se dispusieron a mantear a su nuevo compañero. Se trataba de la estúpida ceremonia de iniciación que la mayoría de los soldados jóvenes suponen haberla inventado ellos. No les fue fácil al puñado de cadetes temporariamente impedidos lanzar por el aire a Simon media docena de veces, pero de alguna manera lo lograron.

El joven normando sólo cayó fuera de la manta un par de veces y, aparte de unas pocas contusiones, sobrevivió a la prueba con su acostumbrado buen talante inalterado.

—Muy bien, Herrumbroso, saliste airoso —dijo riendo el fornido muchachote de Bretaña—. Me llamo Yves.

Inmediatamente, los jóvenes cadetes volcaron un chorro de informaciones personales.

—Y yo, Gaston.

—Yo soy Phillipe.

—A mí me llaman Gervais.

—Ése es Pierre, con la mandíbula rota.

—Yo respondo al nombre de Etienne.

Gritando y riendo los siete cadetes se apiñaban alrededor de su nuevo camarada de armas, complacidos de que un compañero tan sereno se hubiese unido al cuerpo.

Belami, que hasta ese momento había sido un alegre testigo de la iniciación, ahora les interrumpió.

—A lors, mes braves —gritó—. Todos vosotros habéis sido desgraciados, descuidados o simplemente estúpidos, pero ello significa que tendréis que esperar el próximo transporte disponible proveniente de Marsella. Por lo menos tardará tres meses en llegar. Bernard De Roubaix acaba de decírmelo.

Aquella noticia fue saludada con gruñidos y silbidos. Belami levantó la mano para imponer silencio.

—Por lo tanto, para beneficio de Simon De Creçy, vamos a someternos todos una vez más a la instrucción básica

Más gritos de protesta acogieron aquel anuncio. El maestro servidor continuó, imperturbable:

—Podéis pensar que ya lo sabéis todo. Yo os aseguro, mes camarades, que no es así. En caso contrario, no estaríais aquí hoy.

Belami cogió a Simon por el hombro.

—Bernard de Roubaix me dice que este joven caballero cabalga bien, tira bien y sabe manejar la espada y la lanza. Que yo sepa, nunca se ha

caracterizado por exagerar la nota, por lo tanto acepto la palabra de mi superior como el Evangelio.

El veterano sonrió irónicamente.

—Al parecer, Simon de Creçy también sabe leer, escribir y hablar varios idiomas, entre los que encontrará el árabe como el más útil. ¡Hasta sabe hablar inglés!

Una sonora carcajada de los cadetes acogió aquel anuncio.

—Estoy de acuerdo con vosotros, mes amis, que es una lengua bárbara. Incluso la nobleza inglesa prefiere hablar francés. Lo que pretendo señalar es que tenemos aquí un cadete relativamente inteligente que anhela trasladarse a Tierra Santa tanto como vosotros. De manera que, cuanto más le ayudemos a completar su instrucción básica, más rápidamente vamos a emprender la larga ruta hacia Marsella. ¿Comprenez?

Aquellas palabras surtieron efecto, y los jóvenes cadetes pusieron toda su voluntad para acelerar la preparación de Simon. Dejaron de lado las rivalidades y las bromas pesadas, y todos disfrutaron de la experiencia.

La mayoría se repuso muy pronto de sus heridas o dolencias, y todos ellos estuvieron tan ocupados, que no tenían tiempo de aburrirse por la repetición del programa de instrucción, que era lo que Belami pretendía.

Todos los días, el amanecer sobre el montañoso paisaje boscoso precedía a los ejercicios de equitación, de esgrima y del manejo de la lanza. Practicaban, interminablemente, la formación táctica montados a caballo, la carga y el giro brusco para volver a cargar, corveteando, trotando y haciendo cabriolas, así como todos los ejercicios y maniobras que contempla el manual de caballería. Al final del entrenamiento, cabalgaban juntos como un solo jinete.

Trabajaron arduamente; comían bien y dormían como troncos.

Por fin llegó la noticia del sur anunciando que la próxima nave de transporte de templarios había zarpado de Tierra Santa para recogerlos en el puerto de Marsella al cabo de pocas semanas. Aquella noticia fue acogida con ensordecedores gritos de alegría, y hasta Belami tuvo que reconocer que sus ocho cadetes poseían toda la capacidad y preparación que él era capaz de brindarles.

De hecho, estaban tan bien entrenados que llegaron a salvarle la vida al veterano. Ello ocurrió de la siguiente manera.

Como parte de su instrucción en el arte de la guerra, Belami había llevado a su pequeño ejército Sena abajo para efectuar un ejercicio de cruce del río. En la ribera que el veterano había elegido para la demostración, el Sena corre velozmente entre altos acantilados rocosos.

La cima del acantilado estaba densamente poblada de árboles de considerable tamaño, de modo que había troncos suficientes para construir una balsa. Todo lo que los cadetes tenían que hacer era abatir los árboles y hacerlos rodar por el acantilado hasta la angosta playa de la falda.

Las recientes lluvias de marzo habían aflojado las piedras de los acantilados y una inesperada helada tardía había erosionado posteriormente la cara rocosa. En el lapso de una hora, los cadetes habían construido una recia balsa, que estaba a punto para ser probada. Como de costumbre, el veterano servidor subió a bordo de la estructura de troncos para inspeccionar las ataduras y ponerla a prueba.

La balsa flotaba cerca de la playa, amarrada por una soga a las raíces de un árbol caído cerca de la orilla. Por alguna razón, los nudos no satisficieron a Belami, que se dedicó a la tarea de rehacerlos más apretados.

En aquel momento, se produjo un desprendimiento de rocas del acantilado erosionado por la helada, que se precipitaron al Sena. El consiguiente desplazamiento masivo de las aguas provocó un oleaje que se abatió sobre la balsa. Antes que el sorprendido veterano pudiese saltar a la playa, la rugiente masa de agua había golpeado el extremo de la balsa, de la que se desprendió uno de los troncos, que golpeó al servidor en la cabeza, dejándole aturdido y precipitándole al furioso Sena.

Belami llevaba armadura y, sin conocimiento, desapareció sin hacer esfuerzo alguno en las profundas aguas.

Algunos de los horrorizados cadetes sabían nadar, pero ninguno tan bien como Simon. Por fortuna, se había quitado la cota de malla para cortar los árboles y todavía no había vuelto a ponérsela. Sacándose las botas, el joven se zambulló en el espumoso río y nadó directamente hacia las profundidades, en el lugar donde había visto desaparecer a Belami.

Simon apenas pudo distinguir el cuerpo del servidor inconsciente, atrapado entre las espesas algas. Tenía los ojos cerrados y la boca abierta, de la que surgían burbujas que subían a la superficie.

Comprendiendo que no había tiempo que perder, Simon cogió la daga de Belami de la vaina que llevaba en la cintura y cortó las enredadas algas.

Con unos poderosos golpes dados con los pies, el cadete se dio impulso para subir los dos a la superficie. Cuando se liberaron de las garras del río, una exclamación de alivio saludó su reaparición. Le echaron una soga, que Simon cogió y en pocos segundos, salvador y salvado fueron sacados a tierra.

La alegría de los cadetes fue de corta duración. Su veterano instructor parecía horriblemente muerto. Una vez más, Simon tuvo motivos para bendecir a Owen, el viejo arquero galés, así como las lecciones que le había dado. El rudo arquero se había criado en la comunidad de pescadores asentada a la ribera del río Severn, en el sur de Gales.

Él le había enseñado a nadar como un galés nativo y, afortunadamente, también le había demostrado cómo tratar a una persona ahogada.

—¡Deprisa! Ayudadme a poner a Belami boca abajo sobre aquel tronco —gritó Simon.

Los cadetes, alegrándose de poder hacer algo útil, llevaron al veterano inconsciente hasta el árbol caído y le colocaron encima, de través, tal como Simon les había indicado. Simon comprendió que no tenía tiempo de quitar la armadura al servidor, por lo que se dedicó en seguida a tratar de salvarle la vida. El joven normando se arrodilló a horcajadas sobre la espalda de Belami y comenzó a ejercer presión sobre la amplia caja torácica del viejo soldado.

Presionando y aflojando la presión, Simon logró que expeliera la mayor parte del agua lodosa que había tragado.

—¡Dadle la vuelta! —ordenó, y los demás cadetes le obedecieron en seguida.

Aspirando profundamente, ahora unió firmemente los labios a la boca del hombre inconsciente, al tiempo que oprimía las aletas de la nariz del

veterano, mientras exhalada con fuerza el aire para que penetrara en los pulmones de Belami.

Simon repitió la operación varias veces, mientras pedía a otro cadete que oprimiera el pecho del veterano, tal como había hecho él anteriormente.

A los compañeros expectantes, todo aquello les parecía cosa de brujería. Varios de ellos se apresuraron a persignarse.

De pronto, Belami empezó a toser, vomitando más agua. Abrió los ojos, parpadeando ligeramente.

—¡Incorporadlo! —gritó Simon, presa de la excitación.

Mientras los demás lo hacían, sus temores de que se trataba de una obra de brujería se vieron fortalecidos cuando el veterano vomitó el resto del agua. A pesar de sus temores supersticiosos, lanzaron gritos de júbilo.

—¡Un milagro! —exclamó Pierre de Montjoie, que ya tenía la mandíbula soldada.

—¡Brujería! —siseó Phillipe de Mauray, estremeciéndose de terror.

—¡Ni una cosa ni la otra! —dijo Simon, sonriendo con alivio al ver coronados sus esfuerzos—. Se trata de un antiguo artificio, que me enseñó Owen, el Galés. Me contó que los romanos utilizaban este método mucho antes de que llegaran a Bretaña. Bendita sea nuestra Señora, por haber surtido efecto. Al parecer, no siempre es así; resulta efectivo sólo si se aplica a la víctima lo más pronto posible después de haberse ahogado o sufrido asfixia.

«Owen también me dijo que los brujos y charlatanes locales se valían del mismo artificio, para «resucitar a los muertos», y en el caso de alguien como Belami, tomado a tiempo, sus esfuerzos a menudo daban resultado. ¡Podéis imaginaros qué reputación podía reportarle a un brujo un aparente milagro como éste!

Artificio de brujo o no, el caso era que había salvado la vida a Belami.

Increíblemente, sólo veinte minutos después de haber sido rescatado del Sena, el veterano estaba en condiciones de ponerse de pie tambaleándose.

La primera cosa que hizo fue arrodillarse y dar gracias a la Virgen Bendita. Luego, abrazó a Simon, en medio de las risas de alivio de los

cadetes. Por fin, les reprendió a todos por no haber construido la balsa correctamente.

—¡Quien sea que haya atado esos nudos tan flojamente merecería ser azotado! —dijo, y hablaba en serio.

El veterano, sobre todo y en primer lugar, era un maestro servidor. Para él, corregir un procedimiento lo era todo.

Belami, del Cuerpo de Servidores Templarios, había reasumido su tarea.

OceanofPDF.com

3
LA LARGA RUTA AL SUR

En el mes de abril de 1181, se terminó el periodo de instrucción de Simon en Gisors. Junto con los siete cadetes restantes, estaba listo para emprender el largo viaje al sur.

Belami se había superado a sí mismo. Simon ahora era experto en el uso de todas las armas, incluyendo la menos caballerosa de las artes de la guerra, como dar puntapiés, meter los dedos en los ojos y golpear con el garrote. El hábil veterano de guerra le había enseñado al joven normando todo cuanto sabía sobre las formas de matar o de dejar fuera de combate al oponente.

Simon había merecido elogios de Belami y ganado el respeto de sus compañeros, que celebraron aquella formidable incorporación a sus filas. Durante los meses de intensa actividad, el joven caballero sólo había visto a Bernard de Roubaix en contadas ocasiones, puesto que el templario partía en misiones especiales para regresar al cabo de unos días. El viejo caballero era un hombre muy ocupado y trataba deliberadamente de no interferir en la instrucción de Simon, con el fin de no causar la impresión de que le hacía objeto de alguna suerte de favoritismo, cosa que podría provocar la enemistad de los otros cadetes.

Sin embargo, había estado atento a los progresos de Simon, y Belami le había informado regularmente sobre el comportamiento del joven. El

templario estaba encantado con la evaluación que hacía el veterano de su protegido.

—El muchacho posee una cordialidad natural que le hace merecedor del afecto de sus amigos. A pesar de ello, nunca he visto que utilizara esa virtud para evitarse inconvenientes. Si surge un problema, lo enfrenta. Será un magnífico camarada en la batalla. Su habilidad con las armas es excepcional, sobre todo cuando se vale del arco. Con esa arma, Simon es un mago.

El templario rió.

—¿Tienes algo más que decirme, servidor?

Belami titubeó.

—Hay algo que me preocupa, señor. Simon se ha criado en un hogar sin mujeres. Se le ha enseñado a tratar a la mujer como a una dama, con caballerosidad y cortesía, que es como debe ser. Pero, al mismo tiempo, se le ha llevado a pensar en la mujer en general, y en las doncellas en particular, como en una especie de trampa para la inocencia y en un cepo para el incauto.

«Sé que Raoul De Creçy sólo pretendía que Simon se mantuviera casto, durante el mayor tiempo posible, atento a las esperanzas que ambos cobijáis para el futuro del muchacho como caballero templario. Este, después de todo, era el sueño de su padre, Odó de Saint Amand.

Belami hizo una pausa, mostrándose un poco incómodo.

—Pero esta actitud ha hecho a Simon, que es un muchacho sano y normal, extremadamente vergonzoso con las mujeres.

De nuevo el veterano vaciló.

—Eso podría acarrear problemas en el futuro, en el mundo masculino de los templarios.

Bernard De Roubaix comprendió que Belami tocaba un punto válido. La desviación del amor normal no era desconocida en las filas de los templarios y los hospitalarios, si bien solamente se hablaba de ello en voz baja y en secreto.

—Consideraré el asunto cuidadosamente —dijo—. Como Simon aún no ha sido armado caballero templario, no veo razón por la que debiera

prohibírsele la compañía de las damas.

El viejo caballero titubeaba, embarazado por la situación.

—Eso no significa que apruebe la conducta licenciosa. ¡Maldita sea, Belami! Usa tu propio juicio. No eres un santo en estos asuntos, sin embargo nunca he oído a ninguna mujer que se quejase porque la hubieras lastimado. Pero, viejo rufián, no permitas que el zagal tenga excesiva licencia. Recuerda: tú estás a su lado para protegerle de todos los peligros, y eso incluye la astucia de las mujeres inescrupulosas.

Después del postrer informe de Belami, el caballero templario mandó a llamar a Simon. Quedó encantado por lo que vio. El joven cadete era la pura imagen de la salud; su rostro parecía más enjuto a causa del duro entrenamiento, y su alto y recio cuerpo, en perfecto estado. Bernard De Roubaix dio su plena aprobación.

—Belami me ha contado excelencias sobre ti, Simon. Mis felicitaciones por tus rápidas reacciones. Sin duda le salvaste la vida a Belami, del mismo modo que en otra ocasión salvaste la mía. Esa extraña habilidad para la resucitación valdría la pena que la transmitieras a tus camaradas. —Los ojos del viejo caballero chispearon—. Aunque pocos hombres se ahogan en los desiertos de Tierra Santa.

Simon se sonrió.

—Mañana partiremos hacia París, señor. Me complace tener esta oportunidad para agradeceros todas vuestras gentilezas. Belami me ha hablado de vuestro interés por mis progresos. Os estoy muy agradecido. Lamento no haber tenido tiempo de visitar a mi tío..., quiero decir a sir Raoul. Pero espero que cuando volváis a verle le daréis mis respetos y mi más sincero homenaje.

—Y tu amor, Simon. No es señal de debilidad utilizar esa palabra. Sé el afecto que os tenéis. Claro que le diré cuánto le amas y le añoras, así como cuán orgullosos nos sentimos Belami y yo de tus excelentes progresos.

Simon se ruborizó y le dijo gracias tartamudeando.

El anciano mariscal templario sentía el mismo afecto por el hijo natural de su Gran Maestro fallecido que su más íntimo amigo, Raoul De Creçy.

—Debo separarme pronto de ti, Simon. Nuestro Gran Maestro me ha ordenado dejarte en París y luego volver a mi semirretiro con Raoul, en De Creçy Manor. Lo disfrutaré, porque es mi más viejo amigo.

«También dedicaré mi tiempo a realizar una gira de inspección de las propiedades de los templarios en esta parte del norte de Francia. Asimismo supervisaré las granjas, los libros contables y los suministros de rutina de vituallas y forrajes para todas las comandancias de los templarios en la zona.

«Estaré ocupado y llevaré una vida útil todavía, pero mi corazón..., no, el corazón de Raoul y el mío... te acompañarán a Tierra Santa.

Las palabras de De Roubaix le recordaron al joven que el último vínculo con su antigua vida en Normandía pronto se cortaría. Ahogó un sollozo.

—Vamos, vamos, mi querido muchacho. —También el templario estaba al borde de las lágrimas—. Tu tutor y yo iremos a pescar y a cazar, y recordaremos anécdotas de Tierra Santa. A los viejos es mejor dejarles juntos con sus remembranzas del pasado. ¡Tú, joven Simon, eres nuestro futuro!

Bernard de Roubaix suspiró. Por lo menos disfrutaría los últimos días que pasaría con Simon.

—Quiero que me acompañes en una visita a Chartres. Los demás cadetes irán con Belami hasta nuestra sede central en París, pero deseo mostrarte la iglesia favorita de tu padre: la catedral de Notre Dame de Chartres. Procura estar listo en una hora.

Simon le saludó y corrió a contarle a Belami y a sus camaradas que se encontraría con ellos después, en la capital. Luego se reunió con el anciano mariscal y juntos partieron hacia Chartres.

Esa ciudad está situada al sudoeste de Gisors, aproximadamente a tres días de distancia a caballo. Por el camino se detuvieron en una granja en Mantes, que la tenía a su cargo un servidor templario retirado. Había servido a las órdenes de De Roubaix y de Belami, antes de dejar su pierna izquierda en Tierra Santa y retirarse a Normandía con una pensión de la Orden.

El marchito anciano saludó a De Roubaix calurosamente y sacó una sidra excelente para Simon. Al templario le ofreció zumo de manzana sin fermentar.

Su siguiente parada fue en una granja de un caballero franco, Robert d'Andelis, que había luchado junto a De Roubaix en Tierra Santa. Los dos viejos cruzados charlaron largo y tendido toda la noche, mientras Simon escuchaba absorto sus emocionantes recuerdos.

Por fin, después de la puesta del sol del tercer día, los viajeros entraron en el patio de la comandancia de los templarios en Chartres.

Para Simon había sido un viaje fascinante, pues durante la larga cabalgata, el viejo templario le abrió una vez más su corazón a su escudero. El joven normando estaba encantado con las historias de ultramar que le contaba De Roubaix, pues muchas de las batallas en que había tomado parte el viejo cruzado las había compartido junto al padre de Simon, cuando era Gran Maestro. Además, era evidente que De Roubaix tenía un alto concepto de Odó de Saint Amand y hablaba de él con gran afecto.

El placer mutuo que experimentaron durante el viaje era equiparable al que comparten un padre y un hijo. Eso no significa que Bernard de Roubaix hubiese suplantado a Raoul de Creçy en el amor de Simon, pues eso nadie podría lograrlo, sino que ahora se había creado un fuerte lazo afectivo entre ellos; y el templario sentía la misma tristeza sobrecogedora que Raoul había experimentado, al pensar en la partida de Simon en pos de su destino en Tierra Santa.

Avanzaban por la ondulante campiña, densamente poblada de bosques y adornada por el atractivo esplendor de las primeras flores silvestres de la primavera. Prímulas y campánulas alfombraban el suelo de la floresta, en tanto que los castaños, los manzanos y los cerezos florecían en los huertos.

En Chartres, su primera tarea al levantarse al amanecer fue visitar la catedral. Aquel imponente monumento dedicado al amor del hombre por Dios había sido construido y ornado durante los últimos cincuenta años. Ocupaba el mismo lugar de la antigua iglesia, construida por Fulbert, el gran benedictino. La iglesia se había quemado medio siglo antes.

La iglesia de Fulbert, a su vez, la habían levantado los benedictinos, después de la destrucción, también por el fuego, de la primera iglesia cristiana que se alzó en el lugar.

En total, tres eran las iglesias que se habían construido en el mismo sitio, que los druidas dedicaron previamente a la adoración del dios pagano Lug.

El hecho de que utilizaran un sagrado lugar pagano para construir una iglesia cristiana confundió a Simon y así se lo manifestó al mariscal templario. De Roubaix le explicó la aparente anomalía.

—Ello se debe a que el lugar en sí es sagrado, sea para adoradores paganos, sea para los cristianos que les sucedieron. El suelo se encuentra saturado del Wouivre, el «poder del dragón», que lleva las corrientes telúricas de la fuerza vital a través de la tierra. Estas sutiles energías, que fluyen como la sangre de nuestras venas, siguen el curso de las «aguas de debajo de la tierra». Este lugar sagrado, donde actualmente se erige la catedral, está localizado sobre un punto de confluencia de esas corrientes subterráneas. Las aguas suben arremolinadas a la superficie, en la forma de una fuente natural, o puits como los llamamos. ¡Ahí es donde encuentras el Wouivre..., si lo buscas!

Simon quedó encantado con la catedral. Para el joven caballero parecía que el magnífico edificio siempre había engalanado aquel lugar sagrado y que así permanecería por los siglos de los siglos. Causaba una sensación de permanencia aquella catedral que ni él ni el templario consideraban que el Destino pudiera alterar jamás.

Admiraron la imponente fachada de la catedral, con su impresionante pórtico esculpido y los espléndidos ventanales que se abrían sobre la ojiva de medio punto del portal en arco. Aquélla era una de las primeras catedrales que se construyeron en el nuevo y revolucionario estilo gótico, que se caracterizaba por las elevadas bóvedas de la nave y, en toda la edificación, la noble línea de los arcos en aguda punta.

—¡Todo esto se construyó sin planos! —comentó el templario, para sorpresa de Simon.

Siguió explicando cómo se había realizado aquella extraordinaria proeza.

—Los maestros de obras usaban un vasto piso de yeso donde lo dibujaban todo, desde las elegantes curvas de los arcos góticos hasta las formas redondeadas y cantonadas de las columnas de sostén.

«Aquellos ingeniosos artesanos poseían la habilidad de los grandes constructores de templos de Tierra Santa. Eran matemáticos que comprendían los principios y axiomas de la sagrada geometría de Euclides y Pitágoras, y aquí, en Chartres, podemos ver los resultados prácticos de aquellas bellas verdades.

Simon estaba fascinado.

—¿Queréis decir, señor, que todas esas maravillas se construyeron mediante la utilización de la geometría solamente?

El viejo templario se sonrió.

—No totalmente, Simon, porque el ojo del artesano ve una belleza oculta que el geómetra, sin ayuda, no puede liberar de la piedra. Eso ocurrió con los maestros de obras que construyeron esta obra maestra con sus piedras de talla perfectamente cortadas.

«Obtuvieron estos resultados recurriendo a los medios que tiene la naturaleza para formar esas curvas perfectas. Para explicarlo con simplicidad, los maestros de obras empleaban juncos, largas cañas flexibles o delgadas varillas de madera curvable, que, cuando se mantenían contra una serie de pesas pequeñas dispuestas sobre el piso de yeso, ayudaban a guiar los compases a lo largo de las líneas ondeantes.

«Las formas de la naturaleza no pueden ser mejoradas por los hombres comunes, por muy hábiles que sean en el arte del dibujo. Tales formas nos son dadas por el Gran Arquitecto del Universo. Nosotros no podemos mejorar la obra del Todopoderoso, que es perfecta.

Mientras caminaban en derredor de la gran catedral, el sabio caballero iba señalando la simple decoración, que reverentemente enriquecía el edificio sin caer en una ostentación vulgar.

—La estatua de San Jorge, el vencedor del Dragón, que, por supuesto, es el símbolo del tosco poder pagano del sitio sagrado, y la figura de San

Teodoro, el ángel guardián de este lugar sagrado, se yerguen sobre la puerta meridional, o la «Entrada del Caballero», como se la llama.

«Fíjate que esas figuras son de tamaño natural. Visten la cota de malla del monje guerrero, y tienen los pies tallados en equerre, correctamente «cuadrados», como corresponde a los Geómetras Sagrados que representan.

«Cuando estuve prisionero en Damasco me enseñaron el maravilloso arte de la geometría como parte de la Gran Obra. Los sarracenos me trataron bien, a pesar de ser templario, y a que un par de nuestros grandes maestros habían maltratado salvajemente a los paganos.

«Sea como fuere, me dieron muestras de gran civilidad, a pesar de saber mis captores que no obtendrían rescate alguno por mí. Incluso conocí al gran filósofo arábigo Osama. Este sabio y viejo maestro completó mi instrucción en geometría sagrada, cuyos rudimentos ya había aprendido de otro extraordinario erudito, llamado Abraham, un sabio judío que conocí en Tiberias.

Maestro por naturaleza como era, De Roubaix le explicó a Simon, con simples términos, muchos de los aspectos más sobresalientes de la catedral.

—En primer lugar, consideremos el sitio sagrado en sí, que fue elegido por los antiguos druidas por su poder. Siglos atrás, se colocó aquí un dolmen enorme de piedra, mediante métodos que aún no hemos logrado comprender totalmente.

«De alguna manera fue transportado desde muchas millas de distancia, donde originariamente había formado parte de uno de los antiguos círculos de piedra descubiertos en esta parte del país.

«Cuando se construyó la catedral, se precisó una pesada plataforma con ruedas de construcción maciza, tirada por un tronco de poderosos caballos, con el fin de llevar el dolmen las pocas yardas que lo separaban del lugar donde se encuentra ahora, en lo que es la cripta de la catedral. ¿Cómo hicieron los druidas para trasladar semejante piedra desde el círculo mágico donde se encontraba hasta el nuevo emplazamiento de su templo pagano?

El templario lanzó una sonora carcajada ante el evidente asombro de Simon.

—No atormentes tu joven cabeza con semejante enigma, Simon. Muchos grandes eruditos están tan perplejos como tú. Quizá la respuesta se encuentre en el conocimiento que poseían los druidas de la magia antigua.

«Cualesquiera que fuesen sus métodos mágicos, sus motivos eran los mismos que los nuestros: la adoración de la Luz y la veneración de nuestra santa Madre Tierra, que se halla representada y personificada en el enorme dolmen de piedra bajo nuestros pies.

Simon parecía sorprendido.

—Pero, seguramente, los paganos y nosotros adoramos a dioses enteramente distintos, o mejor, en su caso, un panteón de dioses, diosas y espíritus de la naturaleza.

El templario sonrió comprensivamente.

—En realidad, Simon, nuestra bendita Señora de Chartres es adorada y reconocida por muchos nombres. Los antiguos egipcios la llamaban Isis; los griegos, Gaya. Nosotros la llamamos Santa Virgen María. Ella es la madre de nuestro Señor y la madre celestial de todos nosotros. Eso es lo que creemos los templarios. ¡Éste es Su lugar sagrado! ¡Éste es el «Misterio del Sitio»!

Para entonces ya habían pasado por debajo del pórtico y entraban en la catedral. Inconscientemente, bajaron la voz al franquear el portal, pasando de la brillante luz primaveral del exterior a la fresca penumbra de la nave abovedada.

Simon en seguida advirtió un resplandeciente dibujo luminoso que cubría las amplias losas del suelo de la catedral. Estaba fascinado por la danzante luz solar sobre las piedras, y De Roubaix se dio cuenta del interés de su acompañante en el colorido diseño.

—¡Ése es el segundo Misterio, el de la Luz! Observa, Simon, cómo los tres altos ventanales de la fachada frontal proyectan esos bellos dibujos. Ello se debe al hecho de que los artesanos han instalado recientemente una intrincada red de pequeños marcos de plomo, llamados «cames», que mantienen unidos múltiples fragmentos de vidrios de colores de formas diferentes en el interior de las ventanas de piedra. Esos fragmentos de vidrios de colores, primero se pintan y luego se someten a la acción del

fuego en un horno, antes de fijarlos en las «cames» de plomo, formando una escena de la vida de nuestra bendita Señora de Chartres.

«Puedes ver a algunos de los artesanos trabajando en los ventanales, en aquel andamio, sobre nuestras cabezas.

—¿De dónde proceden esos maestros capaces de construir una obra de arte tan maravillosa? —preguntó Simon, pasmado ante los arcos resonantes de la amplia nave.

—Muchos de ellos son oriundos de la zona del lago Como, en Italia. Les llamamos «comocinenses». Son, en efecto, maestros de obra. Todos ellos son hombres libres, puesto que la tarea de construir y decorar estos enormes edificios sagrados no es para los vasallos, siervos y esclavos.

«Cada francmasón es hermano de una de las famosas cofradías o compañías de artesanos. Se les conoce como «Los hijos del maestro Jacques», «Los hijos del padre Soubise» y —en ese momento el viejo templario hizo con disimulo un curioso signo con la mano derecha— «Los hijos del rey Salomón».

«Los templarios comprendemos los extraños hábitos de esas cofradías, porque, de la forma y diseño del templo del rey Salomón, el mago maestro de Jerusalén, proviene la Divina Proporción de la Sagrada Geometría, que se ha utilizado exclusivamente en toda la construcción de esta hermosa catedral.

Simon se hallaba perdido en la contemplación de la obra de arte pétrea que les rodeaba, envolviéndoles con una sensación de paz y serenidad.

Bernard de Roubaix siguió diciendo en voz baja:

—San Bernard de Clairvaux, el renombrado erudito cisterciense, nos dio las régles, las reglas mediante las cuales disciplinamos nuestra vida como caballeros templarios. Ellas dan forma a nuestros deberes y regulan nuestros hábitos de vida, de manera muy parecida al modo en que la Sagrada Geometría determina la forma y diseño de las piedras de talla acabadas, con que se construyeron el templo de Salomón y esta catedral.

«Como ves, Simon, sólo mediante la estricta observancia de las reglas del Cosmos, que nos dio el Gran Arquitecto del Universo, podemos construir semejante obra de arte... que es, por supuesto, lo que debería ser

nuestra propia vida. Somos criaturas de Dios, hechas a Su propia imagen, y nuestra vida debe conformarse a la perfección de sus reglas.

Una luz enceguecedora parecía iluminar la mente de Simon. Su voz sonaba apagada.

—Ahora lo comprendo. Esta catedral es un sermón de piedra, que nos enseña a todos cómo tenemos que vivir. Todo se encuentra expresado aquí en las perfectas proporciones de las piedras sillares.

—¡Exactamente! —exclamó el templario—. ¡Has captado la gran lección que nos enseña este lugar! Tu padre solía llamar a esta catedral: «Un instrumento para comunicarse con Dios».

En aquel preciso momento el sol salió de detrás de una nube, para inundar la nave de rayos de luz donde flotaban las motas de polvo. Simon se quedó sin aliento ante su belleza, y ambos, instintivamente, cayeron de rodillas y dijeron un Padrenuestro y el Ave María. Aquél fue un momento mágico.

—Ése fue un ejemplo perfecto del «Misterio de la Luz» —comentó el viejo caballero, poniéndose de pie—. Ahora, respecto del delicioso «Misterio del Sonido».

Bernard de Roubaix extrajo su daga, puesto que tenía derecho, como caballero templario, a entrar armado en la catedral.

Dando vuelta a la hoja, golpeó ligeramente con la empuñadura el costado de la columna más cercana. Sonó una nota clara, que se elevó por los arcos de la nave. De Roubaix se sonrió y golpeó de nuevo una segunda columna cuadrada. La nota fue distinta. El templario se desplazó rápidamente a lo largo de la columnata, dando un ligero golpe a cada una de las altas columnas, hasta que toda la nave de la catedral se llenó con el sonido de la mágica música de las columnas de piedra, como un coro de ángeles.

Simon estuvo a punto de aplaudir de placer, pero se contuvo prudentemente.

Mientras el bello sonido menguaba lentamente, apareció una figura encapuchada y envuelta con la túnica blanca de la Orden, que avanzó, sonriendo, para saludar a De Roubaix.

—Bernard, sabía que eras tú, amigo mío. Cómo te gusta hacer cantar a nuestra catedral.

El encapuchado templario se descubrió la cabeza para dejar al descubierto un rostro enjuto, de barba blanca, que denotaba una mansa energía.

Se trataba de Robert de Guise, un famoso cruzado, que había renunciado a su ducado para unirse a la Orden.

—Encantado de verte, Robert —dijo De Roubaix, al tiempo que abrazaba a su viejo camarada de armas—. Te presento a Simon de Creçy, mi pupilo.

—Debes de estar emparentado con Raoul de Creçy —dijo De Guise—. Es un viejo camarada de luchas y un querido amigo mío, a quien hace años que no veo. Espero que esté bien.

—Goza de excelente salud, señor.

Para evitar que Simon tuviese que mentir, explicando su parentesco con Raoul de Creçy, Bernard de Roubaix intervino:

—Simon se dispone a unirse a la Cruzada, Robert. Le traje a la catedral como recompensa por haberse desempeñado excelentemente en su entrenamiento en Gisors.

De Guise sonrió.

—¿Te hizo pasar muchos malos ratos Belami, hijo mío?

—No, señor —respondió Simon, con una sonrisa—. El servidor Belami me brindó tres meses maravillosos de su precioso tiempo. Gracias a él, y a las cosas que me enseñó, podré, con la ayuda de nuestra bendita Señora, servir a la Orden sin deshonrarme en Tierra Santa.

—Bien dicho, muchacho.

De Guise contemplaba con admiración la recia complexión del apuesto cadete.

—¡Virgen Santa, crecen altos y fuertes en Normandía!

—Discúlpanos, Robert —dijo De Roubaix—. Aún hay unas cuantas cosas que quiero mostrarle a mi pupilo, y nos queda poco tiempo.

El ex duque asintió comprensivamente.

—Por supuesto, Bernard. Puedes rondar por donde te plazca con total libertad. La catedral está llena de maravillas. Disfrútalas, hijo mío, mientras puedas.

El eminente templario dio a Simon su bendición y les dejó para que siguieran explorando el resto de la construcción.

—¿Conocía a mi padre, señor? —preguntó Simon con ansiedad, en cuanto Robert de Guise estuvo fuera del alcance de sus voces.

—No como a padre tuyo —respondió el templario, con voz queda—. Pero, como Gran Maestro, por supuesto. Ten cuidado, Simon. No debemos hablar de estas cosas, sobre todo en la catedral, donde cada palabra llega a todos los confines, por muy quedo que hablemos.

—Perdonadme, señor.

El joven se ruborizó de vergüenza ante aquella falta de discreción.

—Es muy natural que desees saber más sobre tu padre —dijo De Roubaix en un murmullo—. Sólo procura ser más cauteloso, muchacho.

«Volvamos al último misterio de la catedral: el "Misterio de la forma y el diseño del edificio". Estas proporciones sagradas constituyen la base de la Sagrada Geometría. La denominamos la Regla áurea.

«Dicho simplemente, la esencia de la Divina Proporción, o la Sección áurea, como la imaginaban los antiguos egipcios, es la Unidad en el cociente a la raíz de cinco, más uno, dividido por dos.

Con el fin de ilustrar lo que quería decir, el templario trazó los números en el suelo, valiéndose de un junco que había extraído de un haz que los albañiles habían dejado apoyado contra el muro.

—Así.

«Esto nos da la proporción de la Unidad a 1,618, en números redondos. Id est: la Sección áurea es 1,618. Para simplificar, se utiliza la notación numérica moderna.

De nuevo, trazó las cifras en el polvo que se había asentado sobre las losas de la obra precedente a la que se elevaba sobre sus cabezas.

—Cada piedra sillar fue marcada por los maestros de obra utilizando esa proporción, en el modelo primero, y luego, después que la piedra fuese cortada burdamente y traída aquí, era cuidadosamente terminada y colocada

en su posición exacta, como lo requieren los principios de la Sagrada Geometría. Ello significa que el tallado final y el ajuste se realizaron en el piso de la nave, el crucero y todo el resto de la catedral.

Simon estaba extasiado.

—¿Y el Laberinto, señor? —preguntó, señalando el vasto dibujo laberíntico taraceado en las losas de la nave.

El viejo templario hizo una pausa, sonriendo pensativamente, mientras se atusaba la barba.

—Un día, Simon, sin duda transitarás solemnemente por el Gran Laberinto de Chartres, de acuerdo con la Sagrada Danza de la Vida y la Muerte..., pero, hasta entonces, no te puedo explicar el «Misterio del Laberinto».

En aquel momento, un grito terrible resonó en la catedral, rompiendo la paz y la tranquilidad.

Sobresaltados, levantaron la vista, para vislumbrar la figura que caía del alto andamio con los brazos desplegados como un águila y agitando las piernas.

Chillando aún, el aterrado artesano cayó en el vacío hasta chocar contra las losas. El pobre desgraciado falleció instantáneamente.

Simon, horrorizado, se precipitó en seguida hacia adelante, pero la orden de De Roubaix resonó estentórea:

—¡No toques a la víctima de la Wouivre! Ambos estamos armados, por lo tanto ninguno de los dos se encuentra en estado de gracia. Aquí llega alguien mejor preparado para administrar la extremaunción. Roguemos por su alma.

Ambos cayeron de rodillas y entonaron un Padrenuestro. Cuando hubieron terminado, para sorpresa de Simon, el templario siguió orando en una lengua desconocida, a la vez que hacía ciertos signos curiosos que ponía cuidado de ocultar a los ojos que pudieran estar observando, salvo los de su pupilo. Al fin, se puso de pie.

—Ven, Simon —dijo, quedamente—. Es hora de irnos. El Wouivre está presente.

Sin otra palabra más, abandonaron la catedral, que de repente se volvió fría como el hielo y ahora parecía poblarse de sombras. Simon temblaba de desazón.

Afuera, a la luz del mediodía, se sintió mejor. El templario se volvió a su acompañante.

—Simon, lo que has presenciado no fue un accidente. Eso fue un sacrificio que exigió el Wouivre.

—¿Queréis decir que fue obra de brujería? —preguntó Simon con voz ronca, todavía horrorizado por la terrible muerte del artesano.

—Quizá —repuso el templario—. Pero más probablemente se debió a la expiación de algún pecado mortal, que el albañil cometiera y que no había sido absuelto en la confesión. Bajo ninguna circunstancia, un artesano debe asumir una tarea en una obra sagrada, dentro de los confines de un lugar santo, sin haberse confesado. El Wouivre vino a cobrarse la pena por semejante blasfemia. ¡Es la muerte!

Al día siguiente, continuaron el viaje a París. Después de la súbita muerte del francmasón, el silencio se había impuesto entre ellos, pero, a la mañana siguiente, el cálido sol primaveral disipó su depresión. Bernard de Roubaix prosiguió su disertación sobre temas templarios, sin volver a referirse a la tragedia. Simon se encontraba tan absorto ante la corriente de información de su mentor, que no tardó en relegar el accidente del día anterior a lo más profundo de su mente; sin embargo, la horrorosa imagen de aquella figura que chillaba, mientras se precipitaba a su muerte, siguió reapareciendo en perturbadores destellos de la memoria. El caballero normando aún era muy joven y, si bien había dado muerte tanto a animales como a personas, la súbita muerte le afectó más de lo que era habitual en aquellos tiempos violentos. Les llevó tres días salvar la distancia que les separaba de París y cada noche pernoctaron en diferentes granjas de los templarios. Los edificios fortificados de dichas granjas eran construidos alrededor de un patio central, donde se podía encerrar a los animales en caso de ataque. De ahí que también se las llamara «fermes», de fermé, que significa «cerrado», en francés.

Caballero y escudero se acercaban a París por el suroeste, siguiendo la baja orilla izquierda del río Sena. Desde que partieron de Chartres habían cubierto una distancia de más de un centenar de millas.

La capital de Francia en el siglo XII había crecido a un ritmo febril en los últimos veinte años. A la sazón, más de 100.000 personas vivían dentro del perímetro de sus fortificaciones, o bien apiñadas en los environs de París, fuera de sus murallas. Ello la convertía en una de las ciudades más grandes del mundo occidental.

Los romanos la habían trazado como un nostálgico recordatorio de su propia capital, puesto que París, como Roma, también descansaba sobre bajas colinas. El enclave de la guarnición que servía de cuartel general de las legiones romanas asentadas en la Galia, pronto se convirtió en un importante centro comercial.

Eso sucedió a causa del río Sena, que era plenamente navegable en todas las estaciones del año, por donde llegaban abundantes provisiones desde la costa septentrional francesa y de las ricas granjas y viñedos de poniente. Ese río estratégicamente tan importante, que cruzaba serpenteando la ciudad que servía de guarnición a los romanos, también había traído a las sucesivas legiones allí apostadas el recuerdo de su Tíber natal, que serpenteaba a través de Roma.

Simon estaba fascinado por la ajetreada escena que contemplaba a su derredor mientras él y De Roubaix avanzaban al paso de sus caballos por las angostas calles. Éstas eran poco más que sendas barrosas, pues los environs de la ribera meridional del río no gozaban de las mismas comodidades que las de la parte septentrional de la capital. La ciudad sobre la orilla derecha del Sena se encontraba entrecortada por anchas rúes adoquinadas, herencia de las vías que en un tiempo fueran las arterias de la ciudad guarnición romana. Los environs de la orilla izquierda, en comparación, eran arrabales.

Las sucias y sinuosas sendas se extendían a ambos lados de casas, hosterías, tabernas, burdeles, establos y pocilgas burdamente construidos. Sumidos perpetuamente en la sombra de los destartalados edificios más

grandes de dos pisos, aquellos angostos caminos de carro hedían a orina y excrementos, tanto animales como humanos.

El ruido era ensordecedor: una mezcla atronadora de crujientes carros, utensilios tintineantes, aves de corral y otros animales que protestaban ruidosamente camino al mercado. Se agregaban a aquella cacofonía los fuertes gritos y los insultos roncos, las maldiciones y las risotadas, que acompañaban la frenética actividad que tenía lugar en las transitadas callejuelas.

A Simon le había intrigado Gisors, le había fascinado Chartres y quedó emocionado ante la perspectiva de ver París por primera vez, pero ahora que se hallaba en la capital, la encontraba tremendamente desagradable.

Bernard de Roubaix la detestaba, como siempre, y no veía llegado el momento de regresar a la paz y la tranquilidad de su amada Normandía natal.

Mientras obligaban a sus caballos fogosos a abrirse paso a través de las multitudes de hedionda humanidad que se apretujaban en las calles, Simon no tenía tiempo de advertir las miradas de admiración que le dirigían las mujeres, jóvenes y viejas por igual. El alto, apuesto y joven cadete de negra túnica cabalgaba junto al templario de más edad, cuya cota de malla centelleaba bajo los pocos rayos de sol que se filtraban hasta las oscuras callejuelas.

Por fin, salieron del laberinto de inmundas callejas laterales y se encontraron en el soleado quais a la orilla del río, para encontrarse con su primera visión de la catedral, Notre Dame de París.

Construida en l'Ile de la Cité, comenzada solo diecisiete años antes, aquella enorme construcción tenía la misma edad de Simon. Pero había crecido a un ritmo tan sorprendente, que la impresionante altura del gran edificio ahora dominaba la ciudad.

Sin duda, se trataba del proyecto más ambicioso de la era de la arquitectura gótica, y Simon apenas podía contener la ansiedad de ver su interior.

Acercándose a Notre Dame, seguían cabalgando lentamente a lo largo del quais que bordeaba la orilla izquierda, gozando de la fresca brisa del río

que alejaba el hedor de los arrabales. Los muelles estaban abarrotados de bajeles de carga de toda clase, que constituían la clave de la riqueza creciente de la capital que se expandía rápidamente.

París, en aquella época, gozaba de un comercio extensivo en mercaderías exóticas, al tiempo que era un mercado central para los productos de granja y otros, que llegaban diariamente a los quais de ambas orillas del río.

Normandía, Picardía, Bretaña y las Tierras Bajas, así como la mayor parte de Francia bajo dominio del rey francés y el duque de Borgoña, enviaban a París sus mejores terneros, ovejas, cerdos, pescados, quesos, hortalizas, frutas y vinos, para alegrar las mesas de aquellos que podían pagarlos.

Desde más allá, Inglaterra mandaba lana, y varios países del Mediterráneo embarcaban alfombras, sedas y telas de hilo, cristalería y platería, cerámica y armas finas, armaduras y artículos de cuero..., en una palabra, toda la rica profusión de lujosos productos que los artesanos extranjeros eran capaces de diseñar y manufacturar.

La flamante universidad de París atraía una clase de riqueza distinta, la del conocimiento, que se volcaba allí procedente de muchas tierras del mundo. Pero al mismo tiempo aquel gran centro del saber ingresaba enormes sumas de dinero que los estudiantes extranjeros recibían de sus padres ricos, con el fin de brindar a sus hijos parte de la mejor instrucción de Europa.

Los nobles y los comunes, los ricos y los pobres, los avaros y los generosos, todos se dirigían a la activa capital, por razones tan diferentes como visitantes había en París.

A causa de la necesidad de servicios tan variada que aquel flujo tan intenso de visitantes exigentes generaba, París se había convertido en un refugio para los pobres, siempre y cuando fuesen capaces de esclavizarse para realizar cualquier tarea servil que se les presentara. Nunca había escasez de semejante trabajo, buena parte del cual se relacionaba con la descarga de los barcos, almacenamiento y distribución de la mercadería.

Todo ello lo efectuaba la Jacquerie, la masa de campesinos que vivían en las barracas y las chozas de los barrios bajos de la orilla izquierda.

Los quais del Sena formaban un ruidoso y abigarrado escenario, pero afortunadamente la fresca brisa del río y el aroma de los perfumes y las especias orientales que traían los barcos de carga extranjeros de exóticos países influían en gran manera para mitigar el hedor de los environs, en cuanto a la orilla del río se refería. Cuando De Roubaix y su escudero cruzaron el puente meridional hasta l'Ile de la Cité, la paz y la tranquilidad que rodeaba a la enorme catedral, aún en construcción, fueron recibidas como un alivio esperado.

Curiosamente, ahora que Simon se encontraba cerca de Notre Dame de París, no experimentaba la misma sensación de temor que había sentido la primera vez que vio la catedral más pequeña de Chartres.

Si bien faltaba mucho para su terminación, ya se advertía una ostentosa opulencia en esa gran catedral que le faltaba a la más simple, más reverencial, arquitectura de la primera construcción.

Así como Simon había tenido la impresión de que Chartres era un sermón en piedra, ahora veía la catedral de Notre Dame de París como una ampulosa manifestación de la vasta riqueza de la Iglesia romana. Aquello fue suficiente como para afectar la religiosa sensibilidad del devoto joven normando.

Además, la misma sensación de alienación le asaltó cuando, después de dejar los caballos en manos de un mozo de establo, el templario y su escudero entraron en la catedral.

Si bien, al igual que en la ocasión anterior, inconscientemente bajaron la voz al trasponer el portal del sagrado edificio, Simon no experimentó en absoluto aquella sensación de espiritualidad y paz interior que previamente había gozado de manera tan extática en Chartres. Para él, Notre Dame fue una desilusión.

Bernard de Roubaix en seguida advirtió el súbito cambio de humor de su escudero. También él sentía lo mismo con respecto a Notre Dame de París.

—Se debe a la ausencia del Wouivre, Simon —dijo—. Aquí, en esta catedral, está dormido. En Chartres, el Dragón está despierto. Pero, lamentablemente, en este vasto edificio, aun cuando la construcción exterior está casi terminada y, por consiguiente, deberíamos sentir la presencia del guardián de nuestra bendita Señora, en cambio notamos su ausencia.

«Ello es así porque el orgullo y la arrogancia de los constructores ha crecido inconmensurablemente junto con la enorme riqueza que se ha volcado en su construcción.

«El Wouivre prefiere una dedicación más simple y devota al verdadero propósito del edificio, como instrumento perfecto para la comunicación con Dios. Notre Dame de París no se está construyendo con ese solo fin en la mente de sus arrogantes constructores.

«Por tanto, el dragón Wouivre duerme. Pero despertará para la celebración de los antiguos ritos de las estaciones. Ven cuando esté terminada, cuando se celebren los ritos de los equinoccios o de los solsticios con la reverencia debida, y encontrarás el Wouivre despierto.

«Sin embargo, ya que nos encontramos aquí, Simon, ruega conmigo por el éxito de tu misión en Tierra Santa.

Lado a lado, caballero y escudero se postraron de rodillas y vertieron su alma a nuestra bendita Señora de París.

Durante un breve lapso, sintieron que el dragón dormido se agitaba en su prolongado sueño y ambos tuvieron la impresión de que la Virgen Madre había escuchado su devota plegaria.

De Roubaix tenía poco que decir sobre Notre Dame de París y pronto se marcharon, para cruzar a la orilla derecha y emprender camino hacia el cuartel general de los templarios.

Si algo simbolizaba el poder de la Orden, era ese centro para el Gran Capítulo de París. Sin embargo, su templo de maciza construcción, al igual que la comandancia de Gisors, ya estaba señalado para ser reconstruido en una fortaleza aún más fuerte.

Simon estaba notablemente impresionado por los altos muros, con sus numerosos matacanes. Se trataba de contrafuertes salidizos, semejantes a pequeñas cajas, distribuidos a lo largo de las murallas con almenas. En caso

de ataque, en cada uno se encontrada un arquero, que se encargaría de disparar contra los sitiadores que intentaran escalar las murallas.

Las torres en las esquinas de los muros estaban coronadas por agujas cónicas, y el vasto patio interior se encontraba respaldado por la gran construcción que contenía la Casa Capitular, que constituía el corazón de la fortaleza. Aquél era el primer foco del poder temporal de la Orden en occidente, y su formidable presencia dominaba la capital de Francia.

Simon sentía que el tamaño y el peso de los muros exteriores le oprimían. Se sintió aliviado al pasar bajo el sombrío rastrillo y salir al patio interior iluminado por la luz del sol. Bernard de Roubaix había visitado el templo muchas veces en el curso de sus misiones, pero siempre experimentaba la sensación de encierro opresivo que perturbaba a su escudero. Al igual que Simon, el viejo templario era esencialmente un hombre de acción que amaba el aire libre de Dios; era un hombre de campo nacido y criado en Normandía. Si bien una parte de su vida había transcurrido dentro de los muros de muchas fortalezas, nunca se sintió cómodo en ninguna de ellas, en particular en el interior del cuartel general de los templarios en París.

Bernard de Roubaix era bien conocido por los guardias, y los visitantes en seguida cumplieron con las formalidades requeridas. Sus monturas fueron conducidas al herrador de turno para que les cambiara las herraduras, y ellos no tardaron en recibir la bienvenida de parte de Belami y su pequeña compañía de ansiosos y jóvenes cadetes. Rodeado de tanto afecto y amistad, Simon pronto dejo de sentir la impresión opresiva, que se disipó rápidamente en medio de las risas y las bromas alegres. Ni las miradas de desaprobación de los caballeros templarios, que se disponían a iniciar sus periodos de abstinencia, pudieron desalentar el alegre espíritu que animaba a los cadetes. Además, la presencia de los famosos y viejos caballeros sancionaba tácitamente su conducta.

—Ahora, Simon, que has contemplado las maravillas de Chartres, ¿qué dices? —preguntó Belami, dándole un fuerte abrazo.

—Es un milagro. No creo haber sentido tanto la presencia de la paz y la belleza en ningún otro lugar.

—¿Y qué impresión te ha causado Notre Dame de París?

—De ningún modo la misma. —Hizo una pausa—. ¿Es bella? Sí ¿Impresionante? Por supuesto, aún le falta mucho para estar terminada, pero, de todas maneras, no es como Chartres.

—Lo sé. —Belami asintió con la cabeza—. Yo siento exactamente lo mismo. El Wouivre parece estar dormido en Notre Dame de París. En Chartres, en cambio, el Dragón está siempre presente, guardando a nuestra santa Señora.

En contraste con estos profundos pensamientos, Simon no tardó en sumirse en las acostumbradas chanzas estúpidas de sus compañeros cadetes, que todos los jóvenes parecen celebrar en un ámbito militar. Se trata de una experiencia intemporal y constituye la esencia de la camaradería que se extiende en cualquier corps d'élite compuesto por gente joven.

En París, no hubo tiempo de visitar lugares de interés, lo que causó una gran desilusión en Simon, que deseaba ver la nueva universidad. Pero, desde su llegada, los cadetes habían estado muy atareados, preparándose para el largo camino que les llevaría a Marsella.

Se habían producido unos días de demora a causa de la reunión de un gran número de peregrinos, comerciantes y mercenarios, que los cadetes escoltarían hasta la Provenza, desde donde la mayoría seguiría viaje hasta Tierra Santa.

Los servicios de una escolta de templarios se obtenían mediante el pago a la Orden de una suma razonable, pero los viajeros primero tenían que presentar pruebas válidas que justificaran el viaje. El servicio de escolta era habitual entre los peregrinos que podían permitírselo, y los mercaderes u otras personas no acostumbradas a usar armas para defenderse se sentían seguros durante el viaje.

Sin embargo, algunos de los viajeros eran mercenarios, jóvenes aventureros que se dirigían a ultramar para unirse a cualquier ejército franco dispuesto a poner precio a sus espadas. También éstos estaban contentos de tener la oportunidad de compartir el viaje con la escolta de ocho jóvenes cadetes, al mando del canoso veterano.

Consideraban que la presencia de una compañía de templarios, por pequeña que fuese, les daba derecho a buscar abrigo en las comandancias que encontrarían a lo largo del camino. Para ellos, también, era dinero bien gastado. Por cierto que la escolta daba la impresión de estar perfectamente instruida.

Las bandas de forajidos y de otros renegados sin patria, a veces comandadas por feudales proscritos, aún eran una amenaza en los solitarios caminos hacia la costa provenzal. Pero las lanzas de los jóvenes templarios evitarían que nadie atacara el convoy de carros, salvo los bandoleros más osados.

La mayoría de los peregrinos eran de mediana edad, algunos con esposas e hijas, pero había otros, aparte de los mercenarios, cuyo viaje a Tierra Santa no era motivado por un devoto deseo de obtener la Gracia o la plenitud espiritual. Estos eran mercaderes, y el riesgo inherente al viaje formaba parte de su actividad comercial.

Pero para los más vulnerables de los peregrinos, los jóvenes cadetes les parecían ángeles guardianes, y las mujeres más jóvenes favorecían a los ocho apuestos cadetes con múltiples miradas de admiración solapada.

Una adorable joven italiana, hija de un platero milanés, estaba fascinada por el alto normando de cabellos castaños y ojos azules como plumas de pavo real.

María de Nofrenoy tenía sólo dieciséis años cuando se enamoro locamente de Simon, literalmente a los pocos minutos de haber puesto los ojos en él. Toda la pasión de su joven cuerpo se desbordó hasta el punto de casi ahogarla a causa de su intensidad.

Su cara en forma de corazón, agraciada con un cutis finísimo y una cálida y generosa boca, que dejaba ver unos dientes perfectos, posteriormente se vio embellecida por la chispa de pasión que apareció en sus ojos de color castaño oscuro. Cada mirada que dirigía hacia el nada suspicaz Simon era una promesa de gozo.

—Debe de haber algo raro en ese muchacho —se decía Belami entre dientes, con desesperación—. Debe de estar ciego para no ver a esa flor esplendorosa.

El veterano en seguida tuvo que abandonar aquellas reflexiones para concentrarse en reunir a los peregrinos y sus heterogéneas posesiones, que se apilaban inseguramente en un surtido inadecuado de carros desvencijados.

—Sabe Dios que soy un hombre paciente —le dijo gruñendo a Simon —. Pero, ¿por qué tengo que ocuparme del acarreo de la mitad de las posesiones mundanas del norte de Francia hasta la Provenza? Puedes estar seguro, Simon, que la mayor parte de toda esa basura no llegará más allá de Dijon, ¡y ni hablar de Marsella!

Blasfemando copiosamente en árabe, que es una lengua maravillosa para ese cometido, Belami espoleó a su caballo para acercarse a Bernard de Roubaix y protestar contra aquella típica estupidez de los civiles.

El viejo templario, que ya lo había escuchado todo antes, en especial las maldiciones árabes, asintió prudentemente.

—Inshallah, Belami. Cuando las ruedas se caigan, deja la basura atrás.

—¡Santa Madre de Dios! —juró el veterano, elevando los ojos al cielo —. ¡Una vieja imbécil ha traído su mecedora! ¡Eso tiene que descargarlo ahora mismo!

—No, Belami —rió De Roubaix—. Su carro se desarmará mucho antes de llegar a Dijon. Es mejor que maldiga al diablo por ello antes que lance sus juramentos contra el entrometido servidor templario que arrojó su mecedora favorita en París. En Marsella encontrará otra.

Habían sido dos días exasperantes para Belami y sus cadetes, antes de que la caravana, por fin, emprendiera su camino franqueando el portal meridional de las murallas que delimitaban el perímetro de la ciudad.

Simon, Bernard de Roubaix y el veterano servidor se abrazaron con el corazón henchido y los ojos velados por las lágrimas. Sabían que sería por última vez. El caballero templario se quedó observando a sus amigos hasta que se perdieron de vista; luego, sonándose la nariz ruidosamente, se enjugó las lágrimas y volvió a penetrar por el portal, para emprender su solitario camino de vuelta a Gisors. Allí, siguiendo las órdenes y los dictados de su corazón, pasaría el resto de sus días en De Creçy Manor con su viejo amigo Raoul. Al menos los dos veteranos cruzados podrían compartir su tristeza

ante la ausencia de su pupilo, esperando con ansiedad las cartas que sabían que les escribiría desde Tierra Santa.

Éstas les ayudarían a mitigar el dolor causado por la separación de la persona más importante de su vida. Ambos sabían que Simon gozaría de un gran destino y que, a su manera, buscaría el Santo Grial del Conocimiento, el Gnosticismo de los Magos.

Aquélla era la Era de la Caballería, y las hazañas de la gran Orden Militar de los Templarios habían influido grandemente, si no inspirado, la leyenda del rey Arturo y los Caballeros de la Mesa Redonda. Existía incluso otro Ávalon en Borgoña, cerca de Beaune, y después de todo, Lancelot du Lac provenía de Francia.

Muchos creían implícitamente en la autenticidad de ese gran círculo de gallardos caballeros. Tanto De Roubaix como De Creçy veían a Simon como otro sir Percival, el incomparable caballero de la corte de Arturo sobre quien los trovadores, mágicos poetas errantes, cantaban sus baladas, llevando las leyendas de la vida arquetípica a los espíritus de aquellos que escuchaban sus mágicas canciones.

Los dos caballeros también creían en la realidad del rey Arturo y su círculo mágico de auténticos chevaliers. Aceptaban su autenticidad de la misma manera que creían en la Cruz donde había muerto Jesús, que, estampada en plata, les había conducido durante su Cruzada en Tierra Santa.

Desde París, la ruta de los peregrinos escoltados por los templarios se extendía en dirección sureste hasta Dijon, alrededor de 230 millas, siguiendo el curso del Sena a medida que avanzaban hacia sus tributarios. Si bien De Roubaix y Simon habían cubierto treinta millas por día en su viaje a Chartres y París, los peregrinos y sus destartalados carruajes obstaculizaban de tal manera la caravana de los templarios, aun en las rectas vías romanas, que apenas avanzaban veinte millas entre el amanecer y el crepúsculo vespertino. En total, les llevó once días llegar a Dijon, dejando una triste estela de carros averiados y otras posesiones a lo largo del camino.

La pequeña ciudad era un centro importante para la venta de los productos de granja de la región y se había convertido en un foco de atracción para el comercio de vinos, iniciado siglos antes por los romanos y desarrollado posteriormente por los seguidores de Carlomagno, el primer emperador de la cristiandad. La rodeaban los feudos de los nobles hacendados, así como los hogares rurales de las familias feudales y mercaderes aposentados, mansiones, granjas y fermes de los templarios allí establecidos. Dichas construcciones contrastaban violentamente con las barracas de los pobres.

Dijon, el Dibio del tiempo de los romanos, era ahora el hogar del duque de Borgoña. Se hallaba enclavado contra el río Borgoña, que a su vez desembocaba en el Saóne, y allí, durante un día exasperante, Belami y los cadetes bregaron con la reparación de los carruajes que se desintegraban rápidamente. Ello era suficiente para llevar a un hombre a la bebida.

Como aquélla era una de las regiones productoras de vino de mejor calidad de Europa, Belami decidió que sus cadetes eran merecedores de un poco de esparcimiento, de modo que, cuando hubieron terminado las reparaciones de emergencia, y mientras el herrador cambiaba algunas herraduras de los caballos, el veterano introdujo a su pequeña tropa a las delicias de los vinos de Borgoña.

Aunque los caballeros templarios hacían votos de abstinencia, el requisito no pesaba sobre las filas de los servidores de la Orden, y, si bien Belami no consentiría la indisciplina de la borrachera, no veía razón alguna para que los cadetes debieran permanecer muertos de sed en medio de la abundancia de bebida.

Él mismo les acompañó, tomando modestamente una o dos botellas, como para dar ejemplo de moderación en el beber. Belami se reía de sí mismo al recordar, de pronto, a sus viejos camaradas de armas, veinte años antes en Tierra Santa. «Difícilmente me reconocerían ahora», pensó. No, por cierto, a raíz de sus actuales hábitos abstemios, que contrastaban con su antigua imagen de bebedor empedernido.

—Este vino es excelente. —El veterano chasqueó los labios apreciativamente—. A mi edad, mes braves, me tomo mi tiempo para

saborear un vino de semejante cosecha. En los viejos tiempos, cuando tenía vuestra edad, lo engullía a barriles. Bien podrían haberme servido orines de cerdo.

Los cadetes rieron estrepitosamente, ya que el vino de Borgoña les había aflojado la lengua.

—¿Cómo luchabais, mon cher sergent, si estabais borracho? —inquirió Pierre, el apuesto joven de ojos oscuros y seguro de sí mismo, que evidentemente provenía de una noble casa francesa, pero que, hasta el momento, no se le había hecho conocer su origen.

Sin embargo, su agudeza y valentía ya le habían hecho merecedor de la íntima amistad de Simon.

Belami se echó a reír.

—¡Como siempre, mon garçon, con una sola mano y la fuerza de un oso!

—¿Y el vino no os afectaba en absoluto? —preguntó Phillipe, el muchacho alto y callado, que también se había sentido atraído por la cálida camaradería de Simon.

—¡Sí! —reconoció Belami—. ¡Después de una docena de botellas, me parecía que luchaba contra el doble de paganos!

Los cadetes celebraron estruendosamente la ocurrencia.

—Es un mal hábito —rugió el veterano—. ¡No lo cultivéis! Casi me expulsaron del cuerpo por mis borracheras. Sólo la intercesión de mi comandante, el difunto Gran Maestro y el hombre más extraordinario a cuyas órdenes haya servido jamás, me salvó de recibir una patada en el traste. De no haber sido por Odó de Saint Amand, hoy no estaría con vosotros, saboreando este delicioso vino. Bebed, mes braves, que mañana debemos partir al amanecer.

Durante el largo viaje hacia el sur, María de Nofrenoy apenas podía apartar los ojos de Simon. Su corazón latía con fuerza cada vez que le tenía cerca, lo que sucedía tan a menudo como ella podía encontrar una excusa para llamar su atención, ostensiblemente con el fin de recabar ayuda para el carruaje de su padre que siempre le creaba algún problema.

La joven anhelaba el contacto de las fuertes manos del apuesto normando sobre su voluptuoso cuerpo, que virtualmente ansiaba ser tomado por su deseado amante.

Las bellas facciones y los ojos sorprendentemente azules de Simon poblaban sus sueños, despierta o dormida, pero en especial cuando, por la noche, se removía inquieta en la parte posterior del carro de su padre, devorada por el deseo.

María aún era virgen, pero su ardiente temperamento milanés le proporcionaba una madurez física que superaba la que le correspondía por la edad. Hasta aquel viaje a Marsella, su experiencia amatoria se había limitado a unos pocos besos robados y a algunas torpes caricias con el aprendiz de su padre en París. Al zagal le habían atrapado en el acto antes de que hubiesen llegado las cosas a mayores. Había recibido una buena tunda y le habían despedido, a pesar de las protestas de María, que se atribuyó la culpa. Ahora se había enamorado perdidamente de Simon y deseaba que fuese él quien le robara la virginidad. Todos los demás cadetes habrían estado encantados de ser su amante, pero María sólo tenía ojos, y suspiros, para Simon. Para alivio de Belami, su cadete favorito comenzaba por fin a darse cuenta de la adoración de su admiradora. El veterano ahora estaba seguro de que Simon no era anormal ni tenía ningún defecto físico.

Fueron todos aquellos años de acondicionarlo para la castidad en la casa sin mujeres de Raoul de Creçy lo que había retrasado el normal desarrollo del joven normando. Simon era tremendamente tímido con las mujeres, en particular con las jóvenes. Pero ni siquiera su agudo retraimiento para con el sexo opuesto podía difícilmente evitar que respondiese a los generosos encantos de María, así como a la evidente ansiedad con que ella silenciosamente se los ofrecía para su aprobación.

En dos ocasiones, al ayudarla a enmendar los inconvenientes que sufría el carro de los De Nofrenoy, Simon se encontró muy cerca de María, con los cuerpos en contacto. Cada vez, la emoción causada por el roce les había hecho estremecer, mientras el perfume natural de la muchacha le embriagaba como el olor de las flores silvestres. La tierra despertaba al vigor del mes de mayo; hacía una llamada a sus jóvenes criaturas para que

respondiesen a la música del gran dios Pan. Simon y María reaccionaban a los tonos mágicos de la siringa, y la sangre latía con fuerza en sus venas.

Una noche de luna acamparon al lado del camino, y Simon montaba guardia cuando el leve ruido de unos pasos le obligó a girar sobre sus talones, al tiempo que extraía la espada. Antes de que tuviese tiempo de desafiar al merodeador, los suaves dedos de María le rozaron los labios, para silenciarlos. Su cuerpo tembloroso se apretó contra él. A la luz plateada de la luna, Simon pudo ver el largo y bien cepillado pelo que enmarcaba el rostro ansioso de María. Con el sordo siseo del acero al rozar con el cuero, el joven caballero envainó de nuevo la espada. El vigoroso doncel levantó a la temblorosa joven del suelo, estrechándola fuertemente entre los brazos enfundados en la cota de malla.

Sus bocas se encontraron y se fundieron en un beso. La activa lengua de María se deslizó entre los labios húmedos de Simon. Embelesado, él respondió, los sentidos vibrando de deseo, y todas las terribles advertencias del hermano Ambrose volaron de su mente como un enjambre de pájaros silvestres liberados de pronto.

Simon sintió que su masculinidad se alzaba bajo la tierna caricia de María, mientras debajo de los ásperos calzones de cota de malla, los muslos de la muchacha se abrían anhelantes a su palpitante erección.

Lo restante habría sido la conclusión natural de semejante pasión. Pero, en aquel instante, el resplandor vacilante de una antorcha brilló sobre sus jóvenes rostros sorprendidos.

Ambos lanzaron una exclamación de sorpresa al ser descubiertos, Simon encogiéndose de vergüenza, y María tapándose instintivamente la cara con su capa con capucha.

Para alivio de Simon, una sorda risita le anunció que era Belami quien sostenía la antorcha, que se apagó de inmediato cuando el veterano introdujo el cabo encendido entre las matas empapadas de rocío. Con el dedo sobre los labios, les reprendió dulcemente:

—¡Ahora no, mes enfants, y no aquí! Volved junto a vuestro papá, signorina. No temas, Simon, guardaré tu secreto. Pero quiero hablar contigo, mon ami..., a solas.

El dulce beso que le dio María, con una risita, le dijo al joven normando que no estaba todo perdido y, mientras la bella joven se perdía en la oscuridad, Belami puso su poderoso brazo sobre los temblorosos hombros de su joven amigo.

—Simon —le dijo—, lo que ha pasado, pasado está. No se ha cometido ningún pecado mortal. Has besado a una hermosa muchacha que lo deseaba. Eso es todo. Y si la naturaleza hubiera tomado su curso natural, tampoco eso habría sido pecado.

«Nunca estuve de acuerdo con la forma extremadamente estricta en que te educaron. Si bien tengo un gran respeto por tus tutores, creo que interpretaron mal la voluntad de tu padre.

«Recuerda, Simon, que no estarías aquí si tu propio padre no hubiese respondido a la llamada de amor de nuestra santa Madre.

«Todavía no eres un caballero templario, a quien le está prohibido el amor terrenal por los votos del celibato. Por lo tanto, por amor a nuestra santa Señora (y créeme, Simon, que no digo ninguna blasfemia), deberías conocer la dulzura del verdadero amor, antes de que renunciaras a él para siempre.

Como el padre que abraza a su hijo favorito, así Belami estrechó a Simon entre sus brazos.

—Jesús sabe que no soy un santo, pues he amado a muchas mujeres, pero la doncella del caso, o la matrona, siempre consintió voluntariamente, y ninguna de ellas, que yo sepa, sufrió daño alguno a causa de nuestra relación. Tú no haces más que lo que suele hacer cualquier joven animal en celo en esta época del año. No hay pecado en ello, porque no tendríamos futuro sin el amor natural. ¡Créeme, Simon, el gran dios Pan no está muerto!

En seguida el trastornado joven le abrió su alma al prudente y mundano amigo, y le contó a Belami sus pasadas dudas y temores. El sonriente veterano le escuchó pacientemente mientras Simon le hablaba de la lucha solitaria que sostuvo, cuando la feliz infancia se convirtió en la incierta adolescencia vigorosa.

—He tenido sueños que me llevaron a un delicioso éxtasis, pero con el alba llegaba la culpa infernal, llenándome el alma de terror.

—¿No es eso verdaderamente obra del diablo?

—¡No, Simon, no lo es! —Belami rió—. Es, antes bien, obra de nuestra santa Madre Tierra. Créeme, mon ami tendrás mucho tiempo para evitar el caer en pecado mortal después que hayas tomado los votos de caballero templario... —El veterano hizo una pausa—. ¡Si es eso lo que deseas hacer!

Esbozó una amplia sonrisa.

—Basta de esta solemne conversación. Tomaremos un vaso de vino caliente con especias, porque el viento de Borgoña se vuelve muy frío a esta hora..., pues es por eso que estás temblando, ¿no es cierto, mon brave?

Belami sabía muy bien por qué temblaba Simon, pero así le brindaba al joven una excusa válida para su embarazo.

—Belami, ¿qué haría yo sin vos?

—En primer lugar, estarías pasando un delicioso rato con María —respondió el veterano, riendo, mientras se dirigían hacia el círculo que formaban los carros con el fin de saborear el vino caliente con especias y disfrutar de un par de horas de sueño, con la silla por almohada y envueltos en mantas junto al agonizante fuego de campamento.

OceanofPDF.com

4
REBATOS Y EXCURSIONES

La caravana de peregrinos siguió serpenteando su camino a lo largo de las aguas bordeadas de cañizares del Saóne, hasta que se unía con el río Ródano en Lyon.

Ése era otro importante puesto clave de los romanos para proteger el valle del largo río que se extendía hacia el sur hasta el delta de la pantanosa Camarga. Era un puerto destinado al comercio de vinos de gran actividad, así como una importante plaza fuerte de los templarios. Allí Belami dejó a dos de los jóvenes cadetes, Gervais de Lartre e Yves de St. Brieuc, el alto muchacho de Lille y el fornido bretón. Ambos se sintieron amargamente desilusionados al no poder continuar, pero la recurrencia de la fiebre que sufrían obligó a Belami a tomar la decisión de dejarles, para reforzar la guarnición de los templarios en Lyon.

—Mejor hacer un buen trabajo aquí que convertirse en un estorbo para una guarnición en las tierras asoladas por las fiebres de ultramar.

Los muchachos eran inteligentes y comprendieron el punto de vista de Belami. Éste les dio ánimos.

—Cuando estéis completamente curados, podréis uniros a nosotros en Tierra Santa. Hasta entonces, mes braves, buena cacería... ¡y no bebáis demasiado para ahogar vuestra decepción!

Lyon era el centro comercial para el vino de Borgoña, y las barcazas pesadamente cargadas zarpaban de sus quais para deslizarse rápidamente

río abajo por el Ródano y llevar su carga de vinos y finas pieles a Provenza, donde les esperaban infinidad de barcos.

Los lanchones de río, de quilla plana, construidos especialmente, eran gobernados por fuertes remeros y estaban equipados con anchas velas. Su pilotaje constituía una hábil operación, para guiarles entre los móviles bancos de arena que las poderosas corrientes constantemente formaban y dispersaban. Cuando estaban vacías, aquellas barcazas habían de ser laboriosamente remolcadas río arriba. Entonces se las arrastraba cerca de la orilla, donde la corriente era más débil, por medio de yuntas de caballos o bien por partidas de desdichados prisioneros. Todo en nombre del gran dios Baco.

A causa del alto costo que significaba contratar un piloto fluvial experimentado y la falta de espacio que quedaba a bordo, después de cargar los pesados toneles de vino, pocos eran los peregrinos que podían darse el lujo de recurrir a aquel medio de transporte por la rápida y rugiente corriente. Sin embargo, varios mercaderes y los peregrinos más ricos eligieron afrontar el costo de aquel viaje rápido por el Ródano. El resto de la caravana, con excepción de los dos cadetes enfermos, emprendió la ruta del largo valle. Mientras así lo hacían, la relación entre María y Simon floreció hasta convertirse en un intenso amorío.

Todo era bastante inocente; furtivos encuentros de gozo cuando el padre de la joven estaba completamente dormido en la parte posterior del carro. Aquellas citas eran frecuentes, debido a lo afecto que era el orfebre al vino de Borgoña, pero lamentablemente los interludios debían ser breves, porque Simon y los otros cinco sirvientes ahora tenían que cubrir las guardias de los cadetes faltantes. El tiempo que los jóvenes pasaban juntos, si bien resultaba placentero, aún era demasiado corto como para poder llegar a una conclusión satisfactoria. Generalmente, sus breves encuentros llegaban al clímax del más absoluto deseo mucho antes de poder alcanzar algo más definitivo.

En todo momento, Belami, sin ser visto ni oído, montaba guardia para asegurarse de que los jóvenes gozaran de unos momentos de paz sin ser molestados. El veterano no era un voyeur, pero su aguzado oído

difícilmente podía dejar de percibir la pasión que les embargaba. Se sonreía en la oscuridad y en voz baja tarareaba antiguas canciones de amor provenzales.

Aquel idilio fue interrumpido dramática y repentinamente.

Su marcha hacia el sur había transcurrido sin sobresaltos, aparte de la muerte de un anciano peregrino y de su entierro junto a un santuario al lado del camino, de manera que la vigilancia se había convertido en cosa rutinaria. Sólo fue precisa una momentánea distracción en el instante más inoportuno para que casi se produjese un desastre. Ocurrió a pocas millas al norte de la ciudad de Orange, frente al cañón de l'Ardéche. Poco antes del amanecer, Belami se despertó de repente con todos sus sentidos alerta. Para él, un débil grito y el roce de una espada al ser desenfundada había provocado la alarma. La niebla matutina colgaba baja sobre su campamento en la ribera del río, y la húmeda hierba había ahogado el golpear de los cascos de los caballos que se acercaban. El veterano no precisó que ningún centinela pidiera el santo y seña para identificar a los intrusos como personas hostiles. En Lyon, le habían advertido sobre una banda de forajidos conducidos por un caballero renegado, Etienne de Malfoy. Los hombres honestos no se acercan a un campamento sigilosamente a aquella hora de la madrugada. Con un potente grito de: «¡Alarma! ¡Alarma! ¡Aux armes mes braves!», Belami se incorporó, con al hacha de guerra de doble filo en su poderosa mano derecha. Ya llevaba su cota de malla puesta. El veterano cuando viajaba siempre dormía con ella, y, mudándose regularmente de jubón o de ropa interior, le absorbía el sudor y evitaba así las fiebres.

La guardia del campamento se levantó en armas, pero los bandidos ya se encontraban entre ellos. Los intrusos atacaron indiscriminadamente, matando hombres y mujeres en su frenética búsqueda del botín. Dos de los cadetes de Belami yacían muertos, con las cotas de malla reposando inútilmente junto a sus destrozados cadáveres: una lección terrible sobre la necesidad de estar siempre dispuesto para entrar en batalla.

Los tres cadetes sobrevivientes, Simon, Pierre de Montjoie y Phillipe de Mauray, estaban de pie, espalda contra espalda, formando un triángulo

mortífero y luchando por sus vidas. No había ni rastros de Etienne Colmar, el joven cadete de Flandes.

Belami se sumió en una desesperada lucha como el Ángel de la Muerte, blandiendo su mortal hacha de guerra como una guadaña de destrucción. Un ladrón gritaba de dolor, mientras se aferraba el muñón de su brazo que sangraba a chorro, hasta que se desplomó hacia adelante, sin conocimiento. Otro cuerpo se estrelló contra el suelo, decapitado de un solo tajo. Un tercer asesino encontró su fin cuando Belami hundió hasta el mango el hacha en el pecho protegido por la malla de acero del hombre que chillaba.

Simon parecía estar en todas partes, en tanto su espada penetraba por debajo de la guardia de su oponente para perforarle el vientre o la garganta. No había tenido tiempo de tensar su arco antes de que los bandidos surgiesen de la bruma.

El ataque por sorpresa había tenido éxito contra la gente desarmada y los indefensos. Pero al hacerles frente los jóvenes guerreros y el veterano servidor, cuya hacha de guerra cercenaba mallas y cascos de acero, los forajidos huyeron a la desbandada. Su jefe, un hombre fornido, de barba negra, con armadura y capa roja, juraba estentóreamente al tiempo que su desmoralizada banda de bandidos pasaba por su lado lanzando maldiciones. Su negra montura se contagió del pánico, antes de que él pudiese dominarle, y el animal giró sobre sí mismo y salió al galope para perderse en la niebla, mientras su dueño se encontraba impotente para frenarle tirando de las riendas.

Los forajidos dejaron a siete de sus compañeros muertos o agonizantes a sus espaldas. Simon y sus camaradas se apoyaron en sus ensangrentadas espadas, jadeando penosamente: la respiración se condensaba en nubes de vapor al entrar en contacto con el frío aire de la madrugada. Belami fue examinando a los muertos hasta que encontró un cuerpo con un hálito de vida. El hombre estaba mal herido: la afilada espada de Simon le había abierto el costado.

—¡Aidez-moi camarade! —gritaba entre los dientes apretados por el dolor.

—¡El diablo te lleve! —murmuró Belami—. Pero, primero, dime quién es tu jefe. ¿Quién es el hijo de puta?

La punta de su puñal rozaba la garganta del renegado.

—¡Etienne de Malfoy!

—¡Mercí camarade!

El ladrón tenía los ojos desmesuradamente abiertos de terror.

Belami cogió el cayado en cruz de un peregrino asesinado, que yacía con el cuerpo retorcido junto a ellos. Acercó la cruz a los labios del hombre agonizante.

—¡Te absolvo! —musitó el veterano.

Y hundió la daga hasta la empuñadura en el pecho del forajido. Una bocanada de sangre salió de los labios del herido, y su espíritu abandonó el cuerpo. Belami levantó la vista hacia el rostro pálido de los cadetes. Estos se habían quedado conmocionados ante su acción. Las facciones del veterano eran duras como el granito.

—Un hombre herido, con la mitad de las entrañas fuera del cuerpo, puede seguir sufriendo el tormento durante una hora o más. Mi daga fue piadosa. Un día, mes camarades, quizá tendréis que hacer lo mismo por mí. —Hizo una elocuente pausa—. O quizá tenga que hacerlo yo por vosotros.

Simon había ultimado ciertos heridos por el mismo motivo. El coup de gráce no podría llevar un nombre mejor. De pronto le asaltó una idea. Se llevó la mano a la sudada frente.

—¡María! ¡Mon dieu! Me había olvidado de ella.

Belami lanzó una carcajada, rompiendo la tensión.

—Ella está bien, Simon. He visto cómo la bella moza clavaba un estilete en la carroña de un cabrón mal parido, cuando trataba de robar a su padre. Estaba estrangulando al viejo para sacarle la verdad de dónde tenía escondida la plata. No hagas enojar a esa exquisita criatura, Simon. ¡Puede ser fiera como una gata salvaje!

Belami registró los cadáveres de los renegados en busca del botín de guerra, pero encontró pocas cosas de valor en ellos. Luego los cadetes hicieron rodar los cuerpos hasta la rápida corriente del Ródano.

Simon buscó a María, que se hallaba atendiendo a su trémulo padre. Se abrazaron apasionadamente, con el deseo más ardiente aún a causa de la fiebre de la contienda que todavía perduraba en ellos. Cuando Simon regresó junto a Belami, éste le dijo:

—No podemos considerarnos libres de ese renegado De Malfoy. En Lyon me hablaron de sus hazañas sangrientas. Parece ser que se oculta en el cañón de l'Ardéche. Es una especie de leyenda local, nacido en esta región. Conoce el valle como la palma de su mano, lo que dificulta a las fuerzas punitivas hacerle salir de ahí. No hay nada que pueda sustituir el conocimiento de las gentes de la localidad.

Belami hizo una pausa, pensativo.

—Cuando lleguemos a la comandancia de Orange, le pediré al mariscal que me dé unos cuantos hombres de la guarnición. Tengo la corazonada de que sería preferible reunir a unos cuantos soldados de la zona y salir en busca de ese barbudo hijo de puta, que dejar que su banda de asesinos recobre la moral y sorprenda a la próxima caravana de peregrinos con otra de sus emboscadas matutinas.

Mientras Belami le explicaba a Simon sus planes para liquidar a De Malfoy, los cadetes contaron las bajas sufridas.

—Malo —gruñó el veterano por fin—. Dos de nuestros camaradas han muerto, Gaston y Gerard. Ambos hechos pedazos sin haber descargado un solo sablazo por su parte. Ved cómo estaban sin la cota de acero puesta, mes braves. ¡Aprended la lección! —El viejo soldado escupió en el suelo—. ¡Asesinos de criaturas! —exclamó con asco—. Eran sólo unos niños.

Diez peregrinos, la mayoría viejos e indefensos, habían muerto; cuatro mujeres, dos jóvenes y dos mayores, habían sido violadas y luego salvajemente destripadas. Phillipe vomitó al ver sus vientres abiertos. Los demás desviaron la vista mientras cubrían los cadáveres descuartizados.

—¿Cómo pueden los hombres comportarse de esta manera? Ninguna bestia es tan salvaje. Esto es la maldad descarnada —dijo Pierre.

—En eso tienes razón, mon brave —replicó Belami, con tristeza—. Estos renegados están embrujados. Están aliados con el diablo. —Se persignó al tiempo que los demás se estremecían, pues sentían la

proximidad del Señor de las Tinieblas, que se sentía atraído por el hedor de la muerte—. Esos cabrones están poseídos. Sus horribles actos hablan por sí mismos —concluyó Belami.

—¿Cómo pudo suceder todo eso en tan corto tiempo? —preguntó Simon con un hilo de voz.

—La lucha duró más de lo que supones —repuso Belami, limpiando el hacha de guerra—. Combatimos con ellos unos buenos cinco minutos. Ése es tiempo suficiente para violar y robar. Probablemente las mujeres se habían levantado para ir a buscar agua y alimentar los fuegos de campamento. Los bandidos las atacaron a ellas primero, para evitar que dieran la alarma. Esos diablos deben de haberlas poseído junto a la fuente.

—Pero, ¿y la guardia? ¿Cómo pudieron acercarse a los centinelas sin ser oídos? —inquirió Simon.

—Eso fue culpa mía —respondió Phillipe, sintiéndose culpable—. Oh, yo estaba alerta, pero me pareció ver a una de las mujeres que se acercaba a mi puesto para traerme agua. Pero era uno de los ladrones que llevaba una capa de mujer con capucha. Debió de cogerla de una de sus desgraciadas victimas. Me volví para darle las gracias y, cuando recobré el conocimiento, estaba estirado en el suelo, con la cabeza zumbándome a causa del golpe que me había propinado el bandido. En aquel momento, Pierre le atravesaba con su espada. Yo extraje la mía y me uní a los demás cuando los otros asesinos nos atacaban.

—Fue un grito y el ruido de tu espada al ser desenvainada lo que finalmente me despertó —explicó Belami—. El golpe contra tu cabeza y los mandobles de Pierre deben de haberme alertado un instante antes, pero lo que recuerdo claramente es el roce de la espada al salir de la vaina. Bien hecho, muchachos, os habéis comportado como auténticos servidores templarios.

Se arrodillaron para elevar una breve plegaria por el alma de sus camaradas asesinados. Todos estaban extrañados por la desaparición del otro cadete, Etienne Colmar, el joven de Flandes.

El misterio se desveló cuando le hallaron muerto, empalado en un árbol con una lanza. También él estaba desprovisto de la cota de malla.

Evidentemente, el acto lo había cometido el jinete renegado. Los demás asesinos sólo estaban armados con espadas y dagas.

Los tres cadetes muertos fueron enterrados uno al lado del otro, con cruces de ramas burdamente atadas colocadas sobre sus cuerpos asesinados.

Simon les rindió honores con su espada alzada y el rostro tenso por el dolor.

—Tenéis razón, Belami, deberíamos ir y vengar a nuestros amigos. Debemos meter humo en el nido de ratas y exterminar a esas alimañas.

Los demás asintieron con la cabeza para expresar su conformidad.

—Ahora —dijo el veterano—, debemos llegar cuanto antes a la comandancia de Orange. Quiero que De Montdidier, el mariscal de la guarnición, me preste la mitad de sus hombres de inmediato. Debemos atacar a De Malfoy mientras sus secuaces aún estén baldados.

Al cabo de pocas horas, Belami rabiaba de impaciencia, enfrentando al segundo oficial al mando de aquel puesto de los templarios. Eugéne de Montdidier, el mariscal de mediana edad al mando, se encontraba postrado a causa de un violento ataque de amaldia, una de las fiebres más azarosas de Tierra Santa. El veterano cruzado hubiera accedido sin vacilar a la petición de Belami, pero, por una endiablada mala suerte, el hombre estaba delirando cuando llegó la caravana al lugar.

Su ayudante, Louis de Carlo, otro viejo cruzado, se mostró inflexible.

Se negó rotundamente a reducir las fuerzas de la guarnición mientras el comandante se hallara hors de combat. Nada de lo que Belami pudiese decir o hacer parecía poder hacerle cambiar de actitud o modificar su posición. Ofreció a los peregrinos seguro refugio en el patio de la comandancia, así como ayuda y remedios para los enfermos y heridos, pero se negó lamentándolo mucho a conceder a Belami el refuerzo de uno solo de sus soldados.

La guarnición de los templarios protegía el extremo oriental de un alto puente, originariamente construido por los romanos, sobre el Ródano, para comunicar el camino occidental de los peregrinos con la ciudad de Orange, en la orilla opuesta del río.

Se trataba de un eslabón vital en la cadena estratégica de fortalezas de los templarios, y el viejo cruzado esgrimía un argumento válido al querer mantenerlo en su plena dotación. Sin embargo, la capacidad de persuasión de Belami era la de un cruzado veterano que había adquirido más experiencia que el segundo oficial al mando de la guarnición. De mala gana, el mariscal temporario accedió por fin a prestarle la miserable dotación de nueve soldados, dejando la guarnición para ser defendida por los treinta y un templarios auxiliares restantes.

Lamentablemente, Robert de Burgh y Homfroi de Saint Simeon, los caballeros templarios más experimentados de la guarnición, se hallaban ausentes en Orange.

—Han ido a la ciudad para mantener una reunión del Capítulo en la abadía. Si estuviesen aquí, Belami, podría confiarles a ellos la misión. Poseen un gran conocimiento de la región y su ayuda sería invalorable. ¿No puedes esperar que regresen? Claro, ya te comprendo: De Malfoy es vulnerable en estos momentos a causa de las pérdidas y del fracaso de su ataque. Pero sólo puedo prescindir de nueve hombres. Que Dios te proteja, Belami.

—Así seremos trece —replicó el veterano servidor—. El buen Señor tenía ese número en la última cena. Atacaremos a los renegados a la misma hora que nos atacaron a nosotros, exactamente antes del amanecer.

—Ten cuidado, Belami —le advirtió el viejo cruzado—. El cañón de l’Ardéche es un lugar peligroso. Los altos acantilados y el sinuoso río lo convierten en el sitio perfecto para una emboscada.

Irritado por lo porfiado que se mostraba el segundo oficial, el veterano, por primera vez, dejó que la impaciencia por saldar cuentas con De Malfoy se impusiera sobre su prudencia. El servidor Louis de Carlo, el gordo y viejo comandante temporario, hacía tiempo que no participaba en combate alguno, pero había sido un soldado recio en su época y sabía la llama que ardía en el corazón de Belami. A medianoche le vio marchar con sus tres cadetes y nueve soldados montados, y en el fondo sintió nostalgia por no poder acompañarles.

Belami contaba con dos montañeros entre su pequeña fuerza. El conocimiento que ellos tenían del terreno le daba cierta tranquilidad. Eran las dos de la madrugada pasadas cuando llegaron a la entrada del cañón. La luna había salido tarde y les daba luz suficiente para adentrarse en las tenebrosas profundidades del escarpado valle, siguiendo el sinuoso curso del río Ardéche.

Hasta el momento, habían recorrido una milla por el cañón sin ser descubiertos. Los cascos de sus caballos estaban recubiertos por pedazos de arpillera y avanzaban en silencio. Con todo, Belami estaba inquieto.

—No hay guardias apostados —le dijo a Simon en voz baja.

—Eso es extraño para un caballero experimentado como De Malfoy —murmuró Simon a su vez—. En el carro de Nofrenoy faltaba un barril de vino. Quizá los bandidos están durmiendo la mona.

Belami asintió con la cabeza.

—Puede ser que tengas razón, Simon. Los vencidos suelen ahogar el recuerdo de la derrota en vino. Confiemos que tengan un sueño pesado.

Guiados por los dos montañeses, siguieron avanzando serpenteando por el cañón. De pronto, el montañés que hacía de guía se detuvo al aparecer la luna de detrás de una nube. Se llevó los dedos a los labios. Belami se adelantó calladamente para unírsele, al tiempo que indicaba a los demás que le siguieran de cerca. No pronunciaron ni una sola palabra.

Ante ellos, un grupo de hombres envueltos en mantas yacía alrededor de un fuego de campamento. Los arqueros templarios se parapetaron detrás de los árboles y apuntaron sus arcos. Simon descolgó de su hombro el arco de tejo en silencio. Belami asintió con la cabeza, y los arqueros dispararon simultáneamente. Las cinco flechas se clavaron con un ruido sordo en los bultos tapados por las mantas del suelo, y la primera flecha de Simon traspasó el cuerpo agazapado del centinela. Belami en seguida se dio cuenta de que habían sido víctimas de un engaño. Sus blancos eran objetos envueltos con mantas. De repente, una lluvia de flechas, disparadas desde las rocas de lo alto, se clavaron a su alrededor. Dos de ellas hicieron blanco en los hombres de Belami, reduciendo su tropa a diez.

El resto de los soldados se había arrojado al suelo detrás de cualquier cosa que les sirviese de protección. Los renegados acogieron su reacción con gritos de triunfo. Confiados en extremo, cometieron un error fatal. Creyendo que sus adversarios habían sufrido más bajas de las que en realidad se habían producido, los jubilosos bandidos abandonaron su refugio y se lanzaron corriendo pendiente abajo para concluir su tarea.

Los templarios simularon estar muertos hasta que sólo unas pocas yardas les separaban de sus atacantes. Entonces se levantaron y dispararon; Simon lanzó flecha tras flecha en rápida sucesión. Cada proyectil lanzado por un arco encontraba su blanco, y las flechas del normando iban abatiendo a los forajidos, uno tras otro. El ataque se detuvo y, chillando de terror, los bandoleros se desbandaron en retirada. Montando de nuevo en sus caballos, los templarios salieron al galope tras ellos, abatiendo a sus desmoralizados oponentes a medida que les alcanzaban.

Belami hizo caer de su montura a un alto ladrón con un golpe aturdidor; antes de que el bandolero recobrase el conocimiento, él ya había saltado de la silla y le colocaba la punta del puñal en la garganta.

—¿Dónde está De Malfoy? —rugió el veterano, con la hoja de la daga temblando por la furia que le dominaba.

No había ni un asomo de piedad en sus ojos. El aterrado bandolero respondió aún aturdido:

—Fue a atacar a la comandancia. Lo tenía planeado desde hace mucho tiempo. De Malfoy abandonó el valle por un acceso secreto, a través de las cuevas que hay cerca de la entrada. ¡Nuestra emboscada tenía por objeto deteneros mientras él atacaba la fortaleza de los templarios!

—Debe de estar loco. La guarnición puede rechazar el ataque fácilmente. —Belami estaba asombrado por el aparente desatino del forajido—. Si tienes algo más que decir, dilo ahora, o te cortaré las orejas.

No había nada melodramático en el tono de Belami. Sus palabras expresaban exactamente lo que quería decir. El bandolero continuó precipitadamente:

—Se disfrazaron de peregrinos. El camino occidental de peregrinaje cruza el puente. Los guardias no sospecharán nada.

—¡Por el fuego del infierno! —exclamó Belami—. Regresemos, mes braves, o será demasiado tarde.

—¡Piedad! —chillaba el bandido.

—La clemencia de Dios no se gana tan fácilmente; has traicionado a tus camaradas. ¡Muere!

La daga del veterano, hundiéndose en el corazón del hombre, acalló sus balbuceantes ruegos. Los templarios saltaron de nuevo sobre sus monturas y, en tanto la luz del alba se filtraba en las oscuras profundidades del valle, partieron al galope como llevados por el diablo.

Les había llevado dos horas el silencioso acercamiento. Ahora salieron atronando del cañón en cuestión de minutos y cubrieron la distancia que les separaba del puente en media hora de duro cabalgar. Al tomar la última curva antes de llegar al puente, vieron que se elevaba una aceitosa columna de humo negro de la comandancia. Dando rienda suelta a sus sudorosos caballos, los templarios maldecían o rezaban según les dictaban sus temores. Acercándose al puente por el otro extremo, el triunfante De Malfoy conducía a sus forajidos, cada uno de ellos pesadamente cargado con su botín. Ello había de ser su ruina. Reacios a deshacerse de su rico botín, titubearon durante unos momentos que habrían de resultar fatales. Los once vengadores, pálidos de furia, se precipitaron hacia ellos como una avalancha.

Los hombres de Belami iban armados con lanzas. Las mortales puntas de acero se clavaban en los bandoleros como si fuesen de carne picada. A continuación, aparecieron las espadas y todo fue una confusión de hojas de acero, que brillaban bajo la luz del amanecer.

Aunque les aventajaban en número por cuatro a uno, las aguerridas fuerzas de Belami se abrieron paso entre la masa de los hombres de De Malfoy.

El hecho de que los bandoleros fueran atrapados en medio del puente fue otro factor que contribuyó en su resonante derrota. Totalmente desmoralizados, los forajidos huyeron. «¡Sauve qui peut!», fue el grito que lanzaron al pasar junto a De Malfoy. Éste lanzó un juramento y atacó a sus propios hombres cuando se arremolinaban a su alrededor.

Las flechas de Simon dieron cuenta de tres hombres más, mientras él disparaba desde la silla. El hacha de guerra de Belami cercenó los miembros de otros cuatro bandoleros que lanzaban gritos de dolor. La fuerza de los templarios acuchilló a una veintena de renegados, y los arqueros dieron cuenta de los restantes. Fue una carnicería.

De Malfoy quedó solo en su corcoveante caballo negro, con la espada roja de sangre de sus propios hombres. Otro bandolero permanecía a su lado: un joven enjuto, de rubios cabellos, que ahora intentaba escapar atacando, lanza en ristre, a Simon que estaba más cerca de él.

De Malfoy levantó su espada y la arrojó al río.

—¡Je me rends! —gritó roncamente—. Fui armado caballero y puedo pagar un buen rescate.

Haciendo caso omiso del jinete que le atacaba, Simon tensó la cuerda de su arco.

—¡He aquí tu rescate! —gritó, y la gruesa cuerda del arco vibró sonoramente.

La flecha atravesó silbando el puente y se hundió en el pecho cubierto por la sobrevesta roja de De Malfoy.

Con un fuerte gruñido, cayó de su alta silla y se estrelló contra el parapeto de piedra. En su agonía, se retorció resbalando por el costado del altísimo puente. De Malfoy ya estaba muerto cuando se hundió en las espumosas aguas del Ródano y desapareció en el remolino blanco.

—¡Cuidado!

La advertencia de Belami llegó demasiado tarde, en tanto la lanza del renegado atacante alcanzaba el costado derecho de Simon. El joven normando sólo tuvo tiempo de girar sobre la silla, al tiempo que soltaba el arco y echaba mano de la espada. Entonces la lanza le hirió, de través, pero desgarrando a fondo la cota de malla y llegando a la carne. Simon se tambaleó sobre la silla, mientras el renegado pasaba por su lado.

Belami espoleó a su montura para interceptarle el paso. Phillipe y Pierre se acercaron a Simon por ambos lados para evitar que cayera de Pegaso.

El bandolero de rubios cabellos arrojó la lanza y desenvainó la espada para parar el golpe de Belami. El hacha de guerra partió limpiamente la

hoja de acero de la espada y se hundió en el aterrado rostro afeminado del joven forajido, que se partió en dos, sangrando copiosamente. Murió al instante.

Inclinado sobre la grupa de su caballo, que seguía galopando, el bandido muerto fue llevado hacia el valle.

Belami se acercó al trote a Simon y examinó su herida.

—Es profunda —dijo—, pero vivirá.

La batalla había durado apenas tres minutos desde el principio hasta el final.

—¡María! —exclamó Simon, en un murmullo doliente—. Busca a María, Belami.

—No temas, muchacho. Phillipe, Pierre..., que le atiendan inmediatamente. Iré en busca de la joven.

Belami cruzó el puente al galope y franqueó el portal abierto de la fortaleza de los templarios. El hecho de que aquellas pesadas puertas estuviesen abiertas de par en par indicaba que la estratagema de De Malfoy les había cogido por sorpresa.

El patio estaba patéticamente cubierto de ensangrentados bultos envueltos en telas, que momentos antes eran peregrinos. Sus carros destrozados aún ardían, provocando la espesa humareda que los templarios observaron cuando regresaban.

Mientras a Simon le ayudaban sus camaradas, Belami desmontó, para abrirse paso entre los cadáveres de la guarnición pasada por las armas, en dirección a la torre central.

La mayoría de los templarios asesinados aún tenía el arma envainada. Habían muerto sin devolver ni un solo mandoble. Pero un par de soldados habían vendido su vida al precio de un asesino muerto.

El segundo oficial al mando, el viejo servidor De Carlo, era uno de los pocos que se habían defendido. Dos bandoleros, uno con el cuello cortado y el otro con el cráneo partido, yacían formando un montón informe delante del cuerpo del veterano servidor. Éste se encontraba clavado a la puerta de la torre por una lanza.

—Al menos Louis murió como un soldado —musitó Belami, tirando de la lanza y sosteniendo diestramente el pesado cuerpo de De Carlo antes de que se desplomase sobre el suelo.

El templario entró en la torre sabiendo perfectamente lo que encontraría allí. De Malfoy había elegido la capilla para llevar a cabo el peor de sus tremendos crímenes. El enfermo mariscal De Montdidier había sido descuartizado mientras deliraba. Su celda monjil parecía un matadero.

En la capilla de los templarios, los renegados habían orinado y defecado en el altar, y destruyeron todo símbolo religioso que pudieron encontrar. Su diabólica obra se hacía del todo evidente en el número de mujeres violadas y destripadas que yacían tendidas sobre los peldaños del altar.

Belami se santiguó al ver el sangriento espectáculo; incluso su endurecido estómago se revolvió ante el hedor asqueante que saturaba el aire pestilente. La sensación de depravación era abrumadora.

Un gemido condujo al nauseado veterano hacia la pequeña sacristía. Con la espada en la mano, abrió la puerta de un puntapié.

María yacía atada con la cuerda de una campana a una mesa, sobre la que habían extendido un mantel de altar manchado de sangre.

Sólo ella de todas las mujeres vejadas, jóvenes y viejas, no había sido destripada. Su cuerpo estaba cubierto de moretones y de salpicaduras de heces. Su cara, tan bella antes, estaba terriblemente hinchada a causa de tremendos golpes, y la boca le colgaba abierta por el horror. Un espantoso gemido salía de sus labios. Cuando Belami la liberó de las ataduras, se apartó de él aterrada.

El servidor templario la cogió tiernamente con su poderoso brazo derecho y apoyó el cuerpo exánime contra su cintura.

La mantuvo junto a su pecho, como un padre llevando a una criatura asustada. Con sumo cuidado la sacó de aquel horrible lugar para salir a la luz del sol.

Cuando abandonaban aquel mortuorio, Simon, ayudado por Phillipe y Pierre, vio quién era la persona que Belami sostenía con sus brazos. El joven, pálido como la muerte por la pérdida de sangre, gritó con voz ronca:

—¡María!

—Vive —dijo Belami, simplemente.

Simon lanzó un grito y cayó sin conocimiento en los brazos de sus camaradas.

Belami alzó la vista en el instante en que una partida de templarios hacía su entrada a caballo en el patio lleno de humo. Llegaba al mando de los dos caballeros ausentes, que regresaban de la reunión en el Capítulo de la abadía de Orange.

Aun aquellos experimentados cruzados se horrorizaron ante la escena de aquella matanza general que se ofrecía a su vista. Los soldados habían descubierto otro espectáculo horroroso. Al viejo orfebre italiano, De Nofrenoy, lo habían empalado en una afilada estaca. Evidentemente, el hombre se había resistido a declarar dónde llevaba escondida la plata. Su carro lo habían desarmado literalmente antes de que De Malfoy descubriera el escondite secreto, hábilmente disimulado en el fondo falso de un barril de agua.

Belami dejó a la vejada doncella al cuidado de los templarios y en pocas palabras les informó del error que había cometido al intentar borrar del mapa a De Malfoy.

El veterano servidor no ocultó nada de lo sucedido.

—La culpa fue mía, señor —dijo a De Burgh.

—Al contrario, servidor Belami. —El veterano cruzado hacía tiempo que era conocedor de su reputación—. De Malfoy debió de planear este ataque al tener conocimiento de nuestra partida para participar en la reunión del Capítulo en la abadía. Vuestro contraataque hizo fracasar sus planes. Se vio obligado a dejar unos hombres en la retaguardia para contener a vuestras fuerzas. Ese engendro del diablo tenía espías en todas partes. Mis hombres me informan de que vuestros cadetes se portaron bien. ¡Os felicito, Belami, no os censuro!

A pesar del prudente evalúo que hizo De Burgh de la situación el viejo soldado seguía atribuyéndose la culpa.

—No dejéis nunca que la ira gobierne vuestras decisiones —les dijo a los restantes cadetes, al tiempo que veía a Simon confortablemente instalado en un carro de los templarios para ser llevado al hospital de

Orange—. Iré a visitarte en cuanto haya terminado mi informe completo —le dijo al muchacho herido.

Habían enviado un mensajero a la ciudad y no tardaron en llegar unas monjas, hermanas mercedarias de Saint Lazarus, para hacerse cargo de María.

—¡Pobre niña! —dijo Belami—. Ha perdido la razón. Apostaría mi mano derecha a que ese cerdo mal nacido de De Malfoy la obligó a presenciar el empalamiento de su padre.

—¿Cómo pueden los hombres cometer tantas atrocidades?

Phillipe estaba horrorizado.

—Están poseídos por los habitantes de las tinieblas —dijo De Burgh—. Dejan que los deseos carnales dominen su mente y su cuerpo, hasta que se hunden más hondo que el nivel de la bestia. Entonces, bajo el principio espiritual de que «los iguales se atraen», sus almas son presa de los demonios, que penetran en sus cuerpos degenerados y los utilizan como títeres.

Belami y el resto de los soldados limpiaron la profanada capilla, y el abad, que había regresado con los templarios, reconsagró el altar.

—Esto es obra de la más negra de las brujerías. De Malfoy debe de haber sido un poderoso brujo para tomarse semejante venganza contra la casa de nuestra Señora. La capilla aún conserva el olor del mal. Sólo el tiempo, la misericordia, las oraciones y el amor podrán retornarle su aire de santidad. El rito santo por sí solo no es suficiente para eliminar la terrible presencia del pecado de esta iglesia arrasada.

El abad había sido cruzado. A pesar de haber visto escenas horrorosas, había algo tan diabólico en la maldad sistemática de De Malfoy, que sentía desfallecer su espíritu.

Después de haber escuchado la confesión de Belami, estuvo de acuerdo con De Burgh.

—No puedes culparte, hijo mío. A causa de lo que hiciste, ese engendro de Satanás está muerto. Sólo Dios sabe qué otros daños terribles habría causado. Aquel joven demonio de pelo rubio, a quien me dicen que diste muerte, era el acólito del diablo, el monaguillo pervertido de De Malfoy.

Has liberado esta región del gran mal. Te absolvo, Belami, hijo mío. ¡Ve con Dios!

La infortunada María permanecía con la vista perdida en el espacio mientras las buenas hermanas sanaban su cuerpo. Cuando Belami fue a ver a la madre superiora, ésta le dijo:

—La niña nunca dejará que vuelva a tocarla otro hombre. Con el tiempo, podremos penetrar en su mente. Nosotras la cuidaremos. Al igual que varios de nuestros benditos santos, la pobre criatura ha sido cruelmente martirizada. Nuestra santa Madre es amante y compasiva, sobre todo para con aquellos que fueron tremendamente castigados por la bestialidad de los hombres.

La buena madre superiora se estremeció, y luego le tranquilizó:

—María es huérfana. Nosotras la recibiremos en nuestra Orden. Es la voluntad de Dios y de nuestra Virgen santa.

Belami comprendió que aquello era lo mejor para la muchacha, pero dudaba que su mente perturbada pudiese recuperar sus facultades jamás. Cuando fue a visitar a Simon, le dijo varias mentiras piadosas para tranquilizar a su pupilo favorito.

—María se está recuperando bien y te manda su afecto —dijo, sin parpadear, mirándole con sus brillantes ojos astutos—. Se quedará con las buenas hermanas hasta que puedan recogerla sus parientes italianos —continuó diciendo con total convicción.

Simon, a pesar de las soporíferas hierbas del hospitalario, sufría considerables dolores y su narcotizada mente no detectó falsedad alguna en las palabras de Belami. Experimentó tan sólo una gran sensación de alivio al saber que María estaba tan bien atendida. Con un profundo suspiro, el joven normando dejó que se rompiera el débil hilo que le mantenía consciente y se sumió en un profundo sueño reparador.

OceanofPDF.com

5
CORSARIOS

Phillipe y Pierre sólo habían recibido heridas de poca importancia durante la lucha en el puente en cambio Simon, con el corte más serio en el costado derecho, no pudo poner los pies en el suelo hasta pasadas dos semanas.

Durante toda la crisis del sufrimiento de Simon, Belami y sus dos camaradas mantuvieron una constante vigilia, aplicando a la cruenta herida compresas embebidas en hamamelis y vendándola con tejidos de hilo limpios humedecidos con vinagre de vino hervido. El hospitalario, un anciano brabanzón, daba su consentimiento a esas medidas y siempre estaba atento con una esponja de mar griega, para bañar el cuerpo consumido por la fiebre de Simon con agua fresca de manantial liberalmente perfumada con hisopo.

Entre todos ellos mantenían alejadas a las moscas de la herida abierta del joven, hasta que los fluidos de su organismo hubieron cerrado la herida, que mantenían temporariamente unida mediante espinas limpias. Los hospitalarios habían aprendido muchísimo sobre el arte de sanar de sus adversarios sarracenos en Tierra Santa.

Durante cuatro días la crisis se encarnizó con el cuerpo postrado de Simon. Al quinto amanecer, la fiebre había cedido, como un fuerte viento de verano, y su piel era fresca al tacto.

Al abrir los ojos, vio el rostro sonriente de Belami. Confundido, fijó la mirada en la sonrisa radiante del veterano.

—¡Belami! —exclamó con voz ronca y los labios dolorosamente agrietados por la fiebre.

Los ojos del viejo soldado se humedecieron al acercar una esponja mojada a los labios de Simon. Su aceite y la esencia de hamamelis suavizaron la piel agrietada y el joven pudo beber un poco de agua de la fuente por medio de una caña. Todo el tiempo, Phillipe y Pierre, que dormían fuera del pequeño dormitorio de Simon, mantuvieron a su camarada cómodamente incorporado entre los dos.

El peligro les había acercado a los cuatro. Ésa es la única virtud del combate: que, quiénes comparten sus fatigas y peligros, luchando codo a codo, establecen lazos de camaradería más fuertes que los del amor fraternal. El recuerdo del horror, el dolor y el miedo se subliman así mediante la experiencia compartida de la batalla y, gracias al cielo, ese intenso sentimiento de unidad persiste a través del tiempo. Sólo la muerte misma pone fin a ese lazo en cada compañero de armas. Ésa es la única experiencia valedera de la guerra.

Durante su delirio, su cuerpo sutil había abandonado su torturada forma física, mientras se retorcía y revolvía en la cama de tablas de madera.

El Simon que volara por encima de un paisaje neblinoso no experimentaba dolor alguno, desde el momento de abandonar su cuerpo material hasta que regresó a él, en tanto pasaba el punto álgido de la fiebre.

Planeó sobre llanos, ríos, colinas y escarpados acantilados del mismo paisaje que siempre había sido el escenario de sus extraños sueños en que volaba. Ahora supo a quién estaba buscando: a su padre, Odó de Saint Amand.

Por debajo de él, la bruma a veces se arremolinaba hasta convertirse en un mar alborotado de grises nubes, que se extendía como un manto sobre el suelo.

Una vez más, las formas de la pesadilla subían como los muertos ahogados a la superficie turbulenta, alzando las manos esqueléticas para aferrar su forma voladora, con las maliciosas bocas abiertas por un odio

terrible. Una de ellas era la forma corrupta, atravesada por una flecha, de Etienne de Malfoy con las cuencas vacías de sus ojos resplandeciendo con un virulento fuego verde al tiempo que salía el asqueroso hedor de la muerte de su boca sin labios. Luego llegaba el amanecer y entonces la sutil parte de Simon era arrastrada rápidamente de vuelta a su cuerpo atormentado por el dolor. Fue la quinta mañana cuando sus sufrimientos se volvieron tolerables y el joven normando se despertó para ser recibido con afectuosa camaradería por sus tres íntimos amigos.

—¡Inshallah! —dijo Belami, y abrazó el cuerpo consumido de Simon.

La fiebre había quemado hasta la ínfima porción de grasa excesiva que el joven tuviera en su cuerpo vigoroso. Parecía un Jesús joven.

—Lo que te hace falta ahora son unos buenos bistecs provenzales y un excelente vino tinto, mon brave. En un corto tiempo volverás a estar en condiciones de combatir.

El experimentado hospitalario, André Devois, comenzó a alimentar a Simon con pan mojado en leche de cabra y en seguida le administró una dieta más sustanciosa. Al cabo de tres días, el joven normando había mejorado notablemente. Pero al recobrar la salud, el sentimiento de culpa de Simon afloraba y le atormentaba sin cesar, perturbando su muy necesario reposo.

Belami tomó una firme actitud ante él.

—No tienes motivos para culparte de nada, mon ami —insistía—. Sé que la instrucción monástica que te han impartido te ha impuesto la pesada noción del pecado. Tu amor por María no es algo pecaminoso. La joven se repone bien y es afortunada al no haber terminado tan mal como los demás. El buen Dios y nuestra santa Madre la protegieron.

Belami se persignó, tanto por las piadosas mentiras como por haber mencionado a la Virgen. Si bien era un hombre religioso en el sentido de su inconmovible fidelidad al cristianismo, la conmiseración del viejo soldado poseía una cualidad especial que provenía de su prolongada experiencia en Tierra Santa. Ella era verdaderamente ecuménica. Esa sensibilidad podía parecer incompatible con lo que semejaba una efectiva máquina de matar, pero Belami era mucho más que eso.

Simon poseía ese mismo sentido innato de conmiseración, aunque tenía casi dieciocho años y ya había dado muerte a siete u ocho hombres; pero todos ellos habían sido criminales dispuestos a matarle a él o a sus camaradas. No se sentía culpable por ello; en cambio sus regodeos con María habían creado ciertas dudas en su joven espíritu. Ésas eran las que atormentaban su conciencia.

Belami se dispuso a disiparlas tan prestamente como pudo.

—No has roto voto alguno y yo juro que no tuviste tiempo de quitarle la virginidad a la muchacha. Ambos sois tan inocentes como criaturas recién nacidas, de modo que olvídalo. Acepta mi consejo, Simon. Es mejor así.

El proceso de recuperación y las energías que tornaban rápidamente no tardaron en sacar a Simon de las tinieblas de la culpa a la luz de una nueva resolución. Estaba más decidido que nunca a justificar la fe de su fallecido padre en su destino, así como arribar a Tierra Santa lo más pronto posible. Sin embargo, ello presentaba un problema. A causa del retraso provocado por la herida de Simon, los cuatro camaradas descubrieron, al llegar a Marsella, que habían perdido el barco que esperaban que fuese su medio de transpone.

El hecho desalentó a los tres cadetes, pero Belami se mostró más resuelto y se dirigió a la nave más cercana que cargaba vituallas y refuerzos para Tierra Santa. El barco, un carguero veneciano de amplio velamen, brindaba escueta comodidad en sus noventa pies de eslora para treinta caballos y un centenar de hombres. El acostumbrado aparejo veneciano de velas latinas había sido reemplazado, tanto en el palo de trinquete como en el de mesana, por aparejos de velas cuadradas. Ello estaba más de acuerdo con las costumbres del norte de Europa que con la práctica en el Mediterráneo. Existía una ligera desventaja por cuanto eran más difíciles de manipular, pero eso quedaba compensado por una estructura más recia. Además, ello permitía colocar cofas de combate en lo alto de los mástiles. Éstas servían como puestos de vigía o bien podían acoger a unos cuantos arqueros, así como piedras y ánforas con aceite para ser arrojados sobre la tripulación de otras naves que intentaran abordar el barco. Las posiciones

en las cofas se alcanzaban trepando por escaleras de soga sujetas a los mástiles.

El bajel de gran calado era posesión de la Orden de los Hospitalarios. Esta Orden contemporánea de caballeros monjes era una organización militar rival y a menudo chocaba en los altos niveles con la de los templarios. Pero la rivalidad no se extendía más allá de las riñas bien intencionadas entre los rangos competitivos de los servidores.

Belami abordó amigablemente a un servidor hospitalario, Jean Condamine, un guerrero tan canoso como el veterano mismo. Condamine tenía el cargo adicional de practicante de la medicina para los Caballeros Hospitalarios, en su labor consagrada a sanar enfermos.

Los miembros de ese cuerpo alternativo de servidores no debían necesariamente observar una total abstinencia y, por lo tanto, unas botellas de vino provenzal demostraron ser el lubricante adecuado para poner las ruedas en movimiento. Belami no tardó en persuadir a su oponente en el Cuerpo de Servidores Hospitalarios para que les facilitara el pasaje a los cuatro templarios y sus monturas. Ésta habría sido la petición más difícil de ser concedida, pero dio la casualidad de que, en aquel viaje, el Saint Lazarus sólo transportaba veinte caballos de los hospitalarios.

El grueso de los pasajeros lo constituían los arqueros y servidores, así como mercenarios que se habían sumado a la tripulación como para brindar una protección adicional. Ésta era una necesidad muy real, ya que piratas de la costa Barbaria y corsarios del norte de África habían estado recientemente muy activos y habían logrado hacerse con varios botines valiosos.

Por esta razón, la nave de los hospitalarios iba también armada de dos catapultas, una en la proa y la otra situada en la cubierta de popa; ambas armas podían lanzar pesadas rocas a una distancia de un centenar de yardas.

Ése era otro motivo por el que Belami había elegido la nave entre la cincuentena de gabarras, barcos mercantes aparejados con velas latinas y otras embarcaciones de gran calado dedicadas a la pesca y al comercio que se alineaban en los quais de Marsella.

Debían esperar varios días para embarcar, de modo que Belami se dedicó a demostrar a sus camaradas cómo pasar el tiempo en el más importante puerto de la costa occidental del Mediterráneo. Con un instinto nacido de la larga experiencia, Belami había olfateado una pequeña taberna que ofrecía alojamiento en las dependencias anexas. El hospedaje iba acompañado de buena comida y un excelente vino de la zona. También había un genial posadero, que había sido mercenario en otros tiempos, y una esposa jovial con tres hijas, para completar la trabajadora y hospitalaria familia provenzal.

—Esto es mucho mejor que molestar a la guarnición de los templarios de la localidad para que den acogida a cuatro huéspedes temporarios —dijo Belami, con una astuta sonrisa—. Me he presentado al mariscal local y le he informado de que resido aquí con unos antiguos amigos. Es un caballero bastante tranquilo, para ser templario, y estaba enterado de nuestro contratiempo en la comandancia. No puso ninguna objeción a la presente situación. De hecho, nos felicita por haber eliminado a De Malfoy.

—¿No quiso saber más detalles sobre la matanza de los peregrinos? —inquirió Phillipe sin rodeos.

—Ni uno solo —repuso Belami, secamente—. Semejantes pérdidas ocurren de tanto en tanto, y De Malfoy ya había borrado a varios grupos de la faz de la tierra de la misma manera. Al haber borrado esa mancha oprobiosa de la orden de caballería nos ha convertido en persona grata ante los templarios y los hospitalarios de la comarca. En caso contrario, ellos y nuestros camaradas de Orange se habrían visto obligados a atacar ellos mismos ese nido de víboras. Así —siguió diciendo con una luminosa sonrisa—, id y divertíos. Hay mucho por ver y hacer en Marsella. Seguid mi consejo y procurad saber algo más sobre la Orden de los Hospitalarios y su obra. Nuestros grandes maestros no siempre están de acuerdo, pero nosotros, los servidores no armados caballeros, debemos actuar en íntima relación mutua, si es que queremos sobrevivir en Tierra Santa.

Los demás le tomaron la palabra a Belami y, por conducto del contacto que el veterano había hecho a bordo del barco, no tardaron en ser bien

recibidos entre el grupo de servidores y soldados hospitalarios con quienes viajarían para unirse a la Cruzada.

Fuese que la conmoción causada por la herida hubiese afectado el recuerdo de Simon de los hechos recientes o fuera que las evasiones bienintencionadas de Belami hubieran obrado efecto, en medio de la emoción ante el pronto embarque y el bullicio que reinaba en Marsella, el caso es que desapareció el sentimiento de culpa que tenía y sólo muy de vez en cuando pensaba en María. Como de costumbre, Belami había tenido razón.

Los tres servidores templarios aprendieron muchas cosas de sus contemporáneos entre los hospitalarios. Al tiempo que el bello rostro de la muchacha italiana se esfumaba de la memoria de Simon, su mente se iba llenando de nuevas y excitantes informaciones sobre Tierra Santa. Al parecer, muchas de las plazas fuertes que habían surgido para preservar los territorios ganados con esfuerzo por los cruzados, las habían construido o ampliado los hospitalarios, que eran formidables constructores de hospitales y castillos, y a menudo reforzaban fortalezas originariamente construidas por los sarracenos y otras naciones musulmanas en Palestina, Siria y el Líbano.

El formidable Krak des Chevaliers, un enorme bastión de piedra con intrincadas fortificaciones, que dominaba los campos de los alrededores con sus múltiples torres y maciza edificación, había sido principalmente construido por los hospitalarios, si bien de tanto en tanto también se constituía en guarnición de los templarios.

Los tres emocionados zagales rondaban por el agitado puerto, acompañados por el mismo número de servidores hospitalarios. Los otros jóvenes llevaban dos meses en Marsella, preparando las vituallas para el viaje, por lo que eran versados conocedores de la ciudad. Ellos les señalaban las influencias griegas, romanas y venecianas en el crecimiento del bullicioso puerto, y llevaron a Simon, Phillipe y Pierre en una visita guiada a los mercaderes y mercados que competían para aprovisionar los múltiples bajeles anclados a lo largo del quais.

Había también barcazas que transportaban vino de Dijon y Lyon, así como chalanas cargadas de hortalizas y frutas de los campos cercanos a Orange y otras ciudades del bajo Ródano. Carros rebosantes de carne y productos lácteos llegaban diariamente de otros puntos de la región, y la agitación general que producía la llegada y la partida de los numerosos tipos de embarcaciones constituía un panorama de constante interés, tanto para los visitantes como para los nativos.

Al igual que en los quais de París, las fragancias de las especias y frutas mantenían a raya los olores más nauseabundos del puerto; incluso los aromas provenientes del mercado del pescado eran barridos por la brisa constante del mar. Todo provocaba fascinación en los cadetes, y tanto los templarios como los hospitalarios gozaban del espíritu de camaradería que reinaba entre ellos, modestamente estimulado por el delicioso vino tinto provenzal.

Fue durante ese idilio de agitada tranquilidad que los tres cadetes tuvieron la oportunidad de volver a ser jóvenes. El exceso de violencia y pesada responsabilidad habían empañado temporariamente el goce de la vida para ellos, pero ahora volvían a reafirmar su espíritu juvenil.

Pierre fue un gran valor en la reconstitución de la moral de sus compañeros, que en el caso de Simon tanto se había visto afectada por la herida, así como por el injustificado sentimiento de culpa respecto del destino de María.

—Me gusta este lugar. Marsella tiene una atmósfera que supera la de París —comentó Phillipe, pensativamente, mientras tomaba un sorbo de vino de un vaso de madera de olivo—. Es como la calma después de la tormenta.

—Es el mercado del pescado, mon garçon —se sonrió Pierre—. El hedor que viene de los fruits de mer podridos tiene un efecto soporífico, como el opio. ¡A mí dadme la pestilencia del vino agrio en el Quai de Berçy, y el rico aroma de cloaca que viene del Sena, en todo momento! Eso es lo que yo llamo atmósfera. No hay nada como la mierda parisina para ponerte en marcha, a primera hora de la mañana.

Los jóvenes templarios y hospitalarios rieron estrepitosamente, ante la ruda ocurrencia de Pierre, tanto por efecto del sol del mediodía como por el excelente vino tinto.

Pero, Phillipe, su callado compañero, ahora parecía haberse sumido en un ensueño, con la mirada perdida en el mar, como si hubiese vislumbrado una visión más allá del horizonte.

Simon fue el primero en advertirlo.

—¿Qué te aflige, mon garçon? En este preciso instante, estabas a muchas millas de distancia.

Phillipe se sobresaltó, como si despertase de una ensoñación.

—Es sólo un presentimiento que he tenido. Anoche soñé que estaba en Tierra Santa, frente a las puertas de Acre, y nadie me dejaba entrar.

—¡No me digas! —exclamó Pierre, con su alegre voz—. ¡Después de tres semanas en alta mar, sin tomar un baño caliente, sería un milagro que nos dejaran pasar!

Esa mañana, sin embargo, ni siquiera la efervescencia de Pierre no bastaba para disipar el mal presentimiento de Phillipe.

—No es saludable —dijo Belami, cuando Simon se lo contó—. Toda esta pérdida de tiempo, varados en Marsella, le da al muchacho demasiado que pensar. Phillipe es un chico serio, ansioso por llegar a Tierra Santa. ¡Eso es todo! Llevadle al campo y que se distraiga.

El veterano servidor hizo una pausa, con una mueca en el rostro moreno.

—Y que no tome vino tinto al mediodía. Tiene un efecto depresivo, a menos que duermas la siesta o dejes que se desahogue en los brazos de una buena mujer.

Más que nada, fue la gente de la ciudad la que ayudó a recuperar la moral al joven Phillipe.

Los marselleses eran una colorida mezcla de galos, romanos, venecianos, ibéricos, genoveses y otras gentes navegantes, que se habían asentado en los alrededores del puerto y en torno al delta del Ródano, en la Camarga. Simon y los demás salieron a caballo para ver aquella extraña

tierra pantanosa que, a través de los siglos, había surgido del barro y las arenas de los múltiples canales del ancho estuario del río.

Los romanos habían impulsado centros importantes en Arlés y Aix-en-Provence, construyendo hipódromos y anfiteatros para sus carreras de cuadrigas y competencias de gladiadores, de acuerdo con el capricho de las clases dirigentes. Como en todo el Imperio romano, esto lo realizaron los esclavos y, al caer Roma, muchos de esos siervos liberados se establecieron en la región. Los anfiteatros actualmente se utilizaban como almacenes o mercados, y los hipódromos se convertían en magníficos establos para el tráfico extensivo de caballos salvajes que merodeaban libremente por la Camarga.

Durante esas excursiones, Simon y sus amigos también conocieron la estructura de la orden militar rival.

—Los rangos son muy parecidos —les explicó Marc Lamotte, un eficiente servidor hospitalario, pelirrojo, tres años mayor que Simon—. También tenemos un gran maestro, que pasa la mayor parte del tiempo luchando contra los sarracenos y otros paganos, cuando debería estar construyendo más hospitales. Necesitamos desesperadamente más instalaciones para los enfermos y los desamparados. Siento que es mi deber concentrarme en sanar a los enfermos y alimentar a los necesitados, antes que dedicarme a matar paganos saludables.

Simon se sonrío.

—Tú no tienes la culpa, Marc. Deja la lucha en manos de nuestra orden militar. Nosotros mantendremos los caminos de peregrinaje abiertos para vosotros, y así podréis seguir construyendo hospitales y refugios.

—Ojalá fuese tan fácil. —El hospitalario meneó la cabeza con tristeza —. Hay muchos hombres sabios e inteligentes entre los paganos. Ellos saben más que nosotros sobre el arte de sanar. Mi tío era un hospitalario que en una ocasión cayó prisionero en Isphahan, y él me contó de los árabes y del uso que hacen del massa, el arte de curar mediante la imposición de manos.

—Es la segunda vez que oigo hablar de eso —dijo Simon—. El tío Raoul y Bernard de Roubaix me hablaron de ese método de curar, en

Normandía.

El pensamiento de Simon voló por un instante hasta De Creçy Manor, que ahora se le antojaba a miles de leguas de distancia. Suspiró con nostalgia, pero en seguida la disertación del hospitalario sobre su Orden atrajo de nuevo su atención.

—También tenemos senescales y mariscales para administrar nuestros castillos y hospitales, y un gonfalonero, a quien se le confían nuestros estandartes sagrados, conserva los rollos heráldicos y mantiene los puntos de orden en la disciplina. Luego vienen los caballeros hospitalarios mismos, buenos guerreros con la habilidad adicional que se requiere para confortar a los enfermos y moribundos, y por fin, como sabéis, nosotros, los servidores, que somos la «argamasa» que mantiene unida la estructura total.

Las risas de los jóvenes resonaron con el buen humor de la adolescencia y la experiencia compartida. La sensación era placentera.

La herida de Simon había cicatrizado perfectamente y la cálida agua del mar hacía que resultara práctico bañarse, lo que aceleró el proceso. Belami le dio unas lecciones de esgrima, y el cadete normando respondió bien a los trucos y mañas del astuto veterano.

—Me dejasteis ganar este asalto —rió, mientras se dejaba caer con una rodilla sobre el pecho de su tutor.

—Celebro que lo creas así —gruñó el viejo soldado, a quien Simon había vencido limpiamente—. Eres mucho mejor de lo que tú piensas, Simon.

En su quinta noche en Marsella, abordaron el Saint Lazarus y, al romper el alba, la nave soltó amarras e izó las velas para aprovechar la temprana brisa matutina.

La corriente del Ródano no era tan fuerte como lo había sido en su larga carrera hacia el mar. Suavemente les llevó hacia la desembocadura y las dos velas cuadradas se hincharon rápidamente con el viento de mar adentro. No precisaron ningún piloto práctico para conducirles a mar abierto, y no tardaron en pasar ante las boyas exteriores y pusieron proa a los brazos del golfo de Lyon.

Simon, Belami, Phillipe y Pierre observaban apoyados en la baranda de popa el lento retroceso de la costa. Todos, en silencio, se preguntaban qué les aguardaba más adelante.

El Saint Lazarus era un magnífico barco, bien diseñado y construido para navegar como carguero transmediterráneo. Lenta y firmemente, cubría con comodidad el promedio de sesenta millas marinas por día.

Sólo Phillipe sufría de mal de mer, el precio abusivo que el mar les cobra a los hombres de tierra firme. Pierre había pasado su adolescencia en pequeñas embarcaciones, y Belami había hecho muchos viajes por mar en naves de los templarios. También Simon había disfrutado de muchas horas remando en el lago de la finca de su tío, o nadando y navegando en barca por el largo pasaje del río Andelle, junto a los dominios de los De Creçy. Sus estómagos resistían bien, y Phillipe pronto se recobró, de modo que toda la tripulación y sus ochenta pasajeros «se sacudieron bien» a las pocas horas de haber iniciado el balanceo en el suave oleaje del vasto mar. La luz del sol y el cielo azul muy pronto produjeron una sensación de lánguido placer que sus livianas tareas no lograban mitigar.

Al amanecer, en su quinto día en el mar, a unas 300 millas de Marsella, se rompió el idilio. Hasta entonces los vientos se habían mantenido estables y el carguero de quilla ancha se había desplazado a una velocidad permanente de tres nudos. Luego el viento viró y perdió fuerza. Aquélla fue una oportunidad que los corsarios que les habían estado siguiendo a una prudente distancia aprovecharon rápidamente.

Eran dos galeras piratas: naves rápidas, fáciles de gobernar, que utilizaban los corsarios de la costa Barbaria. Su táctica había sido de gran destreza; siguieron las luces de los cargueros guiados por el vigía, precariamente instalado en la cofa del mástil. Ello significaba que los barcos piratas sin faroles eran casi invisibles, el casco casi hundido en el horizonte. En contraste, la nave de los hospitalarios había prendido, imprudentemente, una linterna, cosa bastante segura para la navegación en condiciones ordinarias, pero peligrosa en aguas infestadas de piratas.

Al aminorar el viento, los corsarios atacaron, aumentando el ritmo de las galeras, hasta que rápidamente llegaron al alcance de las catapultas que

ambas naves llevaban. Fueron localizadas en cuanto aparecieron en el horizonte, y los redoblantes tocaron la alarma.

El caballero hospitalario, Gervais de Redon, tenía más experiencia en la atención de los enfermos que en comandar un barco de guerra, pero el veterano servidor Condamine era muy versado en aquellas lides. De inmediato alistó a Belami y le dio el mando de los mercenarios. Con los servidores templarios, Belami se encontró con treinta hombres a sus órdenes. Les hizo formar inmediatamente y les pidió que se mantuviesen fuera de la vista hasta que los corsarios trataran de abordarles. Ellos tenían que ser su reserva estratégica.

Jean Condamine mandó a veinte arqueros para que se unieran a ellos, y retuvo a los otros treinta, dispuestos a enfrentar al enemigo desde larga distancia.

Cuando les separaban unas 200 yardas, los corsarios abrieron fuego con sus catapultas más poderosas. Al principio, las grandes piedras lisas que lanzaron cayeron al agua, pero, al acortarse la distancia, silbaban por encima de los mástiles o les perforaban las velas.

En cuanto las galeras piratas llegaron al alcance del carguero, Jean Condamine ordenó a De Redon abrir fuego y, por una afortunada casualidad, el tercer tiro de la catapulta de popa colocó una roca de buen tamaño en la segunda galera, en el costado de babor, que barrió a dos corsarios de la cubierta de proa, y sus destrozados cadáveres cayeron en la estela de la galera.

Los piratas lanzaron dos tiros más: una de las piedras mató a un arquero en el acto de un tremendo golpe en el pecho y mancó a un caballo en el establo protegido de la bodega. En cuanto comenzaron a registrar tiros certeros en el carguero, los capitanes corsarios dejaron de catapultar piedras para lanzar balas de fuego griegas. Dichas armas consistían en potes de arcilla completamente cerrados, llenos de una mezcla inflamable de brea, aceite y nafta. Al romperse los potes, la mezcla ardía espontáneamente, y el agua resultaba ineficaz para apagarla. El único líquido recomendable para combatir las balas de fuego griegas era el vinagre. Por este motivo, los costados del carguero estaban recubiertos con pieles embebidas en una

solución de vinagre, y otras pieles humedecidas con la misma preparación las mantenían listas dentro de cubos junto a los dos mástiles.

En cuanto las balas de fuego griegas estallaban a bordo, los soldados y la tripulación atacaban las llamas con esos extinguidores. La falta de viento, que les había hecho caer en manos de los corsarios, ahora tampoco avivaba el fuego provocado por la preparación química y no tardaba en ser extinguido.

Mientras tanto, los arqueros habían mantenido el tiro constante contra ambas galeras, que se acercaban rápidamente por los dos costados. Varias flechas de los arqueros hospitalarios habían encontrado su blanco liquidando una docena de piratas. A pesar de todo, los corsarios no se daban por vencidos y se preparaban para la matanza.

Cuerdas con arpones de cuatro ganchos en los extremos eran lanzadas a través del espacio que separaba a las naves, que se iba estrechando rápidamente. Varios de aquellos arpones se engancharon en distintas partes de las defensas del carguero; uno de ellos ensartó a un marinero a la baranda de babor.

Las galeras piratas no sospechaban la estratagema de Belami de esconder a los soldados. Los gritos de triunfo, cuando la tripulación mora se alineaba ante la borda, denotaban una excesiva confianza.

Al acercarse las naves piratas para el abordaje, se quebraron varios remos de los galeotes, lo que causó varias víctimas entre los esclavos encadenados. Un enjambre de corsarios se mantenía junto a la borda, dispuestos a saltar a los costados altos del carguero.

Los arqueros hospitalarios no dejaban de arrojar una lluvia de flechas mortales. Muchos piratas lanzaban su último grito de guerra cuando las cortas flechas se clavaban en los morenos cuerpos, ligeramente protegidos. Aun así, hordas de corsarios trepaban por las sogas o se lanzaban hacia la nave de los hospitalarios colgados de las cuerdas de su galeote.

Siguiendo la táctica habitual en aquellas costas, el ataque se producía sincronizado por ambos lados; cada galeote mandaba simultáneamente una horda de piratas a través del estrecho espacio que les separaba de sus víctimas.

Simon se hallaba apostado en el castillo de popa del alto alcázar. Allí, disparaba mortales flechas con su arco galés sobre los corsarios que les abordaban. Algunas se clavaban en los costados de madera de la nave, pero la mayoría encontraba su blanco en el cuerpo de algún moro que lanzaba un grito de agonía. Luego Belami se lanzó sobre ellos, con su hacha danesa de doble filo partiendo cascos de acero, cotas de malla y escudos reforzados como si fuesen de pergamino.

Junto a él, Phillipe y Pierre blandían las pesadas espadas de cruzado con toda la destreza que Belami les había impartido durante los entrenamientos. Desde sus escondites, el resto de las tropas de los templarios surgieron de repente para encarar a los sorprendidos corsarios. Los servidores hospitalarios primero se valieron de sus lanzas; luego, a medida que las afiladas puntas atravesaban a una de sus víctimas, extraían las espadas y se abrían camino hasta la borda de la nave.

—¡Manteneos juntos! —gritaba Belami—. ¡Obligadles a retroceder hasta la borda!

El viejo Condamine, el astuto veterano hospitalario, bajó corriendo con Simon del castillo de popa y, juntos, se abrieron paso hasta donde se hallaba Belami. En un instante, se dieron vuelta las tornas. Donde los moros triunfantes abordaron la nave a docenas, ahora se apilaban los cadáveres de los corsarios hasta llenar la cubierta del carguero. A pesar de la brisa marina, la nave entera hedía a cuerpos destripados y a muerte. De lo alto de los mástiles caían piedras y pequeños barriles de aceite hirviendo eran arrojados sobre las cubiertas de ambas galeras. Durante todo el tiempo, caía una lluvia de flechas de los hospitalarios sobre las tripulaciones piratas.

Con gritos de desesperación, algunos de los corsarios sorprendidos intentaban volver a sus galeras y muchos de ellos caían gritando en medio de los costados chirriantes de las tres naves.

—¡Se retiran! —gritó Belami—. ¡Un último ataque y habremos vencido!

La pequeña fuerza de servidores respondió con renovada furia; hasta los arqueros dejaron sus armas y blandieron las ensangrentadas espadas.

De pronto, aquello se convirtió en una carnicería; una matanza de moros, desmoralizados más allá de los límites. Las hojas de los hospitalarios cortaron rápidamente las amarras con garfios y las galeras se alejaron lentamente por ambos lados. Una estaba en llamas, y el fuego se volvía incontrolable, al inflamarse los explosivos almacenados en su bodega. La otra galera, en muy mal estado y falta de remos, bregaba por alejarse lentamente de su pretendida víctima, que tan rápidamente se había convertido en mortal vengador.

Simon y los arqueros sobrevivientes seguían disparando flechas, abatiendo a los corsarios que pretendían apagar las llamas en ambas galeras.

—¡El viento! —gritó Condamine—. ¡Mirad! Las velas se hinchan.

Con un ronco grito, los hospitalarios y sus aliados ayudaron a afirmar las velas, y el pesado carguero se desplazó lentamente hacia adelante, y no tardó en dejar muy atrás a las devastadas galeras. Una de ellas se estaba hundiendo. La otra estaba en un estado catastrófico.

Sin aliento, a causa del esfuerzo, con las pecheras de malla salpicadas de sangre, mientras aspiraban anhelantes el aire fresco del mar, los cruzados victoriosos se entretuvieron a abrazar a sus camaradas y hacer una evaluación del costo de la derrota de los corsarios.

Veinte hospitalarios, entre arqueros y soldados, yacían muertos. Una docena más estaban heridos, algunos seriamente. Con horror, Simon descubrió que Phillipe era uno de ellos, con una flecha mora clavada entre las costillas. Le sostenía un lloroso Pierre de Montjoie, en tanto que Condamine y Belami atendían a los heridos. Mientras Simon se inclinaba sobre su agonizante amigo, los ojos de Phillipe se abrieron, parpadeando, con un interrogante en las veladas profundidades.

—¡Vencimos! —dijo Belami—. ¡Les mandamos de vuelta al infierno, camarada!

—¡Dios sea loado! —musitó Phillipe, y se sonrío.

Su leve sonrisa adquirió el rictus de la muerte al ser abrazado por el Ángel Oscuro. Vertiendo lágrimas libremente, Pierre y Simon abrazaron a su querido amigo.

El servidor hospitalario se llevó a Belami aparte.

—Les sepultaremos en el mar. Es nuestra costumbre.

—¡A Phillipe de Mauray no! Le prometí llevarle a Tierra Santa y allí será enterrado el muchacho.

—Lo que tú digas, Belami —dijo el hospitalario—. Tenemos un barril de agua vacío. Pondremos al valiente muchacho en salmuera.

Y así lo hicieron: vertieron sal en abundancia en el agua con vinagre y con sumo cuidado introdujeron el cuerpo de Phillipe en la mezcla conservadora. Clavaron los cercos de hierro para sujetar la tapa y el barril de agua se convirtió en el féretro de un valiente joven templario.

El costo había sido alto, pero la batalla naval había terminado con una resonante derrota para los muy temidos corsarios de la costa Barbaria.

—Cuando me llegue el turno —le dijo Pierre de Montjoie a Simon—, entiérrame en Tierra Santa. De ser posible, en el sitio donde enterremos a Phillipe.

Mientras el joven vertía ardientes lágrimas, Simon le estrechó en sus brazos.

El anciano comandante hospitalario, De Redon, se desempeñó magníficamente en el combate general, liquidando a un corsario con su espada y aplastando el cráneo de otro con su maza. Ahora, hábilmente atendía a los heridos, restañando hemorragias y vendando heridas, con sus tejidos de lino limpios, sus ungüentos y sus extractos de hierbas.

Gervais de Redon no tenía cabeza para el mando en una batalla, pero era un soberbio médico y sanador.

El Saint Lazarus tocó tierra en Sicilia, donde se abasteció de agua, de carne fresca y fruta, que los hospitalarios consideraban que era un profiláctico contra las fiebres y un laxante imprescindible en la vida de a bordo, donde el ejercicio normal era muy limitado.

De Siracusa el carguero partió para emprender la más larga singladura del viaje a Tierra Santa: mil millas hasta Acre. La nave evitaría detenerse en Chipre, que se hallaba gobernada por un dictador hostil, y tampoco harían escala en Malta.

Chipre aún se estaba reponiendo de la rapiña y la matanza que había causado en la bella isla el cruzado franco Reinaldo de Châtillon, que la había tomado después de una tremenda campaña. Ahora se hallaba bajo una autocracia estable encabezada por Ducas Isaac Comnenus, que se había erigido él mismo en emperador, y los isleños cobraban precios muy elevados a los barcos hospitalarios y templarios que les visitaban para reaprovisionarse. En aquel clima de odio, resultaba más económico y seguro dirigirse directamente a Acre, el principal puerto de los cruzados en Tierra Santa.

OceanofPDF.com

6
ACRE, LA PUERTA A ULTRAMAR

El carguero de los hospitalarios fue saludado por la alborozada multitud que se alineaba a lo largo de los muros almenados de Acre. Coloridas banderas, pendones y gallardetes pertenecientes a los caballeros francos se hallaban ondeando en los sombríos confalones de las guarniciones de los hospitalarios y templarios, azotados por la fuerte brisa marina.

La plateada cruz de Malta de ocho puntas, que se destacaba fuertemente sobre el campo negro, se agitaba en lo alto del palo mayor del Saint Lazarus mientras la nave circundaba la punta de tierra y navegaba majestuosamente ante la fortificada isla conocida como la Torre de las Moscas. Al cabo de veinte minutos, ya había echado anclas bajo la imponente muralla de Acre.

A causa de su gran calado, el barco amarró a lo largo de la saliente mole. Fue una tarea ímproba trasladar a los valiosos caballos de guerra desde los improvisados establos en la bodega de la nave por la planchada bamboleante. Todos los animales estaban aterrados y les flaqueaban las patas por falta de ejercicio. El único modo de poder convencer a los pesados corceles a pisar las gruesas tablas de la rampa que les llevaría a tierra fue tapándoles los ojos y llevarles con su jinete y un mozo conocido a cada lado, tranquilizándoles y dándoles ánimos.

Sin embargo, en cuanto ponían pie en tierra firme, los grandes caballos se reponían en seguida, y no tardaban en trotar para eliminar la lasitud que se había apoderado de ellos a bordo de la nave.

Pegaso acarició con el morro la mano de Simon, mientras le llevaban del barco a tierra, y cuando el joven jinete volvió a montarlo en el extremo de la muralla, el gran caballo de guerra normando cabrioló y corveteó alegremente.

Calaban, el caballo de Belami, fue el segundo en bajar y también recobró rápidamente su acostumbrado élan, contento de sentir de nuevo las fuertes piernas del veterano sobre su ancho lomo.

El portal de Acre se encontraba abierto para recibir la tan esperada y necesitada carga de provisiones vitales. Los refuerzos de la caballería pesada y de los soldados bien instruidos eran especialmente apreciados, y la llegada de los diestros hospitalarios traía una nueva esperanza a los heridos y enfermos, en aquel momento al cuidado del escaso personal del hospital de la ciudad, parte del cual se encontraba también postrado por la fiebre.

La sensación de alivio era evidente. Toda la ciudad estaba enjéte.

Aquellos de los recién llegados que no conocían Tierra Santa se mostraban anhelantes de emoción, y todos ellos estaban encantados por la calidez de la bienvenida que les brindaban. El comandante de la nave de los hospitalarios agradeció a sus huéspedes templarios su aguerrida ayuda, expresó sus condolencias por la muerte de Phillipe y les ofreció la hospitalidad de su Orden en Acre. Pero como había una pequeña guarnición de los templarios en la ciudad, Belami se creyó en el deber de pasarles su informe primero. Jean Condamine les abrazó calurosamente.

—Compañeros en la batalla, amigos para siempre —dijo, simplemente.

El cadáver de Phillipe fue llevado a tierra con el debido respeto y, siguiendo con lo acordado por los tres templarios, fue enterrado, aún embalsamado en el barril de agua, directamente fuera de las murallas de la ciudad. Aquél era el sitio donde, si hubiera vivido, habría puesto los pies por primera vez en Tierra Santa. Belami tenía un sentido natural para saber lo que era justo.

—Aquí es donde me gustaría que me enterrasen —le recordó Pierre de Montjoie a Simon su promesa.

—Esperemos que no sea necesario —repuso el joven normando.

—Conozco muchos lugares peores para una tumba —observó Belami —. Con las murallas de piedra de Acre detrás de la cabeza y las cálidas aguas del mar cerrado a tus pies, éste es un sitio de reposo adecuado para un cruzado.

Elevaron en silencio una plegaria por el reposo del alma de Phillipe, con las manos sobre las empuñaduras de sus espadas desenvainadas, apoyadas en el suelo, a la manera de los cruzados. Luego se dirigieron a las puertas de la ciudad, abriéndose camino a través de las angostas y populosas callejuelas del principal fuerte de los cruzados.

Dentro de los muros, las vistas y los olores eran nuevos y raros; no menos penetrantes éstos que los de las ciudades europeas, pero sí más exóticos y curiosos. Todas las casas de estilo árabe parecían tener un establo fuera de sus paredes de ladrillos de adobe. Las más opulentas estaban revocadas con yeso. Las más pobres, con barro. Los techos, en forma de cúpula o con tejas, como en el caso de los hogares de los mercaderes ricos, formando un marcado contraste con los de hojas de palmera secas colocadas encima de los cañizares de bambú en las viviendas más miserables.

El clamor de las calles era tan ensordecedor como en París, Lyon y Marsella, pero el coro de fondo de las conversaciones era sorprendentemente distinto. El aire vibraba con el fluido glótico del árabe, la sibilante cadencia del armenio y el sonido musical del latín. A esas lenguas se agregaban el francés, español, italiano y griego, en tanto que un pequeño contingente teutónico marcaba un contrapunto gutural a la cacofonía general.

Las especias orientales —cardamomo, comino, coriandro, pimienta, cinamomo, nuez moscada y jengibre— competían con los perfumes de Arabia, aceite esencial de rosas, incienso y azares dulcemente perfumados para mitigar el hedor del estiércol de caballo y de vaca, que cubría abundantemente las estrechas callejuelas.

Para Belami, la escena familiar evocaba infinitos recuerdos de sus años de servir en las cruzadas en Tierra Santa. Para Simon y Pierre constituía una revelación. Podían mirar hacia el interior de muchas tiendas abiertas de

artesanos, mientras avanzaban a paso lento obligando a las monturas a abrirse paso entre aquel tumulto babélico. Lo que veían les dejaba estupefactos. Bernard de Roubaix tenía razón cuando le decía a Simon que el mediano Oriente no era un incivilizado remanso de ignorancia. Aquellos artesanos esforzados eran moros, árabes, turcos, armenios, sirios y persas conversos. Otros provenían de tierras más lejanas. Además, los intrincados instrumentos, las finas armas y ornados artefactos que elaboraban superaban con mucho todo lo parecido que Europa podía producir. Un metalista árabe, de barba blanca y flaco como un halcón del desierto, ponía los toques finales a un astrolabio, un delicado ejemplo de la habilidad del fabricante de instrumentos.

Otro árabe de anchas espaldas, con las manos tendinosas de un herrero, forjaba la resplandeciente hoja damasquina hecha con una amalgama de hierro al rojo vivo y barras de acero.

—¡Una espada para un príncipe! —murmuró Pierre.

En todas partes, artistas y artesanos, tejedores de alfombras, sastres, fabricantes de armaduras, de arcos y flechas, repujadores de cuero, trabajaban los unos al lado de los otros en un vasto panorama de habilidad y de conocimiento. Ello asombraba a los jóvenes servidores mientras avanzaban con sus monturas al paso, y los ojos muy abiertos.

—Nosotros, los cristianos, somos los ignorantes —dijo Simon, con notable honestidad.

Pierre de Montjoie asintió con un gruñido. Apenas podía dar crédito o apreciar el amplio abismo que se abría entre las culturas de la cristiandad y el islam, encerrados en su amarga lucha para obtener la supremacía. Experimentó una cierta frustración al comprobar que la gente que él había venido a convertir a la fe de Cristo obviamente sabía más sobre las artes, la artesanía y las ciencias que los de su propia fe. La desagradable sorpresa le mantuvo preocupado durante varios días.

En una ocasión, Belami había experimentado una reacción similar ante las aptitudes de Oriente, pero a partir de la primera campaña en Tierra Santa había absorbido buena parte de la sabiduría del mediano Oriente.

Para Simon de Creçy era todo mágico. Como erudito, cuya rápida mente era capaz de absorber conocimientos como una esponja, se regocijaba ante cada nueva muestra de civilización.

«Eso lo heredó de su madre», pensaba Belami. Su padre fue siempre un hombre de acción. Buena parte de sus conocimientos filosóficos los aprendió de la dama que le dio un hijo, que él nunca se atrevió a reconocer.

Simon aún no sabía quién era su madre, pero por sus venas corría la sangre de una mujer excepcional.

El cuartel general de los templarios en Acre tenía más el carácter de una presencia oficial que de una fuerte guarnición. El fornido mariscal comandante, Robert de Barres, les saludó con poco ardor.

—Estaba esperando un refuerzo de siete cadetes además de vos mismo, servidor Belami. Bernard de Roubaix me escribió en esos términos —dijo, secamente, su rostro sudado enrojecido por el fastidio.

Belami dio un paso adelante, saludó y le dio un conciso informe de los acontecimientos ocurridos en Francia y alta mar. No rehuyó responsabilidad alguna, pero comentó que sus acciones en el caso de De Malfoy habían merecido la aprobación del comandante templario en actividad en Orange. El veterano subrayó la valentía y la devoción al cumplimiento del deber de todos sus cadetes, tanto los vivos como los muertos. Fue un modelo de informe militar por su concisión. Cuando hubo terminado, saludó y retrocedió un paso para ponerse en fila junto a Simon y Pierre.

De Barres, a pesar suyo, estaba impresionado. Sin embargo, advirtió con satisfacción las bellas facciones y la magnífica planta de Simon. Al elegante mariscal templario le encantaba la belleza masculina.

Como comandante de las fuerzas de los templarios en Acre, Robert de Barres tenía la impresión de que la más nutrida guarnición de los hospitalarios rebajaba su posición y autoridad. Él intentaba compensarlo mediante la imposición de una excesiva disciplina a sus hombres. Ello no había aumentado su popularidad con los templarios de la guarnición bajo sus órdenes.

Belami presintió el subyacente antagonismo y se dispuso a establecer su posición y la de sus jóvenes servidores. Sólo uno de los templarios de la

guarnición había servido previamente con el veterano. Era Gilbert d’Arlan, un sagaz y viejo soldado de las Ardennes. El calvo cruzado saludó a Belami con un fuerte abrazo, evidentemente contento de compartir sus responsabilidades con un camarada de armas tan generoso de corazón y tan astuto.

—Todo ha cambiado desde la época que estuvimos juntos, Belami —rió, torciendo los labios—. Ahora todo es política. Poco combate auténtico y muchas maniobras para acceder al poder. Incluso se rumorea que el contingente alemán se encuentra aquí para formar su propia orden teutónica; pero, conociendo a los hunos cabeza dura, eso les llevará mucho tiempo. Son buenos soldados, pero lentos, Belami. A pesar de todo, hay unos cuantos por aquí y varios más en camino, según dicen.

—Fuertes de brazo y duros de mollera —comentó Belami, con una risotada—. Son hombres que vale más tenerles de tu parte. No me gustaría nada luchar contra los hunos. ¿Cuál es la posición de la guarnición, viejo amigo?

Como había hecho Belami, el servidor D’Arlan le dio un conciso informe de la situación militar en Acre.

—Las murallas de la ciudad son fuertes como siempre y se han añadido unas cuantas torres más. El mando se encuentra bajo el señorío del condestable, Almaric de Lusignan. El convoca a diez de sus caballeros francos, que le ayudan a llevar las cosas. Luego está Balian de Jaffa, un buen chevalier, al igual que Pagan de Haifa y Raymond de Scandelion, ambos hombres valientes, con otros veintiún caballeros bajo su mando conjunto. Además, el conde Joscelyn, Jordan de Terremonde y Gilles de Calavadri, todos ellos cruzados experimentados, que pueden poner cada uno de ellos una docena o más de caballeros en el campo. De modo que, con unos pocos dignatarios inferiores y sus seguidores, podemos reunir a unos ochenta caballeros francos.

Belami lanzó un silbido de sorpresa.

—Eso no es un ejército con que hacer frente a los sarracenos, cuando lleguen.

El servidor D’Arlan se sonrió.

—Todavía tenemos que tomar en cuenta a las guarniciones de los hospitalarios y templarios. En total, podemos reunir a unos 150 hermanos, principalmente hospitalarios, y eso incluye a sus servidores también. Como de costumbre, eso significa que el cuerpo de servidores llevará el peso de la acción; además de los auxiliares, por supuesto.

—¿Qué pasa con ellos? —preguntó Belami.

—Son turcos, como siempre —respondió D'Arlan—. Trescientos buenos lanceros, si bien ligeramente armados.

Belami asintió con la cabeza, y se volvió hacia Simon y Pierre para darles una explicación.

—Los turcos son auxiliares. Son buenos combatientes. Magníficos jinetes y arqueros, y confiables en la batalla. Les he tenido al mando muchas veces. Le recomendaré a De Barres que os dé el mando de una tropa de veinte turcos, y yo comandaré una tropa doble. Eso significa... —Hizo una pausa y sonrió— que os convertiréis en servidores de pies a cabeza.

Simon y Pierre lanzaron un grito de alegría. Belami interrumpió su manifestación excesiva de entusiasmo.

—Todavía no estáis confirmados en el rango. Eso queda en manos mariscal, pero no creo que debáis preocuparos. ¿Eh, Gilbert?

El otro veterano asintió con la cabeza.

—Y no os creáis que lo sabéis todo —les advirtió—. Belami tiene muchas más cosas que enseñaros. Pero vuestro mejor maestro, y aun exigente por cierto, es la propia Tierra Santa. El desierto os puede matar rápidamente, por poco que le deis oportunidad. Los uadis y los pasos estrechos a través de las montañas son lugares ideales para una emboscada. Y recordad, mes amis, que los paganos conocen cada palmo de sus tierras. Así que aprended tan aprisa como podáis. Un buen comandante debe tener buen ojo para reconocer el terreno. Sólo entonces puede escoger el sitio correcto como campo de batalla.

El servidor D'Arlan no andaba con rodeos. Por eso era tan buen soldado.

Cuando De Barres confirmó formalmente a los nuevos servidores en su rango de comandantes de tropa, les dio a cada uno un abrazo. Belami advirtió que el mariscal prolongaba el contacto con el cuerpo esbelto y fuerte de Simon un poco más de lo que la ocasión requería. Al veterano servidor templario aquello no le gustó nada. Lo último que le faltaba a Simon era un problema con su nuevo comandante en jefe.

Los jóvenes estaban entusiasmados con el hecho de haber sido promovidos oficialmente y se fueron a celebrarlo con Belami, D'Arlan y otros jóvenes servidores de la guarnición de los templarios.

—Muy bien —dijo su tutor—, beberemos un buen vino tinto a vuestro cargo, mes braves, pero a partir de mañana habrá doble ejercicio, hasta que seáis capaces de manejar a vuestras tropas como sabéis manejar la espada.

Las calles de Acre bullían de actividad después de la larga siesta de la tarde. La súbita oscuridad aún no había caído y, como estaba a la mitad del verano, el desfile de ciudadanos de la rica ciudad era constante, paseando arriba y abajo mientras tomaban el fresco de la naciente noche.

Belami les indicaba los diferentes escudos que llevaban las monturas de los distintos caballeros francos, españoles, italianos y alemanes. Aquellos escudos colgados fuera de las viviendas de sus propietarios anunciaban la presencia del caballero en cuestión dentro de la casa.

—De Beaumont, Colin y David de Blois, Honfroi de Beau-lieu, Cartier de Manville, Robert d'Avesnes... Conozco a muchos de ellos. ¡Ah! He aquí uno que no me resulta familiar. Un grifo negro, en reposo sobre campo azur; sobre todo, una cruz teutónica. Ése es un caballo alemán; uno de los nuevos caballeros teutónicos, seguro. ¡Hola! —Belami cambió súbitamente de tema—. ¡Ahí tenéis un par de bellezas para vosotros!

El veterano señaló una lujosa litera, que llevaban sobre los amplios hombros cuatro robustos nubios, probablemente eunucos. Las cortinas de la litera estaban abiertas, por cuanto aún hacía calor, a pesar de la brisa marina que soplaba por las estrechas callejuelas. Dentro de la litera iban dos mujeres jóvenes, una deliciosa morena y una ceñuda pelirroja de generosas proporciones. Ambas iban ricamente vestidas y proferían risitas como

adolescentes. Al pasar ante el grupo de los jóvenes servidores, las dos mujeres lanzaron admirativas miradas a la alta figura y las clásicas facciones de Simon. Aún seguían mirándole apreciativamente cuando la corriente de gente apresurada las llevó doblando la esquina.

—Una cosa no ha cambiado —dijo Belami, sonriendo—. Las putas siguen siendo hermosas en Acre.

Aquélla era una forma sorprendentemente diferente de ver Tierra Santa de las que les habían enseñado a Simon y Pierre. El viejo hermano Ambrose nunca había hecho referencia a ello.

Más tarde, cuando abandonaban la taberna donde celebraran modestamente el nombramiento, los jóvenes vieron otro aspecto de la vida en ultramar. Esta vez se trató de un asunto de vida o muerte.

Su comandante en jefe, Robert de Barres, fue la figura central implicada. Paseaba por la calle de los Armourers, acompañado por dos de sus lanceros turcos de mayor confianza. Belami, Simon y Pierre acababan de despedirse de sus nuevos amigos, cuando todo sucedió con la velocidad de un rayo de verano. En un primer momento, De Barres se asomaba a una herrería para admirar una espléndida espada de Damasco a la que se le aplicaba el pulido final. Al cabo de un segundo, un árabe alto, que llevaba una gallabieh a rayas y un caftán con capucha, extrajo una daga y se la clavó a de Barres en la espalda.

—¡Asesino! —gritó Belami, una fracción demasiado tarde.

En una acción repentina, el veterano sacó su propia daga, la sopesó por una fracción de segundo y la arrojó.

El asesino no había logrado atravesar la cota de malla del mariscal de los templarios. Alzó la daga para intentarlo de nuevo mientras el caballero se volvía para parar el nuevo golpe.

La daga de Belami cruzó la angosta calle como un rayo y se hundió hasta la empuñadura en la garganta del asesino. Con un grito gutural, cayó a los pies de su posible víctima. Antes de que lanzara el último suspiro, De Barres había extraído la espada y atravesado el corazón del moribundo.

Simon se había adelantado con la intención de ayudar al mariscal, pero Belami le contuvo.

—No intervengas en esto, mon brave —le dijo, secamente.

El viejo soldado cruzó la calle y saludó a De Barres.

—Confío en que no estaréis herido, señor. Estos asesinos usan dagas envenenadas. ¿No sería prudente llamar a un hospitalario para que os atendiese, señor?

De Barres sonrió con una mueca de dolor. El golpe le había dolido terriblemente.

—Gracias por interesaros por mi vida, servidor Belami —repuso de mala gana—. Eso sí que es pensar con rapidez. Los mariscales templarios hace tiempo que son un blanco principal de esos asesinos, desde que nuestro fallecido Gran Maestro, Odó de Saint Amand, trató de eliminarles. Vos hacéis honor a vuestra reputación, servidor. —Su actitud cambió bruscamente—. ¡Bien hecho! Gracias a nuestra santa Señora y a vos, no estoy herido.

En cuanto se hubo recobrado de la conmoción del frustrado asesinato, el duro ordenancista se mostraba auténticamente agradecido. Más tarde, de vuelta en el cuartel de los templarios, Simon le preguntó a Belami:

—¿Por qué no dejasteis que interviniera? ¿Y qué tuvo que ver mi padre con esos asesinos?

Belami adoptó una grave expresión.

—En primer lugar, ni tú ni Pierre sabíais que esos asesinos actúan generalmente en pareja. Eso os colocaba a ambos en posición de riesgo. En segundo lugar, tu padre era un adversario activo del Culto de los Asesinos. Si no hubiese muerto en Damasco, en 1179, siendo prisionero de los sarracenos, los asesinos le habrían dado muerte con absoluta seguridad. Esos diablos nunca cejan en su propósito una vez que han decidido matar a una mujer o a un hombre.

El veterano se explicó más ampliamente:

—El Culto de los Asesinos es una rama de los musulmanes Shi’ite. Forman una secta extremadamente fanática, que no se condice con la compasión musulmana. Les llamamos Isma’lites. La fundó un persa loco en el siglo pasado. Se llamaba Hassan-as-Sabah. Tenía el cuartel general en Alamut, que significa: «nido de águila». Eso fue en las montañas Daylam,

muy lejos hacia el norte. Los musulmanes les llaman Hashashijyun a los asesinos de esa secta, porque creen que utilizan la hierba mágica, el hachís, tanto antes como después de celebrar un sacrificio. Exteriormente, constituyen un grupo político dedicado al asesinato. Pero la actividad real, detrás de la fachada religiosa, es la magia negra. En otras palabras, mon ami, estos asesinos son unos brujos poderosos.

—¿Quieres decir que tienen poderes mágicos? —preguntó Simon.

—Eso dicen, y ciertamente parecen ejercer una influencia tremenda en todos los pueblos del mediano Oriente. Incluso Saladino, el gran jefe Ayyubid, les teme, y eso que es valiente como un león. Al parecer, los asesinos ya han llevado a cabo dos intentos contra su vida, y el último casi tuvo éxito.

—Yo creía que sólo atacaban a los cristianos —intervino Pierre, que acababa de unirse a ellos.

—¡Nada de eso! El culto tomará como blanco a cualquiera que se les cruce en su camino elegido. Saladino, como Odó de Saint Amand, intentó destruir a las alimañas. En el caso de nuestro Gran Maestro, el propio gran maestro de los Asesinos, Sinan-al-Raschid, o, como todos le conocemos, El Viejo de las Montañas, huyó en un caballo aparentemente sin jinete.

—¿Cómo realizó ese milagro? —rió Simon.

—Puedes reírte, muchacho, pero así sucedió —replicó Belami—. Un caballo sin jinete fue visto huyendo de la emboscada de los templarios y, al cabo de pocos minutos, el jefe de los asesinos estaba montado en él, perfilándose en el horizonte.

A Pierre los ojos se le salían de las órbitas, escuchando con incredulidad.

—¿Cómo es posible que lo sepáis, Belami?

—Porque estaba allí, mi incrédulo amigo. Nuestro Gran Maestro templario estaba tan perplejo como yo. Personalmente —agregó Belami, muy serio—, creo que el djinn de negro corazón estaba aferrado al costado de la silla del caballo supuestamente sin jinete, corriendo en dirección al sol y oculto por la manta de la silla. Es un truco que he visto realizar a los

arqueros montados escitas para hacer creer al enemigo que fueron derribados del caballo.

Todo el mundo creía en la brujería y la hechicería, y la magia existía con la misma realidad que los rayos, las enfermedades y la muerte. Ése era el secreto que avalaba el éxito del uso del terror como táctica por parte de los Asesinos.

Luego, cuando Belami estuvo de nuevo a solas con Simon, le dijo:

—Sinan-al-Raschid nunca debe saber que eres el hijo de Odó de Saint Amand, ¡pues sería tu sentencia de muerte!

Simon se sonrió, pero su sonrisa se esfumó ante la expresión de Belami.

—¿Quieres decir que ese Viejo de las Montañas puede hacerme matar, como si fuese una hormiga?

—En cualquier momento y en cualquier lugar —contestó Belami, con mirada sombría—. Su poder se extiende, como un largo brazo, hasta más allá de las playas de ultramar..., incluso hasta Europa y la hiperbórea isla de Inglaterra. Es por eso que no quise que te vieras envuelto en la pelea.

—Había un hombre allí cerca —explicó Simon—, un pelirrojo alto, de barba enmarañada, también envuelto en un caftán. No me habría fijado en él, Belami, pero me llamó la atención porque tenía un solo ojo. El otro lo llevaba tapado con un parche negro.

Simon le recordaba vívidamente.

—Debía de ser el otro Asesino del equipo —comentó el veterano—. No creo que te viera, Simon, pero indudablemente me vio a mí y me recordará en acción. No te preocupes, tengo ojos en la nuca. Siempre tengo un ojo bien abierto para que no me sorprendan los Asesinos.

Los deberes de los templarios en Acre eran muy similares a los del resto de la guarnición, pero, como ocurría con los hospitalarios, tenían su propia disciplina y podían abandonar la ciudad en patrullas cuando querían. Más que cualquier otra cosa, eran las finanzas de los templarios lo que mantenía las Cruzadas vivas. Sus empresas comerciales extensivas les reportaban inmensas riquezas, y su habilidad para transferir grandes fondos, sin haber de transportar físicamente el pesado tesoro, tenía una extraordinaria

importancia. A pesar de las gabelas del Papa y de los impuestos que se recaudaban en toda Europa e Inglaterra para las Cruzadas, los tesoros de los templarios ocupaban el primer lugar, financieramente hablando. De ahí su absoluta libertad de acción.

Simon y Pierre no tardaron en ejercitarse en las prácticas de la artillería de sitio, y De Barres dedicó toda una jornada a explicar la estrategia y las tácticas de las principales defensas de Acre.

—Como podéis ver, nuestras defensas exteriores son más que suficientes para demorar un estado de sitio durante muchos meses —dijo—. También podemos recibir provisiones por mar. Cuando vosotros llegasteis, estuvisteis bajo la protección de nuestras catapultas, que pueden lanzar piedras y balas de fuego griegas a una distancia de 300 yardas. No os sorprenda... Este gran alcance se lo da el hecho de estar emplazadas en las altas torres de Acre. Si un día nos atacara Saladino, tendría que acercar muchísimo su artillería de sitio para poder contrarrestar nuestro poder de defensa. Nosotros les superamos en un rango superior al centenar de yardas.

Los dos servidores asintieron con la cabeza para expresar que habían comprendido, y De Barres, que desde el dramático intento de asesinato había aflojado un tanto su férrea disciplina, puso una mano amigable sobre el hombro de Simon.

—Me dicen que eres un buen arquero, De Creçy —dijo, con lo que pretendía ser una cálida sonrisa. De hecho era una horrible desdentada, pues los dientes frontales del mariscal se los había roto una maza sarracena—. Podrás usar tu talento efectivamente desde estas murallas. Los múltiples matacanes que adornan las almenas sólo son suficientes para evitar la colocación de escaleras y otros artilugios con que salvar las murallas de la ciudad; pero sólo hay espacio para un arquero en cada uno de esos compartimientos de piedra. Tú te sentirás mejor, servidor De Creçy, detrás de un refugio de madera colocado en una de las torres.

Mientras hablaba, De Barres le apretaba el bíceps a Simon de una forma afectuosa y morosa, que desagradó al joven en gran manera, si bien refrenó el deseo de quitarle la mano de encima. Belami también advirtió aquel gesto de parte del mariscal y se quedó preocupado.

—Como muy pronto aprenderéis cuando salgáis en patrulla por el desierto, una de nuestras necesidades tácticas más importantes es el agua —continuó el mariscal—. Usadla con sobriedad, porque los que conocen todos los manantiales y oasis en muchas millas a la redonda pueden envenenarlos todos. La provisión de agua que llevéis en vuestra bota de cuero de cabra, es literalmente vuestra vida. El sol seca rápidamente la piel y muy pronto el cuerpo pierde sus fluidos. El servidor Belami, por experiencia, conoce la vital importancia de un cuidadoso racionamiento del agua en el desierto.

Cuando De Barres terminó su disertación, preguntó a los servidores si tenían alguna pregunta que hacer.

Simon preguntó:

—Señor, ¿por qué hay tantos castillos y fortalezas en este mapa? ¿Seguro que los templarios son los únicos que patrullan las rutas de los peregrinos de Acre, pasando por Jaffa, a Jerusalén?

De Barres sopesó la pregunta.

—Ésa era la idea original, que yo apoyaba plenamente. Sin embargo... —Titubeó y luego se lanzó a pronunciar un inesperado discurso—. El motivo de esta fortificación de Tierra Santa se debe al ansia de poder. Los templarios contribuimos a dotarlos de gente, por supuesto, pero sólo hemos construido un pequeño número de castillos, y están situados en lugares importantes dentro de los caminos de peregrinaje. ¡No lo han hecho así los demás!

Evidentemente, De Barres se había embarcado en su tema favorito.

—La avaricia y la lujuria, ésos son nuestros verdaderos enemigos. A los Asesinos se les puede comprar con oro, y muchos de los crímenes que cometen los maquinan los cristianos contra otros cristianos. Hoy en día todo es política en Tierra Santa. Las cosas han cambiado desde nuestros tiempos, servidor Belami. Príncipes, reyes, señores y condes disputan actualmente unos con otros por el dominio del reino de Jerusalén. Trágicamente, el joven rey Balduino está agonizando, aun cuando sigue reinando; eso significa que Guy de Lusignan, Raimundo III de Trípoli y Reinaldo de Chátillon, y otros que son igualmente inescrupulosos, mantienen el dominio

real en Jerusalén. El rey Balduino IV ha sido atacado por la lepra, lo que es una razón por la cual los hospitalarios que le atienden mantengan una posición tan poderosa en Jerusalén..., más poderosa, pienso yo a veces, que la de nuestra propia Orden bajo Arnold de Toroga, el Gran Maestro.

Nada podía detener la ira sincera de De Barres.

—Lo que yo me pregunto es si esto es una Cruzada o una carrera para lograr el poder temporal. ¡La respuesta es obvia! Creedme, hermanos, en la actualidad hay más prostitutas que peregrinos en Tierra Santa. Tened cuidado de no caer en pecado mortal con este engendro del Mal.

Calló bruscamente, dominado por la ira, y, girando sobre sus talones, se alejó de ellos.

Cuando se hubo marchado, Belami hizo una seña a los jóvenes servidores para que le siguieran hasta donde no pudiesen ser oídos. Entonces les dijo:

—Mucho ojo con ése, mes camarades. El sol de muchas largas patrullas por el desierto ardiente le ha causado algún daño a nuestro valiente mariscal. Conozco su reputación. Físicamente, aún está en forma, y el templario es un valiente caballero en la batalla. —Bajó la voz—. Pero el sol del desierto puede causar efectos extraños en un hombre. Tened en cuenta mi advertencia, sobre todo tú, Simon: no os quedéis a solas con él.

—Pero muchas de las cosas que dijo parecen correctas —comentó Pierre—. Por todas partes se ven grandes riquezas y muchas jóvenes mujeres libres. Dondequiera que exista esta situación, suele haber problemas.

—Además no terminó de aclarar a qué se debe el gran número de castillos que hay en Tierra Santa —dijo Simon, intrigado.

—Ésa es una pregunta difícil de contestar —repuso el veterano—. La mayoría de los castillos y fortalezas se encuentran en línea de mira unos de otros. Esto es así, naturalmente, para protección mutua. Pero guarnecerlos a todos requiere demasiados caballeros, sirvientes y lanceros auxiliares. La Cruzada es en realidad una guerra móvil, que exige rápidos desplazamientos de caballería hacia cualquier lugar donde haya un conflicto. Encerrar a todas esas fuerzas dentro de fuertes murallas no hace

más que ceder la iniciativa a los sarracenos. Cuando Saladino haga un movimiento, que con seguridad debe hacer un día no muy lejano, necesitaremos a todos los lanceros y soldados de caballería que tengamos para hacer frente a su raudo ataque. Mantener a todas las fuerzas en castillos y detrás de las murallas de las ciudades es puramente una estrategia defensiva para guardar la riqueza de los nobles. Esto es una Cruzada, no una maldita acción de retaguardia para proteger los tesoros mal habidos de los avariciosos potentados.

—¿Qué quería decir De Barres con aquello de que hay más prostitutas que peregrinos? —inquirió Simon.

Belami se sonrió.

—Yo diría que se igualan en número.

Los dos jóvenes parecieron sorprendidos.

—¡Oh, vamos, mes braves! No todas las prostitutas son malas. De Barres cree que todas las mujeres son una consecuencia del «engendro del Mal», pero el caso es que él es distinto a nosotros. He conocido putas de buen corazón en mis tiempos, y hasta una o dos con un corazón de oro también.

«Asimismo he conocido a una madre superiora que era más mala que Lilith, la hembra del demonio, y a algunas malas putas entre la nobleza disfrazadas de condesas y damas de la Corte. ¡Yo trato a las prostitutas como reinas, mientras que De Barres trata a las reinas como si fuesen prostitutas!

Lanzó una de sus habituales carcajadas estentóreas.

—Para tu información, Simon, hay unos cincuenta castillos y fortalezas en Tierra Santa, y dentro de ellos muchas prostitutas de ambas clases.

Armados con aquella útil información táctica, se retiraron para pasar la noche. Era temprano, pero al amanecer debían partir para realizar la primera patrulla por el desierto con las tropas turcas, a lo largo de la ruta de Acre a Tiberias, sobre las playas del lago de Galilea.

En el terreno político, el reino de Jerusalén era un embrollo. El caos habría sido total de no haber mediado la presencia de los templarios y los hospitalarios. La segunda Cruzada había perdido su ímpetu original, y sólo

la amenaza de los sarracenos de Saladino en el sur evitaba que las tropas francas se degollaran mutuamente. Lattakieh, Antioquía, Jaffa, Tiberias, Tiro, Ascalón, Jerusalén y otras ciudades fortificadas, si bien supuestamente formaban parte del reinado cristiano, hervían con las conspiraciones, complots y contratretas que se incubaban entre facciones rivales.

Formalmente, existía un tratado precario entre Saladino y Balduino IV, pero si hombres inescrupulosos como Reinaldo de Châtillon planeaban asaltar las ricas caravanas en ruta hacia La Meca, entonces el tratado sería algo muy frágil, sin duda.

Saladino, si bien era justo y piadoso, no era persona a quien se pudiese traicionar. Brillante estratega, ya sabía muy bien cómo dirigir una campaña contra tales líneas defensivas estáticas. Así era como había derrotado a Egipto.

Si le provocaban, se desplazaría en dirección al norte hacia Tierra Santa, para proteger a las caravanas sarracenas. Sólo era cuestión de tiempo, y la arena caía rápidamente en los relojes.

OceanofPDF.com

7
TIBERIAS, EL GUARDIÁN DE GALILEA

Belami estaba contento de tener cierto mando sobre la pequeña patrulla, en las treinta millas aproximadamente que separaban Acre de Tiberias. Los cincuenta turcos lanceros se encontraban bajo el submando de Simon y Pierre, pues el veterano había dividido a los lanceros en tres tropas; dos secciones de quince jinetes de caballería ligera para cada joven servidor, con los restantes veinte bajo su propio mando.

Los turcos iban armados con fuertes lanzas de caña, y la mayoría llevaban un arco escita y una aljaba que contenía tres docenas de flechas. Aquellos jinetes de la caballería ligera estaban altamente instruidos en tareas de exploración y de patrulla. También eran expertos rastreadores.

Su armadura corporal consistía en vestas rellenas de algodón, llamadas alquótons. Les llegaban hasta las rodillas, con tajos en la parte posterior y en la entrepierna para facilitar la operación de montar a caballo. Bajo la vesta protectora, algunos de ellos llevaban mallas de acero, que les quitaban a los sarracenos muertos. Sólo unos pocos eran capaces de disparar con buena puntería desde la silla, como los escaramuzadores escitas de Saladino, pero, desde el suelo, los turcos disparaban certeramente sobre largas distancias. Sin embargo, sus ligeras flechas no poseían el mismo poder de penetración que las de una yarda de Simon.

Los turcos cabalgaban estupendamente y podían permanecer patrullando desde el alba hasta el anochecer. Eran tan expertos con sus

lanzas, que podían usarlas para cazar conejos en el desierto. Valientes y decididos, al mando de los servidores adecuados, constituían una fuerza formidable y de desplazamiento rápido.

Belami estaba orgulloso de ellos. En verdad ofrecían un aspecto impresionante cuando trasponían al trote el portal de Acre y emprendían el camino de Galilea. En aquel preciso instante amanecía.

Durante la patrulla de rutina se encontraban con pequeños grupos de peregrinos y mercaderes, en ruta a Tiberias o bien cruzaban la línea de su patrulla en un viaje más largo a Jerusalén. Algunos de los grupos incluían mujeres, las familias de los peregrinos o esposas e hijas de los mercaderes itinerantes. Pocas de ellas, fuesen jóvenes o viejas, dejaban de fijarse en el apuesto servidor templario montado en Pegaso. Desde el trágico interludio con María, Simon había vuelto a recluirse en su caparazón de total timidez ante las mujeres. Con deliberación, o inconscientemente, el joven normando hacía caso omiso a aquellas miradas provocativas. Su mente aún era un torbellino a raíz de las exóticas escenas que había presenciado en Acre. Eran tan poco parecidas a sus propios sueños extraños sobre Tierra Santa, que hubiera preferido sobrevolar el ondulado paisaje y evitar el abrazo de criaturas de pesadilla, antes que hacer el amor con una encantadora mujer. Todas las gestas que le contaran Raoul de Creçy y el hermano Ambrose estaban relacionadas con los hechos caballerosos de los templarios en el campo de batalla, antes bien que sobre sus relaciones con doncellas en apuros, o algo parecido.

Si aquellas historias en alguna ocasión estaban teñidas con alguna nota romántica, siempre era de parte de los caballeros francos; la caballerosidad siempre había sido su impecable característica, y las damas implicadas eran invariablemente castas y virginales. Sólo en Gisors, Simon había conocido otros aspectos de la leyenda del rey Arturo y la Tabla Redonda. La historia de Guinevere y sir Lancelot du Lac le había conmovido considerablemente.

Ahora que Simon había visto algunas damiselas y damas de los caballeros francos, sus sentidos habían sufrido una conmoción más intensa. La mayoría de las mujeres pertenecientes a las familias de los cruzados estaban protegidas con medidas de seguridad semejantes a las de los

harenes. No obstante, a muchas de las mujeres más atrevidas de Acre podía vérselas sin velo en público, algo que ninguna mujer musulmana sería capaz de hacer.

Esas damas cristianas, doncellas y matronas, habían observado a Simon en muchas ocasiones. Una bonita morena había hecho detener su litera para preguntar al joven normando la dirección de un cierto orfebre. Su treta habría resultado transparente para cualquier ser experimentado, que la hubiese tomado como una franca invitación. No fue ése el caso de Simon, que, ante la desesperación de Belami, tomó la pregunta de la bella interlocutora al pie de la letra.

—Lo siento, mi señora —había contestado, desviando cortésmente la mirada de los generosos pechos semiexpuestos—, pero no conozco a ese orfebre en particular, pero esta calle está llena de ellos, y cualquiera os lo podrá decir, estoy seguro.

Mientras Simon saludaba y se alejaba al trote, Belami gruñó.

—Tendré que hacer algo con este muchacho —le dijo al sonriente Pierre.

Sin embargo, aquel encuentro no dejó de afectar a Simon. Mientras se inclinaba desde la silla hacia la litera de la joven, su intenso perfume trastornó los sentidos. Junto con el aroma de agua de rosas que exhalaba su cuerpo recién bañado, su fragancia despertó su virilidad, que se agitó penosamente bajo los calzones de cota de malla. Con la cara enrojecida por la turbación, se había alejado con el fin de recobrar el dominio sobre sus alterados sentidos.

Más tarde, Belami encontró una nota dentro de la capucha de cota de malla de su joven servidor, que evidentemente la había introducido entre los pliegues la damisela cuando él se inclinó para responder a su pregunta.

—Ésta es una invitación a cenar con la dama, con su nombre y dirección completos. Debe de hacer un tiempo que va detrás de ti, Simon. —Belami echó la cabeza hacia atrás y lanzó una estruendosa carcajada—. Despierta, muchacho, o te perderás la más maravillosa experiencia de nuestra vida terrenal. ¡Que nuestra santa Madre no lo quiera!

El pobre Simon estaba confundido y emocionado ante el comentario de Belami, pero se hallaba igualmente perturbado por el recuerdo del seductor perfume de la adorable doncella.

—Ya falta poco —le dijo Belami a Pierre—. Simon está empezando a despertar. Lo que le ocurrió con María de Nofrenoy le alteró grandemente.

Los tres servidores cabalgaban a la cabeza de sus tropas, hasta que Belami hizo seña a sus jóvenes camaradas para que se unieran a él en el extremo de la columna.

—¿Veis aquella larga nube de polvo? —preguntó, señalando hacia el norte—. Ésa es una de las caravanas sarracenas, que se dirige a Meca. Es la clase de botín que Reinaldo de Châtillon difícilmente puede dejar de codiciar. Si sigue con sus viejas mañas, nuestro tratado con Saladino pronto terminará bruscamente. Estad atentos porque puede haber problemas, mes braves. ¡Para eso estamos aquí en patrulla!

Por la longitud de la nube de polvo, Simon y Pierre comprendieron que Belami tenía razón. Debía de ser una empresa de gran riqueza, así como un Hadj, el sagrado peregrinaje que los musulmanes hacen a La Meca.

—¿Quién es exactamente ese Reinaldo de Châtillon? —preguntó Simon, con curiosidad—. Hemos oído contar muchas cosas sobre sus hazañas, pero pocas sobre el hombre mismo.

Belami lanzó un bufido.

—Lo uno te dice lo otro. Se trata de un aventurero franco, de alguna manera armado caballero, probablemente por servicios prestados a algún príncipe inescrupuloso. Una cosa es cierta. Llegó a Tierra Santa hace unos años y se casó con la princesa de Antioquía, que había enviudado recientemente. Eso fue allá en 1153. Reinaldo, asimismo conocido como Reginaldo, es el hijo menor de Godofredo, conde de Giem, así que no tenía ni un céntimo.

«La princesa Constanza contaba con una rica dote y eso le puso en una excelente posición. Guillermo de Tiro, el famoso cronista que acaba de regresar a Europa, le tenía antipatía a De Châtillon y escribió sin pelos en la lengua sobre su matrimonio. Algunos dicen que el viejo cronista, arzobispo

él, fue expulsado de ultramar por Reinaldo, que nunca olvida un insulto o una injuria.

«Como señor de Antioquía, asoló Chipre antes de que Isaac Comnemus la ocupara. Sus excesos en Tierra Santa son bien conocidos, y la persecución a que sometió al Patriarca es legendaria. Al fin y al cabo, el Patriarca se considera que es la máxima autoridad en la Ciudad Santa. Él es el rival representativo del Papa, y De Châtillon le trata como a un ser inferior. Os digo que Reinaldo es un rufián, un bellaco, un embustero y un ladrón. En una ocasión le capturó Saladino. En recompensa por las traicioneras promesas de leal amistad por parte de Reinaldo, el jefe sarraceno, que no miente jamás, le dejó en libertad. ¡Fue una tontería!

«Reinaldo de Châtillon recompensó a Saladino por su generosidad traicionando su confianza y, según se rumorea, aún sigue planeando construir una flota junto a las playas del mar Rojo para convertirse en el primer cruzado corsario. ¡Merde! De Châtillon no es un cruzado. No tiene ni una pizca de sinceridad en todo su cuerpo. Se propone saquear los puertos del mar Rojo, y las caravanas cargadas de riquezas de Saladino para La Meca, ofrecen enormes y suculentos botines.

«Os digo, muchachos, que tenemos que estar alerta a la espera de serios acontecimientos como consecuencia de tanta avaricia. Cualquier día, se excederá, y entonces Saladino caerá sobre él y sobre nosotros como el Ángel de la Muerte Vengador.

Ninguno de ellos pensó cuán proféticas habían de resultar muy pronto las palabras de Belami.

En aquel momento, atravesaban una desolada zona arenosa y poblada de hierba de pasto, en el camino a Galilea. Aquel yermo carente de agua resultaba deprimente; era un llano que se elevaba hacia dos colinas rocosas, llamadas Los Cuernos de Hattin, o Hittin como los habían bautizado los árabes. El lugar era tan desolador que Simon comentó:

—¡Qué sitio tan horrible! No me gustaría nada verme atrapado allí por paganos hostiles.

—Tienes buen ojo para los campos de batalla, Simon. Los Cuernos de Hattin es un mal lugar para caer en una emboscada. En la primera Cruzada,

tuvo lugar ahí una matanza de cristianos y, según dicen algunos, todavía rondan por allí los espíritus perdidos. El veterano se santiguó, y sus jóvenes camaradas se estremecieron a pesar de que el calor de la tarde seguía siendo opresivo.

—Supongo que se podría levantar una fortaleza en una de aquellas colinas, pero sería muy desolada. —El viejo servidor meneó la cabeza—. Ahora, vamos. Faltan sólo unas pocas millas hasta Tiberias. Quiero llegar allí antes de que anochezca.

Las tropas habían desmontado y hacían caminar a sus monturas. A una señal de Belami, volvieron a encaramarse a las sillas y partieron a buen paso hacia el término de la patrulla. A ninguno de ellos le hubiese gustado pasar una fría noche en el desierto. De ningún modo en aquel horrible lugar.

Una vez se hubiese puesto el sol y la oscuridad se extendiera rápidamente sobre la tierra, la arena y las piedras muy pronto perderían el calor del día, y soplaría de Galilea el áspero viento del desierto. Por la noche el frío sería intenso.

En tanto Belami galopaba hacia atrás de la columna para que se apresurasen los de la retaguardia, Simon sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Sin embargo, aún no se había puesto el sol. De pronto supo cuál era la causa: en varios de sus sueños había sobrevolado aquel mismo paisaje desolado, mientras unas formas monstruosas intentaban atraparle. Se sacudió la sensación de intensa depresión que de repente se había apoderado de él y ordenó a sus tropas que le siguieran al tiempo que salía galopando hacia adelante.

Al cabo de una hora, la patrulla llegaba a las puertas de Tiberias.

Las fortificaciones de la ciudad se encontraban bien situadas en un farallón desde donde se dominaba el mar de Galilea, la mitad meridional del cual se pretendía proteger. Sobre las aguas de aquel vasto mar interior, Jesús había caminado en medio de una tormenta. Mientras se acercaban a la ciudad, los pensamientos de Simon se centraron en aquel incidente. Las palabras del Salvador: «¡Paz! ¡Callad!» resonaban en su mente, en tanto el joven cruzado conjuraba la imagen de Cristo encarnado, saltando de la

barca de pesca que le llevaba y caminando sobre las aguas, que de pronto le sostenían como si fuesen cubiertas de espeso hielo.

—¡Un milagro sin duda! —murmuró, en cuanto puso los ojos en el lago azul de Galilea.

Aquella escena también le parecía de alguna manera familiar. Entonces se dio cuenta de que durante sus vuelos nocturnos, había planeado muy bajo por encima de su brillante superficie. Simon comprendió que habría sido capaz de dibujar un mapa de todo aquel mar interior, a pesar de que las orillas septentrionales se encontraban en aquel momento ocultas por la niebla del atardecer.

Ahogó una exclamación, lo que provocó la pregunta de Belami:

—¿Ocurre algo, muchacho?

—Todo me resulta extrañamente familiar. Tengo la impresión de haber estado aquí antes —balbuceó Simon.

Entonces le tocó el turno a Belami de mostrarse sorprendido.

—Pero es que ya estuviste aquí —dijo—. Si bien no comprendo cómo puedes recordarlo. Tu padre te trajo aquí, sólo unos días después de tu nacimiento. Él mismo te bautizó, en las aguas de Galilea.

—¿Y tú cómo lo sabes, Belami? —preguntó Simon, estupefacto.

—Porque estaba aquí, muchacho. Yo te sostuve en mis brazos. Entonces tenía dos manos. Simon..., ¡yo soy tu padrino!

Los dos hombres, sin desmontar, se acercaron de costado y se abrazaron calurosamente, con las lágrimas rodando libremente por sus mejillas. Minutos más tarde, entraban en Tiberias al frente de una impecable columna de hombres montados.

Tanto la ciudad como el castillo, con sus sólidas torres y la edificación central, se hallaban encerrados dentro de las murallas extensivamente fortificadas, con almenas y maciza construcción. Su señorío se hallaba bajo el dominio de Raimundo III de Trípoli. Su esposa, Eschiva, una formidable mujer, muy bien parecida, demostraría ser una aguerrida senescal bajo el estado de sitio. En el momento en que Belami y sus tropas llegaron allí, la dama estaba muy aburrida. Pocas cosas de interés ocurrían en Tiberias, y su esposo estaba ausente, de visita en Antioquía.

Ella y su sobrina, lady Elvira, ambas de la noble casa de Bures, recibieron alborozadas el rompimiento de la monotonía de su vida en aquella parte de ultramar. Belami y su pequeña tropa de caballería ligera se quedaron sorprendidos al recibir una entusiasta bienvenida cuando entraban en la ciudad.

El título que Raimundo había adoptado de «Señor de Tiberias» indicaba la importancia estratégica de aquella ciudad tan fuertemente fortificada mejor que su tamaño, que no era muy impresionante. Pero las sólidas fortificaciones, respaldadas por una guarnición bien dotada y la inevitable artillería compuesta de catapultas de diferentes tipos y ballestas lanzapiedras, compensaban la falta de grandeza de la ciudad.

Su guarnición era adecuada para resistir un estado de sitio, pero no lo suficiente como para realizar patrullas en gran escala. En cada ocasión en que la visitaba algún dignatario, como por ejemplo Guy de Lusignan, el conde Joscelyn o Reinaldo de Châtillon, se preparaba para impresionar a sus huéspedes. Por todas partes, a lo largo de sus cortas y angostas callejuelas, se colgaban banderas y banderines, y las tabernas y pequeños figones sacaban lo mejor que tenían para agasajar a los visitantes.

Sin embargo, Tiberias era un remanso para la vida social e incluso la visita de una patrulla de templarios era una ocasión memorable. Belami se sorprendió al ser invitado, junto con sus jóvenes servidores, a cenar con la princesa Eschiva y su sobrina, lady Elvira, en compañía de los oficiales de la guarnición.

Cuando se presentaron, después de una rápida ducha bajo la aguatocha del cuartel, se pusieron los uniformes de templarios, pero los tres llevaban jubones limpios, la ropa interior que conservaban para cambiarse las prendas manchadas de sudor. Habían frotado las mallas de acero con arena hasta sacarles brillo, pues la herrumbre no era problema en un clima tan seco. Sólo cerca de las playas del salado mar Muerto se aherrumbraban las armaduras o las armas de los cruzados.

Los tres servidores templarios ofrecían un aspecto impresionante con sus cascos en el hueco del brazo izquierdo, las capuchas de cota de malla

echadas hacia atrás y las largas sobrevestas negras de la Orden luciendo la Cruz de los Templarios.

—Princesa, os traigo saludos de Robert de Barres, mariscal de los templarios en Acre —dijo Belami con su sonora voz—. Os ruego que aceptéis este humilde presente de dulces, de parte del servidor D'Arlan de los hospitalarios.

El veterano indicó a Simon que se adelantara con el regalo. Cuando el normando ofreció el cofre de mimbre que contenía el Rahat Lacoum, los dulces de los turcos aromatizados con cítricos y agua de rosas, conocidos como «Delicias», lady Elvira le dirigió una mirada de admiración. La princesa Eschiva, cuyo aburrimiento se acentuaba por la ausencia del marido, también les favoreció con una seductora sonrisa en los labios generosos. Estaba bien conservada y aún era atractiva, con una figura rotunda que competía con su rostro sensual, que en un tiempo había sido muy bello. Aún a los cuarenta y cinco años, aquella notable mujer lograba que el pulso de un hombre se acelerara en su presencia.

Lady Elvira era más alta que su tía, y sus clásicas facciones quedaban enmarcadas por una abundante cabellera, que había adquirido un brillo bronceado bajo el continuo cepillado. Sus ojos eran sorprendentes, con motas doradas centelleando en el fondo del iris castaño oscuro. A Simon le recordaron una rara piedra preciosa que el viejo padre Ambrose le había mostrado una vez. Un crisoberilo, le había dicho que era. El mismo tono tornasolado parecía brillar en los ojos de lady Elvira. Simon se sintió turbado por ellos. En cuanto a Pierre, se había enamorado de ella al cabo de una hora de haberla visto por primera vez.

Una ojeada a la cara de Pierre le dijo a Belami lo que le estaba sucediendo a su joven camarada. El veterano tomó mentalmente nota de decirle que era una locura enamorarse de alguien de rango más elevado que el propio. Pierre era un servidor; Elvira, la hija de un conde. No obstante, les estaba reservada una sorpresa.

Una sirvienta jovial de pronta sonrisa llamó la atención de Belami. El viejo guerrero comprendió que no dormiría solo en Tiberias.

La princesa Eschiva tenía infinidad de preguntas sobre Europa, que iban desde lo que vestían las damas en la corte del rey Luis hasta qué nuevos platos se servían en la casa real. La dama senescal tenía entendido que los servidores habían llegado recientemente de París, por lo que presumía que ellos debían de conocer algunas de las respuestas.

Ni Belami ni Simon pudieron ofrecerle información sobre aquellos temas aparentemente vitales, pero, para sorpresa de sus compañeros, Pierre de Montjoie si que pudo hacerlo. De hecho, resultó ser una fuente impresionante de conocimientos sobre la etiqueta, el comportamiento, la cocina y las intrigas de la corte. Después de dos vasos de buen vino francés, Pierre se superó a sí mismo.

Ni Simon ni Belami se habían mostrado dispuestos a hablar de sus respectivas familias, de modo que hasta entonces Pierre también se mantuvo reticente a hablar de la suya. Ahora, de pronto, todo salía a borbotones de sus alegres labios.

—Los De Montjoie son la rama franca de nuestra familia, que procede originalmente de Santiago, en España —explicó—. El castillo cercano a Jerusalén, llamado Château Montjoie, fue construido recientemente por un tío mío.

Belami y Simon contemplaban a su camarada con estupefacción mientras él seguía diciendo:

—Yo me crié en la corte francesa, donde mi padre, el conde Denis de Montjoie, es consejero sobre asuntos españoles. El motivo por el que me alisté como cadete en el Cuerpo de Servidores en Gisors es muy simple. Me peleé con mi padre, y él me desheredó.

Los invitados al banquete estaban fascinados por las palabras de Pierre.

—Todo empezó porque mi hermana menor, Berenice, debía desposarse con un caballero riquísimo, Albert de Valois. Él tiene casi sesenta años y es viudo por partida doble. Mi hermana sólo tenía entonces doce años.

«La pobre Berenice estaba aterrada, huyó y vino a verme, para rogarme que la ocultara. A mí, Valois, que es un libertino, me desagradaba profundamente, así que llevé a Berenice a casa de una amiga mía de la infancia, la princesa Berengaria, que para ese entonces sólo tenía catorce

años, pero era muy inteligente para su edad. Berengaria de Navarra es una joven maravillosa. En seguida supo qué hacer y le pidió ayuda a la reina Leonor de Aquitania, la esposa del rey Enrique de Inglaterra. Berengaria sabía que el primer esposo de la reina había sido Luis de Francia, y que la pareja real había estado en la Cruzada en ultramar. Allí, la reina Leonor se hizo íntima amiga del tío de Berengaria.

«Sucede que la reina detesta la práctica de las uniones matrimoniales infantiles y tomó a Berenice bajo su protección. Mi hermana tiene ahora trece años y es una de las damas de compañía de la reina. La reina Leonor ama a Berenice y a Berengaria. Con ella están a salvo de las represalias que pueda tomar Albert de Valois.

«Mi padre, por supuesto, se puso furioso y me desheredó. Para recuperar lo mío, decidí buscar fortuna como servidor templario.

La velada fue un resonante éxito. Además, lady Elvira en seguida se interesó en aquel atractivo joven servidor que era en realidad de sangre azul. Como no era una simplona, sabía que las disputas familiares raras veces duran eternamente. La princesa Eschiva vio con buenos ojos la atención extasiada de Elvira ante la fascinante historia de Pierre. La dama senescal era una mujer inteligente y rápidamente se dio cuenta de las posibilidades de aquella situación. Pierre de Montjoie se había convertido en candidato elegible con un breve parlamento.

Belami estaba fascinado.

—Por Dios, muchacho, ¿acaso esperas que te llame «sir Pierre»?

—De ninguna manera, mi respetado servidor —rió Pierre.

—¿Así que realmente estás en la fila para heredar el título de caballero? —dijo Simon, encantado.

Belami aclaró la situación.

—Todo saldrá bien. Serás armado caballero, Pierre, seguro. Sólo recuerda que hasta que llegue la feliz hora eres mi joven servidor, y así será hasta que te pongan las espuelas de oro. ¿Savez?

—¡Qui, je sai it! —sonrió Pierre, que gozaba plenamente la sensación que había causado.

—¡Brindo por eso! —exclamó Simon, levantando su copa.

—¡Por el destino! —dijo el veterano, y yació la suya de un solo trago.

Acto seguido, Belami llevó a Simon aparte.

—Vamos a dar un paseo; hay algo que quiero mostrarte —le dijo en voz baja.

Se excusaron ante la princesa Eschiva, diciendo que les llamaba el deber de la inspección nocturna, y luego se retiraron, dejando a Pierre rodeado de sus admiradoras, todas ansiosas por escuchar los últimos escándalos ocurridos en la corte de Francia.

Los templarios cabalgaron hasta salir por las puertas de Tiberias y, cogiendo un sendero que llevaba por la empinada pendiente hasta las orillas del lago, llegaron a una ancha franja de arena.

La luna brillaba con todo su esplendor en el aire frío de la noche cuando empezaron a galopar a lo largo de la orilla brillantemente iluminada. Cuando llegaron al sitio donde se almeaban las barcas de pesca, junto a unas oscuras casuchas, aminoraron el paso de sus monturas y, después de desmontar, condujeron a Pegaso y Calaban hasta una fuente para que abrevaran en ella, pues se merecían un trago de agua fresca.

—Siempre se aprende algo —observó Belami—. ¡Pierre un noble caballero! ¡Eh, bien! ¡Tant mieux! —Esbozó una amplia sonrisa a la plateada luz de la luna.

«A tu padre le encantaba venir aquí, Simon. En esta fuente solían encontrarse él y tu madre.

La voz de Belami tenía un dejo de nostalgia.

—¿Quién era ella? —preguntó Simon, ansioso.

Los ojos de Belami adquirieron una dulce expresión.

—Lamentablemente, aún no puedo decírtelo, Simon. Bernard de Roubaix no te dio su nombre y mi voto de silencio no me permite que yo lo haga. —Al ver la expresión de desencanto en el rostro de Simon, agregó—: Baste decir que tu madre era muy hermosa, sobre todo de alma. Tu padre aprendió de ella todo cuanto sabía de filosofía. Cuando tu madre murió, el espíritu de tu padre murió con ella. Sólo su sentido del deber le mantuvo en pie. Tenía una misión que cumplir y la cumplió, pero el corazón de Odó de

Saint Amand se fue con tu madre. El hecho de no poder reconocerte como hijo suyo debió de ser para él un infierno en esta tierra.

«Persiguió a los Asesinos como si cumpliese una penitencia. Sinan-al-Raschid se convirtió en el símbolo de su amarga frustración. Parte del resto, ya lo conoces.

Viendo la dolorida expresión de Simon, Belami trató de consolarle cambiando de tema.

—Tu padre tenía extrañas ideas sobre Galilea. El creía que Jesús era calafate. Por eso Nuestro Señor se llevaba tan bien con los pescadores. Nuestro fallecido Gran Maestro creía que Jesús construyó la barca de Pedro el Pescador, junto con muchas otras, en las playas de Galilea.

Simon escuchaba fascinado, dando vueltas a la idea en su mente.

—¿Por qué mi padre creía eso, Belami?

—Tu madre le puso la idea en la cabeza. Ella le dijo que se trataba de una leyenda local. Si bien lo piensas, parece lógico. —Belami se entusiasmaba hablando del tema—. Al fin y al cabo, Jesús tenía unos catorce años cuando la Santa Biblia le pierde el rastro. Entonces no volvemos a saber de él hasta que regresa, cuando tiene treinta, de algún lugar del desierto, para ser bautizado por san Juan el Bautista.

—Es una cuestión interesante, Belami. ¿Qué le pasó a Nuestro Señor durante esos años en que nada se sabe de él?

—Tus padres creían que después de que Jesús estuvo constantemente discutiendo con los rabinos en el templo, quedó señalado como un agitador. Después de todo, sólo tenía trece años. Su padre, José, estaba preocupado por el extraño comportamiento de su inteligente hijo y le pidió a un amigo suyo, a José de Arimatea, que se llevara al muchacho en su barco. Recuerda que ese José, que aparece posteriormente en la Santa Biblia, era un mercader y visitaba muchos países extranjeros en sus viajes. ¿Qué más natural que este mercader, que siempre podía tener necesidad de un calafate, se llevara a Jesús con él? Al fin y al cabo, el Señor, aun siendo niño, era aprendiz de su padre, el maestro carpintero de Nazaret.

«Sin duda, Jesús conocía de embarcaciones, y más adelante se hizo íntimo amigo de los pescadores, como en el caso de Pedro. Los pescadores

no parecen, por lo general, dispuestos a brindar su amistad a aquellos que no comprenden los peligros de su oficio. Sin embargo, escuchaban sus instrucciones cuando les decía dónde echar las redes. Nuestro Señor debió de ser un experto en barcas y en pesca.

—¿Quieres decir que Nuestro Señor pasó todos esos años..., veamos, unos quince años..., con José de Arimatea, o en Galilea?

Simon parecía intrigado, y su mente recorría raudamente todas las posibilidades.

—¿Por qué no? —dijo Belami—. Los cruzados ingleses me contaron que un mercader llamado José de Arimatea visitó un lugar santo en el oeste de su país, donde se explotan las minas de estaño. Si no me equivoco, el lugar se llama Glastonbury.

«También me dijeron que creían que Jesús le acompañaba. Los monjes han construido una abadía allí y tiene un famoso árbol de espinas que, según cuentan, florece una vez al año, por Navidad. Se supone que ese misterioso árbol creció del báculo de José. —Belami suspiró, pensativo—. ¿Quién sabe? Después de todo, sólo es una especulación.

De pronto, el joven normando sintió que le invadía una oleada de paz. Sonrió como si a la distancia viese a un hombre alto inclinándose sobre las barcas de pesca varadas en la playa. La figura del pescador era nítida, perfilándose a la luz de la luna, y Simon pudo ver que llevaba barba.

—Las cosas no han cambiado mucho aquí —dijo, casualmente, a Belami.

—¿Qué te hace decir eso, mon brave?

Simon señaló a la distante figura junto a la barca.

—Aquel pescador. Podría ser Simón, llamado Pedro, o incluso Jesús mismo, examinando una barca de pesca, todos esos años pasados.

—¿A la luz de la luna? ¿Mucho después de medianoche? —Belami rió —. ¿Dónde está esa persona tan dedicada a su labor? ¡Yo no la veo!

Un escalofrío recorrió la espalda de Simon. Señaló hacia la barca distante, varada en la arena.

—¡Allí! —gritó, pero la figura había desaparecido—. ¡Rediós! musitó, sin ánimo de blasfemar—. Estaba allí. Le he visto tan claramente como te

veo a ti, Belami.

—Un efecto óptico de la luz lunar, muchacho. Quizá un exceso de vino también. No hay nadie allí, Simon. ¡Atribúyelo a la magia de Galilea!

Pero Belami había sentido el mismo escalofrío a lo largo de la espalda.

—Está refrescando —dijo, estremeciéndose como un perro viejo—. Vamos, Simon. Te desafío a una carrera.

En un instante, estaban montados y galopando por la playa iluminada por la luna; los cascos de los caballos chapoteaban el agua de la orilla.

—Pescador o calafate, juro que le vi a la luz de la luna —se dijo Simon en voz baja.

A la mañana siguiente, despertaron temprano e inspeccionaron las defensas de la ciudad amurallada. Luego, Belami, que había presentado su informe oficial al comandante de la guarnición, se reunió con sus camaradas. Le hizo algunas chanzas a Pierre por su resonante éxito con las mujeres.

—Te has anotado un triunfo, mon ami. Juro que lady Elvira se encuentra bajo el embrujo de la magia de los De Montjoie. Al igual que la princesa Eschiva. Ha puesto sus ojos de águila en ti, muchacho. No me equivoco si digo que ya está confeccionando la lista de los invitados a la boda.

Pierre se echó a reír.

—No corras tanto, Belami. Vas saltando unos cuantos obstáculos delante de mí.

El veterano sonrió abiertamente.

—No estés tan seguro, simpático gallito. La princesa es una mujer muy decidida. Por la expresión que vi anoche en la cara de lady Elvira, diría que ella también lo es. Es una belleza, ¿eh?

—¡Vaya si lo es! —suspiró Pierre, extasiado por el recuerdo de la alta doncella de los místicos ojos dorados.

Sus camaradas cambiaron sonrisas de complicidad.

—Puedes creerme, Pierre —dijo Belami, con una risita—, ya están preparando el pato de la boda.

Se volvió hacia Simon.

—He encontrado a un viejo amigo, que conocía mucho a tu padre. —Había bajado la voz, a pesar de que Pierre no podía oírles—. Pero no sabe que tú eres su hijo. Me gustaría que le conocieras. Se llama Abraham-ben-Isaac. Es un hábil fabricante de instrumentos que le enseñó muchas cosas a tu padre.

—Pero, ¿seguro que es judío? —Simon estaba perplejo—. ¿Es un converso, tal vez?

—¡No, no! ¡Abraham es judío y siempre lo será! Es un hombre notable. Artista, artesano y filósofo. Verdaderamente, un sabio. Iremos a verle esta tarde.

Simon se moría de impaciencia. Cuando conoció a Abraham, no sufrió decepción alguna. El alto y anciano erudito de hombros encorvados era todo lo que Belami había anunciado.

El sabio de barba gris elogió al joven servidor templario, sus astutos ojos brillando de placer en cuanto oyó el apellido de Simon.

—Raoul de Creçy debe de ser pariente cercano tuyo, ¿no? dijo—. Le conocía bien. Un hombre magnífico. ¿Está vivo y bien de salud, espero?

—En efecto, señor —respondió Simon—. Vive en Normandía. —Hizo una pausa—. Mi... tío Raoul me crió en su feudo, cerca de Forges-les-Eaux.

—¡Vaya! —exclamó Abraham como para sí mismo—. Ciertamente me recuerdas a alguien, pero no a Raoul de Creçy.

Belami se apresuró a interrumpirles.

—El joven Simon es todo un erudito, Abraham. Está ansioso por hacerte muchas preguntas.

El magro rostro del estudioso anciano irradiaba sabiduría.

—Si puedo responderlas, con gusto lo haré —dijo, sonriendo—. ¿Qué temas despiertan tu interés, joven?

—El hermano Ambrose me enseñó los rudimentos de la astronomía y las matemáticas. Mis conocimientos son escasos, pero sé hablar y escribir en latín, francés y árabe. En mi mente bullen las preguntas que deseo haceros, señor. Perdonadme que os moleste cuando debierais estar haciendo la siesta en esta tarde tan calurosa.

Abraham se sonrió, en tanto sus pesados párpados se abrían para expresar su divertido asombro.

—Los gentiles y los sarracenos duermen después del calor del mediodía. En cambio, a los judíos nos gusta trabajar en la sombra, cuando las cosas están tranquilas. Mira, mi joven amigo. He estado haciendo un nuevo astrolabio para el «Señor de Tiberias» Es un agudo estudioso de las estrellas.

—Bernard de Roubaix te manda saludos —interrumpió Belami.

Abraham profirió una risita, cálida y simpática.

—He ahí a otro viejo amigo. Una persona ávida de conocimientos. Solíamos reunirnos aquí, cada vez que vuestro Gran Maestro... —Los penetrantes ojos del anciano se clavaron de pronto con astuta expresión en Simon— ... Odó de Saint Amand, visitaba Tiberias. Aquéllos eran tiempos de gozo.

Belami volvió a interrumpir deliberadamente la cadena de pensamientos de Abraham.

—El padre de Simon murió en la Cruzada. Yo llevé de nuevo al muchacho a Normandía, con De Creçy, y él y Bernard de Roubaix me pidieron muy seriamente que te buscara por esa misma razón: para que enseñes al muchacho.

—Me sentiré muy honrado, Belami. ¿Me lo confiarás a mí o bien te quedarás tú también?

La voz de Belami se suavizo.

—No, Abraham. Dejaré que introduzcas parte de tu sabiduría en su dura cabezota normanda

Simon ya había quedado atrapado por la fascinación que ejercía el anciano erudito. En el curso de las siguientes semanas, llegó a querer a Abraham por su sabiduría, su compasión y su honestidad. El sentimiento fue mutuo. Desde el momento en que Abraham vio las facciones clásicas de Simon y los atractivos ojos azules del normando, Abraham reconoció el linaje del joven templario. Sin embargo, el secreto de Simon se hallaba tan seguro con el brujo de Isaac, el mago, como con Belami, De Creçy y De Roubaix. Abraham jamás le traicionaría.

Las semanas pasaban volando mientras Abraham llenaba todas las horas libres del tiempo de Simon con un alud de conocimientos.

En genio judío en acumular datos y cifras había servido para conservar la mayoría de los tesoros de las destruidas bibliotecas de Alejandría y Bizancio en el depósito de la memoria racial. Los judíos eran los guardianes del gnosticismo y sólo lo impartían a ciertos miembros de su propia posteridad, o, en raras ocasiones, a aquellos en quienes ponían su confianza, como en el caso de Simon de Creçy.

Abraham le enseñó la Geometría Sagrada, la Proporción Divina, importancia universal del patrón, el peso, la forma y el número; los principios de lo mágico y el dominio del poder de voluntad.

Simon lo absorbía todo, como una esponja de mar griega. Comenzaba a comprender por qué Bernard de Roubaix le había llevado a Chartres para realizar aquel misterioso recorrido por la catedral.

—Las piedras de la catedral son meramente un discurso —dijo Abraham—. Del mismo modo en que trazarías caracteres en una tableta de cera con una caña, dibujarías o grabarías jeroglíficos en el muro de un templo o escribirías letras en un pergamino. La idea subyacente lo es todo. Por lo demás, todo es simple vanidad.

Escrutó el rostro fascinado de Simon.

—Salomón era un gran mago. ¡Un Ipsissimus! Un maestro de maestros de la Gran Obra, la alquimia del alma humana. Ésa es la transformación de la escoria en oro y es un símbolo del verdadero objeto del gnosticismo. La Gran Obra es la transmutación de la escoria del materialismo del hombre en la dorada Esencia del Espíritu de Dios. ¿Me comprendes, Simon?

—¿Queréis decir: convertirse uno mismo en la imagen de Dios?

—¡No, Simon! ¡Eso es una blasfemia! Ningún hombre se vuelve Dios. Los judíos no adoramos imagen alguna de nuestro Dios. Hasta se nos prohíbe pronunciar Su nombre. En vez de ello, utilizamos la palabra Adonais, que significa Señor. Nuestro Dios tiene muchos nombres. Vuestro Jesús, en la Cruz, gritó: «¡Eloi! ¡Eloi! Lama bactani». Eso es arameo, Simon.

—Significa: «Señor, Señor, ¿por qué me has abandonado?» ¿No es cierto, Abraham? —preguntó Simon.

—No exactamente, muchacho. Era una invocación de Jesús, crucificado y agonizante, al Eloihim: el gran espíritu angélico. ¿Recuerdas cómo se rasgó el velo del templo, cuando Jesús exhaló el Espíritu de Cristo?

—«A Tus Manos encomiendo mi Espíritu» —murmuró Simon, reverente.

—Las manos del Eloihim, Simon. Si las manos de Dios hubiesen tocado el Calvario, Su poder habría sido más grande que el de una estrella fugaz al chocar contra la tierra. El lugar hubiera quedado devastado en cientos de millas a la redonda. El poder de los servidores de Dios, el Eloihim, fue incluso suficiente para rasgar el velo del templo.

Simon nunca olvidó la fascinación de aquellas mágicas sesiones con el filósofo judío. Sus lecciones eran también prácticas. Abraham le enseñó el uso del torno de pedal para tornear las delicadas roscas y las pequeñas tuercas y tornillos para la construcción de instrumentos. Aprendió que con una aleación de cobre y estaño se obtenía el bronce; el moldeo de los metales y, sobre todo, la aplicación de la matemática a la medición precisa de la materia, el espacio y el tiempo.

Pero fueron los ejercicios espirituales que Abraham le enseñó a Simon lo que hizo volar su mente con nuevas ideas. En verdad, fue Abraham-ben-Isaac quien abrió la mente de Simon a las maravillas del Universo.

Sus maestros en Normandía, en especial el hermano Ambrose, habían iniciado a Simon en el largo viaje por el camino interminable del conocimiento; pero fue Abraham-ben-Isaac, el constructor de instrumentos judío de Tiberias, quien le ensanchó aquel sendero hacia el vasto camino del gnosticismo.

OceanofPDF.com

8
RELÁMPAGOS DE VERANO

El idilio intelectual de Simon en Tiberias llegó a un brusco fin con la llegada de Robert de Barres. Existían dos razones que justificaban la visita. En primer lugar, debía realizar la inspección de rutina de la ciudad; en segundo lugar, no podía ahuyentar de su mente los pensamientos turbadores que le provocaba el recuerdo del joven y apuesto templario. La llegada de una nave de los templarios, transportando un gran número de refuerzos, había brindado a De Barres la oportunidad de abandonar Acre y ver cómo progresaba la patrulla que efectuaba Belami en la zona desértica alrededor de Tiberias. Su visita terminó como un relámpago de una tormenta de verano.

Belami no esperaba la llegada del mensajero que le traía la noticia de la visita de De Barres y, astutamente, adivinó el verdadero motivo que se ocultaba detrás de ella. Maldijo en voz alta y se preparó para encarar el problema. Éste se produjo a los pocos días después de la llegada de De Barres.

Manipulando la orden del día, el veterano mantuvo a su protegido fuera del camino de De Barres, pero finalmente ocurrió lo inevitable. Simon se encontró a solas con el robusto caballero templario.

Robert de Barres había pasado una noche agitada, pues sus pensamientos se poblaban permanentemente con la presencia del apuesto Simon. Existen tantos grados de amor y de lujuria entre los que se sienten

atraídos hacia los de su propio sexo como entre los amantes convencionales. Los sentimientos de Robert de Barres por Simon Creçy se caracterizaban por un deseo concupiscente, tan bestiales como los de un oso solitario en celo. Quería poseer el cuerpo de Simon en una pasión brutal.

En cuanto se encontraron a solas, el fornido y sudoroso templario hizo un primer movimiento. Tuvo más el carácter de un ataque físico que el de una proposición amorosa. Belami tenía razón. Los abrasadores soles de mil días de patrullar los desiertos inclementes habían inflamado el cerebro del valiente soldado. De Barres ansiaba la frescura del cuerpo de Simon para apagar su ardiente pasión.

El joven normando luchó contra los ataques arrolladores del robusto templario, tratando de refrenar el incontrolado maltrato de su mariscal, mientras hacían eclosión todos los frustrados deseos contenidos en la mente del obseso.

Mientras jadeaban y resollaban, debatiéndose sin palabras en un cerrado, silencioso y antinatural abrazo, el cálido aliento de De Barres olía fuertemente a vino. Otra violación de los votos que había hecho el templario. Además de haber enloquecido de deseo, el caballero templario estaba borracho.

Luchaban con todas sus fuerzas; Simon para proteger su virilidad de las poderosas manos ávidas de De Barres, y el fornido caballero para vencer su resistencia. La locura había obnubilado los sentidos embotados de De Barres. Preso de la furia, cogió una maza que colgaba de la pared de la habitación e intentó golpear a Simon. Felizmente, el joven servidor llevaba la armadura, con excepción del casco, que se había quitado cuando el mariscal le mandó llamar. A pesar de ello, el golpe casi le dejó sin sentido.

Simon quedó medio desvanecido, pero aun así resistió los frenéticos esfuerzos de De Barres por violarle. Una mesa enorme se partió por la mitad bajo el segundo golpe de la maza, que Simon esquivó por pocas pulgadas. En aquel momento la puerta se abrió de par en par.

Era Belami. Con una mirada se hizo cargo de la situación. Comprendió que De Barres se había vuelto loco. Cerró dando un portazo y sacó la espada.

—Mariscal De Barres —dijo, con tono pausado—, sois un hombre enfermo. ¡Arrojad la maza! Enviaré a De Creçy a buscar al residente hospitalario.

El enloquecido templario lanzó un sonoro bufido de rabia y volvió a levantar la maza, esta vez para atacar a Belami. El veterano cogió una silla para usarla como escudo, pero en aquel instante el rostro encendido de De Barres se tornó intensamente morado. Los ojos se le salían de las órbitas y profirió un horrible grito ahogado, al tiempo que soltaba la maza sobre el piso de piedra. Abrió la boca, mostrando los dientes rotos. Una bocanada de sangre brotó de su garganta.

Dando medía vuelta, con las manos tratando de aferrar el aire, el robusto templario se estrelló de espaldas contra la pared y se deslizó hasta el suelo, donde quedó inmóvil.

—¡Rediós! —juró Belami—. ¡Nuestra Santa Madre le ha fulminado!

Los dos servidores se persignaron. Se arrodillaron precipitadamente junto al cuerpo inconsciente del mariscal, mientras los talones de sus botas repiqueteaban contra las baldosas.

Belami desabrochó la cota de rafia de De Barres y trató de reanimarle, mientras Simon corría en busca del hospitalario. El hermano Manuel era un caballero español de la Orden de San Juan de Jerusalén, un hábil sanador y médico.

No había nada que él pudiera hacer. Para cuando llegó, Robert de Barres estaba muerto, con los ojos fijos en el vacío en su lívido rostro.

—Trágico. Fue un ataque fatal. Su corazón ha estallado. Rogad por él, hermanos —dijo el hospitalario.

Mientras se arrodillaban para orar, el médico cerró los ojos vidriosos del mariscal muerto. Simon aún estaba temblando por la pelea que había sostenido con De Barres. Belami le hizo seña de que no hablara.

Terminada la breve plegaria por el muerto, el veterano dijo:

—El mariscal había llamado a mi joven colega para que le diera un informe sobre las defensas de la guarnición. Robert de Barres, que Dios acoja su alma... —añadió, al tiempo que se santiguaban—, sufrió el ataque de repente y, en la agonía de la muerte, cayó sobre la mesa. Era tan robusto,

que se partió bajo su peso. El servidor De Creçy intentó sujetarle cuando sufría las fuertes convulsiones, de ahí que haya quedado en ese estado. Recibió fuertes contusiones durante el proceso. Sin duda es un día trágico para la Orden, hermano Manuel.

El hospitalario meneó la cabeza, asintiendo tristemente. Era evidente que aceptaba como válida la historia de Belami.

—Es la voluntad de Dios y de nuestro bendito san Juan —dijo con la debida veneración—. Haré los preparativos para el entierro inmediato. —El hospitalario hizo un esfuerzo para agregar, en voz baja—: Este calor pondrá el cadáver en estado de putrefacción en pocas horas. Será mejor enterrar al mariscal hoy mismo.

Belami había hecho lo correcto al proteger la reputación del templario. Antes de la puesta del sol, el cadáver de Robert de Barres había sido colocado en un ataúd rápidamente construido con madera de cedro de la zona y, con la debida pompa y el ritual adecuado, en ausencia de un hermano del templario, fue enterrado por el hospitalario oficiante, hermano Manuel de Ortega.

La princesa Eschiva asistió al funeral, profundamente emocionada por la súbita muerte de un viejo amigo y honorable invitado, y adecuadamente vestida de un maravilloso vestido negro; la acompañaba lady Elvira, envuelta dramáticamente en una negra capa de amazona. Con ellas formó casi toda la guarnición, incluyendo a los lanceros turcos. Como sea que tanto los hospitalarios como los servidores templarios vestían de uniforme negro, la sombría ceremonia resultaba impresionante. Por otras razones, Simon y Belami no la olvidarían jamás.

En cuanto terminó el servicio funerario, el cadáver de De Barres fue bajado a la fosa profunda que habían cavado tres servidores templarios como un postrer gesto de respeto hacia su mariscal muerto. Se acababa de arrojar la última palada de arena sobre el flamante ataúd, cuando un exhausto lancero turco llegó montado en un caballo cubierto de sudor. Se dirigió directamente a Belami y le informó, en árabe:

—Reinaldo de Châtillon ha enviado una patrulla a atacar una rica caravana sarracena. Si partís de inmediato, servidor Belami, podréis llegar

antes que ellos. Este mensaje lo manda el servidor D'Arlan de los hospitalarios.

Las últimas instrucciones que Belami recibió de parte de De Barres fue la orden de mantener la presencia de los templarios en la ruta de los sarracenos a La Meca, con el fin de prevenir esta suerte de ataques depredadores por parte de De Châtillon.

—Ensillad, mes amis —ordenó Belami—. Yo le explicaré a la princesa la situación. Partimos hacia el norte inmediatamente. Con un poco de suerte, los atacantes avanzarán despacio, para conservar las energías para el ataque. Si llegamos demasiado tarde, esto sólo puede conducir a la guerra.

Las patrullas de los templarios van ligeramente pertrechadas, pues otras posesiones que no sean las raciones de campaña y las armas no son consideradas de importancia por la orden. Pierre apenas tuvo tiempo de despedirse de Eschiva, y Simon ni un segundo para decirle adiós a Abraham-ben-Isaac. A Belami le llevó sólo un minuto informar a la princesa y expresarle su gratitud por su amable hospitalidad.

A los diez minutos de la dramática llegada del mensajero, la patrulla de los templarios franqueaba las puertas de Tiberias en dirección al norte. La tormenta de verano estaba a punto de estallar.

Mientras Simon cabalgaba al frente de su tropa, le palpitaba el cerebro a causa de la conmoción que le habían producido los terribles sucesos de la mañana. De repente, recordó unas palabras de Abraham-ben-Isaac: «Los acontecimientos futuros se presienten». La mente creadora capta esos presentimientos, como los reflejos del heliógrafo del pulido escudo de un explorador al enviar un mensaje de alerta a una patrulla en el desierto. Por lo que me has contado sobre tus vuelos durante el sueño, hijo mío, deduzco que tú posees ese don de profetizar: don o castigo, como quieras verlo.

«Yo puedo enseñarte a controlar esos sueños, en que tu espíritu se desprende de tu cuerpo dormido, como el halcón Horus del dormido Osiris. Hasta el momento, estas visiones han sido involuntarias aventuras nocturnas. Ahora, podrás ponerte en trance meditativo y controlar tu cuerpo

sutil a voluntad, para que vague por Netsach, el lugar del pensamiento creativo.

En el curso de la semana siguiente, el mago judío le había enseñado a Simon la técnica de la relajación, para inducir un estado de sueño semejante al trance.

—Al principio, nunca debes hacerlo solo. A tu padre también se lo enseñé La dulce sonrisa de Abraham irradiaba afecto—. Oh, sí, mon de Creçy, reconocí el rostro de tu padre en ti la primera vez que te vi. No temas. Tu secreto está seguro conmigo. También yo he profesado el juramento del rey Salomón.

Y entonces se habían abrazado. Ahora Simon se disponía a cumplir su destino.

La patrulla cabalgó sin descanso en la oscuridad, guiada por un explorador armenio de la guarnición de Tiberias que conocía el terreno, o el arte de reconocerlo, incluso mejor que Belami. Pararon para un breve descanso cuando la luna se ocultó tras las colinas del horizonte.

Tres horas más tarde, el falso amanecer les encontró despiertos y de nuevo en ruta hacia el norte. Debían de estar aproximadamente una hora más atrasados que los soldados de De Chátillon, que seguramente debían haber acampado para pasar la noche, sabiendo que su presa estaba segura.

Mientras Simon se entregaba al breve, pero reparador sueño del soldado, su cuerpo sutil abandonó, voluntariamente esta vez, su forma envuelta en la manta, con la cabeza sobre la silla de montar. Siguiendo las meticulosas instrucciones de Abraham, por fin era capaz de efectuar él solo aquella proyección mágica. Ahora podía vagar a voluntad por los lugares místicos del Sepiroth, concentrando la fuerza de voluntad en mantener el espíritu dentro del reino de Netsach, el dominio del pensamiento creativo.

Lo que vio le llenó de inquietud. Debajo de él, la caravana sarracena se encontraba acampada, con sólo unos pocos soldados escitas y ayyubid montando guardia. No sospechaban lo que les esperaba. Simon, desde su elevada posición sobre el campamento, vio la partida franca acercándose en silencio a ellos.

De inmediato, tocó al dormido Belami en el hombro. Antes de que pudiese retirar la mano, el veterano le había cogido del brazo y arrojado por encima de su cuerpo sobre la blanda arena del otro lado. Al reconocer las facciones paralizadas por la sorpresa de Simon, le dijo severamente:

—No vuelvas a hacer eso nunca más, mon brave. Podría haber tenido una daga en la mano.

La voz de Simon tenía un tono imperioso.

—¡Alarma! —gritó—. ¡Debemos partir en seguida! He soñado que los hombres de Châtillon se disponen a atacar. Estoy seguro de que no se encuentran muy lejos de aquí.

—Eso es suficiente para mí. Sé por Abraham que tus sueños no mienten —gruñó Belami.

Se puso de pie de un salto, gritando para despertar al resto de las tropas a su mando. Al cabo de unos minutos, habían ensillado los caballos y galopaban en dirección al norte.

La luz anaranjada del sol del amanecer teñía la parte inferior de capa de nubes de una tonalidad cromada. Al no compadecerse de las monturas, Belami demostraba su fe en el don profético de Simon, pero después de veinte minutos de cabalgar raudamente, redujeron del galope al trote. En aquel momento, los lanceros turcos, que cabalgaban un «paso» delante de ellos, volvieron galopando y se detuvieron levantando una nube de polvo.

—¡Los sarracenos! Están al otro lado de la próxima loma —dijeron los exploradores.

—¡Llegó la hora no tengáis piedad con los caballos! —gritó Belami—. ¡A la carga!

Al principio, en ominoso silencio, y luego, cuando el choque de las armas llegó a sus oídos, aullando como locos, los cascos de la caballería turca atronaban en la arena del desierto. Llegaron a la cima de la loma envueltos en una nube de polvo finísimo y se lanzaron por la pendiente del lado opuesto. La caravana de los sarracenos ya estaba luchando por su vida. La situación no era buena para ellos.

Los hombres de De Châtillon habían dado muerte a varios guardias escitas y ayyubid silenciosamente, con la daga. El resto de la escolta de la

caravana se había concentrado formando un círculo para proteger una sola tienda negra con sus vidas. Era evidente que un sarraceno de importancia se hallaba en su interior.

Los lanceros turcos de Belami, chillando como los espíritus que presagian la muerte en Escocia, atacaban por la retaguardia desprevenida de la caballería franca. Simon había descolgado el arco de su hombro y disparado dos flechas antes de que los turcos alcanzaran su objetivo. Las flechas de una yarda hicieron blanco en dos caballeros francos, cuyas monturas quedaron sin jinete.

De pronto, en la entrada sombría de la negra tienda, apareció una mujer, daga en mano, evidentemente decidida a vender cara su vida.

Un caballero franco de cerrado casco, que parecía haber surgido de la nada, se precipitó hacia ella, con el brazo levantado, empuñando su propia daga, con la intención de hundirla en el corazón de la mujer. Nunca llevó a cabo su propósito, pues la flecha de Simon le perforó el brazo derecho. Lanzando una maldición, hizo dar la vuelta a la montura y cabalgó en dirección al arquero normando, manteniéndose agachado detrás de la cabeza de su montura para protegerse de una segunda flecha, al tiempo que intentaba desenvainar la espada con la mano izquierda.

Simon, cuyo código ético como servidor templario le prohibía matar a un caballero cristiano a menos que fuese atacado primero, titubeó. Pero no lo hizo Belami, cuya hacha de guerra giró y luego salió disparada de su mano derecha, en dirección al jinete atacante.

Al tiempo que el vociferante caballero chocaba contra Pegaso y casi arrojaba a Simon al suelo, el hacha de Belami se clavó en el pecho del caballero franco, después de atravesar su cota de malla. Con un agudo chillido, el jinete del casco de acero fue arrancado de la silla para caer estrepitosamente con su armadura a los pies de Simon. Belami desmontó al tiempo que los hombres de De Chátillon huían presa del pánico.

Los lanceros turcos les persiguieron, y dejaron a varios soldados de la derrotada partida heridos o muertos sobre el terreno cubierto de sangre. Belami le quitó el casco en forma de balde al caballero muerto.

—Lo que suponía —exclamó—. Éste no es un caballero de Francia. Es un Asesino. Debe de haberse unido a los atacantes, sin ser visto, durante la noche.

—Tenéis razón, servidor —dijo con voz débil un caballero herido—. Yo soy Roland de Buches, comandante de las fuerzas de Reinaldo de Châtillon. Mis órdenes eran atacar la caravana, no asesinar mujeres.

—Entonces la dama debe de ser una persona muy cercana a Saladino. ¿Por qué, si no, un miembro de los Asesinos habría venido hasta aquí para matarla?

—¿Cómo lo supiste? —le preguntó Simon, asombrado ante el hecho de que Belami hubiese dado muerte a un «caballero cristiano».

El sudoroso veterano rió tristemente.

—Ningún caballero franco ataca con una daga. Un caballero enloquecido por la batalla podría atacar a una mujer sarracena indefensa, pero lo haría con una espada o una lanza. Éste iba completamente armado; sin embargo, arrojó la lanza y sacó la daga. Tenía que ser uno de los hombres de Sinan-al-Raschid. Se han juramentado para matar a Saladino o a su familia.

Simon se acercó a la temblorosa mujer, que aún llevaba el velo puesto.

—Confío, señora —le dijo, gentilmente—, que no habréis sufrido daño alguno.

Él le habló en árabe. Para su sorpresa, la esbelta mujer del rostro velado, le respondió en francés.

—Por la misericordia de Alá, no sufrí ni un rasguño. —Su voz era grave y melodiosa—. Gracias, señor, por salvarme la vida.

—Estos son los asesinos de Reinaldo de Châtillon —explicó Belami—. Como templarios, se nos ordenó intervenir si esos bandidos intentaban atacar alguna caravana en la santa Hadj a La Meca. Mil perdones, alteza.

La velada mujer rió, con un dulce trino nervioso.

—¿Cómo me reconocisteis, servidor?

—El color negro de la tienda delataba vuestra identidad, alteza. No hay ninguna de las habituales alfombras, costosas y decorativas, de Isphahan. Todos los cruzados instruidos saben que Sitt-es-Sham es la noble y modesta

«Señora de Siria», y que su hermano es el ilustre comandante de los sarracenos, el sultán Saladino.

De nuevo se oyó la ligera risa, como una brisa de verano.

—Muy lisonjero, servidor, pero no es todo verdad, creo.

Belami lanzó una risita. La Señora de Siria era demasiado aguda para él.

—Resultó evidente quién erais, alteza, cuando me di cuenta de que quien os atacaba era un Asesino. Sólo uno de los asesinos de Sinan-al-Raschid recorrería una distancia tan grande para matar a una persona como vuestra alteza. Mis más humildes disculpas por no haber llegado antes.

La dama habló de nuevo, esta vez en árabe.

—El joven servidor..., ¿cómo se llama? Su tiro fue milagroso.

—Simon de Creçy respondió el veterano—. Mi nombre es Belami, y éste es el servidor Pierre de Montjoie. —Señaló a su otro colega, que acababa de desmontar para unirse a ellos—. Nuestras espadas están a vuestro servicio, alteza.

Los tres servidores templarios la saludaron arrodillándose.

—Os ruego que os levantéis, caballeros —dijo Sitt-es-Sham, en sibilante francés—. ¿Podéis darme escolta para proseguir mi viaje a La Meca? Como mujer, aun siendo princesa sarracena, no me está permitido entrar al lugar sagrado donde reposa nuestro bendito Khaaba. Pero llevo muchos presentes para los necesitados de La Meca, y las bocas hambrientas no pueden esperar mucho tiempo la llegada de alimentos.

Cada uno de los templarios se puso de pie y se inclinó para rendir su homenaje. Entonces sucedió algo extraño. Mientras Simon presentaba sus respetos, al parecer accidentalmente la Señora de Siria dejó caer su velo. Por un instante, Simon pudo contemplar un rostro de gran belleza y encanto, agraciado con unos ojos magníficos del más profundo color violeta.

«Los ojos de un ángel», pensó Simon, en tanto su corazón latía emocionado.

Luego el velo fue colocado inmediatamente en su lugar, y sólo los gloriosos ojos restaron visibles. Una vez más, su seductora risa sonó débilmente detrás de su yashmak.

Con la ayuda de sus contados guardias ayyubid que no habían sufrido heridas, los tres servidores la vieron montada y segura en su pura sangre blanco, y, con una escolta de doce lanceros turcos elegidos por Belami, la bella hermana de Saladino partió de nuevo hacia La Meca.

Sin mirar atrás, Sitt-es-Sham se perdió de vista bajo el resplandor del sol naciente.

—No te quedes ahí como una carpa moribunda, Simon, que tenemos muchas cosas que hacer. Y por cierto, servidor De Creçy, has sido objeto de la más excelsa fineza que una dama musulmana puede brindar. Y una princesa también. Tú, amigo mío, has podido vislumbrar por un instante su belleza desvelada. Pocos hombres han visto jamás a Sitt-es-Sham tal como realmente es. Khay'am, el poeta astrónomo persa, habría atesorado este momento. Fue un auténtico poema.

—Fue un accidente —replicó Simon, ruborizándose—. ¡La princesa dejó caer el velo por casualidad!

Belami lanzó un hondo suspiro.

—Simon, querido ahijado, a veces me pregunto para qué usas el cerebro.

Con una sonora carcajada, el cruzado templario volvió a montar y dio una vuelta por el campamento, contando los muertos y heridos para su parte de guerra. Una cosa era cierta: el resultado no le haría bien a Reinaldo de Chátillon. Y cuando Saladino se enterase todo lo ocurrido de labios de su hermana, los días de De Chátillon estarían contados.

Ninguno de ellos sabía que aquel bárbaro ataque a una pacífica caravana sarracena resultaría ser el fin de la tregua tan arduamente nada. Aquellos relámpagos de verano habían sido el anuncio de una tormenta tremenda, que estaba a punto de estallar.

OceanofPDF.com

9
EL CAMINO DE JERUSALÉN

Cuando la patrulla de Belami retornó a Acre, el nuevo mariscal templario, Roger de Montfort, acababa de ser nombrado. La princesa Eschiva había enviado la noticia de la muerte de Robert de Barres al Gran Maestro del Temple, Arnold de Toroga, en Jerusalén. De allí, un mensajero veloz había llegado a Acre en menos de tres días, y el maduro caballero templario, que había regresado recientemente en último barco a Tierra Santa, fue nombrado mariscal de la guarnición de los templarios. Belami le conocía de los viejos tiempos y respetaba a De Montfort por su valentía y honestidad. También era un hombre instruido y, por lo tanto, indulgente. Escuchó el informe de Belami en silencio, y le felicitó calurosamente.

—Bien razonado, Belami. Tu táctica fue impecable. Lamento la temprana muerte de Robert de Barres, pero no me sorprende. Hacía tiempo que no estaba bien. Demasiado tiempo en Tierra Santa, ¿eh, Belami?

—¡Lamentablemente, sí, señor! —repuso el viejo soldado, sin mayores comentarios.

—Servidor Belami —dijo De Montfort—, voy a enviarte a ti y a tus hombres a Jerusalén. La reputación de que gozas entre los cruzados templarios es envidiable. He escrito a Arnold de Toroga, sugiriéndole al Gran Maestro que refuerce tus tropas con algunos hombres sobrantes de la guarnición para que eso te permita disponer de una patrulla montada de libre acción con que mantener a los caballeros innobles como De Chátillon

fuera del juego y tratar de preservar la Pax Saracénica. Belami contuvo el aliento. De Montfort sonrió.

—Sé que no va a ser fácil, pero es evidente que cuentas con dos excelentes servidores jóvenes, y tendrás a tu mando no menos de un centenar de lanceros. Por supuesto, eso no es más que una picada de pulga contra las hordas sarracenas, pero será suficiente para mantener a De Chátillon y otros de su calaña a raya.

Belami fue derecho al grano.

—Señor, os agradezco la confianza que depositáis en mí, pero no puedo detener a todas las fuerzas de De Chátillon. Corren sólidos rumores de que está construyendo una pequeña flota para mandar una expedición pirata a los puertos del mar Rojo. Yo puedo detenerle en tierra, con la ayuda de Dios, pero sin naves nada puedo hacer contra De Chátillon en el mar.

De Montfort tenía una grave expresión.

—Por supuesto que no, Belami. Sólo puedo esperar que hagas cuanto puedas. Tus tropas servirán para proteger a los peregrinos que se dirijan al sur, a Jerusalén, y las caravanas sarracenas que vayan a La Meca. Cumple con tu deber, servidor Belami, tan bien como puedas. —Cogió la mano derecha del veterano—. Cuídate, viejo camarada.

Belami saludó y se fue a anunciar a los demás la difícil misión que se le había encomendado.

Dos días en Acre fueron suficientes para reponer las contadas bajas en sus filas. Belami sólo había perdido cinco lanceros turcos en el ataque matutino, y De Montfort le dio carta blanca para seleccionar a los sustitutos. A la tercera mañana, en cuanto amaneció, partieron de nuevo, en dirección, esta vez, a Jerusalén.

Su ruta les llevó al sureste, hacia la Ciudad Santa, por un terreno fértil y ondulado. En cuanto a distancia, se encontraba sólo a unas noventa millas de Acre, pero respecto del ambiente, Jerusalén se hallaba en otro continente. La vida en Acre era simple y agitada, como lo exigía el tráfago de la ciudad. El puerto de desembarque de los cruzados y la puerta al mar, por su misma naturaleza, tenía que concentrarse en esos aspectos de su existencia. Como Simon y Pierre habían comprobado, y Belami sabía por

experiencia, se podía gozar de diversos placeres en Acre, pero en conjunto el bullicioso puerto de las Cruzadas era una guarnición militar y, como tal, la vida era relativamente austera. En cambio, no ocurría lo mismo en Jerusalén.

Aquél era el centro de las Cruzadas, el eje central alrededor del cual giraba la compleja estructura del reino cristiano de ultramar. Su línea de marcha había conducido a las tropas de Belami más allá de Nazaret y el monte Tabor, y a lo largo del sinuoso curso del río Jordán, que siguieron entre hileras de bajas colinas hasta que la Ciudad Santa apareció ante su vista, resplandeciente bajo el calor propio del mediodía, en su cuarta jornada de duro cabalgar.

Deliberadamente, Belami les había llevado hacia el costado nordeste de la ciudad para ofrecer a Simon y a Pierre la primera vista del foco de las Cruzadas tal como se ve desde el monte de los Olivos. Para ello, había vadeado el riachuelo Kedron y conducido a sus hombres por las laderas del famoso monte precisamente cuando la luz anaranjada del amanecer bañaba la Ciudad Santa de una tonalidad cromada.

El ligero rodeo había compensado las penalidades que tuvieron que pasar cuando aún reinaba la oscuridad.

En el otro lado de su posición en la ladera, las almenas orientales de las largas murallas que rodeaban Jerusalén brillaban en todo su esplendor. Se destacaban las inconfundibles formas del Domo de la Roca, el palacio real y la mezquita de Al-Aqsa, todo construido dentro de la zona donde en un tiempo se había alzado el templo del rey Salomón. Frente a ellos, había dos entradas, el Portal de Josafat y el Portal Dorado, el primero dando acceso a la ciudad, y el segundo, que conducía a la zona del templo.

La ciudad sagrada relucía en las luces crecientes de la mañana temprana. Sus altas torres, mezquitas y cúpulas, minaretes y agujas truncadas de las iglesias cristianas formaban un intrincado dibujo de formas que capturaba la imaginación y la elevaba hasta las alturas.

Asentada firmemente sobre su base de roca, Jerusalén dominaba toda la región circundante. Con aproximadamente mil cien yardas de longitud por novecientas de anchura, la ciudad entera tenía la forma de un rectángulo,

lleno de actividad religiosa, comercial, política y militar; lo sagrado y lo profano.

Desde la Torre de Tancredo en el ángulo del noroeste, la muralla y sus terraplenes occidentales corrían en dirección sur, sólo interrumpida por el Portal de Jaffa. Luego pasaba ante la maciza Torre de David hasta el portal de Sión, en el flanco meridional, donde la muralla se desviaba hacia el noreste, en una serie de almenas angulares, hasta el Portal de Silbán.

Finalmente, siguiendo el borde escarpado, se extendía hacia el norte a lo largo del llano oriental, dando la cara a Belami y sus tropas en el monte de los Olivos, hasta que doblaba hacia el oeste para formar la línea dentada de las defensas del perímetro septentrional.

Aquellos muros presentaban la abertura del Portal de las Flores, el Portal de la Columna de san Esteban y, por fin, el portillo en zigzag de san Lázaro.

—¡La Ciudad Santa, sin duda! —exclamó Simon, fascinado ante el espectáculo iluminado por la luz del sol que tenía enfrente.

Belami se rió al ver la expresión maravillada en el rostro extático del joven servidor.

—Como te dije, Simon, la proporción de prostitutas y de peregrinos es casi igual. Éste es el centro religioso de la cristiandad, y santos y pecadores vivieron aquí siglos antes de que Nuestro Señor siguiera el sendero de la agonía, llevando la Cruz Verdadera sobre su flagelada espalda.

«El Gran Templo de Salomón, el Maestro Mago, ha sido destruido, pero en su asentamiento iglesias cristianas y mezquitas musulmanas han ocupado su lugar. Contempla hasta el hartazgo los blancos sepulcros de Jerusalén, bañados por la brillante luz del sol de Dios, y recuérdala así... en toda su gloria terrenal. —El tono de su voz se alteró, agudamente—. No existe tanta maravilla dentro de las murallas. La Ciudad Santa indudablemente lo es, pero Jerusalén, el centro de nuestro reino, también está lleno de intrigas al igual que un cadáver putrefacto está minado de gusanos.

Sin decir una palabra más, el recio soldado volvió a montar y condujo a sus tropas por la larga pendiente, a través del arroyo Kedron, y al paso se dirigió hacia el Portal de Josafat.

A la voz de alto de la guardia, Belami replicó:

—La acción de los templarios no requiere explicación. El servidor Belami y sus tropas piden entrar en la Ciudad Santa.

Su tosco acento y el evidente aire autoritario constituían un mejor pasaporte que una docena de documentos. Con el crujir de pesados maderos, las anchas vigas de cedro que trancaban las puertas fueron laboriosamente retiradas y las altas hojas se abrieron lentamente. La columna de la caballería ligera de los templarios entró en Jerusalén.

En cuanto el último de los lanceros turcos hubo traspuesto el portal, las pesadas puertas se cerraron con estrépito y las gruesas vigas de madera volvieron a su lugar. El regente de Jerusalén no corría riesgos ante la delicada situación actual.

Las tropas de los templarios se adentraron en la ciudad y se dirigieron a su cuartel general dando un pequeño rodeo. Belami quería que sus jóvenes camaradas vieran parte de la Ciudad Santa que, a aquella hora temprana, presentaba la actividad de una colmena.

La vida comenzaba temprano en Jerusalén, antes de que el sol ardiente agotara las energías de sus industriosos ciudadanos. Los trabajadores eran numerosos, si bien muchos habitantes menos esforzados se ganaban precariamente la vida mendigando o realizando tareas serviles, tales como de mozo de servicios o de vigilante nocturno o diurno para detener la escalada de hurtos. Aunque las penas por robo eran severas, como la pérdida de los dedos o el cercenamiento de la mano, aún quedaban muchos ladrones en Jerusalén.

Simon y Pierre estaban fascinados por lo que veían, mientras se abrían paso entre la bulliciosa multitud. Todo cuanto ya habían visto en París, Lyon, Marsella, Acre y Tiberias quedaba eclipsado por la riqueza de los variados oficios y las exóticas mercaderías que se exhibían, se elaboraban o se restauraban en las angostas calles de Jerusalén.

El bullicio era aún más insistente que en Acre, y la amplia variedad de lenguas desafiaba a quien osara identificarlas. Al latín, griego, árabe, francés, español, italiano, alemán, genovés, pisano y, ocasionalmente, hasta inglés, se agregaban el armenio, turco, kurdo, maltés y indostanés, permo y

urdú, de las tierras de Persia, Afganistán e India. Los hablantes de esas últimas lenguas eran comerciantes que traían especias raras y finas telas por la Ruta de la Seda, que se extendía de ultramar a Catay.

Al ruido ensordecedor de las voces se unía el sonido de las numerosas campanas de las iglesias, que tocaban a maitines, así como el toque militar de las cornetas, el redoble de los címbalos y el tronar de los tambores. En cuanto al color, había una plétora de mercaderías: sedas de todos los matices; alfombras y telas de algodón, lana y satén, todas teñidas con extractos vegetales conocidos por los alquimistas. Al igual que Acre, Jerusalén olía a intenso incienso y a especias acerbas, a los perfumes almizclados de Oriente y a los aceites esenciales de azahar, rosas, violetas, azucenas, orquídeas silvestres y mimosa, pero en grado tal, que esos aromas sensuales cubrían el hedor de los productos de desecho animales y humanos en considerable proporción. Con el tiempo, el visitante apenas notaba esos otros olores desagradables y aspiraba los efluvios de sus exóticos rivales con enervante placer.

Aquella cabalgata temprana alrededor de la Ciudad Santa causó una perdurable impresión en Simon, aunque no así en Pierre cuya vida anterior en la corte francesa había de alguna manera embotado sus sentidos con una gran variedad de lujos. En Jerusalén, los mendigos de la ciudad dejaban tranquilos a los templarios, pues sabían que la Orden había tomado los votos de pobreza. Los ciudadanos respetaban a los templarios por otros motivos, puesto que allí estaban las espadas y las lanzas que mantenían a Jerusalén libre de sarracenos.

La población trabajadora nativa comprendía que si Saladino reconquistaba Jerusalén, los «conversos» de la localidad serían expulsados con cajas destempladas. La decapitación mediante un golpe certero de una afilada cimitarra sarracena sería la rápida forma de salir. Las torturas más espantosas serían el destino más probable que aguardaría a los «fieles» que habían caído en brazos de la cristiandad.

En el año 1181, había un millar de caballeros y de lanceros, en total, incluyendo a los servidores, entre las dos grandes órdenes militares de los hospitalarios y los templarios. El cuerpo de lanceros estaba formado

principalmente por turcos y otros mercenarios, y actuaban como fuerzas ligeras de exploración, o bien hasta participaban en los ataques de los caballeros provistos de pesadas armaduras. Las tropas estaban distribuidas por todas las guarniciones de ultramar. Otro millar de caballeros francos, españoles, italianos, alemanes y de otras naciones europeas podía contarse que combatirían por la cristiandad, pero eso era todo. La enorme discrepancia entre las fuerzas opositoras era obvia, pues para enfrentarlas el sultán Saladino podía reunir por lo menos quince o veinte mil jinetes, incluyendo los mejores de Arabia.

La segunda Cruzada había terminado y, si se tenía que organizar una tercera, después de aquel precario periodo de tregua, se requerirían muchos más refuerzos para llevarla a cabo.

Las fuerzas francas confiaban grandemente en su infantería, integrada por arqueros y lanceros, que actuaría como respaldo de los caballeros, así como para defender las murallas de todas las fortalezas cristianas, y resistir a las fuerzas sarracenas cuando Saladino decidiera atacar. La impresión era que cabía preguntarse «cuándo» y no «sí». Aquella feliz alternativa la daban por descontado la mayoría de los peregrinos pensantes y, sin duda, los cruzados mismos.

Por fin, Belami interrumpió el recorrido de «familiarización», como le explicó luego al mariscal templario, Hugh de Belfort, que había estado esperando con cierta impaciencia su informe.

—Durante las patrullas, ¿no habéis visto ninguna señal de actividad de los sarracenos? —preguntó el incrédulo mariscal, que no estaba familiarizado con los informes de Belami ni con sus métodos tan poco convencionales.

—Sólo el reflejo de sus heliógrafos en el horizonte, cuando se transmitían mensajes sobre nuestro desplazamiento de una colina a la otra. Nos estuvieron vigilando atentamente todo el camino. La noticia de nuestro enfrentamiento con los hombres de De Châtillon debe de haber corrido rápidamente por toda la región.

—¡Por las llagas de Cristo! —exclamó De Belfort—. La situación general es tan explosiva como ese maldito polvo nuevo del que tanto se

habla. ¡Al diablo el alma de De Chátillon! Ya resulta bastante ardua esta tarea, servidor Belami, de mantener la paz entre los asesinos de Jerusalén, sin necesidad de que ese loco de De Chátillon cause más problemas. Al pobre rey Balduino le resulta casi imposible gobernar ahora, y De Lusignan gana más poder de día en día. Cuando nuestro desafortunado monarca fallezca a causa de su terrible enfermedad, roguemos para que nuestro Gran Maestro pueda influir en los barones para que elijan a Raimundo de Trípoli como regente, para aconsejar al nuevo delfín, que sin duda sucederá a nuestro actual monarca inválido. Raimundo no es ningún santo, pero es mejor que los demás, sobre todo que De Chátillon.

Aquella diatriba se debía más a la costumbre de De Belfort de hablar consigo mismo, que a la pretensión de ofrecer un certero panorama de la situación política para conocimiento del experimentado veterano, pero en realidad no hizo más que confirmar las sospechas que Belami tenía.

Tal era la reputación del veterano servidor, que antes de veinticuatro horas, Arnold de Toroga, el Gran Maestro de los templarios ya le había ordenado que asistiera al Capítulo, algo que, en tiempos normales, hubiese sido insólito.

La casa capitular de los templarios tenía forma octogonal, como consecuencia de la Sagrada Geometría, y tenía doce bancos de piedra, adosados a las paredes, con un caballero templario sentado en cada uno de los tronos de mármol. El Gran Maestro se encontraba delante de supríe-dieu, situado en el centro, de cara a un pequeño altar donde se había colocado una cruz, hecha con dos espadas de los templarios. El Gran Capítulo era un alto tribunal templario, dentro de un sistema que, teóricamente, controlaba el rey de Jerusalén. Como contribuía en gran medida a los fondos del reino y proporcionaba la mayor parte de su poderío militar durante las cruzadas, la existencia del tribunal de los templarios no sólo era tolerada sino reconocida tácitamente por el poder político del Gran Capítulo.

Belami entró solo y saludó al Gran Maestro. El veterano reconoció a muchos de los miembros del Capítulo, con quienes había servido previamente. La sombra de una sonrisa se dibujó en sus labios, al descubrir

al menos a tres ex comandantes. Estos, a su vez, le saludaron con un movimiento de cabeza.

El Gran Maestro habló así:

—Servidor Belami, os doy la bienvenida a Jerusalén. La Orden necesita de vuestros invalorables experiencia y conocimientos. Tengo entendido, por lo que me decía el mariscal De Montfort, que traéis a cincuenta lanceros, y que también os acompañan dos jóvenes servidores, a quien habéis instruido personalmente y altamente recomendado. Vuestra acción en el rescate de Sitt-es-Sham ha sido debidamente anotada y aprobada.

«Yo os daré un centenar de auxiliares más experimentados, la mitad lanceros turcos y el resto arqueros.

—¿De infantería, Honorable Gran Maestro? —dijo Belami, con tono de desaprobación—. Eso reforzará mis fuerzas, por cierto. Es preciso que nos movamos con rapidez, señor, si tenemos que evitar que las fuerzas de De Chátillon asolen la región del mar Muerto.

—No podemos ofreceros más fuerzas de caballería —dijo el Gran Maestro, secamente—. Preciso a cada uno de los lanceros que podamos reunir para defender el reino de Jerusalén contra el ataque de los sarracenos. Tendréis que valeros también de la infantería.

—He realizado anteriormente maniobras conjuntas, Honorable Gran Maestro. En distancias cortas, resulta efectivo sólo durante un ataque. En patrullas, agota tanto a los hombres como a los caballos puesto que la caballería y la infantería no pueden avanzar al mismo paso.

—Entonces dividid las tropas en fuerzas de choque y de reserva, servidor Belami. Eso es lo mejor que os puedo sugerir. En realidad, servidor Belami, es una orden. Gracias por haber venido. ¡Podéis retiraros!

Belami saludó marcialmente, giró sobre sus talones y salió de la casa capitular. Estaba furioso.

—¡Hidalgos! —murmuró—. ¡Nunca escuchan!

De fuentes confiables, tales como viejos camaradas y ex comandantes, Belami no tardó en formarse un panorama veraz de las fuerzas caóticas que obraban en Jerusalén.

El joven y moribundo rey Balduino IV casi no tenía poder. El regente, que oficialmente era Guy de Lusignan, compartía de mala gana su poder, si no su autoridad, con Raimundo III de Trípoli y Reinaldo de Châtillon. El anciano patriarca, Almaric, el representante rival del Papa en Jerusalén, había sido expulsado de la ciudad, al igual que el arzobispo Guillermo de Tiro, el famoso cronista, también había sido obligado a alejarse de ultramar por De Châtillon. Con anterioridad, la Iglesia ortodoxa griega había establecido el cisma con Roma, abriendo un abismo entre las formas de la cristiandad. Un patriarca títere, Heraclio, ahora actuaba como el portavoz de los barones todopoderosos en asuntos de la Iglesia. Eso dejaba a los templarios y los hospitalarios como las únicas fuerzas verdaderamente independientes en Jerusalén.

Belami, que ya había soñado con una posible solución al problema de la movilidad de sus tropas, se ocupaba de coordinar las nuevas fuerzas de caballería e infantería combinadas, cuando De Châtillon hizo el siguiente movimiento. La pequeña flota de Reinaldo —construida, como le gustaba imaginar, en secreto— ahora fue varada en mar Rojo.

Mientras tanto, en Damasco, Saladino, el comandante supremo del sultanato ayyubid y sus numerosos aliados, estaba escuchando el relato de su hermana del ataque imprevisto a su caravana. Sitt-es-Sham y su comitiva habían regresado a Damasco con una fuerte escolta, que le proporcionaron los guardianes de La Meca. Flanqueados por una fuerza tan poderosa de guerreros, ninguna partida de bandidos cristianos se había atrevido a molestarles.

La narración de su inesperado rescate llevado a cabo por los servidores templarios dejó a Saladino con sentimientos mezclados. En primer lugar, la justa ira al ver que la confianza puesta en el infiel De Châtillon había merecido una traición tan bárbara; su segunda reacción fue de confusión.

En una ocasión Saladino había jurado decapitar a todo templario que cayera en sus manos, después de una matanza de compatriotas suyos efectuada por fuerzas de los templarios excesivamente apasionadas. Ahora, tendría que reconsiderar su juramento, un acto que, para un devoto musulmán como Saladino, constituía un salto mortal moral.

Sin embargo, Sitt-es-Sham se mostró inflexible. Los tres servidores templarios, cuyos nombres había conseguido, le habían salvado la vida y probablemente el honor también de las garras de un Asesino disfrazado de caballero franco. Por consiguiente, debían ser convenientemente recompensados.

Saladino dio las gracias a Alá por el feliz retorno de su hermana y tomó mentalmente nota de honrar y recompensar a los tres valientes templarios, si un día caían en sus manos. Luego, juró matar a De Châtillon, e inmediatamente dio orden de reunir a sus generales. Por lo que a Saladino se refería, la tregua había terminado. ¡En adelante, ya no regía la Pax Saracénica, sino la Jehad o «Guerra Santa»!

OceanofPDF.com

10
JEHAD

El líder del islam era un hombre complejo, de gran humildad e incomparable coraje. A diferencia del arquetípico jefe musulmán, el supremo sultán ayyubid era un intelectual, poco afecto a la cetrería, la caza o los convites, actividades que tanto habían distraído a muchos de sus reales antecesores. Su deporte era el polo, pues era un magnífico jinete y consideraba aquel juego de rápidos movimientos como una especie de ajedrez jugado con caballos. Los maestros de la Universidad de Damasco le habían enseñado a dominar el gran juego del tablero escaqueado, así como le habían impartido el amor por el gnosticismo, especialmente por las artes y las ciencias, la astronomía, la matemática, la arquitectura, la música, la erudición natural y la belleza en todas sus formas, como obra de Alá, el Único Dios.

Damasco, que él había vuelto a recuperar de manos de los infieles cristianos, representaba para Saladino todo lo que había de bello en la arquitectura árabe y en la planificación de una ciudad. Sus múltiples arboledas sombreadas y los numerosos jardines, grandes y pequeños, públicos y privados, eran oasis de color, perfume y belleza natural, y uno de los más grandes placeres del sultán residía en gozar de aquellos refugios de paz, completamente solo. En otras palabras, entre todos los jefes musulmanes, el sultán Saladino era único. Esto era así porque sus actos y reacciones resultaban difíciles de predecir.

Alto, apuesto y aún activo y en buena forma en la edad madura, aquel príncipe de ayyubids poseía una personalidad extraordinaria, con el don de un encanto inmenso. Aunque tímido y retraído cuando muchacho, mediante la aplicación y el estudio diligente había crecido hasta convertirse en un diestro líder capaz de no dar consejos hasta el momento preciso. Sólo daba su opinión cuando se la pedían. Saladino no era ni jactancioso ni embustero. Cuando hablaba, era para decir la verdad.

Si agregamos a esto su devota fe en lo justo de la causa del islam, tendremos a un líder capaz de hacer retroceder a las hordas de las cruzadas que habían saqueado y asolado el medio Oriente.

Allá en Tiberias, Abraham-ben-Isaac le describió a Simon el jefe sarraceno en estos términos:

—Salah-ed-Din nació en 1138, en una familia compuesta de siete hermanos y una hermana. Su padre era Ayyub-ibn-Shadhy, un oficial del séquito de Zengi, el atabeg de Mosil. Su madre era Nejm-ed-Din. Su padre había sido alcaide de Tekrit, una fortaleza donde Zengi se había refugiado después de una desastrosa derrota. Cuando a Zengi le cambió la suerte, recordó que en una ocasión le debió la vida a Ayyub-ibn-Shadhy y le incorporó a su séquito.

«Aunque el padre de Saladino era mahometano, él era kurdo, del clan Rawadiya. Gente aguerrida y cortés, poseían un gran sentido del honor y la hospitalidad. Saladino heredó todas las virtudes tribales de su padre.

«El nombre completo de Saladino es Yusuf Salah-ed-Din, que significa «el honor de la fe». Es un nombre que bien se merece.

«En todo el medio Oriente, Simon, no encontrarás hombre más devoto, caballeroso y honorable. Además de estas cualidades, posee el coraje de un león del desierto y la obstinación de una mula. Es sin duda un adversario formidable en quien la cristiandad pueda clavar sus garras.

«Osama, príncipe de Sheyzar, eminente erudito y filósofo, tomó al inteligente hijo de Ayyub-ibn-Shadhy bajo su protección. Osama era un mago supremo, con gran penetración para juzgar el carácter de la gente. En el joven Yusuf, entonces sólo un muchacho, el sabio mago debió de reconocer todas las cualidades de grandeza. Saladino tenía sólo trece años

cuando se conocieron; sin embargo, Osama presintió el destino del chico. Tú, Simon, serías afortunado si conocieras a un hombre como él.

—Ya le he conocido —repuso Simon, con sinceridad—. ¡Vos, mi maestro, Abraham-ben-Isaac sois mi Osama!

El viejo filósofo se sintió complacido, pero meneó la cabeza.

—Yo no me encuentro en el mismo plano de evolución que Osama, príncipe de Sheyzar. Él tiene la suerte de ser lo que los cristianos tratáis de santos.

Durante sus muchas conversaciones con Abraham, Simon aprendió muchísimas cosas más sobre Saladino. Supo de la educación que recibió el líder, en Baalbeck y Damasco, en sus tempranos años en la corte de Nur-ed-Din. Este atabeg era uno de los hijos de Zengi que, en 1146, fue asesinado, y Nur-ed-Din se hizo cargo de todo el séquito de su asesinado padre para que le sirviesen.

Nur-ed-Din, como su padre Zengi, había reconocido las cualidades del joven Saladino, aun en aquella temprana edad.

Durante la primera Cruzada, con los avatares de la guerra rápidamente cambiantes, Saladino era demasiado joven para tomar parte activa en ella; pero, como las fortunas de su padre prosperaron bajo el régimen de Nur-ed-Din, también mejoró su suerte.

Su capacidad para absorber conocimientos muy pronto le hizo abandonar la universidad y, cuando fue bastante mayor para servir al hijo del viejo benefactor de su padre, Nur-ed-Din tuvo conocimiento de que era un brillante comandante de tropas. A partir de aquel momento, el ascenso a capitán y luego a comandante de caballería también llamó la atención del colega de Nur-ed-Din, Shirkuh, un general sarraceno de gran osadía y capacidad, lejanamente emparentado con Saladino. La estrella de Yusuf Salah-ed-Din comenzó a brillar para que todo el mundo la viese.

—Esta bendición tuvo un doble filo —rió Abraham, al llegar a esa parte de la vida de Saladino—. La fama ganada en el campo de batalla y la evidente inteligencia del joven comandante de caballería no sólo le convirtieron en un valioso elemento para los hijos de Zengi, sino que también le marcaron como a un posible futuro rival. Saladino era lo

suficientemente listo como para darse cuenta de la situación y depuso cualquier pretensión que pudiese tener de alcanzar el poder. Sirvió a los hermanos lealmente y bien, y con absoluta dedicación. Los hijos de Zengi, que siempre estaban alerta para detectar cualquier indicio de traición, reconocieron la honestidad de Saladino y su caballeroso comportamiento No pudieron descubrir falta alguna en él, de manera que pudo vivir con honor y fortuna. Aquélla era una época difícil para los hombres inteligentes, sobre todo con la demostrada capacidad para ganarse el respeto y el afecto de sus tropas.

Saladino era, sobre todas las cosas, un musulmán devoto y un aplicado estudiante de la divinidad y de la teología. Le encantaba escuchar a los eruditos, citar pasajes del Corán, y su inflexible ortodoxia le protegía como un escudo.

—Era un jeque ambicioso, que buscaba poder, fama y riquezas —siguió diciendo Abraham—. Saladino era un apasionado creyente en el islam y, por encima de todo, sólo deseaba ser un instrumento de la Voluntad de Alá. Como discípulo de Ibn-aby-Usrun, el gran sabio teólogo de su época, y como estudiante preferido de Osama, Saladino ya había emprendido el ancho camino del gnosticismo. Por eso, Simon, Saladino es el verdadero líder de los sarracenos: porque es honesto, valiente, justo y misericordioso.

«Por ello, respétale, hijo mío, pues él es tu más grande adversario. La cristiandad tiene un valioso oponente en Saladino, el «Honor de la Fe». —Abraham hizo una pausa—. Mis voces me dicen que un día vosotros dos os conoceréis. Sé que el acontecimiento determinará tu destino.

Simon de Creçy nunca olvidó las palabras de Abraham-ben-Isaac. Le volvieron a la memoria mientras ayudaba a Belami a instruir a sus nuevas tropas. En esencia, las tácticas del veterano eran simples, y por consiguiente impecables.

Su «columna volante» estaba compuesta de excelentes soldados de caballería y de infantería bien entrenados; la única dificultad radicaba en el hecho de que éstos retrasaban a los primeros. Pero Belami no tardó en resolver el problema.

Basándose en un pasaje del libro sobre las tácticas que empleaban las legiones romanas cuando utilizaban tropas mixtas, el astuto y viejo soldado entrenó a sus hombres para que actuasen al unísono. Cuando los soldados de caballería iban montados, un infante corría junto a cada caballo, aferrándose al estribo del jinete. Ello significaba que la columna volante en patrulla sólo podía avanzar a la misma velocidad con que podía correr un soldado de infantería o un arquero; sin embargo, cuando los de caballería desmontaban, para llevar al paso a sus monturas, los de infantería, después de un breve descanso, podían alcanzarles fácilmente.

Durante un ataque real, los mejores arqueros montaban a la grupa de los caballos de los lanceros turcos, para descabalgar a último momento y brindar apoyo en el ataque final con lluvias de flechas. Ello requería una intensa instrucción, mucho renegar y violentas peleas, pero afortunadamente la táctica resultó efectiva.

La columna volante de Belami avanzaba casi tan rápidamente como lo había hecho originalmente sin la infantería. El astuto veterano había encontrado una solución viable al problema que el Gran Maestro le había planteado, que era precisamente lo que el inteligente y viejo caballero templario sabía que pondría en práctica. Arnold de Toroga no era ningún imbécil.

Cuando Reinaldo de Châtillon finalmente botó su pequeña flota y partió siguiendo la costa del mar Rojo, se enfureció al comprobar que una columna volante de los templarios a menudo seguía paralelamente su curso por tierra. Cada objetivo que elegía se le tornaba imposible de saquearlo sin ser descubierto. Sólo cuando dividió a la flota en dos partes, logró el airado De Châtillon desembarcar y saquear los puertos del mar Rojo, principalmente sobre el costado de África.

Belami no podía detener a los dos bandos de asaltantes, pero lograba hacerles las cosas difíciles a ambos. El resultado fue que sólo un número muy reducido de objetivos elegidos por los corsarios fueron saqueados o sitiados, como Aydhab en la costa africana. Esta táctica dilatoria dio tiempo al almirante Lulu, comandante de una flota egipcia, para desplegar sus naves y obligar a levantar el sitio de Eyla. Los corsarios aún tuvieron

ocasión de atacar y hundir un barco de peregrinos árabes que navegaba hacia Jedah, sin que hubiera sobrevivientes, y prendieron fuego a naves ancladas en Al-Hawra y Yambo. El mundo musulmán estaba horrorizado, pero, de no haber sido por la presencia de Belami en muchos de esos objetivos, la matanza hubiera sido mucho peor. Una y otra vez, la columna volante de los templarios frustró el ataque y la matanza que pretendían llevar a cabo los francos. Naturalmente, De Châtillon estaba furioso y, al fin, tuvo que suspender los ataques espontáneos en la zona del mar Rojo.

El momento culminante llegó cuando el almirante Lulu desembarcó con sus tropas, las hizo montar en caballos beduinos que consiguió en el lugar y desmembró a los corsarios de De Châtillon en el cañón de Rabugh. Reinaldo de Châtillon salvó la vida por un pelo y la mayoría de sus hombres fueron muertos. El Señor de Kerak entonces se retiró apresuradamente a su fortaleza en Kerak de Moab, que era tan inexpugnable como puede serlo un castillo.

Puede parecer extraño que la misión de Belami consistiera en interceptar a las fuerzas francas, pero tales eran los intrincados juegos políticos de la época. Belami no había perdido ni un solo hombre, ya fuese de caballería o de infantería, pero había evitado matanzas en gran escala de personas inocentes a manos del Señor de Kerak. Eso sólo había mitigado el fuego de la venganza de Saladino y, vitalmente, brindó a Arnold de Toroga más tiempo para reforzar su guarnición en Jerusalén.

La Pax Saracénica quedó hecha añicos; la Jehad estaba a punto de estallar, y el 29 de septiembre de 1183, el comandante sarraceno cruzó el río Jordán, asoló la fértil llanura de Ghaur y saqueó la ciudad de Beysan, que había sido abandonada por sus defensores cristianos.

Luego avanzó por el valle de Jezreel y acampó junto al Pozo de Goliat. Saladino había arrojado el guante.

Belami regresó volando a Jerusalén e informó al Gran Maestro de los templarios.

—Pero, Belami —protestó Simon—, ¿de qué lado estamos nosotros?

—Ciertamente no en el de De Châtillon, mon brave. Ese bastardo asesino ha roto la tregua y traicionado la causa cristiana. Habría sido capaz

de asesinar a cada hombre, mujer y niño de aquellas ciudades indefensas del mar Rojo. La suerte de esta guerra política ha cambiado y ahora tenemos que enfrentar la ira de Saladino. Pero por lo menos nosotros no somos asesinos de criaturas.

El veterano tenía razón, y Simon y Pierre así lo comprendieron.

—Esos cruzados políticos me superan —dijo Pierre de Montjoie, con voz lastimera—. Pero es mejor formar parte de una Cruzada para llevar el cristianismo a los paganos, que ser marcados como asesinos de niños por la historia.

—Lo que demuestra —dijo Belami, con una sonrisa—, que no eres tan idiota como a veces me lo pareces.

Todos esos acontecimientos ocurrieron en el transcurso de muchos meses y si bien pareció una pérdida de tiempo para los dos jóvenes servidores, lo cierto es que convirtió a la columna volante de Belami en una de las más efectivas unidades tácticas de ultramar. No tardaría en ser puesta a prueba en el campo de batalla.

Saladino resultaría ser un duro adversario. El hecho de que Zeng, el atabeg, hubiese sido asesinado por su propia gente, mantenía a Saladino en alerta constante. Los Asesinos del culto de Sinan-al-Raschid habían efectuado dos intentos y estuvieron a punto de cumplir su misión con éxito. En el último atentado, fue la capucha de malla de Saladino, que le cubría la cabeza y el cuello, lo que detuvo el golpe. Estuvo tan cerca de la muerte, que desde entonces mantuvo una constante vigilancia incluso sobre sus compañeros de más confianza, puesto que uno de los atacantes fue un miembro de su guardia personal.

Ahora que había declarado abiertamente la Jehad, el líder sarraceno se mantenía doblemente vigilante.

Su última victoria contra los cruzados, antes de la tregua, había tenido lugar en «La locura del rey Balduino», el Castillo de los Pesares en el Vado de Jacobo. Saladino sitió la fortaleza durante cinco días. Al fin, los gruesos muros cayeron, al ser socavados por los zapadores sarracenos, que luego prendieron fuego a los soportes de madera del interior de los túneles.

Al quinto día, había entrado en el castillo; liberó a los prisioneros musulmanes y luego derribó toda la fortificación. Desde entonces, reinó una tregua con altibajos hasta que se declaró la Guerra Santa.

Durante otra batalla previa —un ataque combinado de fuerzas de los templarios, hospitalarios y francos al campamento de Saladino en la Pradera de las Fuentes, cerca de Mesafa—, Saladino derrotó a los cruzados y capturó a sus jefes. Entre éstos se encontraban Raimundo III de Trípoli, Balián de Ibelin, Balduino de Ramia y Hugh de Tiberias. Además de estos importantes caballeros francos, tomó Prisioneros a los maestros de ambas órdenes militares. Odó de Saint Amand había sido uno de ellos.

Todos los caballeros salvo Odó fueron liberados, a cambio de un rescate y de la solemne promesa de no continuar la lucha contra Saladino. Sólo de Saint Amand se negó a formular este sagrado juramento y tampoco quiso ofrecer rescate.

—El dinero de los templarios no me pertenece para que pueda utilizarlo en mi propia liberación —había dicho con tono desafiante

Saladino había quedado admirado del coraje feroz del Gran Maestro en la batalla y, una vez más, le ofreció la libertad sin rescate si hacía el juramento. Odó de Saint Amand rehusó de nuevo, y falleció en prisión a causa de las fiebres, en Damasco, unos meses más tarde.

Saladino lamentó su muerte y le enterró con todos los honores, como correspondía a un valiente y caballeroso adversario. Posteriormente, los demás hidalgos renegaron de sus promesas y se complotaron contra Saladino durante la tregua. Su arzobispo les absolvió a todos.

Cuando Belami contó a Simon las circunstancias de la muerte de su padre, había puesto el acento en la generosidad de Saladino.

—¿Durante cuánto tiempo fue Gran Maestro mi padre? —preguntó Simon.

—Desde 1171 hasta 1179; ocho años consagrados al servicio de la Orden. Cuando tú naciste, en 1163, tu padre era caballero templario. En los siguientes ocho años, a raíz de su destreza, brío y valor, llegó a ser Gran Maestro de la Orden del Templo. Tuvo la muerte de un soldado, Simon. Saladino le respetó y le honró no sólo como soldado, sino también como

erudito. El líder sarraceno le dio a tu padre todas las posibilidades para que pagara un rescate o diese su palabra de honor a cambio de su libertad. Saladino es tan caballeroso como el mejor de nuestros caballeros cristianos, si no más.

Con el regreso de Belami a Jerusalén, y su extenso informe sobre los ataques de De Châtillon y la destrucción de sus fuerzas en el Cañón de Rabugh, Arnold de Toroga había recibido también nuevos refuerzos de tropas templarias de Acre. Sus fuerzas se encontraban en su plenitud y le ofreció los servicios de la Orden a Guy de Lusignan, ahora el incontestable regente de Jerusalén.

El atormentado cuerpo del joven rey Balduino IV estaba al borde de la muerte, con los miembros paralizados y prácticamente putrefactos. Su mente aún seguía activa, pero su habilidad para el mando casi la había perdido. De Lusignan vio llegada su oportunidad y convocó a todas las fuerzas del reino en su ayuda. Raimundo III de Trípoli, los grandes maestros de los templarios y de los hospitalarios, los hermanos Ibelin, Reinaldo de Sidón y dos poderosos visitantes, Godofredo, duque de Brabante, y Ralph de Mauleon, todos le respaldaron con su peso político. Incluso el despreciable Reinaldo de Châtillon llegó corriendo de Kerak de Moab, para unir sus lanceros a los de los cruzados. Los políticos tienen una conciencia de corta vida.

—¡Judas Iscariote! Sabemos hasta qué punto podemos confiar en De Châtillon. Pero no tenemos alternativa. De pronto el cerdo embustero es nuestro aliado. ¡Quiera Dios que no tenga que salvarle el pellejo!

Belami protestaba, pero, como siempre, él obedecía las órdenes. Los cruzados partieron de Jerusalén, con gran despliegue de banderas, exóticos guiones y escudos francos de brillantes colores, en contraste con las negras sobrevestas de los cuerpos de servidores de los templarios y los hospitalarios, y por supuesto la vestimenta totalmente blanca de los caballeros templarios. Con ellos se alineaban los lanceros turcos a caballo, y los auxiliares de infantería. En total, después de dejar una reducida guarnición en Jerusalén, los cruzados reunieron un millar de caballeros y lanceros, además de 10.000 infantes. No tenían idea de que las tropas de

Saladino ascendieran a más de 20.000 hombres, de caballería, arqueros montados, escaramuzadores y soldados de infantería, divididos en tres fuerzas principales. Éstas eran comandadas por Saladino en persona, con Taki-ed-Din, su sobrino favorito, y su hermano mayor, Feruk-Shah, al mando de otras dos divisiones. Los sarracenos eran todos guerreros avezados, ágiles y mortales en el campo de batalla. Superaban a los francos en más de dos a uno.

Si hubiesen aplicado el método de Belami de combinar las columnas de la caballería con las de infantería, los cruzados habrían llevado ventaja.

Lamentablemente, la caballería se veía obligada a disminuir la marcha al paso más lento de la infantería, lo que daba a los sarracenos la ventaja de una mayor movilidad y rapidez.

El joven Homfroi de Toron, que se apresuraba a unirse a las fuerzas francas con las tropas de su padrastro de Outrejourdain, se encontró con que les salieron al paso los ayyubids y eliminaron a sus tropas. Él mismo, aunque sólo tenía diecisiete años, luchó valientemente, pero tuvo que retirarse a Kerak, donde buscó refugio. Como fuerza de combate, sus diezmadas tropas estaban acabadas.

La primera batalla entre los dos ejércitos en la Jehad de Saladino tuvo que librarse en el Llano de Jezreel. La columna volante de Belami entró al ataque, con Simon y Pierre al frente de un centenar de hombres de caballería e infantería, con el veterano al mando de los cincuenta lanceros turcos restantes. La tarea de Belami consistió en vencer a los escaramuzadores sarracenos, un millar de arqueros escitas, capaces de disparar desde la silla de su montura.

Cada vez que estos guerreros avanzaban para soltar una nube de flechas, las fuerzas mixtas de Belami tenían que interceptarles y anular su ataque. Además, los escitas perdían muchos hombres abatidos por los arqueros de Simon y Pierre, que participaban en la batalla, montados a la grupa de los caballos de los lanceros turcos. Cuando saltaban al suelo y disparaban sus dardos mortales, docenas de escaramuzadores escitas caían de sus sillas.

Las filas de los sarracenos se declararon en retirada. Inmediatamente, Belami y sus servidores entraron a la carga, enfilando a los aterrados

arqueros escitas con sus lanzas. Antes de que los escaramuzadores pudiesen reagruparse, la columna volante de los templarios había barrido el terreno para cubrir a los arqueros que habían desmontado. Luego, repetían la táctica de recoger a los arqueros, que montaban a la grupa de los lanceros, y se reunían con la columna franca. Era una perfecta maniobra de manual.

Si Guy de Lusignan hubiera sido un comandante más eficiente, todas sus fuerzas habrían utilizado la misma táctica. Lamentablemente, el regente de Jerusalén era un excelente político pero un mal general. Hizo alto con las fuerzas francas en los Pozos de Goliat, en vez de avanzar directamente contra la fuerza principal de Saladino, antes de que hubiesen podido formar su línea de ataque en forma de media luna.

Los francos, templarios y hospitalarios confiaban grandemente en tácticas anacrónicas. Siempre habían puesto en práctica su táctica principal: concentrar el peso de los caballeros atacantes en una masa compacta, para romper las filas de los paganos. De Lusignan confiaba que podría valerse de la misma maniobra antigua de nuevo.

Belami maldecía en árabe, su lengua preferida para renegar con eficacia.

—¿Por qué el maldito imbécil no se da cuenta de que Saladino está a la espera de la carga de los francos? ¡Por los huesos del Profeta, cuando el condenado «Calzones de acero» finalmente ataque con sus caballeros, ese astuto sarraceno abrirá las filas centrales y dejará que la fuerza de la carga se pierda en el aire! Entonces, Saladino hará girar la caballería formando la media luna y atacará a De Lusignan por la retaguardia, mientras nuestros guerreros correrán a la desbandada en el medio. Hasta un niño podría darse cuenta de por qué Saladino ha dispuesto a la caballería en esa formación de media luna. ¡Que Dios me dé fuerzas! ¿Por qué tenemos que estar a las órdenes de un estúpido?

Así las cosas, aparte de algunos encontronazos de pequeñas unidades de caballería por ambas partes, De Lusignan permaneció acampado cerca de los Pozos de Goliat, mientras sus camaradas discutían con ardor.

La verdadera razón de su vacilación residía en el inesperado tamaño del ejército de Saladino. Su formación en media luna parecía extenderse, desde

un extremo al otro, sobre una distancia de una milla. Atacarlo, ahora que había maniobrado hasta formar su más efectiva línea de batalla, parecía suicida. De Lusignan no se había decidido a atacar a los sarracenos mientras estaban formando filas, y ahora era demasiado tarde.

Saladino intentó provocar a los francos para que iniciaran una carga frontal, pero fracasó en hacer entrar a los líderes divididos en la batalla. Todo se desintegró en pequeñas acciones en patrulla y ataques con lluvias de flechas de los arqueros escitas. El cielo se nublaba de flechas lanzadas con sus arcos, pero pocas de ellas hacían blanco en las tropas francas protegidas con cotas de malla, sino que se clavaban en el suelo, donde parecían espigas de trigo. En cambio, las flechas más pesadas de los cruzados dejaban vacía más de una silla de montar de los escitas.

Después de cinco días de escaramuzas, y de unas pocas bajas entre las tropas francas, De Lusignan buscó seguro refugio detrás de las orillas del Jordán.

Belami estaba furioso.

—Bien, Simon —dijo—, ¿qué te parecen nuestras brillantes batallas? ¡Qué condenada pérdida de tiempo y de energías!

—Estoy confundido —repuso el joven normando—. Yo podría seguir fácilmente nuestras propias acciones. Tu táctica funcionó perfectamente, Belami. ¿Por qué nuestro Gran Maestro no aprovechó la ventaja que le dimos?

—¿Por qué no vuelan los cerdos? —gruñó Belami—. ¿Cuál es tu opinión sobre esta batalla inexistente, Pierre? Vamos, muchacho, como futuro caballero se supone que debes decirme qué hacer algún día. ¿Qué dices?

—¡Es una farsa! —contestó Pierre, fastidiado—. Una maldita riña de gallos. Lo hicimos mejor cuando luchamos contra De Malfoy.

Belami y Simon rieron tristemente, pero el veterano estaba preocupado.

—Si así es como De Lusignan piensa continuar, será mejor que nos retiremos detrás de fuertes murallas y esperemos que nos releven antes de que nos muramos de hambre.

El primer choque armado en la Jehad Santa había sido un gesto fútil, malo para la moral y una señal de que lo que vendría sería peor.

Saladino estaba perplejo ante la insólita renuencia de los francos a combatir. Habían perdido su oportunidad cuando los sarracenos se desplazaban para ocupar sus posiciones, y ahora parecían conformarse con retirarse al otro lado del río Jordán. El astuto líder sarraceno también había observado las acciones bien coordinadas de una pequeña columna volante comandada por los servidores templarios. Las maniobras de las tropas de caballería y de infantería combinadas constituirían una táctica difícil de superar si la adoptaba universalmente el resto de las fuerzas francas. Uno de sus cuerpos de exploradores, que habían enfrentado a las fuerzas corsarias de De Châtillon en el mar Rojo, había informado de que una columna de templarios estuvo aplicándola allí. Lo que resultaba sorprendente era que parecía que más bien trataban de obstaculizar a los bandidos francos en vez de luchar contra ellos. El informe parecía carecer de importancia en aquel momento, pero, después de ver lo efectivas que eran aquellas maniobras en acción contra los escitas, de repente Saladino comprendió que tenía sentido.

¿Pero por qué los templarios habían puesto a prueba su nueva táctica contra sus propios aliados? El agudo cerebro del sarraceno siguió dando vueltas al problema, hasta que recordó el relato de su hermana Sitt-es-Sham del ataque de De Châtillon contra su caravana camino de La Meca. ¿Acaso aquellos tres servidores templarios eran también los responsables de aquellas curiosas maniobras nuevas? Sin duda, ellos habían salvado a Sitt-es-Sham de la muerte o de algo peor. Presumiblemente, habían actuado bajo las órdenes de su Gran Maestro, para tratar de preservar la Pax Saracénica. ¿Por qué? ¿Tal vez para ganar tiempo con el fin de lograr más refuerzos?

El comandante sarraceno resolvió enviar más espías a Jerusalén. Así contaba con más de un centenar de hombres confiables allí. El misterio le irritaba. A Saladino le gustaba conocer la solución de los enigmas. El caos le perturbaba. El sultán era esencialmente «un hombre cósmico». Quería que todo estuviese en orden. Para él, todo nuevo desarrollo en el campo de los infieles requería una explicación.

Se durmió, pensando todavía en aquella extraña táctica. Su último pensamiento, antes de que el sueño le venciera, fue que le hubiera gustado conocer a los hombres a quiénes se les había ocurrido aquella maniobra tan bien ejecutada. Le habría gustado que fuesen sarracenos en vez de templarios.

El paso siguiente de Saladino sería contra Kerak, la fortaleza de su archienemigo Reinaldo de Châtillon, al sureste del mar Muerto.

Durante la batalla indefinida en el Llano de Jezreel, ni Simon ni Pierre habían entrado en combate cuerpo a cuerpo, salvo con la lanza, si bien Simon había abatido a cuatro escitas durante el intercambio de flechas.

Para sorpresa suya, tanto él como Pierre habían sido alcanzados por varias flechas sarracenas, pero las ligeras saetas de caña no habían logrado penetrar ni sus armaduras ni los acolchados petos de sus monturas. Tampoco Belami tuvo ocasión de utilizar su hacha de guerra y también él recibió varias flechas escitas, sin que atravesaran su cota de malla.

—He visto cruzados que parecían puerco espines —comentó— con flechas sarracenas clavadas en sus sobrevestas. Sin embargo, un par de ellas hicieron verdadero daño, al alcanzar el cuello, la cara o una mano desprotegida. La lección es simple. Mantener todas las partes del cuerpo bien cubiertas y la cabeza baja durante las lluvias de flechas que disparan desde largas distancias.

Todo aquello había sido un anticlímax. La ardiente discusión que tuvo lugar en Jerusalén giró sobre la peligrosa indecisión de Guy de Lusignan. Algunos, como De Châtillon y Raimundo III de Trípoli, le acusaron llanamente de cobardía. El moribundo rey estaba conmocionado y rabioso.

En su horrible estado, el pobre desgraciado había pedido a De Lusignan que le instalara en la ciudad de Tiro, donde la brisa marina sería beneficiosa para la lepra que le devoraba. En un acto inhumano, De Lusignan rehusó hacerlo. Con las débiles fuerzas que le quedaban, el rey Balduino IV depuso al regente y proclamó a su sobrino, que también se llamaba Balduino, el hijo de seis años de su hermana Sibila, heredero suyo.

De Lusignan se puso furioso y regresó a Ascalón, otra de sus posesiones. Entonces sorprendió a todos negándose a obedecer al rey

moribundo. Belami quedó tan pasmado como los demás.

—Ello sólo demuestra cómo han cambiado las cosas mientras estuve lejos de Tierra Santa. Hubiese apostado hasta mi último céntimo que De Lusignan era un buen comandante y un honorable caballero. Hasta esperaba que el Alto Consejo le nombraría a él antes que a De Châtillon o a Raimundo III de Trípoli. ¡Por Judas Iscariote, estaba equivocado!

El recio servidor meneó la cabeza, azorado.

—He visto a Guy de Lusignan en el campo de batalla, luchando junto a Odó de Saint Amand. En aquella época combatía bien. Me pregunto qué mujer le habrá doblegado la voluntad.

Simon se sonrió.

—Lo que dices se parece más a lo que diría el hermano Ambrose que Belami. «El engendro del maligno», era como describía a las mujeres. Sea como fuere, ¿por qué una mujer? Quizá el daño lo ha causado una enfermedad.

—Es posible —replicó Belami—. Pero parece bastante sano. Mi instinto me dice que se trata de una mujer. ¿Tal vez la hermana del rey, Sibila? Dios sabe que es bastante ambiciosa y es la esposa de De Lusignan. ¡Sí! ¡Ésa debe de ser la respuesta! ¿Por qué otro motivo De Lusignan negaría la alianza al rey si no por la resuelta ambición de Sibila? De alguna manera, presiento que Sibila está detrás de todas estas súbitas indecisiones y vacilaciones. Tal vez tenga algún acuerdo secreto con su esposo. ¡Quién demonios lo sabe!

El veterano se encogió airadamente de hombros y escupió certeramente a un escarabajo, que corrió en busca de refugio.

Su estallido sorprendió a los jóvenes servidores, que nunca habían visto a Belami enfadado a causa de la política. Hasta entonces, había seguido los cambios en el campo de la política encogiéndose únicamente de hombros.

En realidad, Belami estaba profundamente resentido por la defección de De Lusignan. Se había producido en el peor momento posible, con Saladino en acción, el rey en las etapas finales de la lepra y los barones divididos.

—¡Qué endemoniado embrollo! —renegaba Belami—. Mes amis —agregó, dirigiéndose a sus camaradas más jóvenes—, estáis a punto de ser

testigos de algo que no había ocurrido en muchos años. —Hizo una dramática pausa—. ¡Yo, Belami, servidor mayor de la Orden del temple, voy a emborracharme hasta caerme muerto!

Cosa que hizo, y terminó por hacer destrozos en una taberna hasta que fue dominado con grandes esfuerzos por diez soldados de la guardia. Nadie recibió heridas graves, salvo unos cuantos moretones y la pérdida de algunos dientes. El tabernero recibió una compensación por daños de parte del tesorero de la Orden. Belami fue severamente reprendido por Arnold de Toroga, al igual que Simon y Pierre por haber acompañado y apoyado a su superior. La resaca, sin embargo, fue peor que el castigo. El vino tinto barato, en cantidad, puede causar efectos catastróficos a la mañana siguiente.

La pena consistió en mandarles a Kerak, a instruir a la guarnición allí apostada en la nueva táctica de acción conjunta de la caballería y la infantería. Arnold de Toroga, el Gran Maestro, era un hombre inteligente y eligió un sutil castigo para purgar la falta. Kerak era el castillo de De Châtillon. Belami rugía de rabia.

—¡Confiad en el Honorable Gran Maestro cuando queráis que se le ocurra algo especial! —Luego lanzó una de sus fuertes carcajadas—. ¡Maldito sea por ser tan imbécil! Lo tengo bien merecido. Allons, mes amis.

Animó a sus compañeros, que trataban de aliviar el dolor de cabeza que sentían.

—Vamos a Kerak. Tengo entendido que se celebrará una boda en el castillo. Homfroi de Toron ha de desposar a la princesa Isabella, otro casamiento de conveniencia por motivos políticos. Él sólo tiene diecisiete años, y ella, pobre paloma, apenas doce. Quizá Pierre pueda lograr que la reina Leonor de Aquitania la secuestre antes de la ceremonia ¡Kerak! ¡Merde de merde! ¡Vaya lugar aburrido para vosotros!

Según se sucedieron los acontecimientos, aburrido sería la última cosa que Kerak resultaría ser. Aunque ellos no lo sabían, Saladino se encontraba reuniendo a sus fuerzas para marchar sobre el castillo de Reinaldo de Châtillon. El líder sarraceno tenía la razón de su parte, el poder en sus manos y el instinto asesino en el corazón.

OceanofPDF.com

11
TIEMPOS DE DESESPERACIÓN

El mes de noviembre de 1183 llevó un alud de invitados a Kerak para la boda que uniría a dos nobles casas, Toron y Comnenus. Reinaldo de Chátillon y la reina María Comnena tenían poco en común, pero ambos consideraban aquel matrimonio como una oportunidad para dos de las facciones opositoras del reino. Como prima del moribundo y joven rey, Isabella bien podría ser un peón importante en el juego de poderes de los barones.

Para crear el ambiente de alegría que semejante casamiento requería, se trajeron entretenimientos de distintas clases de todos los rincones del reino de Jerusalén: músicos, bailarines, juglares y cantantes. El hecho de que Saladino estuviese en acción no disminuía el espíritu festivo que reinaba en el castillo extremadamente fortificado y la ciudad de Kerak de Moab.

El enorme cúmulo de piedras había sido construido para que sirviera como base de una guarnición, de la que pudiesen enviarse partidas de forajidos a interceptar cualquier caravana o cuerpo de ejército que se desplazara entre Siria y Egipto. Constituía una espina estratégica en el pie de Saladino, del mismo modo que Reinaldo de Chátillon era un tumor que había de ser extirpado del cuerpo del islam. Ambos perjudicaban la causa de Saladino y, por lo tanto, eran los principales objetivos en la Jehad. El jefe sarraceno estaba resuelto a matar al Señor de Kerak y destruir su castillo.

En el momento en que Belami y su columna volante llegaban a la vista de Kerak, grandes nubes de polvo en el horizonte anunciaban la llegada del ejército sarraceno.

—Al menos la vida en Kerak no será aburrida —gruñó el veterano. ¡Adelante, mes braves!

Pero esto era más fácil de decir que de hacer, pues ríos de refugiados, granjeros y pastores habían aparecido de los cuatro puntos cardinales, gritando y clamando al cielo, en tanto arriaban sus rebaños y conducían sus carros cargados de productos hacia la ciudad fortificada.

Belami se abría paso entre ellos a golpe de látigo, tratando de controlar el tráfico para que los labriegos y pastores presa del pánico entraran apresuradamente por la puerta principal.

Las grandes nubes de polvo en el noroeste habían alertado a la guarnición y ahora los hombres se apostaban en las murallas del castillo, mientras unas pocas almas aguerridas corrían por las calles para ayudar a Belami y sus tropas a montar un operativo de resistencia en la retaguardia, fuera de los muros de la ciudad. A la guarnición le tenía sin cuidado la suerte de los campesinos, pero ante la posibilidad de quedar sitiados, cosa que parecía inevitable, las vacas, terneras, ovejas, cabras y cabritos, y aun los camellos y los caballos, serían una fuente invalorable de alimentos.

Jurando como un camellero, Belami había insultado, golpeado y empujado a la mayoría de los aterrados campesinos a través de la puerta principal, y luego les ordenó que se refugiaran tras los muros del castillo de Kerak.

Cuando el trasero del último pastor desapareció de un puntapié por el portal, aparecieron los escaramuzadores de Saladino, galopando sobre el cerro.

—Coloca a los arqueros en posición, Simon —gritó el veterano por encima del ensordecedor ruido que hacían los hombres y las bestias que circulaban por los patios interiores.

—Pierre, preparaos para contraatacar antes de que lleguen las fuerzas mayores. Con una carga bastará. Luego, da media vuelta y regresa, tan rápidamente como puedas. Puedo ver perfilándose en lo alto del cerro los

artefactos de sitio. Eso significa que la fuerza mayor no podrá avanzar muy de prisa a causa de ellos. ¡Simon, á moi!

El joven normando se apresuró a acudir a su lado.

—Quiero verte en lo alto del castillo, muchacho. Todas las catapultas deben estar listas para disparar cuando la fuerza mayor de Saladino llegue a la distancia de tiro. Como la de Acre, la artillería de sitio de Kerak se encuentra emplazada en las torres más altas. Tirad tantas piedras como puedas contra las orejas de los sarracenos, detendrán el avance. La parte baja de la ciudad no la mantendremos durante mucho tiempo en nuestras manos. Es mejor rociar las casas con aceite de quemar y nafta, y luego dejar que entren los paganos en ellas. Después, dispararemos flechas encendidas sobre la ciudad. Eso mantendrá ocupada a la cannaille de mierda.

De inmediato, Simon salió al galope por la empinada calle que conducía al castillo. Belami no tuvo tiempo de comprobar si se cumplían sus órdenes ni las sugerencias más imperiosas, cuando ya un torbellino de arqueros escitas montados apareció de pronto, como si hubieran surgido del sol poniente.

—¡Disparad! —gritó Pierre, y una lluvia de flechas salió silbando de las posiciones de los templarios, ocultos tras las rocas de la parte exterior del portal de la ciudad.

El sol poniente brillaba enceguecedoramente y con ardor en los ojos de los defensores, pero disparaban bien, esperando a que los atacantes estuvieran lo suficientemente cerca para estar seguros que cada flecha alcanzase su objetivo. Las sillas de las monturas quedaban rápidamente vacías, y los caballos que relinchaban con las entrañas colgando de sus vientres abiertos daban media vuelta y corrían desesperados entre las filas escitas.

Antes de que pudiesen reagruparse, Belami gritó:

—¡A la carga!

Las tropas de Pierre en seguida atronaron surgiendo de la parte baja de la ciudad y se opusieron a los escaramuzadores desbandados como un muro mortal. Caballos y jinetes caían apilados unos encima de otros bajo la fuerza del ataque de los lanceros turcos.

—¡A reagruparse! —gritó Pierre y, expertamente, hizo girar a sus hombres hasta situarse detrás de los arqueros ocultos.

Éstos continuaban disparando sobre el grueso de los arqueros sarracenos montados: uno tiraba mientras el otro recargaba el arco. De esta forma, los cincuenta arqueros de Belami se convertían en veinticinco hombres que disparaban, cada uno de ellos, cinco flechas por minuto. Aquello era una cortina de flechas mortal.

Una segunda columna de sarracenos acudía al galope por el empinado llano, para reforzar a la desbandada vanguardia. Al tiempo que así lo hacían, pesadas piedras surcaban el aire silbando, y causaban el pánico entre los sorprendidos jinetes. Una nueva lluvia de potes de arcilla humeantes se estrellaban en medio de las filas atacantes. La orden de Simon se cumplía estrictamente. Las balas de fuego griegas también eran lanzadas por las catapultas de los muros del castillo.

Belami gritó de nuevo y lanzó a sus lanceros turcos al contraataque. Sus lanzas atravesaban a los sarracenos a diestra y siniestra. El hacha de guerra del veterano segaba cabezas de arqueros sarracenos montados, que ahora eran incapaces de disparar por temor a herir a sus propios hombres. Muy pronto el campo de batalla quedó cubierto de muertos.

—¡Retirada! —gritó Belami—. Hacia el portal. Recoged a nuestros arqueros por el camino.

Como un solo hombre, sus bien preparadas tropas dieron media vuelta y retrocedieron hasta detrás de las rocas, deteniéndose un instante al lado de cada uno de los arqueros. Entonces, cuando los soldados habían montado en la grupa de los caballos, éstos entraron al galope por el portal, que se cerró de golpe detrás de ellos. Pierre y Belami fueron los últimos en trasponer la puerta, antes de que se cerraran las dobles hojas y fuesen atrancadas. Belami sólo había perdido cuatro hombres, mientras que docenas de sarracenos yacían muertos fuera de las murallas de Kerak. ¡Primera victoria de los templarios!

Simon llegó galopando por la calle empinada y se detuvo junto a ellos. Pierre hizo una mueca mientras Belami le extraía una ligera flecha sarracena del muslo. Su cota de malla había interceptado las demás. Varias

flechas escitas sobresalían de las gruesas sobrevestas de los servidores. Aparte de eso, no habían sufrido ni un rasguño.

—¡Eso es lo que yo llamo una batalla! —exclamó Pierre, con la cara encendida por la emoción.

Belami gruñó:

—Cierra esa bocaza, muchacho, y ve a que los hospitalarios te curen la pierna. Simon, ¿qué hacemos?

El normando sonrió.

—El senescal te conoce de años, Belami. Sus hombres se ocupan de rociar con aceite de quemar y nafta la parte baja de la ciudad.

Belami pareció aliviado.

—Sube a las murallas y que se entretengan con los arqueros. Nada de cortinas de flechas esta vez; sólo lo justo para mantenerles a raya. Seguro que atacarán. En cuanto lo hagan, retiraos al castillo. Vamos a necesitar a todos los hombres que podamos reunir en las fortificaciones principales. —Miró en torno—. ¿Dónde diablos está De Chátillon?

—Afuera, buscando la puerta. El Señor de Kerak estaba en el exterior para recibir a los invitados rezagados. Van a tener una recepción más calurosa de lo que esperaban.

Con alegría, Belami vio que quien hablaba era D’Arlan, el viejo servidor templario de Acre, que había llegado hacía una semana con un grupo de invitados a la boda, escoltados por templarios, desde la costa.

Los dos veteranos se abrazaron brevemente, riendo como dos escolares haciendo novillos.

—¡Abrid la puerta! ¡Sólo una! —gritó Belami—. ¡Que entre el gran Señor de Kerak!

Su socarrona risa se vio ahogada por el crujido de las gruesas barras de madera al ser retiradas para poder abrir la puerta.

En cuanto una de las hojas se abrió, entró al galope una partida de jinetes sudorosos.

—Bienvenido, mi señor —gritó Belami—. Cerrad la puerta, mes amis, o tendremos invitados sarracenos en la boda.

La pesada puerta se cerró a las espaldas del grupo de aterrados invitados. Sin una palabra de agradecimiento, De Chátillon se dirigió al galope hacia su castillo y desapareció por la puerta. Los demás le siguieron.

—Si no tuviéramos necesidad de ese cerdo, le habría dejado a merced de Saladino —dijo Belami a D'Arlan en voz baja.

Su viejo colega lanzó una risita maliciosa.

—¡Eres un maldito, viejo zorro!

Mientras los arqueros templarios mantenían a la caballería ligera sarracena a raya, las fuerzas principales de Saladino se acercaban lentamente a la ciudad. A juzgar por el número de artefactos de sitio que llevaban consigo, la batalla sería prolongada. Belami bendijo cada oveja, carnero, cabra y vaca que había introducido en las murallas y llevado al castillo.

Un infante franco jadeante llegó tambaleándose y saludó.

—La ciudad está rociada con aceite de quemar, mon sergent —anunció en el dialecto lemosín de ultramar—. ¿Cuándo le prendemos fuego?

—Cuando lleguen nuestros invitados sarracenos, mon brave —respondió Belami—. Debemos ser hospitalarios. El aire nocturno suele ser muy frío por estas latitudes. Les brindaremos una buena hoguera rugiente para que calienten sus huesos paganos.

En aquel momento, la fuerza principal sarracena envió una oleada de la caballería pesada, cubriéndola con un manto de flechas, que se estrellaban contra las murallas de la ciudad.

—¡Al castillo! —gritó el veterano servidor templario—. Que los paganos ataquen la puerta con el ariete.

Los sarracenos llevaban escudos colocados en la clásica testudo romana, o formación «tortuga». Así protegidos, empujaban un pesado ariete delante de ellos y procedieron a embestir la doble puerta.

Torrentes de flechas escitas barrían las murallas de la ciudad, que ahora se encontraban desiertas. Nadie salió herido.

—¡Retirada! —gritaba Belami.

Su reducida fuerza retrocedió por la calle, en tanto los arqueros cubrían las puertas que se astillaban. Belami sabía que para que su trampa tuviera

efecto, no había de despertar sospechas. Tenían que simular que defendían con uñas y dientes cada palmo de terreno.

Al ceder las puertas bajo los repetidos golpes del ariete con punta de hierro, una horda de infantes sarracenos ululantes se precipitó por ellas. La mayoría eran arqueros.

Inmediatamente, de la segunda línea de arqueros ocultos partió una lluvia de flechas contra los atacantes, que caían como trigo recién segado.

—¡Atrás! —gritaba Belami, y conducía a sus fuerzas hasta la tercera y última posición, sobre la parte baja de la ciudad.

Las puertas estaban completamente abiertas, colgando a pedazos de sus goznes poderosos. Por la angosta brecha entraba la caballería de Saladino al galope, con el apoyo de una masa de soldados de infantería, que gritaban a voz en cuello.

No tardaron en esparcirse por las callejuelas y patios de la ciudad baja. Casi inmediatamente, descubrieron el botín que habían dejado a la vista en las casas rociadas con aceite. El hedor que habían dejado los animales al ir defecando de terror, cuando Belami les había obligado a entrar por el estrecho portal, disimulaba el del aceite y de la nafta. Aquello fue puramente accidental, pero inapreciable.

Cuando juzgó que un gran número de sarracenos había entrado sin descubrir nada que despertara sus sospechas, Belami dio la señal. Fue una simple flecha encendida, disparada por Simon.

La llameante punta de la flecha de una yarda se clavó en la poterna de la garita de guardia. Al instante, la pequeña construcción ardía en llamas. De inmediato, una lluvia de flechas encendidas cayó desde las almenas del castillo y alcanzaron su objetivo a través de las ventanas abiertas, en la pila de material inflamable del interior. Con crepitar de llamas, aventadas por una fuerte brisa que silbaba a través de las puertas abiertas, la ciudad se convirtió en un horno rugiente.

Saqueadores sarracenos se precipitaban de vuelta a las calles gritando, con la ropa ardiendo ferozmente. El fuego griego, lanzado por una catapulta emplazada en una torre de los muros del castillo, contribuía a crear un infierno.

Sin volver la vista atrás, los templarios y los lanceros turcos corrían a refugiarse en el castillo. Belami se quedó hasta el final; luego, mientras se destruía el puente levadizo sobre el foso del castillo, el veterano cogió una soga que le lanzó D'Arlan desde una de las almenas, osciló sobre el profundo foso y trepó por ella entre los vítores de los miembros de la guarnición.

A sus pies, la vista era infernal. Los sarracenos ardían como yesca, dando alaridos.

—¡Rediós! Detesto hacer esto a hombres tan valientes —musitó Belami y cayendo de rodillas, elevó una breve plegaria por los paganos muertos.

La ciudad baja muy pronto se convirtió en un osario abarrotado de cadáveres.

—Será un largo sitio —comentó Saladino, cuando recibió la noticia. ¡Esos hombres saben lo que se hacen!

La reina María Comnena y lady Stephanie, las madres respectivas de la novia y el novio, resolvieron llevar adelante la boda como se había Planeado. Isabella y Homfroi llevaban tres años prometidos.

—¿Qué opinas de este matrimonio? —le preguntó Simon a Pierre—. Tu hermana Berenice también tenía sólo doce años.

—Existe una gran diferencia, Simon. El prometido de mi hermana era cinco veces mayor que ella. La unión de la primavera con el otoño a veces puede resultar en un matrimonio feliz, pero enero casado con diciembre..., ¡nunca! Homfroi es sólo cinco años mayor que su prometida, y además, Isabella evidentemente le adora. Seguramente jugaban juntos cuando niños, y su matrimonio no será mucho más que un juego hasta que Isabella tenga edad de procrear.

El principal impedimento de la boda provino de Saladino, que inmediatamente comenzó a emplazar sus artefactos de sitio en la parte asolada de la ciudad baja. Justo el día anterior, las catapultas sarracenas comenzaron a lanzar pesadas piedras contra el castillo de Kerak. Cuando encontraron el perfecto ángulo de tiro, incrementaron el ritmo de

lanzamiento, y no tardaron en caer y estrellarse enormes piedras contra las altas torres que se elevaban de los macizos muros del castillo.

Dentro de la fortaleza, un clima de forzada alegría dio paso a un genuino espíritu festivo cuando el vino empezó a fluir libremente. La guarnición respondió a las catapultas de Saladino con proyectiles propios certeramente dirigidos y hasta logró destruir dos catapultas enemigas.

En el momento culminante de los festejos, con su colorida exhibición de costosos vestidos de seda y satenes preciosos, los regios bailes y los excelentes entretenimientos a cargo de muchos músicos profesionales, juglares y acróbatas, la reina María se entusiasmó tanto por el éxito de la boda celebrada en estado de sitio, que mandó algunos de los platos del banquete de bodas, bajo bandera blanca, a Saladino con sus corteses cumplidos.

Fue una muestra de bravura cortesana que el líder sarraceno supo apreciar.

En seguida envió a un mensajero de vuelta, bajo la misma bandera blanca, para averiguar en qué torre del castillo se encontraba la cámara nupcial con el fin de que la artillería de sitio pudiese evitar atacarla, para que la noche de bodas pudiesen disfrutarla en paz.

Todo ello tenía un carácter civilizado y humano, que ponía de relieve el temperamento compasivo del jefe sarraceno. Sin embargo no interfirió para nada en su decisión de apoderarse de Kerak, destruir las fortificaciones y matar a Reinaldo de Châtillon, personalmente.

El pérfido Señor de Kerak había logrado camuflar a dos mensajeros, a cubierto de aquellas corteses idas y venidas, y durante la noche lograron atravesar las líneas sarracenas. Robaron un par de caballos árabes, después de asesinar a los guardias, y partieron en busca de ayuda.

Al mismo tiempo, se soltaban tres palomas mensajeras, con idénticas peticiones de ayuda, en dirección a Jerusalén. Aunque Balduino, el rey leproso, estaba desesperadamente enfermo, movilizó a la armada real, bajo el mando de Raimundo III de Trípoli, y las poderosas naves partieron hacia el sur para romper el sitio.

Los fuertes muros de Kerak resistieron el ataque de las catapultas sarracenas sin romperse, y Homfroi de Toron y su infantil esposa, Isabella, pasaron una plácida noche de bodas el uno en los brazos del otro.

Por la mañana, Saladino reanudó el pleno bombardeo de Kerak. Disparos dispersos de uno y otro bando producían pocas bajas, pero éstas eran fundamentalmente sarracenas, algunas debidas a la certera puntería de Simon con su poderoso arco.

Pronto llegaron a oídos de Saladino las noticias de la llegada de Raimundo y la armada real. Él llegó a la conclusión de que aún no era el momento de declarar una guerra abierta a los numerosos cruzados. Con la fuerte guarnición de Kerak en un lado y la armada real en el otro, los sarracenos se hallaban ahora en definitiva desventaja.

Esa noche, protegida por la oscuridad, la artillería de sitio fue llevada silenciosamente lejos de la línea de tiro y, mientras el sol se elevaba sobre los baluartes del sector oriental, se hizo evidente que el ejército sarraceno se había retirado a la callada. El breve sitio había terminado. El 4 de diciembre, Saladino se retiró en dirección a Damasco.

El triunfante rey Balduino, sufriendo atrozmente en su estoico viaje en la litera real, fue llevado a Kerak en medio del clamor general y, después de una ebria celebración, los invitados a la boda partieron hacia sus respectivos hogares. Sin embargo, aún persistía la discordia entre las facciones rivales, a pesar de la boda, y la sensible Isabella estaba muy afectada por ello. Su flamante esposo, que verdaderamente la adoraba a pesar del casamiento de conveniencia, hacía cuanto podía para consolarla.

La fuerza de relevo también trajo noticias emocionantes para Pierre de Montjoie. Al parecer, su padre había fallecido en París, sin ser llorado por la mayoría de los miembros de la familia, y en su lecho de muerte decidió volver a nombrar a Pierre heredero oficial. Ello significó que el servidor De Montjoie fue elevado inmediatamente al rango de conde, y en forma automática recibió las espuelas de oro. Pierre era un caballero.

Belami rió como un bronco escolar cuando se lo dijo y, después de abrazar a Pierre, que aún cojeaba a causa de la herida de flecha, juró burlonamente obediencia al flamante conde y caballero.

Pierre le dio al veterano un fuerte abrazo y rompió a llorar.

—¡Maldición, muchacho! O mejor dicho: sir Pierre, o conde de Montjoie, ¿por qué demonios estáis llorando? —le preguntó Belami.

—Tendré que dejaros a ambos y regresar a París. Detesto hacerlo. Han sido dos años y medio maravillosos los que pasé en vuestra compañía y jamás volveré a encontrar unos camaradas como vosotros.

—¿No existe ninguna posibilidad de que seas un caballero templario, supongo? —dijo Belami, sonriendo.

—No, mi querido amigo —repuso Pierre, enjugándose los ojos con la manga—. Servidor soy y servidor siempre seré, en el fondo de mi corazón. ¿Quién en el santo nombre de Dios querría ser uno de nuestros malditos caballeros templarios? Sólo me voy porque Berenice precisa de mi guía y de mi amor, y mis recién heredadas propiedades tendrán que ser administradas.

Cuando partió hacia Acre, con la partida de templarios invitados que regresaban con D'Arlan, los tres camaradas lloraron abiertamente.

Belami y Simon echarían de menos a su alegre compañero por su cordialidad, amistad, sentido del humor y lealtad, tanto como él les echaría de menos a ellos.

—Volveremos a encontrarnos —dijo Belami, con voz más ronca que de costumbre—. Pero será dentro de unos cuantos años.

—Procura no meterte en líos —le dijo Pierre a Simon, con los ojos húmedos de lágrimas—. Quiero que seas mi cuñado.

Le saludaron hasta que se perdió de vista, y ellos se dispusieron regresar a Jerusalén. El rey Balduino se había enterado de las nuevas tácticas de Belami y de su notable habilidad para dirigir la acción inicial en Kerak, durante la ausencia temporal de De Chátillon.

—Necesito hombres como esos servidores templarios para proteger a mi joven heredero —dijo.

Eso fue interpretado como una orden directa, y Arnold de Toroga no tenía poder para contradecirle. Así, de vuelta a Jerusalén partieron los templarios y su columna volante.

Cuando Belami y Simon llegaron a la Ciudad Santa, había un visitante sorpresa esperándoles. Abraham-ben-Isaac había sido relevado temporariamente del servicio en Tiberias por Raimundo, y había viajado hasta Jerusalén para servir en la Corte Suprema como constructor de instrumentos y astrónomo real del reino. De hecho, le habían nombrado astrólogo principal, pero esto era en forma oficiosa pues la adivinación por los astros no se consideraba una profesión respetable en un estado cristiano, sino que más bien se veía como brujería. Todos consultaban a los astrólogos, pero nadie quería reconocerlo sobre todo Raimundo III, el nuevo regente.

Abraham-ben-Isaac traía emplastos y hierbas para aliviar los sufrimientos más intensos del valiente y joven rey La lepra en sí no es dolorosa, pues adormece los nervios del cuerpo. Pero eso deja los miembros especialmente expuestos a sufrir daños, puesto que al no experimentar dolor, los mismos enfermos pueden lastimarse gravemente por accidente. Los conocimientos de Abraham sobre hierbas y pociones ayudaron al moribundo en sus últimos meses de vida, por lo que Balduino le estaba profundamente agradecido.

También Simon, por otras razones; ahora podía continuar sus estudios bajo la guía del sabio filósofo judío. El tiempo que estaban juntos parecía pasar volando. Borrosamente, pero con creciente claridad, Simon comenzó a comprender lo que significaba el gnosticismo, y por qué los templarios habían utilizado su Orden para penetrar sus más íntimos secretos.

—«Como arriba, así abajo» —decía Abraham—. Éstas son palabras de Mani, el guía espiritual del gran profeta Zoroastro. Significan que desde lo infinitamente pequeño hasta lo infinitamente vasto, toda la naturaleza es una. Tú y yo, Simon, y todos los hombres, mujeres, animales, peces, aves, reptiles e incluso insectos; todas las cosas vivientes forman parte del todo.

«Todos estamos hechos de la materia que nos sostiene; somos parte de lo que comemos y bebemos; somos parte del aire que respiramos; somos todos parte de Dios. Nunca lo olvides, Simon de Saint Amand, porque ése, muchacho, es tu verdadero nombre. Ningún hombre lo mereció tanto. Dios

y tu finado padre te mandaron a mí, del mismo modo que él vino a mí en una ocasión para que iniciaras el ancho sendero del gnosticismo.

«Hay uno que pronto llegará a tu vida; mis voces me dicen que será para guiarte en tu futuro destino, esta vez por el camino del amor. Luego, otro vendrá, para cogerte de la mano y guiarte por los reinos de Netsach, Tiphereth, Hod y Yesod, a Kether, la Corona misma. Pero eso en el futuro. Antes de eso tendrás mucho que aprender.

Entonces empezó realmente la educación de Simon. Siguieron largas horas de estudio y noches de cuidadosa observación bajo las estrellas. Había que efectuar experimentos alquimistas. Se tenía que dar forma soplando a alambiques de cristal al rojo vivo. Era preciso ir a recoger hierbas; destilar extractos y, sobre todo, explorar los poderes de la mente, mediante liberar el cuerpo sutil de Simon de su forma física. Eso se realizaba mirando fijamente un cristal sin imperfecciones, o las profundidades infinitas de un cuenco negro, lleno de agua clara de manantial.

Abraham también tenía el poder de mantener la mente en suspenso para que su discípulo quedara inconsciente y poder sumirle en un sueño profundo. Todo eso se lo enseñó a su joven discípulo durante los largos meses que permaneció en Jerusalén. Belami arregló el orden del día para que Simon estuviese exento de cumplir ciertos servicios y dedicar todo el tiempo posible al estudio con el sabio judío. Sabía que Odó de Saint Amand así lo habría querido.

Ahora los sueños en que Simon volaba los controlaba con su cada vez mayor poder de voluntad.

—Tu plegaria al Señor es más antigua que el cristianismo —dijo el sabio—. Utilízala con prudencia, jamás para el mal. Di las palabras antes de cada vuelo de tu cuerpo sutil. Dilas cuando regreses, para despertar el cuerpo físico.

«Recuerda que la palabra «oculto» sólo significa «escondido». Tales cosas solamente deben ser reveladas lentamente, una a una, como se pela una cebolla. Ningún hombre prudente muerde una fruta hasta saber que no

es venenosa ni tiene gusanos. ¡La precaución debe ser tu lema! La impaciencia puede causarte la muerte o peor aún... la locura.

«Poli-poli es lo que dicen los médicos hechiceros africanos. Significa: lentamente, lentamente. El infinito no puede abarcarse de golpe.

Bajo la tutela espiritual de Abraham, Simon nunca volvió a experimentar temor, si bien en el reino de Netsach y en otros senderos del Árbol del Conocimiento, a veces tuvo visiones aterradoras.

—Tu vara y tu báculo me confortan —dijo Abraham—. La vara es el amor de Dios, el báculo es el conocimiento que Dios te da, Simon. Úsalos sólo para el bien. Entonces, jamás te fallarán.

OceanofPDF.com

12
LA CIUDAD SANTA

Abraham también conocía el lado malo de Jerusalén, que era una consecuencia de la evolución natural del afán de los hombres inescrupulosos por el poder temporal.

La explotación comercial, los complots y las conspiraciones, y la proliferación del «amor libre», tanto en hombres como en mujeres, había convertido la intensa espiritualidad de la primera Cruzada en brillante farsa. El sabio conocía la Ciudad Santa y su historia, a través de muchos años de investigaciones.

—He aquí una ciudad que debería ser sagrada para todos los hombres —le dijo a Simon—. En cambio, los hombres que la dominan pasan más tiempo fortificándola que en santificándola.

Ahora que Pierre de Montjoie había regresado a Francia a reclamar su herencia, Simon tenía más tiempo para estar con su adorado maestro. Su sed de conocimiento era inagotable, y por eso Abraham lo amaba. Aquélla era la gran cualidad del hijo de Saint Amand.

El anciano, cuyos altos y encorvados hombros habían soportado el peso de muchas responsabilidades y penas, y que había conocido muchos goces a parte de su propio amor por el saber y la humanidad, colocaba todo su corazón en el joven normando.

—La mayor felicidad es la que proviene de la paz interior, fruto del verdadero amor a Dios —decía—. Yo no te lo digo, Simon, pontificando a

la manera de algunos grandes príncipes de la Iglesia cristiana, sino con el espíritu de un gran judío..., Jesús de Nazaret. La sonrisa de Abraham era muy dulce.

—Los cristianos usáis la palabra «gentilhombre»; Jesús era un hombre gentil, un alma tan cercana a Dios como pueda llegar la de ser humano. Él decía: «Estas cosas y otras más grandes, harás». He aquí una declaración de esperanza, Simon. Estoy orgulloso de que el Nazareno y yo seamos de la misma ciudad.

Simon estaba sorprendido.

—Nunca lo mencionasteis antes.

—Pura coincidencia, créeme. —Abraham no pretendía atribuirse mérito alguno con ello—. Sin embargo —siguió diciendo—, volví a Nazaret y examiné sus líneas de fuerza telúricas. Para ese examen sólo utilicé mis manos. La detección de esos cursos de agua subterráneos, manantiales y fuentes bajo tierra, que corren a través de nuestro mundo como las arterias y las venas de nuestro organismo, se pueden sentir con las manos solas, sin el uso de ramas ni de péndulos.

«Nuestros nervios transmiten el mensaje de la vista, el tacto, el oído y las emociones al centro de nuestro ser, el cerebro. Del mismo modo, en todas las religiones, los sacerdotes y adoradores se encaran a los cuatro puntos cardinales antes de sus actos de homenaje o de elevar sus plegarias. Se orientan, conectando su mente al flujo de la energía de la tierra.

«Cristianos, judíos, mahometanos, esenios, paganos, infieles, hasta los animales sienten las diferentes corrientes de esas poderosas energías terrestres que fluyen bajo nuestros pies. Por eso los musulmanes entran descalzos en sus mezquitas, para poner en contacto el suelo con los pies desnudos. Se orientan hacia La Meca, donde sus fuentes de energía y de fe yacen en el sitio secreto celosamente guardado.

«La Khaaba es una piedra. Osama me dijo una vez que había caído del cielo. Es una piedra metálica, más dura que los minerales de donde extraemos el hierro, más fuerte que el acero; se forjó sólidamente en su largo camino a través del firmamento, de donde vino. El verdadero

musulmán siente la poderosa fuerza de atracción de esa piedra sagrada, como vosotros los cristianos sentís el poder de vuestra Vera Cruz.

El anciano rabino bajó la voz.

—Si la Vera Cruz es un fragmento del crucifijo donde murió aquel hombre maravilloso o no, no importa: es la fe en su autenticidad lo que la hace verdadera. Ése es el poder del gnosticismo.

Para mostrar a Simon los alineamientos de esas corrientes de «sutiles» fuerzas telúricas, que irradian de ciertas partes de Jerusalén, Abraham anduvo con él por toda la Ciudad Santa.

Formaban una extraña pareja, el enjuto anciano, de barba blanca y encorvado por los largos años de estudio, caminando con la ayuda de un bastón curiosamente tallado, a quien acompañaba el alto y apuesto servidor del cuerpo de templarios, absorto en las disertaciones de su maestro.

De tanto en tanto, delante de una fuente, un pozo, un manantial de agua clara o de un altísimo cedro, se detenían y extendían las manos, como si quisieran tocar algo.

La mayoría de la gente pasaba presurosa por su lado, en busca de dinero o de placer, y no se fijaba en ellos mientras recorrían Jerusalén ensimismados en sus cosas. No era ése el caso de Belami, que, en aquellas «recorridas» de descubrimiento, les seguía a una discreta distancia, como una sombra invisible.

Si alguien demostraba excesivo interés en lo que sus amigos hacían, interrumpía el hilo de sus pensamientos preguntándole una dirección o tropezando con el curioso «accidentalmente» y luego disculpándose pródigamente. Ello era suficiente para distraer a cualquiera que quisiera meter las narices en la intimidad de sus amigos, y su accionar nunca era descubierto por el par de «inquiridores».

Simon siempre recordaría los parlamentos de Abraham sobre las relaciones de forma, peso y número. Mientras tanto, su capacidad creciente para detectar esas líneas de fuerzas telúricas le proporcionaba un nuevo conocimiento, que perduraría en él durante el resto de su vida.

—El gran irradiador de energía en Jerusalén parece ser la Piedra de Abraham, mi tocayo —explicó el filósofo—. Siente cómo esas múltiples

líneas de energía que fluyen bajo nuestros pies se reflejan en la superficie de la tierra, donde estamos plantados.

Las manos de Simon se estremecieron involuntariamente mientras abría su mente a las líneas de fuerza. Su maestro siguió diciendo:

—Del mismo modo que las limaduras de hierro se reúnen alrededor de una piedra imán en formas definidas, como si estuviesen regidas por una corriente de energía, así esas líneas de energía fluyen hacia la periferia de un punto central de radiación. —Se atusó la fina barba blanca—. ¿Quién sabe? Quizá la Piedra de Abraham también cayó del cielo.

«De noche, un observador del firmamento puede ver estrellas fugaces cruzando el horizonte o cayendo desde ciertos puntos del cielo. He visto infinidad de esos magníficos espectáculos en todas las estaciones, pero he advertido, con el correr de los años, que esas lluvias de estrellas fugaces aparecen con gran regularidad en ciertas fechas de nuestro calendario judío, que es diferente del cristiano. Sin embargo, si convertimos el uno en el otro, observarás que esas fechas son idénticas.

A Simon le parecía que el foco central de las líneas principales de esas energías telúricas en Jerusalén provenían de la zona donde Salomón, el Maestro Hechicero, había situado y construido su grandioso templo. Cuando se lo mencionó a Abraham, el anciano asintió con su cabeza de blanca cabellera tan vigorosamente que casi perdió su yamulkah, el tradicional casquete judío que siempre llevaba puesto.

—¡Exactamente, Simon! Salomón fue un extraordinario exponente del gran arte mágico, como lo fue Moisés. Todos nuestros grandes profetas fueron eruditos del gnosticismo, y todos ellos obtuvieron sus poderes de esas fuentes de energía de nuestra sagrada tierra. La mayoría utilizaron esas energías prudentemente y sólo en algunas ocasiones cayeron en la trampa de la vanidad e hicieron mal uso de ese poder.

«Usando las fuerzas telúricas contenidas en los pedernales del lecho del río, David, el joven pastor, mató al gigante filisteo Goliat con su honda.

Abraham conocía infinidad de anécdotas similares de las que se valía para ilustrar sus discursos sobre las distintas manifestaciones del gnosticismo.

Cuando le mostró a Simon cómo el Monte de los Olivos y el asentamiento del Jardín de Getsemaní generaron, o radiaron, sus fuertes líneas de energía telúrica, dijo:

—Es por eso que Jesús eligió un monte semejante a ese sagrado lugar como el sitio para hacer el Sermón de la Montaña, cerca de las playas de Galilea. Fueron palabras de un profeta, sin duda, y piensa en esto: las escuchó una multitud inmensa. ¿De dónde provino la energía para transmitir la voz del calmo carpintero de Nazaret a los oídos de tantos miles de personas, reunidas en la falda del monte junto al lago?

«Ve, Simon, a la cima del Monte de los Olivos y grita con todas tus fuerzas. Pocas personas al pie de la colina te oirán. No obstante, todas y cada una de las palabras que tu Señor pronunció en el monte de Galilea fueron escuchadas por toda la multitud.

En otra ocasión, Abraham dijo con una risita:

—Siempre creí que Moisés, nuestro gran profeta, era mellizo. Si, como cuenta nuestra historia, al niño Moisés le encontró la hija del Faraón entre los juncos, ¿de dónde vino Aarón, su hermano?

Simon se quedó boquiabierto. Él nunca se había atrevido a cuestionar la Sagrada Biblia.

—Recuerda que Moisés dijo: «Mi hermano Aarón hablará por mí, pues soy lento de palabra». Moisés sufría un impedimento. Titubeaba a menudo, y le resultaba muy difícil hablar. Es interesante, Simon, que nunca se refiere a Aarón como: «mi hermano menor» o «mi hermano mayor», sino sólo como «mi hermano».

«En un libro tan lleno de detalles alambicados como es la Biblia, donde se establece meticulosamente la exacta relación de cada hijo e hija, padre, madre, tío y tía, primos, sobrino y sobrina, nunca se da, sin embargo, la relación exacta de Aarón y Moisés. En un documento semejante, que da las medidas exactas del Arca, ¿no es eso realmente extraño?

Simon asintió con la cabeza.

—¿Entonces creéis que Aarón y Moisés eran mellizos, que ambos fueron abandonados en la cuna flotante?

Los ojos del sabio parecían brillar con la energía del gnosticismo. Su mirada escrutaba el pasado lejano de la historia.

—En Egipto los mellizos eran considerados como un mal agüero. Constituían una señal de que los dioses estaban indecisos sobre el cuerpo en que debían depositar la Ka, o alma. Yo creo que la hija del Faraón escondió a uno de los mellizos y manifestó que había encontrado al otro entre los juncos.

—Como hija del tirano Faraón, ¿por qué no hizo matar a los mellizos, o al menos ordenar la muerte de Aarón, cuando resolvió quedarse sólo con Moisés? —preguntó el discípulo.

—Simon —respondió Abraham—, ¡ninguna madre mataría a sus propios hijos, sean mellizos o no!

El joven normando estaba fascinado por las ideas de su maestro.

—¿Sus hijos? —exclamó, excitado.

—La hija del Faraón se había enamorado de un artesano israelita. —El filósofo judío se irguió en toda su estatura, sus facciones aguileñas resplandeciendo de orgullo—. Los judíos somos un pueblo muy antiguo. Israel no era una raza de esclavos comunes. El Libro Santo nos cuenta que Israel se hallaba cautivo de Egipto, pero no esclavo. Los israelitas eran artesanos cautivos: algunos eran hábiles pastores y criadores de grandes rebaños; otros eran maestros artesanos en madera, piedra y metales. Moisés fue criado como un príncipe de la Casa del Faraón. ¿Por qué?

«Creo que fue porque era uno de los hijos mellizos de una princesa de la Noble Casa de Egipto.

«Si los israelitas hubieran sido meramente esclavos, el Faraón no habría experimentado una sensación de pérdida cuando abandonaron Egipto bajo el liderazgo de Moisés. Sin embargo, les persiguió, como si fuesen de mucho valor para su reino. Simon, los judíos eran sus maestros de obras, los hábiles albañiles e ingenieros que ayudaron a construir los grandes templos y las otras maravillas de Egipto.

«Aún no has visto las grandiosas pirámides ni los suntuosos palacios y templos de Karnak y Fillae. Esas maravillas de piedra sólo podían

construirlas los maestros de obras con un profundo conocimiento de la Sagrada Geometría, la Media Dorada de la proporción.

Los ojos de Abraham brillaron con una luz interior.

—Tal era Moisés, un maestro de la piedra, un francmasón con un gran conocimiento de los secretos arcanos del gnosticismo. También lo era Aarón, el sacerdote. Presumiblemente, fue educado por los sacerdotes de Isis, como otra criatura adoptada de la casa del Faraón.

«¿No parece lógico que la hija favorita del Faraón, una hija a quien detestaría castigar, se enamorase de un artesano israelita, un constructor de templos, de quien concibiera mellizos? Cuando descubre su estado, se lo confiesa a su doncella de confianza y se encierra en un retiro espiritual entre las sacerdotisas de Isis, hasta el nacimiento de su hijo.

«¡Ante la consternación de todos, sin embargo, tiene mellizos, dos niños!

Simon tenía los ojos clavados en el rostro de Abraham.

—La madre no puede matarles, así que maquina esta fantasía que ha sido aceptada por nuestros pueblos y ha pasado a formar parte de nuestras religiones hermanas.

«El Faraón sospechó la verdad, pero no quería que se castigase a su hija, quizá con la muerte, por haber deshonrado la Casa real de Egipto. Pero existía una solución conveniente al problema... Moisés fue «descubierto» entre los juncos, presumiblemente, enviado a la hija del Faraón como un presente de Isis, la sagrada Madre Tierra. Mientras tanto, Aarón crece separadamente criado por los sacerdotes. ¡Se ha observado el protocolo! Todo el mundo contento con el resultado. El Gran Secreto fue mantenido bajo un sagrado voto de silencio.

—¿Pero cómo pudo guardarse un secreto semejante? —preguntó Simon.

Abraham miró escrutadoramente a los ojos de su discípulo.

—¿Quién podría saber eso mejor que tú, Simon de Saint Amand? —dijo.

Todo el año 1184 fue una continua revelación para el joven servidor templario. Comenzaba a comprender lo que Bernard de Roubaix quería decir al manifestar: «Sólo en Tierra Santa encontrarás muchas de las respuestas a los misterios de los templarios».

Mediante sus propias experiencias y las enseñanzas de Abraham, ya comenzaba a vislumbrar el perfil del gnosticismo.

Simon se daba cuenta de que, como una totalidad, era inaprensible. Comprendía por qué la Iglesia Cristiana se oponía a que los legos investigaran lo que se había convertido en los más profundos misterios del cristianismo.

—Si tratas de asaltar los muros del gnosticismo, destruirás tu mente —le advirtió Abraham—. Lentamente, poco a poco, debes aprender a abrir las puertas apropiadas de tu mente, en el momento oportuno. Si abres las puertas equivocadas, sin estar preparado, el horror absoluto de lo que descubrirás detrás de ellas podría destruir tu cordura.

Un ejemplo aterrador de lo que Abraham decía sirvió para demostrar lo que ocurriría si un inquiridor se volvía demasiado impaciente y trataba de descubrir más cosas de las que era capaz de dominar.

Una tarde, un muchacho árabe llegó corriendo al cuartel general de los templarios. Tenía un mensaje de Abraham para Simon.

«Ven en seguida. Necesito tu ayuda.»

Simon se despidió de Belami y, montado a la grupa del caballo del mensajero, se dirigió a la casa de Abraham, en la calle de los Orfebres.

El mago ya se había marchado, pero su criado le dio a Simon la dirección del lugar donde se encontraba. Poco después que Abraham, Simon llegó a la casa situada en la parte septentrional de la Ciudad Santa, cerca del Portal de las Flores.

La casa, que denotaba una cierta riqueza, estaba situada al fondo de un jardín cerrado. Pertenecía a un rico mercader que la había comprado recientemente a la amante de un alquimista. El comprador gastó mucho dinero en redecorarla y reconstruirla, lo que le llevó casi un año terminarla, a causa de varias demoras en la obra.

Uno de los constructores se cayó de una escalera, a otro le cayó una teja y le fracturó el cráneo. Un tercer obrero se dio a la bebida y un cuarto se quebró la espalda al caerle una viga del techo, por lo que quedó totalmente paralítico.

El constructor se negó de plano a efectuar más obras en el edificio.

—Esta casa está endiablada. Las cosas se mueven solas dentro de ella. Los ladrillos y las tejas se caen de repente o vuelan a través de las habitaciones. No quiero saber nada más con la obra. ¡Pagadme por lo que hice y buscaos otro imbécil para terminarla!

Eso era más fácil de decir que de hacer. Ningún constructor que se respetase quería hacerse cargo de la obra. La nueva corrió rápidamente por Jerusalén. El mercader propietario era un musulmán converso al cristianismo, y había pagado a sacerdotes de ambas religiones para que realizaran sus ritos de exorcismo.

El sacerdote cristiano, que era armenio, había entrado en el patio con total confianza, armado con la campanilla, el libro y el cirio. Pero a pesar de que llevaba un pesado crucifijo colgado del cuello, fue recibido por una lluvia de piedras, bañado en agua de un barril que se volcó y, finalmente, arrojado sin ninguna consideración al pequeño jardín del frente. Además de estas indignidades, quedó impregnado de un horrendo olor a podrido y cubierto por un enjambre enorme de moscas.

Al fin, el aterrado sacerdote salió corriendo del jardín tapiado, chillando como un loco. Una vez estuvo a fuera, corrió a su iglesia y se encerró con llave, y se negó a salir de su refugio hasta que mandaron a buscar al obispo.

El imán, que se había convertido a la fe cristiana, también trató de someter a la entidad maligna que se manifestaba en la casa. Éste salió aún más mal parado. Sus plegarias fueron recibidas con risas burlonas y el yeso del cielo raso se desprendió completamente sobre su cabeza. Su asistente tuvo que sacarlo a rastras y permaneció sin conocimiento durante una semana.

Finalmente, desesperado, el mercader había recurrido a la ayuda de Abraham-ben-Isaac.

El anciano sabio escuchó atentamente el relato y luego le dio su opinión. Sin embargo, primero le hizo una pregunta.

—¿Cómo se llamaba el alquimista fallecido cuya amante os vendió la casa?

—Malik —contestó el agitado mercader—. Malik-al-Raschid.

Abraham abrió desmesuradamente los ojos, al tiempo que ahogaba una exclamación.

—¿El hermano de Sinan-al-Raschid, el Gran Maestro de la Hashashijyun? ¿Estáis seguro?

El comerciante juró que ése era el nombre del anterior propietario.

—¿Le conocíais? —preguntó, nerviosamente.

—Sí —respondió Abraham—. Era la encarnación del mal, un alquimista que también actuó como espía de Sinan-al-Raschid, uno de los muchos que tenía en Jerusalén. Creo que él mismo formaba parte de la secta de los Asesinos y creo además que sacrificaba criaturas vírgenes a Moloc y a Belcebú.

El mercader quedó aterrado. El consejo de Abraham fue que quemara la casa y echara las paredes abajo; que cavara el sótano y, finalmente, que el Patriarca realizara un exorcismo en gran escala sobre el lugar.

El nuevo propietario, un alma candorosa que había ayudado a muchas personas en apuros, estaba desolado. Había invertido una gruesa suma de dinero en la casa y ahora parecía condenado a perderla. Abraham se compadeció de él.

—Jamás podréis vivir en ella, pero al menos puedo lograr que sea un lugar más seguro..., para usarlo como establo, quizá. De esa manera no lo perderéis todo.

El mercader vio la sensatez de las palabras de Abraham y gustosamente le ofreció dinero.

—Si aceptara algún pago por lo que debo hacer, fracasaría —le dijo el mago—. Lo que yo haré, lo hago por el bien que habéis hecho.

—¡Pero si apenas me conocéis! —exclamó el asombrado mercader.

—Conozco una sola cosa sobre vos. Sois un buen hombre, con mucha compasión, y por eso os respeto. Fue la misericordia subyacente en la

historia de Jesús lo que os llevó a la fe de Cristo, y no la conveniencia mercantil.

—Eso es cierto —repuso el comerciante—. Pero de alguna manera debo compensaros.

—¡Dad generosamente a los pobres! —fueron las palabras finales de Abraham sobre el asunto.

El anciano sabio sabía que estaba frente a una manifestación de Belcebú, el Señor de las Moscas, uno de los príncipes del Infierno que el alquimista Asesino había conjurado. Abraham necesitaba la ayuda de las energías de Simon.

—Recuerda —advirtió a su discípulo—: ¡haz exactamente lo que te diga, no importa lo que veas u oigas!

—Comprendo —dijo Simon, con el corazón latiendo aceleradamente de emoción.

Abraham le dio instrucciones precisas.

—Debes estar desarmado. La cota de malla no te servirá para nada. Ponte una túnica limpia de hilo, que yo te daré, y previamente lávate todo el cuerpo. La casa de mi amigo Lamech se encuentra al otro lado de la plaza. Él te dejará usar su mikphah; es una pequeña piscina para baños rituales. Lamech también es judío: un hábil orfebre, cuya obra es muy apreciada por Raimundo III de Trípoli. Por lo tanto, como yo, tiene permiso para vivir en Jerusalén..., nuestra Ciudad Santa.

Quince minutos más tarde, Simon, ahora vestido con la túnica blanca de hilo de Abraham, volvió a la casa endiablada. Abraham le estaba esperando, con un espejo de metal en la mano, que le dio a Simon.

—Si aparece algún demonio, mira solamente al espejo —le dijo, como si estuviese dando a su discípulo las instrucciones para tomar una pócima —. ¿Vas desarmado? —inquirió después.

—¡Completamente! —respondió Simon—. Me siento medio desnudo.

Abraham se sonrío.

—Lo estás, Simon, salvo por tu fe. ¡En avant, mon brave!

Sin que ninguno de los dos advirtiera su presencia, Belami presenció sus actos desde las sombras de una casa vecina. Le preocupó ver a Simon

desarmado y sin la protección de la cota de malla.

Cuando los dos abrieron la verja del jardín, que se encontraba en la alta tapia que rodeaba la casa encantada, él se acercó algo más. Belami tenía plena confianza en el mago, pero aquella extraña aventura le tenía inquieto. Sus finos oídos habían percibido algunas frases de la conversación que habían mantenido fuera de aquella casa misteriosa. Lo que oyó no le había gustado. Cuando la puerta se cerró tras ellos, Belami esperó un minuto y luego trepó por una gruesa parra que cubría el muro exterior. Al llegar a lo alto, dio una ojeada al patio interior. La casa estaba en silencio. Ambos amigos, maestro y discípulo, se acercaron a ella. Para entonces ya era tarde y el sol estaba a punto de ocultarse detrás de las murallas de la ciudad. Las sombras se alargaban rápidamente.

Belami vio que Simon se santiguaba, y Abraham hacia ciertos signos cabalísticos en el aire mientras se encontraba de pie ante la puerta de la casa.

Inmediatamente, con una corriente de aire, la pesada puerta se abrió de par en par y un horrible hedor pareció llenar el patio, hasta llegar incluso a la nariz de Belami, que se encontraba encogido en lo alto de la tapia. Sin poder resistirlo, empezó a vomitar.

Abraham no vaciló ni un segundo y entró, sosteniendo una extraña varita coronada con una estrella ante él, como una espada a punto de descargar un golpe. Simon le seguía de cerca. Abraham entonaba unas plegarias a media voz en una lengua antigua.

Inmediatamente, el infierno se desbocó dentro de la casa. Tremendos golpes resonaron en las paredes interiores; un horrendo gemido llenó el patio en tanto que un remolino de aire hediondo recorría el jardín cerrado. Belami tuvo que aferrarse a la parra como si estuviese en la escala de una nave azotada por el temporal. El hedor a putrefacción se tornó tan insoportable como el de una tumba recién abierta. El veterano rezaba con fervor, persignándose sin cesar.

De pronto, el extraño y fétido vendaval cesó, como si una puerta hubiese interrumpido su paso. Una brillante luz verde resplandeció a través de las ventanas del endemoniado lugar y luego se apagó bruscamente.

Siguió un grito estentóreo y se oyó el estrépito del yeso al resquebrajarse al tiempo que se desplomaba parte del cielo raso.

Luego, asquerosamente, de cada ventana, puerta y agujero de las paredes de la casa, salió un enjambre tras otro de hinchadas moscas negras, hasta formar una nube nauseabunda que giraba y giraba convertida en una columna como un embudo. En el umbral de la puerta apareció Abraham, su blanca aureola de pelo flotando como arrastrada por un ventarrón; su larga barba blanca hacia un costado y agitada por el viento mágico. Detrás de él, con la vista clavada en el espejo de bronce, venía Simon, inclinado hacia delante como si luchase contra un huracán.

Abraham lanzó el exorcismo en una lengua desconocida, pero que mentalmente Belami y Simon pudieron oír la traducción en el languedoc de ultramar: «¡A vannt tu, Satanus!»

El tremendo remolino de moscas hediondas se elevó en el aire y planeo sobre las murallas de la ciudad.

Abraham inmediatamente hizo un signo cabalístico de expulsión sobre su cabeza, y una bandada de pájaros, volando desde todas partes de la ciudad, atacó el enjambre de moscardas. Para las aves, la cohorte de Belcebú era simplemente comida.

De repente, una sensación de paz descendió sobre la casa vacía. Varios pájaros bajaron al jardín, para posarse en los árboles y arbustos descuidados.

Belami, que no había podido moverse durante el curso de los acontecimientos precedentes, fue descubierto por sus amigos.

—Corriste peligro ahí arriba, hijo mío —le dijo Abraham, con desaprobación—. La espada no te habría servido para nada, Belami.

—¿Qué estuvisteis haciendo, en nombre de todos los diablos? —preguntó Belami, con voz ronca, sabiendo ya parte de la respuesta.

—¡Limpiando la casa! —repuso Abraham, riendo, con una honda carcajada de alivio—. ¿Y tú qué dices, Simon?

Volvió la majestuosa cabeza hacia su discípulo, que devolvió la sonrisa a su maestro.

—Aún estoy temblando —dijo—. Sostenía el espejo con tanta fuerza, que me parece que lo doblé.

—Volvamos a la casa de Abraham —sugirió Belami—, y contádmelo todo. Lo que vi fuera de la casa ya era bastante horrible. No puedo imaginarme lo que pasó dentro de ese maldito lugar.

—¡Fue un infierno! —dijo Abraham, brevemente. Simon asintió con la cabeza, mientras Abraham agregaba—: Era un portillo al mundo inferior. La entrada del diablo al infierno. —Calló e hizo un signo cabalístico en el aire—. Ahora está cerrada. ¡Bendito sea Adonai!

Los otros se santiguaron, reverentemente.

La calle y la plaza se hallaban desiertas. Por alguna razón inexplicable, los extraños ruidos que surgieron de la casa y el jardín endiablados parecían haber pasado inadvertidos por todo el mundo con excepción de ellos tres.

—Escuchad a los pájaros —dijo Abraham—. Vuelven a cantar dentro del jardín.

Era la primera vez que ello sucedía en muchos años.

De vuelta en la modesta vivienda de Abraham, el sabio explicó lo que consideraba que había sido la secuencia de acontecimientos que habían llevado a que el lugar hubiese sido dominado por el mal, así como la culminación definitiva de aquella tarde terrorífica.

—Malik-al-Raschid, como su hermano mayor Sinan, estaba sediento del poder del gnosticismo. Como he explicado, Simon, la Cábala, la antigua carta judaica de los íntimos planes de la mente humana, con sus intrincados senderos hacia los distintos aspectos del pensamiento, es uno de los caminos por los que un investigador puede obtener el dominio sobre ciertas fuerzas poderosas que afectan a su destino. Esas fuerzas pueden ser angélicas o demoníacas, de acuerdo a cómo el practicante del arte las invoque para manifestarse.

«Malik era, como os expliqué, un Asesino. Un miembro del maligno culto al asesinato. Como «lo semejante atrae a lo semejante», Malik naturalmente llenó su casa de fuerzas demoníacas. Sus terribles manifestaciones se dieron en el personaje del séquito de Belcebú, a quien

Malik adoraba. El Señor de las Moscas trajo a su endiablada porquería con él y, al morir Malik, el lugar quedó endemoniado.

«Ese edificio descansa sobre un foco de energía telúrica, un manantial profundo que bulle, hasta llegar a una cúpula «ciega» de roca, justo debajo de la casa. Eso es un generador de poder neutral, energía telúrica pura, que se puede usar para el bien o para el mal. Malik utilizaba la fuerza para lo tenebroso y quitaba vidas humanas dentro de sus paredes. Por lo tanto, la casa quedó imbuida con el mal, y aquellos que no estaban preparados para combatir sus efectos sufrían daño.

«Yo ya no puedo combatir sólo unas fuerzas negativas tan poderosas. Por lo tanto, te necesitaba a ti, Simon, en primer lugar, por tu fuerza y coraje moral, y en segundo lugar, porque aún eres virgen. Sólo tienes veintiún años, tres veces siete, un número que tiene gran significado en la numerología y la magia.

«El cuerpo del hombre sufre grandes cambios cada siete años. Tú estás llegando al fin del tercer ciclo de tu vida. Un lapso normal de vida dura tres veintenas de años más diez; setenta años, o diez veces siete ciclos añales. Eso es lo que creen los magos.

«Armado con tu bondad y valentía, y protegido por tu integridad moral, las fuerzas de las Tinieblas no podían vencerte. Yo utilicé tu fuerza y energía juvenil para centrar el poder de las fuerzas telúricas de debajo de nuestros pies, y mediante mi modesto conocimiento de la alquimia, pude transmutar esa energía en la esencia de la Luz. Si no hubieses estado con la mirada fija en el espejo oscuro de bronce en el momento en que liberé esas fuerzas, tus ojos, mi querido Simon, habrían quedado ciegos para toda la vida.

Para aquellos que no poseen ningún conocimiento sobre la magia y su «capacidad para producir cambios en futuras circunstancias mediante el ejercicio de la Voluntad» (íd est: el principio de «Ce que vous voudrez»), las sabias palabras de Abraham habrían sonado como los desvaríos de un demente.

Para Belami, con su larga experiencia en Tierra Santa, y para Simon, que acababa de pasar las ordalías de un exorcismo efectivo, la explicación

del sabio era simple y comprensible.

—¿Viste algo más aparte de la súbita aparición de aquel enjambre de moscas? —el veterano le preguntó a Simon.

—Sólo las facciones demudadas de un rostro horrible, reflejado en el espejo metálico. Al principio, las facciones aparecían retorcidas en una expresión de odio atroz. Luego, cuando Abraham entonó la Oración de la Expulsión, la cara se llenó de terror y finalmente se disolvió, como si fuese de cera fundiéndose en el fuego. De algún modo supe que aquel demonio era el Asesino, Malik.

Simon miró a Abraham para que confirmara sus palabras. El mago asintió, atusándose la blanca barba.

—La casa ahora está en paz, en caso contrario los pájaros no cantarían en el jardín. Pero nunca más estará en condiciones de cobijar seres humanos. Un mal pensamiento, o incluso una sola actitud negativa adoptada por alguien que viviese dentro de sus paredes, volvería a invocar a las fuerzas monstruosas, demoníacas, que aún están encerradas en los confines de la casa. Los animales raras veces producen fuerzas negativas, y los mozos de establo y los caballerizos suelen ser individuos tranquilos por naturaleza, en armonía con los caballos. De ahí que, nuestro amigo el mercader, hombre compasivo si lo hay, podrá usar el edificio como establo con toda seguridad.

«Pero nunca deberá permitir que alguien viva ahí. Después de la puesta del sol, y antes del amanecer, los caballos deberán quedar solos en los establos que pueda hacer construir en el lugar. El edificio, sin embargo, debe ser derruido totalmente.

Simon por fin comprendió por qué el artesano había perdido la vida en la catedral de Chartres, y recordó el comentario de Bernard de Roubaix en relación con su muerte.

El Wouivre sólo había actuado porque, por alguna razón, el albañil llevaba el crimen en el corazón, y no lo había confesado. En otras palabras, su propia maldad, quizá engendrada por los celos o alguna otra básica pasión humana, se había intensificado mediante la presencia del «poder del

dragón», generado por el puits, el manantial subyacente en el sitio donde se levantaba la catedral.

Ello había anulado la capacidad de tomar todas las precauciones habituales en quienes trabajan en lugares altos, sobre estrechos andamios. Incapaz de concentrarse en su tarea, a raíz de las fuerzas oscuras que se agitaban en su interior, el artesano perdió pie y se precipitó al vacío para encontrar la muerte. El Wouivre había reclamado un sacrificio. De esas lecciones y otras extrañas experiencias con su sabio maestro, Simon comenzó a comprender el poder del gnosticismo.

El año de gracia de 1184 resultó ser el Año de Iniciación para Simon de Saint Amand. Él había visto ambos aspectos de la Ciudad Santa: el sagrado y el profano.

OceanofPDF.com

13
LA MUERTE DE UN REY

A mediados de 1184, un grupo de los líderes más importantes partió hacia Europa. El propósito del viaje en épocas tan inciertas consistía en obtener capitales y despertar entusiasmo para una tercera Cruzada.

La misión iba encabezada por el patriarca Heraclio, acompañado por los grandes maestros de las órdenes militares de los templarios y hospitalarios.

El emperador Federico y el rey Luis les recibieron con pompa y ceremonia, y el rey Enrique con muestras de hospitalidad más restringida; sin embargo, Alemania, Francia e Inglaterra tenían ciertas reservas con respecto a unirse en un tercer intento de barrer a los paganos de Tierra Santa.

En vano, los tres persuasivos jefes de Outremer y Outrejourdain intentaron obtener la firma de un compromiso de los tres monarcas. Sólo Ricardo, el príncipe de Inglaterra y heredero del trono, sintió la llamada de las armas en su interior. Ello se debía más al hecho de que el enérgico y voluntarioso príncipe era un hombre de acción, que a su celo religioso como caballero cristiano. Pero él aún no era rey de Inglaterra y, por lo tanto, se mostraba irritado por la restricción que se le imponía. Ricardo era una compleja mezcla de soldado y poeta, un romántico que gozaba de las exigencias físicas de la guerra. Sin duda valiente y un león cuando entraba en acción, de ahí el sobrenombre de «Corazón de León», Ricardo era

también un enamorado de la poesía y del misterio romántico del Santo Grial.

Como jefe del culto de los poetas místicos, los trovadores, el príncipe inglés estaba familiarizado con la leyenda arturiana de los Pendragon, de quien se consideraba descendiente directo. Sólo los hombres podían ser miembros del culto cuasi mágico de los trovadores, y creían que al entonar unos cantos poéticos, los hechos descritos en el poema se tornaban más bien reales que no una leyenda.

También creían que aquellas canciones poéticas, entonadas repetidamente a la manera de una invocación mágica, además de ser un relato romántico de gestas pasadas, podían causar de hecho un cambio en el futuro. La poesía es un arte y también lo es la magia, por lo tanto esas creencias no eran infundadas. Un grito de batalla puede animar a las tropas desmoralizadas; una antigua maldición puede afectar a las futuras generaciones; un lema puede conquistar la confianza del pueblo; por lo tanto, según creían, un poema de los trovadores era capaz de afectar el futuro de una nación.

El príncipe Ricardo se veía a sí mismo como un Gawain más que como un Percival, en la jerarquía mística de la Tabla Redonda del Rey Dragón, y anhelaba ser el acicate de la cristiandad.

Heraclio, que lo sabía, trataba de actuar sobre las evidentes susceptibilidades del príncipe Ricardo; pero, hasta que fuese rey de Inglaterra, no cabía esperar que se comprometiese con la tercera Cruzada.

Todos esos esfuerzos agotaron a los tres emisarios de Jerusalén, y los innumerables banquetes rociados con buenos vinos a que se vieron obligados a asistir terminaron por dejarles exhaustos. Ninguno de los grandes maestros cedió a la tentación del vino, pero todos eran comilones, al igual que el patriarca. Además ya no eran jóvenes. El resultado fue que, durante el viaje de vuelta, Arnold de Toroga, el Gran Maestro templario, falleció de un cólico después de una corta indisposición. La misión fue un fracaso.

En Jerusalén, la situación era tensa. Ello no era insólito en el reino de la cristiandad, pero la tensión se agravó a causa de la ausencia de los tres poderosos embajadores, en busca de apoyo para la nueva Cruzada, y de la cercana muerte del rey Balduino IV

—Que haya vivido tanto es un milagro. Su fuerza de voluntad es extraordinaria —dijo Abraham—. Yo le he visto en varias ocasiones, cuando le visitaba para aliviar sus sufrimientos. Pero aunque los médicos lo han probado todo, hasta la alquimia de un judío, para evitarle al valiente desgraciado tanto sufrimiento, sólo la esencia de amapola y el destilado de la soporífera mandrágora surten cierto efecto.

El proceso de la lepra elimina primero la sensibilidad de las extremidades, antes de paralizar finalmente los órganos vitales. Por lo tanto el dolor en sí no es problema. Pero la frustración causada por la imposibilidad de gobernar, sabiendo que sólo él sostiene las riendas del reino para evitar que se apoderen de ella los codiciosos barones, constituye el verdadero dolor que hace estragos en el espíritu del torturado y joven monarca.

«Tiene sólo veinticuatro años, apenas tres más que tú, Simon. ¿Puedes imaginarte lo que tiene que soportar su pobre alma? Quisiera Adonai que yo pudiese hacer algo más por él.

El filósofo poseía profundos conocimientos acerca de las adormideras, acumulados tras largos años de estudio de las copias de los Herbarios de los sacerdotes egipcios de Isis, un raro papiro que se había salvado del incendio de la biblioteca de Alejandría. Abraham era capaz de descifrar los jeroglíficos de las copias: los originales hacía tiempo que se habían convertido en polvo.

Se los había comprado a un ladrón de tumbas a quien trató de una enfermedad devastadora que seguramente contrajo al saquear alguna tumba. La clave de los jeroglíficos se la había proporcionado una segunda copia en griego, hecha por Apolonio de Tiana, el gran mago del siglo primero, cuya religión de Luz fuera una rival muy cercana al cristianismo.

Al igual que Mitra, otra divinidad rival de Cristo, Apolonio fue martirizado. Mitra, que también nació de madre virgen, fue asimismo

crucificado.

La religión que rendía culto a Mitra la practicaban muchos legionarios romanos en tiempos de Herodes, mientras que los seguidores de Apolonio fueron confiados a los sabios de Oriente y sus discípulos. Todos fueron gnósticos.

—¿Son muchos los eruditos capaces de leer la escritura pictórica de los antiguos egipcios? —le preguntó Simon a su maestro.

—Cada año son menos; pero yo pasé algún tiempo en esa tierra maravillosa, y un sacerdote de Isis, que aún practicaba la antigua religión, me enseñó lo poco que sé. Estos rudimentos se limitan a las hierbas y raíces que usaban los médicos reales del Faraón. También sé lo suficiente sobre los antiguos dioses de Egipto como para darme cuenta de que el origen de su panteón es zodiacal. Tolomeo, el gran matemático, que, como faraón, pasó la mayor parte de su vida estudiando los astros, nos dio muchos motivos para estarle agradecidos. Mis sencillos conocimientos sobre los cielos nacen principalmente de la utilización de los métodos de ese astrónomo.

La humildad de Abraham era tan auténtica como todos los demás aspectos de su carácter. Era un verdadero erudito.

La corte de notables de Jerusalén toleraba al sabio y astrólogo judío, porque todos deseaban saber cuándo moriría su soberano. Todos aquellos buscadores de poder, en ausencia de Guy de Lusignan en Ascalón, maniobraban para obtener la supremacía en la futura lucha por el poder. Si alguien hacía un movimiento en el momento equivocado, arriesgaría lo que el destino le tuviese preparado. Si actuaban demasiado pronto, mientras el atormentado rey aún estuviese con vida, corrían el riesgo de perderlo todo; inversamente, si actuaban demasiado tarde, se presentarían como uno de los últimos contendientes para apoderarse del tambaleante reino.

—¡Es un asunto asqueroso! —dijo Belami—. Como observar a los buitres dando vueltas sobre un león moribundo.

Simon le dio la razón con sumo disgusto. En estos momentos ya no se hacía ilusiones sobre la integridad de la nobleza franca.

—Siempre ha sido así —observó Abraham—: cuando el jefe de la manada agoniza, sus seguidores esperan anhelantes para recoger sus huesos.

Mientras el joven yacía en la cama, el olor de su carne putrefacta superaba el de los costosos perfumes. Afortunadamente para él, sus órganos olfativos habían sido destruidos por la terrible enfermedad, de manera que al menos no tenía que soportar el hedor de su propia putrefacción. Eso y las pociones soporíferas de Abraham evitaban que su cordura se precipitara en el abismo.

Había confirmado a Raimundo de Trípoli como regente, pero también había nombrado al conde de Joscelyn, su tío, como tutor personal de su heredero, que aún era sólo un niño.

Por fin, la fracasada misión regresó de Europa, llevando el cuerpo momificado del fallecido Gran Maestro, Arnold de Toroga. Ello significaba que el Gran Capítulo en Jerusalén tenía que elegir a su sucesor.

—Será Gerard de Ridefort —sentenció Belami—. Él es el único templario mayor capaz de empuñar la Maza del fallecido Gran Maestro. —Tenía razón, pero estaba inquieto con respecto al futuro—. Puede ser que De Ridefort no sea suficientemente experimentado en cuestiones bélicas —dijo Belami.

En marzo de 1185, el joven rey Balduino fue finalmente liberado de su prolongado martirio.

Aunque el triste acontecimiento hacía tiempo que se esperaba, una nube de tristeza se abatió sobre Jerusalén. El heredero real fue llevado a la iglesia del Santo Sepulcro y, en brazos de Balian de Ibelin, fue coronado por el patriarca recién llegado, Heraclio.

El acto fue una farsa, pues pocos de sus «leales» cortesanos creían que el niño viviría lo suficiente como para mantener el poder dentro del reino. O bien la lepra de su tío le reclamaría como su víctima o bien le envenenaría alguno de los pretendientes al poder. Por esa razón, Joscelyn se mostró reacio a aceptar la responsabilidad de la tutela del niño, y se sintió aliviado cuando el moribundo Balduino le encargó la arriesgada tarea a Balian de Ibelin. Este caballero era un hombre valiente y honrado, pero de ninguna manera poseía la astucia política de los demás.

«Joscelyn teme que si algo le ocurre al heredero, le culparán a él. Ahora puede depositar esa responsabilidad en Balian, si llegara a suceder lo peor».

Las palabras de Abraham fueron proféticas.

Esos sucesos mantenían a Jerusalén sobre ascuas y aumentaba la sensación de inminente desastre que pendía sobre la Ciudad Santa. Complots y contracomplots, alianzas y conspiraciones secretas bullían entre los nobles. Saladino habría sido un imbécil si no hubiese aprovechado aquel caótico periodo en Tierra Santa.

Las fuerzas de la naturaleza también parecían confabuladas. El hambre asoló la tierra a causa de la sequía. La situación era grave y aterradora.

Afortunadamente, Saladino vio que el momento era propicio para renovar la tregua y ceñirse a los términos generales de un pacto de no agresión, cuando los emisarios de los angustiados barones llegaron hasta él.

El líder sarraceno aún tenía sus propios problemas. Tenía que convertir el Islam en un arma más poderosa que aquella con que había fracasado al querer destruir Kerak. Precisaba tiempo, y lo compró con la tregua.

Se firmó el tratado. Saladino brindó grandes cantidades de grano de Oriente, y la cristiandad se salvó de ser asolada por el hambre.

Sin embargo, Belami no era demasiado optimista.

—Ese astuto sarraceno no lo hace por caridad, por compasivo que sea. Esta tregua le proporcionará el tiempo suficiente para formar el ejército más vasto que el islam haya conocido nunca.

Una vez más el veterano acertó a ver claramente el quid de la cuestión.

La arrogancia de los tolerantes barones no les permitía presentir la tormenta que se avecinaba. Después de romper con éxito el sitio de Kerak de Reinaldo de Châtillon, creyeron firmemente que habían logrado inspirar miedo al poderío cristiano en el corazón de Saladino. ¿Por qué otro motivo hubiera aceptado la tregua sin cláusulas penales?, argüían. Preocupados con sus propias ambiciones y mezquinas conspiraciones, no acertaban a ver el peligro. Creían que habían engañado a Saladino. Pero estaban equivocados.

—¿Cómo pueden ser tan ciegos? —Abraham meneaba la cabeza con asombro—. «Aquellos a quienes los dioses quieren destruir, primero los vuelven locos» —citó.

Mientras tanto, en abril de 1185, Saladino marchaba hacia el norte para reunirse con Kukburi de Harram, un antiguo aliado, que en una ocasión le había ayudado a consolidar su posición como el sarraceno supremo. La intención de Saladino consistía en levantarse contra los jefes seldjuk si no accedían a unirse a él en la Jehad contra la cristiandad.

Antes de que pudiera tener éxito con su estrategia, el líder sarraceno cayó enfermo. Casi moribundo a causa de una fiebre violenta, Saladino logró buscar refugio en casa de Kukburi, en Harram.

Su médico personal, Maimónides, conocido por los sarracenos como Abu-Imran-Musa-ibn-Maymun, le salvó la vida. Abraham tuvo noticia de ello por boca de uno de los agentes de Saladino en Jerusalén.

—Recuerdo que Bernard de Roubaix y Raoul de Creçy me hablaron de ese gran sanador judío —dijo Simon.

Abraham sonrió.

—Tienes buena memoria. Tus tutores estaban acertados al reconocer la capacidad de Maimónides. Si alguien puede salvar a Saladino, ese alguien es mi viejo amigo. Le conocí durante mis viajes por Egipto, cuando acababa de llegar de España. Es un gran sabio.

«Si Saladino muere, que los cristianos de ultramar no esperen mucha piedad ni compasión de parte de sus sucesores.

Simon ahora pasaba todo su tiempo libre con Abraham, absorbiendo los elementos básicos del gnosticismo. Así aprendió por qué Jerusalén se llamaba la Ciudad Santa; cómo había crecido en el transcurso de 3.000 años, y sin embargo continuaba encerrada en un círculo tan pequeño.

—Los romanos reconstruyeron Jerusalén, volviendo a basar sus fundamentos sobre el verdadero eje del centro cruciforme de su energía. No eran para nada tontos —le dijo el anciano.

—Al dejar la base del templo como el gran generador de energía, teniendo como fuente la Piedra de Abraham, aseguraron el continuado efecto de la Ciudad Santa sobre todos los seres vivientes en el interior de sus murallas, así como sobre aquellos que la contemplan desde las colinas circundantes. Los romanos advirtieron la energía de esos montes; en caso contrario, ¿por qué construyeron su propia capital en sus siete colinas?

A Abraham se le escapaban pocas cosas. A pesar de estar al filo de los ochenta años, la mente del anciano era clara como un cristal de roca. La fuerza juvenil de Simon constituía una constante fuente de energía para el sabio, y a cambio le brindaba a su discípulo cada migaja de conocimiento que poseía. Abraham supo desde el primer momento que se conocieron que el hijo natural de Odó de Saint Amand había sido puesto bajo sus enseñanzas por un gran propósito. Nunca se preguntó por qué, sino que le dio su amor y su sabiduría sin retaceos.

Quedó profundamente perturbado por la noticia de la enfermedad de Saladino, y, durante el sueño, abandonaba su cuerpo físico para ir al encuentro de Maimónides en Harram. Sin ser visto por los guardias del líder sarraceno, pero siendo advertida su presencia por el médico judío de Saladino, el cuerpo sutil de Abraham transmitía sus energías curadoras al enfermo.

También Simon, ante la sugerencia de su maestro, consintió que Abraham le pusiera en trance profundo y proyectara su alter ego al lugar donde yacía Saladino. Cuando el cuerpo sutil de Simon llegó junto a la cama del sarraceno, Maimónides sintió la presencia de otro aliado sanador.

Durante el extraño sueño, una luz azul pareció bañar el cuerpo febril del agotado enfermo. El resplandor azulado de las energías sanadoras en torno a Saladino vibró violentamente.

Simon comprendió que la esbelta figura del médico presente debía de ser la de Maimónides. El mago judío llevaba una gallabieh blanca y turbante, y en tanto Simon le observaba, el médico advirtió la presencia de su espíritu. Maimónides se sonrío.

En el otro lado de la cama del enfermo, la sombra espiritual de Abraham se materializó en el cuerpo sutil del tutor de Simon. De nuevo, fue evidente que Maimónides reconoció a la otra presencia por lo que era.

El médico de Saladino sonrió y asintió con la cabeza, en señal de reconocimiento de la manifestación de los dos ayudantes.

Los ojos del líder sarraceno se abrieron parpadeando al recobrar la conciencia. Con anterioridad, Simon notó que la figura de Saladino pareció

duplicarse: como si las imágenes de dos sarracenos se sobrepusieran, una flotando ligeramente sobre la otra.

Al tiempo que Saladino recobraba la conciencia, la segunda imagen volvió a meterse en su cuerpo. Por un instante, Simon sintió que el jefe sarraceno les había visto a ambos, a Abraham y a él mismo, junto a la cama. Entonces la visión se desvaneció, y Simon sintió que su cuerpo sutil viajaba raudo por el espacio, para despertar en el dormitorio de Abraham. Junto a él, su maestro estaba sentado en una amplia silla de caña árabe, que utilizaba para la meditación. También él estaba despierto.

El filósofo sonrió.

—Y bien, Simon, ¿qué soñaste?

Su discípulo se lo dijo. Abraham asintió con la cabeza.

—Yo tuve también la misma visión. Maimónides notó nuestra presencia.

Si aquella experiencia de proyección en estado de trance se la hubiesen relatado a Simon un par de años antes, no le habría dado crédito. Ahora aceptaba la experiencia como parte de su forma normal de vida. También sabía que un día conocería a Maimónides personalmente, y que descubriría un signo de reconocimiento en la cara del médico.

Al comentar más tarde aquella extraña experiencia con Belami, Simon dijo:

—No había nada ilógico en el sueño. Podría describir con todo detalle el interior de la habitación de Saladino. Lo extraordinario fue la impresión de que Maimónides tenía plena noción de nuestra presencia y aceptaba de buen grado nuestra ayuda. Aún no sé cómo ayudé al sarraceno enfermo, pero seguramente Abraham pudo enjaezar mis energías y mi salud.

«También estoy seguro de que llegamos al palacio de Kukburi en Harram en el momento de la crisis. La sensación de fuerzas poderosas en actividad fue sobrecogedora. Aún me siento desorientado por toda la experiencia. Abraham me dice que eso pronto pasará. Quiso que aprovechara la proyección conjunta de nuestros cuerpos sutiles, con el fin específico de sanar. El hecho me ha dado ciertamente una nueva perspectiva

en mi actitud hacia la muerte física. Ahora comprendo lo que Abraham ha estado tratando de decirme.

«La diferencia entre una experiencia fuera del cuerpo físico y la muerte es meramente una cuestión de grado. En el momento de la muerte física, la persona sutil ya no tiene necesidad del cuerpo físico, que ha ocupado durante la vida terrenal. Esta revelación extraordinaria la experimentamos cada vez que soñamos, pero no la reconocemos como lo que verdaderamente es: una anticipación de la muerte.

«Normalmente no nos asusta la experiencia del sueño: ¿por qué entonces le tememos a la muerte? Le agradezco a Abraham este conocimiento, que por supuesto mi maestro posee y disfruta desde hace mucho tiempo.

En principio, Belami estuvo de acuerdo con Simon, pero comentó con su espíritu siempre práctico:

—Un miedo saludable a la muerte forma parte del mecanismo de sobrevivencia del hombre. Si fuese tan fácil, tal vez no lucharíamos tanto para permanecer vivos. Eso podría ser el fin de la raza humana. Mi madre en una ocasión me contó que cuando nací, sintió que abandonaba el cuerpo y contemplaba todo el proceso de mi nacimiento. Yo era el cuarto hijo y el primer varón. Nunca antes había experimentado nada semejante.

Mientras Saladino se recuperaba en Harram, y posteriormente en su amada Damasco, los barones francos bregaban por el poder y el reino de Jerusalén se tambaleaba al borde del desastre.

Un rey había muerto, otro se encontraba cerca del fin de su corta vida, y el sultán sarraceno se hallaba en la encrucijada de su destino.

Durante la convalecencia de Saladino, fracasó un complot contra su sultanato, cuando un viejo enemigo, Nasr-ed-Din, falleció después de celebrar la «Fiesta de las Víctimas». Se sospechó que le habían envenenado, pero no se pudo probar.

Débil aún a raíz de su estrecho contacto con la muerte, Saladino perdonó al joven hijo del traidor cuando el muchacho citó un apropiado versículo del Corán sobre la expoliación de los huérfanos. El líder sarraceno también devolvió todas las posesiones que los emires le habían confiscado

al padre del muchacho. Podía darse el lujo de ser compasivo, pues ahora Saladino era el jefe supremo indiscutido de todo el islam.

La fortuna no fue tan bondadosa para con el reino cristiano. El rey infante murió en Acre, en agosto de 1186, y una vez más el reino de Jerusalén se hundió en el duelo y el caos político.

La primera jugada corrió por cuenta del conde Joscelyn. Él sugirió que debía llevar el cadáver del rey infante de vuelta a Jerusalén para el entierro, mientras que Raimundo III de Trípoli reunía a los barones contra el patriarca, Heraclio, sus seguidores y sus simpatizantes.

Raimundo aceptó la sugerencia en buena fe y partió inmediatamente. No bien se hubo marchado, Joscelyn se levantó contra Tiro y Beirut, proclamando reina a Sibila. Envió el cadáver del pequeño rey de vuelta a Jerusalén con los templarios.

Belami y Simon formaban parte de la escolta que salió al encuentro de la comitiva funeraria a mitad de camino, para asegurar su seguro viaje hasta la Ciudad Santa.

Mientras tanto, Joscelyn había hecho una alianza con Guy de Lusignan y urgido a Reinaldo de Châtillon a unírsele. Todos convergieron sobre Jerusalén. Joscelyn, De Lusignan y De Châtillon iban acompañados por poderosas fuerzas de hombres elegidos. Raimundo comprendió que había sido engañado, pero era demasiado tarde para volverse atrás.

El nuevo Gran Maestro de los templarios, Gerard de Ridefort, apoyó a Sibila contra Heraclio, que en un tiempo había sido amante de ella. En una acción sin precedentes, De Ridefort reunió a sus templarios y cerró las puertas de Jerusalén, con los servidores vestidos de negro apostados en cada uno de los portales de la Ciudad Santa.

El patriarca se vio obligado a efectuar la coronación de la reina Sibila del reino de Jerusalén. Ella en seguida llamó a su esposo Guy de Lusignan a su lado y ella misma colocó una segunda corona en la cabeza de su consorte.

Todo fue realizado limpiamente y con presteza, mucho antes de que las facciones disidentes conducidas por Raimundo de Trípoli pudiesen

intervenir. La asamblea de ciudadanos de Jerusalén reconoció sin vacilar la validez de la coronación y la aceptó como un ¡alt accompie!

—Ya te dije que había una mujer detrás de todo esto —le dijo Belami al asombrado Simon, que estaba confundido por la celeridad de los acontecimientos—. Así que ahora tenemos a un comandante indeciso al frente de las fuerzas francas, y nosotros, los servidores templarios y hospitalarios, tendremos que tratar de recoger los pedazos. Saladino debe de estar muriéndose de risa. Un certero golpe de sus bien disciplinadas fuerzas, y todo este castillo de naipes de tarot se derrumbará.

La nueva tregua, con apenas un año de duración, volvió a ser rota por el espíritu traicionero de Reinaldo de Chátillon. El reino, que bajo el tratado había gozado de renovada prosperidad, tuvo buenas razones para maldecir la impetuosidad de De Chátillon.

En una repetición exacta de su ataque a la caravana de Sitt-es-Sham hacia La Meca, que a Saladino casi le costó la vida de su hermana, De Chátillon atacó una caravana sarracena que se dirigía tranquilamente a El Cairo.

La partida de bandidos cristianos abatió a la escolta egipcia y saqueó las mercaderías, matando y violando indiscriminadamente. Por fin, llevaron a los mercaderes y a sus aterradas familias, con todas sus pertenencias, a Kerak de Moab. Esta vez no hubo ninguna columna volante de servidores templarios para intervenir.

Cuando se enteró de la noticia, Saladino juró vengarse. Sin embargo, a sus emisarios no se les permitió la entrada en Jerusalén y sus justas demandas de resarcimiento fueron desoídas. Era como si De Chátillon cobijara un deseo de muerte.

El mundo musulmán quedó horrorizado por el terrible episodio y Saladino aprovechó la oportunidad y declaró una segunda Jehad.

—No vamos a ganar esta Guerra Santa —observó Belami con tristeza —. ¡Al menos muramos con honor!

Simon nunca había visto al veterano tan deprimido.

OceanofPDF.com

14
LOS CUERNOS DE HITTIN

Los motivos del pesimismo del viejo servidor habrían resultado obvios para cualquiera que hubiese visto el gran despliegue de las fuerzas islámicas unidas de Saladino. Seldjuks, fatimitas, sudaneses, escitas, turcos, kurdos, egipcios y mamelucos, comandados por la jerarquía de los ayyubid, se habían aliado con Saladino y su caballería pesada para formar un ejército nunca antes reunido bajo una sola bandera. La de la media luna flameaba a todo lo largo de las columnas de las tropas musulmanas mientras avanzaban en dirección a poniente hacia Damasco.

Para hacer frente a aquella poderosa fuerza de musulmanes rabiosos, consumiéndose en el fuego de la venganza y el ansia de exterminio de la partida de bandidos de De Châtillon, las fuerzas francas podían reunir un millar de caballeros, seiscientos lanceros templarios y hospitalarios, extraídos de todas las guarniciones que podían prescindir de ellos, y unos cinco mil lanceros turcos. Incluyendo a la infantería y a los arqueros, el total de las fuerzas ascenderían apenas a los veinte mil hombres.

Al no estar instruidas con la táctica romana de Belami de combinar la caballería con la infantería, esas tropas francas sólo podían avanzar al paso de los hombres que iban a pie. Eso significaba que su poderosa táctica, la carga de los lanceros, caballeros, servidores y lanceros turcos, tendría que prescindir de la vital infantería, los arqueros y los lanceros a pie. La balanza del poder se inclinaba hacia el ejército sarraceno, y el coraje sólo, por

ilimitado que fuese, no era suficiente para hacer frente a los bien entrenados lanceros musulmanes, apoyados por las hordas de arqueros montados y escaramuzadores escitas.

Aunque las flechas de los turcos y escitas eran ligeras, cuando las disparaban en masa, podían abatir a muchos de los caballos francos que, aparte de las gruesas mantillas de silla, no iban en esa época con las adecuadas protecciones del tiempo de las Cruzadas anteriores. Un caballero sin montura queda tan estático como un lancero o espadachín de infantería. No puede resistir ni siquiera el impulso de un ataque de la caballería ligera.

La nueva táctica de Saladino consistía en disparar a los caballos de los caballeros francos y luego acabar con ellos en tierra.

Arnold de Toroga, el fallecido Gran Maestro de los templarios, había comprendido plenamente la vulnerabilidad de la caballería sin apoyo y siempre esperaba el respaldo de la infantería, sobre todo de sus arqueros. Gerard de Ridefort, su sucesor, no poseía la misma larga experiencia en escaramuzas y batallas en masa que De Toroga había obtenido cuando combatía junto a Odó de Saint Amand.

El padre de Simon fue víctima de un error de cálculo al atacar a una fuerza de sarracenos muy superior a la suya, cayó prisionero y falleció en Damasco. Sólo Belami, malherido y apenas consciente, pudo salir de la trampa y se puso a salvo con unos cuantos lanceros turcos malheridos. Hubiese preferido morir junto a su Gran Maestro, pero su caballo, enloquecido por muchas heridas de flecha, había caído con él y estaba demasiado débil por la pérdida de sangre como para poder levantarse. Los pocos sobrevivientes de la matanza siguieron a Belami en la huida.

—Me temo que De Ridefort no tiene suficiente experiencia en el campo de batalla como para comandar a la totalidad de las fuerzas de los templarios. Tú y yo, Simon, debemos tratar de mantener a los entrenados lanceros juntos. Ojalá el joven De Montjoie estuviese aún con nosotros. Pero haremos cuanto podamos. ¡Sabe Dios que no podemos hacer más!

El viejo soldado eligió a un reducido número de jinetes de su antigua columna volante y se agruparon bajo su banderola. Los lanceros turcos

sabían que la mejor oportunidad que tenían de salir con vida residía en alinearse tras el veterano servidor y su joven comandante de tropa.

En total, Belami consiguió reunir setenta lanceros turcos que habían combatido antes junto a él y cuarenta arqueros que no sólo sabían montar en la grupa, sino que también eran capaces que disparar una descarga de sus mortales flechas, antes de descabalgar para volver a preparar el arco. No era la solución más satisfactoria, pero era mejor que dejar a la infantería atrás.

De Ridefort sabía de la valentía del veterano en el campo de batalla y le envió en una misión de reconocimiento. Belami llevó a Simon, al viejo D'Arlan, el veterano de Acre, que se había unido a él, y a veinte lanceros con los arqueros correspondientes. El objeto de su misión consistía en realizar un relevo de las fuerzas de Saladino.

Cabalgando a la luz de las estrellas, durante unas pocas noches sin luna, y descansando durante el calor del día, ocultos en algún torrente alejado de las rutas, Belami pudo escapar a la vigilancia de los exploradores sarracenos. Gracias a su osadía y a los años de experiencia, los dos servidores veteranos lograron apostarse en un terraplén rocoso cerca de la línea de marcha de Saladino.

Lo que vieron les dejó estupefactos. Por debajo del lugar donde se encontraban iban pasando, uno tras otro, los escuadrones de caballería ligera y pesada. Centenares de arqueros montados, acompañados por las columnas de arqueros turcos, pertrechados con las armas más nuevas y poderosas, livianos arcos de acero así como los arcos comunes de largo alcance, desfilaban frente al puesto de observación rocoso. La procesión parecía interminable.

—¡Que Jesús nos proteja, Belami! —murmuró D'Arlan—. Son miles. Todo el islam está en marcha.

Contrariamente a su costumbre de avanzar al ritmo de tambores y címbalos, el ejército sarraceno desfilaba en un fantasmal silencio, sólo alterado por los ocasionales bufidos y relinchos de las monturas y el tintinear de los arneses, en tanto que el suelo temblaba bajo el taconeo de los hombres marchando.

Al igual que un enorme monstruo destructor de hombres, los resueltos sarracenos de sombría expresión avanzaban a marchas forzadas a través del árido desierto hacia el extremo meridional del mar de Galilea.

—Se dirige a Tiberias —dijo Belami, en voz baja—. Luego dividirá su enorme ejército y sitiará la ciudad y el castillo con una fuerza poderosa mientras seguirá hacia Hittin con el resto de las tropas. Lo siento en los huesos. Debemos regresar y advertir a De Ridefort antes de que sea demasiado tarde. Saladino conoce esta región como las calles de Damasco. Si coge a De Lusignan desprevenido, le partirá por la mitad, con medio ejército franco dividido.

Los dos viejos soldados tuvieron que esperar hasta que la última columna de Saladino se hubo perdido en la distancia, antes de que pudiesen montar y regresar de vuelta al pequeño valle donde Simon les esperaba con impaciencia. Casi había desobedecido las estrictas órdenes de Belami de permanecer ocultos a cualquier costo, para salir al galope con su reducida fuerza al ver que sus amigos no volvían en el momento esperado. Simon se disponía a partir, cuando Belami y D'Arlan llegaron galopando al extremo del torrente. Sin decir ni una palabra, el joven normando obedeció sus apremiantes señales, y la columna volante inició un galope tendido hacia el campamento de De Ridefort.

Lo que ambos veteranos ignoraban era que, si bien habían observado al ejército principal de Saladino, se les había escapado una fuerza avanzada de exploración bajo el mando del temible Kukburi; también él aprovechó las noches sin luna para situar a sus fuerzas alrededor de las Fuentes de Cresson, o como los sarracenos llaman al oasis, Saffuriya.

La suerte quiso que una breve escaramuza entre una de las partidas de reconocimiento de De Ridefort y unos cuantos hombres de Kukburi terminara en una fugaz victoria franca. Los cristianos volvieron galopando al campamento de De Ridefort y dieron la alarma. El flamante Gran Maestro templario era también impetuoso y pensó que contaba con suficientes lanceros para exterminar lo que creía que era una pequeña fuerza de reconocimiento sarracena.

Dejando a la infantería en la retaguardia, De Ridefort condujo a su mariscal y a los ochenta hermanos templarios hacia adelante y reunió otros ciento cuarenta caballeros de Qaqun y Faba por el camino. Con él iba Roger des Moulins, el Maestro de los hospitalarios. El nuevo Gran Maestro se dirigía directamente a la trampa.

Kukburi estaba abrevando a sus caballos antes de volver a unirse al grueso del ejército sarraceno, cuando una nube de polvo le anunció la llegada de De Ridefort. Sin esperar a comprobar el tamaño de la fuerza combinada de seldjuks, De Ridefort atacó a los sarracenos desmontados.

La propia imprudencia del Gran Maestro fue lo que activó el cepo. En un instante, decenas de sarracenos y seldjuks montaban de nuevo a caballo.

De repente, la tropa franca se encontró frente a cinco mil musulmanes ululantes. Una lluvia de flechas de los arqueros montados se batió sobre la vanguardia de los cruzados. Caballeros, templarios, hospitalarios y francos se fueron estrellando sobre el suelo, unos tras otros. Medio aturdidos, con los caballos muertos por las flechas, o con los pobres animales tambaleándose y relinchando mientras las lanzas sarracenas les arrancaban las entrañas, los cruzados sin montura trataban de contener a la caballería musulmana.

No les faltaba coraje, pero de nada les servía. La horda de sarracenos y seldjuks pasó sobre ellos como una riada.

De Ridefort fue presa del pánico y junto con un par de caballeros templarios más, huyó al galope, seguidos de cerca por los jubilosos vencedores. La batalla terminó en una carnicería. Entre los muertos se encontraba Roger de Moulins y noventa y siete templarios y hospitalarios. Por fin, Kukburi detuvo la matanza y partió para volver a unirse con Saladino, llevando a cuarenta caballeros francos con él.

Belami y D’Arlan llegaron a lo alto del cerro desde donde se dominaba las Fuentes de Cresson a tiempo de ver los resultados del desastre. El desierto alrededor del oasis estaba cubierto de cadáveres y centenares de flechas que surgían del suelo como espigas de trigo. No había nada que ellos pudiesen hacer. Simon se unió a ellos mientras descendían al paso para contar las bajas y ayudar a los moribundos.

—¡Maldito De Ridefort! —juró Belami—. Ha perdido los mejores hombres y Dios sabe que los precisamos todos y cada uno de ellos. Al menos nuestro aguerrido Gran Maestro hubiera podido morir con ellos. Como Des Moulins.

Belami saludó al comandante hospitalario muerto.

—Enterradles antes de que los buitres profanen los huesos de esos valientes —dijo.

Raimundo III de Trípoli quedó aturdido al enterarse de la matanza y se apresuró a hacer las paces con Guy de Lusignan, el nuevo rey de Jerusalén. Reunieron a todas las fuerzas que pudieron encontrar en Acre y sobre la marcha se les unió Reinaldo de Châtillon desde el Puerto de mar con todas las tropas de Kerak.

Entretanto, las tropas de Saladino sitiaron Tiberias. El escenario estaba dispuesto para un espectacular enfrentamiento del ejército cruzado con el líder sarraceno y sus vastas hordas musulmanas combinadas.

Ningún bando conocía la magnitud exacta de las fuerzas adversarias, pero De Lusignan creía que tenía posibilidades de derrotar a Saladino con el ejército recién formado. El rey tenía bajo su mando a cerca de un millar de caballeros, mil doscientos lanceros mercenarios, cuatro mil lanceros turcos y un cuerpo de infantería de unos quince mil mercenarios, armenios y algunos peregrinos beligerantes armados con lanzas. En arqueros solamente, De Lusignan y sus nuevos aliados contaban con unos dos mil hombres. La confianza de De Lusignan creció al comprobar que tenía unos veintidós mil guerreros, lanceros e infantes bajo su mando. Su vanidad alcanzó su punto más alto.

—¡Barreremos al maldito Saladino de Tierra Santa! —gritó.

Belami dio un respingo como si le hubieran golpeado.

—¡Oh, Abraham! —gruñó—. Mi sabio y viejo amigo, cuánta razón teníais. Los dioses han enloquecido al nuevo rey.

El ejército de Saladino, un total de por lo menos cuarenta mil hombres, se encontraba acampado en Kafar Sebt, a siete millas al sur de la fortaleza del conde Raimundo en Tiberias. El jefe sarraceno dominaba el camino

principal a Tiberias y Sennabra. El castillo estaba fuertemente guarnecido, y su senescal era la esposa del conde Raimundo, la temible princesa Eschiva.

Mediante veloces mensajeros, que milagrosamente salvaron el pellejo al atravesar como un rayo los puestos avanzados de Saladino, mandó urgentes peticiones de ayuda al rey Guy de Lusignan. El momento de decisión había llegado.

Bernard de Roubaix le había explicado a Simon en una ocasión cuán vital era el agua para los templarios. Para todos los cruzados, la falta de ese elemento estratégico podría ser el factor más siniestro en el horror que se avecinaba.

Las fuerzas francas se habían concentrado en las Fuentes de Cresson, el lugar que los sarracenos llamaban Saffuriya, y el sitio donde tuvo lugar la reciente y humillante derrota de Gerard de Ridefort.

—Al menos tenemos agua —comentó Belami.

El humor de Simon pasaba del júbilo ante la perspectiva del futuro choque a la natural aprensión causada por la espera del inicio de la batalla. En el lenguaje de los soldados, «sudaba» las horas precedentes al ataque. Como todos los jóvenes guerreros, Simon tenía la sensación de que era inmortal. No le temía a la muerte, sobre todo desde las demostraciones que Abraham-ben-Isaac le había hecho sobre la proyección voluntaria del espíritu. Pero el joven servidor templario tenía ahora, en 1187, sólo veinticuatro años y tenía más miedo a caer gravemente herido que a morir. La mayoría de los jóvenes sentían horror ante la clase de herida que le había quitado la virilidad a Raoul de Creçy. Simon ya había sido herido en la batalla del puente cerca de Orange. Sabía qué era el dolor. Pero la idea de morir no le preocupaba. Sólo le perseguía la duda de no estar a la altura de las expectativas de Belami y su tutor con respecto a él.

Belami, en cambio, no tenía esas dudas. Sabía que Simon se comportaría como un hombre. El veterano había estado numerosas veces muy cerca de la muerte como para temerla, y su fuerte y moreno cuerpo conservaba las cicatrices de muchas honorables heridas; pero, como viejo soldado, sufría el «sudor» de la tensión que se siente con anterioridad a cualquier batalla, y en especial antes de la que vendría.

Cuando Simon confesó sus temores, Belami le dijo:

—Sólo los imbéciles no sienten miedo antes de entrar en acción. Si uno tiene miedo después de empezar la batalla..., entonces es un cobarde.

«No temas, Simon. No eres un marica como De Ridefort, nuestro maldito Gran Maestro, demostró serlo aquí, en este mismo lugar. Si así no fuese, no consentiría que me acompañaras. Te portarás como corresponde, mi joven amigo. Aún te veré armado caballero.

Los sarracenos habían desfilado con las cabezas de varios caballeros francos de las fuerzas derrotadas de De Ridefort, ante las puertas de Tiberias. No fue una idea de Saladino. Más probablemente la orden provenía de Kukbuni o de alguno de los emires de Zcljuk.

El líder sarraceno no participaba en el sitio de Tiberias. Toda la ciudad estaba en llamas, pues las antorchas sarracenas la habían incendiado.

A pesar de todo, la princesa Eschiva se mantenía fuerte en su castillo, que dominaba la ciudad. Su esposo, el estoico Raimundo, comprendía que avanzar contra Tiberias para liberarla del sitio sólo redundaría a favor de Saladino. Dominando el deseo natural de rescatar a su esposa y todas sus posesiones del castillo, aconsejó noblemente a Guy de Lusignan que desechara cualquier intento de romper el sitio.

—¡He aquí un hombre! —exclamó Belami, cuando se enteró del sacrificio de Raimundo—. Ésta era una decisión difícil de tomar. Yo le saludo.

Al norte de la pequeña ciudad de Saffuriya, que se levantaba sobre las bajas colinas del noroeste de Nazaret, el ejército franco ahora ocupaba las Fuentes de Cresson, con toda su valiosa agua potable.

De las aldeas de los alrededores se podía conseguir comida, y la posición defensiva era suficientemente fuerte como para que Saladino lo pensara dos veces antes de atacarla. El campamento sarraceno estaba situado a diez millas al este de la posición del rey Guy, cerca del pueblo de Hattin, o Hittin como lo llamaban los árabes.

En los valles al pie del pueblo había agua en abundancia, así como muchos olivares y árboles frutales, entre los cuales el ejército podía ramonear a gusto. Entre ambos campamentos, cristiano y sarraceno, se

extendía el vasto llano carente de agua, muerto y ardiente bajo el sol del mediodía. Para liberar Tiberias, el rey Guy tenía que llevar a su ejército a través del árido desierto bajo un calor devastador. Parecía estar en jaque.

Cierto era que Saladino estaba de espaldas al mar de Galilea, y ello formaba un cuadro tentador en la imaginación del rey, pues visualizaba a su caballería pesada haciendo retroceder al ejército de Saladino por las empinadas cuestas hasta el enorme lago, donde Jesús de Nazaret había caminado sobre sus aguas. Quizá fuese ese espejismo en la mente del rey Guy lo que le movió a escuchar los apasionados argumentos de Gerard de Ridefort: atacar a Saladino antes de que avanzara contra Saffuriya.

En vano Raimundo de Trípoli advirtió al rey del peligro y la locura de semejante ataque, aun cuando con ello pudiese precipitar a la muerte a su propia familia en las asoladas ruinas de Tiberias.

Podía ser que el rey Guy ansiara una gran victoria para justificar su posición como flamante monarca de Jerusalén; un título que sólo le había sido conferido por las intrigas de su esposa, la reina Sibila. Sea cual fuere el motivo, el caso es que Guy de Lusignan escuchó el falso consejo de Gerard de Ridefort, que debía de verse como un inspirado profeta de la causa de los templarios.

A diferencia de otros grandes maestros del pasado, en especial entre los Capítulos fundadores, que contaron con muchos hombres notables de gran visión y premonición, De Ridefort era un figurón presuntuoso más que un experimentado y digno sucesor del extinto Arnold de Toroga.

Su único don parecía ser su persuasiva lengua. Haciendo caso omiso de las advertencias de Raimundo sobre los peligros que entrañaba el desplazamiento a través del indefendible Llano de Hittin, el rey de Jerusalén ordenó avanzar a sus fuerzas.

Belami se enfureció cuando le llegó la noticia.

—Coged cuanto odre con agua podáis encontrar, muchachos —ordenó a su pequeña fuerza—. Simon, vamos a tener que cabalgar en un día de calor abominable. Llena cada vasija que encuentres de agua hasta el borde. Nos hará falta hasta la última gota.

Después de santiguarse, el veterano se dejó caer de rodillas, junto con el viejo D'Arlan y Simon, e hizo elevar una oración castrense a su columna volante:

—Santa Madre, bendito Hijo de Dios, dadnos el coraje para resistir el dolor y el miedo, y la fuerza para cumplir con nuestro deber hasta el final. No nos abandonéis, pase lo que pasare. Non nobis, Domine, sed in tui nomine debe gloriam. No para nosotros, oh, Señor, sino en tu nombre, danos la gloria. Amén.

Se persignaron una vez más y volvieron a montar.

Cada lancero turco llevaba un odre de agua y algunos cítricos en una pequeña bolsa de forraje. Belami suponía que podría mantener a su reducida fuerza con vida y también brindar ayuda a otros, que no tardarían en encontrarse en apuros. Ya el sol impiedoso se abatía sobre ellos. Una vez en marcha, sería mucho peor.

El campamento de Saffuriya bullía de actividad, mientras los cruzados aprestaban a sus tropas, montaban a caballo y partían hacia Tiberias. Llevaban toda la provisión de agua que habían podido envasar, pero no era suficiente a menos que el ejército no viese interrumpido su avance a través de la árida llanura. La única vegetación era la hierba de pasto seca que se extendía por todo el desierto llano.

Ante ellos se encontraba un ejército que doblaba el número de cruzados y auxiliares. Con el refuerzo de las tropas exploradoras de Kukburi, Saladino contaba ahora con cincuenta mil airados y decididos musulmanes bajo su mando compartido. Estaban bien alimentados, bien aprovisionados y con abundante cantidad de agua. Sería este elemento vital el que decidiría el resultado final de la jornada.

Las fuerzas francas ofrecían un aspecto aguerrido, mientras una columna tras otra salía de las Fuentes de Cresson. Las banderas de guerra pendían casi inmóviles aquella mañana temprano sin viento fuerte, pero una ligera brisa hacía flamear los guiones, pendones y banderines de los caballeros cruzados. Hasta el momento, el gonfalonero de las tropas templarias no había desplegado el beauseant. Eso sólo ocurriría cuando comenzase la batalla.

Rezando, maldiciendo, rezongando o en silencio, el ejército del rey Guy de Lusignan salía lentamente del oasis verde y avanzaba a través de la polvorienta llanura, levantando una nube de arena fina en el aire quieto de la mañana.

En una altiplanicie desde donde se dominaba la llanura, los batidores sarracenos apenas podían creer lo que veían sus ojos. Lanzando gritos de alegría, galoparon en sus rápidas monturas para contarle a Saladino la increíble noticia.

—¡Alá ha puesto a los infieles en nuestras manos! —exclamó el comandante sarraceno, cuando los batidores cubiertos de polvo llegaron con el inesperado mensaje.

Era un viernes, el 3 de julio de 1187, fecha santa musulmana.

—¡Dad la alarma! —ordenó Saladino y salió de la tienda a grandes trancos para montar en el pura sangre blanco que había elegido para la contienda. Junto a él cabalgaba su joven hijo, de dieciséis años, El-Afdal. Sería su primera batalla.

—¡Allahu Akbar! —gritó su padre, y un estruendoso alarido de fanático reconocimiento de la «Grandeza de Dios» se elevó del numeroso ejército.

Saladino inspeccionó rápidamente su poderosa fuerza de escaramuzadores, y comprobó personalmente que los arqueros montados llevaran aljabas adicionales, llenas de flechas. Setenta camellos cargados con flechas acompañaban a las columnas volantes sarracenas. Además de este reaprovisionamiento para los arqueros, cuatrocientos carros con flechas se hallaban dispuestos a rellenar sus aljabas sobre la marcha.

Con los odres de agua repletos del precioso líquido, el ejército sarraceno avanzaba, dejando atrás sólo una fuerte fuerza simbólica para mantener el sitio de Tiberias. La hora del ajuste de cuentas se acercaba.

Inexorablemente, los dos ejércitos se iban acercando el uno al otro. Sobre ellos, el sol de Palestina se abatía con todo su ardor. El destino del islam estaba en manos de Dios, y los buitres volando en círculos parecían presentir la matanza que se avecinaba.

A dos millas al suroeste de Hittin la batalla había empezado. Una oleada tras otra de escaramuzadores barría los flancos de los cruzados. La lluvia de

flechas era incesante, pareciendo ocultar el sol, mientras nubes de saetas silbaban sobre los soldados cristianos. Un caballo tras otro, relinchando de agonía, caían cuando los dardos emplumados encontraban un sitio donde penetrar en sus cuerpos ligeramente protegidos. Guerrero tras guerrero, a veces con una docena de flechas sarracenas, o más, clavadas en su armadura, se encontraban sin montura y, heridos o no, no tenían más remedio que unirse a las largas columnas de infantería.

También éstas sufrían tremendamente; muchos infantes, al estar menos protegidos, recibían heridas graves bajo aquella lluvia mortal de flechas. La creciente necesidad de agua se agregaba a sus penalidades.

Los arqueros cristianos retornaban las descargas sarracenas y dejaban vacías muchas sillas de los escaramuzadores, pero la preponderancia de las bajas se volcaba hacia el lado de los cruzados.

—¡Que De Lusignan y De Ridefort se asen en el infierno! —murmuraba Belami con voz ronca—. Dios sabe que su ejército ya se está asando aquí.

Los dos servidores veteranos, al frente de sus lanceros turcos, se separaron de la columna y, junto con Simon, contraatacaron a los escaramuzadores, entre cuyas filas causaron más bajas que su propio número. Pero las nubes de flechas sarracenas no se desvanecían y los enjambres de escaramuzadores parecían no tener fin.

—¡Son como una maldita plaga de langostas! —exclamaba Belami—. ¡Vamos, mes braves, a la carga de nuevo!

Con todo, la columna de cruzados seguía avanzando, con las gargantas secas y cada vez más doloridas a causa de la densa polvareda que levantaban los sarracenos atacantes.

Saladino estaba en todas partes, alentando a sus hombres, instigándoles a perseguir a los cristianos que avanzaban lentamente y ahora casi se habían detenido en la árida llanura. Viendo su oportunidad, el líder sarraceno ordenó una carga de la caballería pesada, mientras sus arqueros montados volvían prestamente a los camellos para volver a llenar las aljabas de flechas.

Cuando la caballería pesada de los mamelucos chocó con los caballeros francos, la lucha fue mano a mano. En la densa nube de polvo resultaba

difícil de distinguir al amigo del enemigo. Los cristianos combatían como posesos, pero no se mostraban menos decididos en las filas sarracenas. Era una batalla desesperada..., sangrienta y cruel. El ciego furor se había apoderado de cristianos y musulmanes por igual.

Simon disparó su arco de tejo desde la silla de su montura hasta que se le terminaron las flechas de una yarda. Después de aquella fiebre asesina, que se cobró la vida de un sarraceno con cada flecha, el joven servidor no tenía posibilidad de volver a llenar la vacía aljaba. Desenvainando la espada, Simon de Saint Amand comenzó a descargar mandobles, sin preocuparse de sus propias heridas, segando vida tras vida desde la silla. Belami y D'Arlan, armados respectivamente de hacha de guerra y maza, se abrían paso a golpes junto a él; eran como los Cuatro Jinetes del Apocalipsis. También la locura de la batalla se había apoderado de ellos.

Al fin, D'Arlan cayó, con una flecha sarracena clavada en el pecho. Con el último aliento, aún logró decapitar al mameluco que le había matado.

El polvoriento suelo absorbió con idéntica sed tanto la sangre del sarraceno como la del cristiano. Durante generaciones por venir, el Llano de Hittin despediría hedor a muerte. Cualquier viajero sensible percibiría el horror y se apresuraría a alejarse de aquel terrible lugar, al igual como Belami, Simon y Pierre habían hecho en su primera patrulla por el desierto unos años antes.

Un ataque seguía al otro y, a pesar de todo, el diezmado ejército cruzado se mantenía vacilante en pie. Afortunadamente, la súbita oscuridad que siguió a la puesta del sol rojo como la sangre, trajo un temporario respiro.

El rey Guy estaba aturdido por lo que había hecho y se desvió hacia el norte, en dirección a los pozos del valle de Harram. Saladino permitió que su ejército realizara la maniobra y luego le atacó para cortarle el camino hacia el agua tan desesperadamente necesitada.

Había llegado la noche; un muro de benditas tinieblas, sin claro de luna, mitigó el calor del día. Los exhaustos cruzados acamparon o más bien se desplomaron sobre el suelo en el sitio donde se encontraban. Sólo la mitad del ejército cristiano volvería a levantarse a la mañana siguiente.

Belami y Simon anduvieron entre los heridos, dándoles unos sorbos de agua de los odres adicionales. Poca cosa más podían hacer. Ambos estaban casi exhaustos y débiles a causa de sus propias heridas. A pesar de todo, montaron guardia hasta que el sueño venció incluso a aquellos hombres de hierro.

—Mañana será un largo día —fue todo lo que Belami logró decir mientras se sumía en un sueño reparador.

Cuando el alba asomaba por el horizonte, los restos de un ejército otrora orgulloso se encontraron sin otra opción que establecer una última resistencia en uno de los Cuernos de Hittin.

Con el ánimo abatido, esperaron el ataque final del ejército sarraceno, que se había recuperado durante las largas horas nocturnas. No tuvieron que esperar mucho tiempo.

En la baja colina de Hittin se había levantado una tienda roja para cobijar a los pocos caballeros heridos que fueron dejados al margen de las aguerridas huestes. La sed era un rabioso tormento. Todas las reservas de agua se habían agotado. Incluso a la reducida fuerza de Belami, ahora limitada a una veintena de lanceros turcos heridos, le quedaba tan sólo un sorbo de agua por cabeza.

—¡Por nuestra Santa Señora —dijo Belami con voz ronca—, hemos combatido bien!

Simon asintió con la cabeza, aturdido por la fatiga. Al igual que Belami, había sufrido varias heridas de flecha, ninguna de ellas grave, pero todas severamente debilitadoras por la pérdida de sangre que ocasionaron. No obstante, Simon tenía el brazo izquierdo inutilizado, pues una espada sarracena le hizo un corte profundo en el antebrazo. Belami, haciendo caso omiso de su grave herida en la pierna, le vendó la herida con un pedazo de tela rasgado de su jubón de reserva.

—Hoy no voy a necesitar mudarme de ropa interior —murmuró roncamente cuando Simon protestó.

Saladino, siempre preocupado por no sufrir bajas innecesarias en su propio ejército, esperó hasta que el calor del sol naciente hubiera debilitado aún más a los cruzados.

—¡Prended fuego al pasto! —ordenó.

Un grupo de escaramuzadores al galope incendió la hierba seca. Se levantó viento y su ardiente soplo extendió el fuego como una tormenta de verano. La agonía causada por la sed se incrementó a raíz de la tortura del humo sofocante.

—¡Acabad de una vez! —gritó Belami, con voz ronca—. ¡Venid, paganos hijos de puta! ¡Mi hacha aún está sedienta de sangre!

Como en respuesta a ese último grito desafiante que salía de los labios escoriados del veterano, los sarracenos entraron a la carga desde todos lados. Los cruzados todavía combatieron, pero a menudo las espadas se desprendían de sus manos demasiado débiles para sostenerlas.

—¡Padre —gritó el joven hijo de Saladino—, luchan con valentía, pero no hay duda de que hemos vencido!

Protegiéndose los ojos con la mano del resplandor del sol del desierto, Saladino contemplaba tristemente las diezmadas fuerzas del ejército de De Lusignan.

—Sólo cuando la tienda roja caiga, Alá nos habrá dado la victoria, hijo mío —replicó.

Mientras esto decía, la tienda roja de De Lusignan se derrumbó bajo el embate de la caballería sarracena.

—¡Allahu Akbar! —gritó Saladino—. ¡La batalla terminó! ¡Ah la matanza! ¡Quiero a De Châtillon vivo! Quiero matarle personalmente.

La última carga de la caballería pesada barrió a los pocos Cruzados que seguían en pie como una ola al lamer una roca. Cuando hubo pasado, sólo los heridos se movían aún débilmente sobre el cuerno de Hittin empapado de sangre.

—¡Todo terminó! —fueron las últimas palabras de Belami antes de desplomarse sobre el cuerpo inconsciente de Simon.

OceanofPDF.com

15
INTERVIENE EL DESTINO

El ardor de la batalla fue abandonando lentamente a las tropas sarracenas que dominaban la colina cubierta de sangre. Saladino se adelantó al trote, sin dejar de pensar en la promesa que le hiciera a su hermana, Sitt-es-Sham. Si lograba encontrar a los tres servidores que le habían salvado la vida, les honraría como huéspedes de honor.

—Belami, De Creçy y De Montjoie —les dijo a dos de sus batidores que habían sobrevivido en el traicionero ataque de De Châtillon a la caravana de su hermana que se dirigía a La Meca y que, por consiguiente, reconocerían a los servidores templarios.

—Quiero que se les brinde toda clase de auxilios y de atenciones, si la voluntad de Alá ha querido que siguieran con vida. Mi médico personal, Abu-Imram-Musa-ibn-Maymun les atenderá.

Alá se mostró compasivo, pues sólo tardaron unos minutos en encontrar a los dos servidores malheridos, el cuerpo del mayor aún protegiendo al más joven mientras yacían sin conocimiento los dos juntos. Por supuesto, no encontraron ni rastro de Pierre de Montjoie.

Cuando los batidores condujeron al comandante sarraceno hasta donde ellos estaban, Saladino desmontó y les humedeció los labios con agua de su propio odre.

—Con la ayuda de Alá y los conocimientos de mi médico, vivirán —dijo.

Maimónides había acompañado a las fuerzas de Saladino al campo de batalla y ahora se apresuró a preparar el transporte de los servidores heridos en litera hasta Tiberias, pero primero debía curar sus heridas.

—Se les debe dar todos los cuidados necesarios y la atención adecuada —le indicó su señor.

Maimónides asintió con la cabeza, atusándose la corta barba gris, una costumbre que se había contagiado de Saladino.

—Sus heridas son graves, señor, pero si la fiebre no les mata, vivirán. ¡Allahu Akbar! —dijo el médico judío.

—¡Inshallah! —exclamó Saladino, y, volviéndose de cara a La Meca, inclinó la cabeza al suelo y elevó con las tropas victoriosas una oración de gracias.

El trato que dio a los demás prisioneros fue severo, pero piadoso. Sólo deseaba la muerte de un hombre, De Châtillon, y tenía que recibirla de su propia mano.

Sin embargo, algunos musulmanes extremistas sufíes ya casi habían dado muerte a todos los templarios y hospitalarios heridos. Saladino detuvo la matanza e hizo trasladar a los sobrevivientes a su tienda. Ésta había sido levantada en el campo de batalla, lejos de la carnicería que se había hecho con el grueso de las tropas cristianas. Allí, Saladino recibió formalmente a sus nobles prisioneros. Raimundo había huido después de un ataque abortado contra Taki-ed-Din, sobrino de Saladino, y Balian de Ibelin y Reinaldo de Sidón también pusieron pies en polvorosa. Ellos eran los únicos que se habían salvado de la matanza. Sus hombres yacían en Hittin.

El obispo de Acre fue muerto y la Vera Cruz cayó en manos de los sarracenos. Sólo un patético puñado de exhaustos sobrevivientes fue conducido a la tienda del sultán supremo.

Saladino recibió al rey Guy de Lusignan y su hermano Almaric, Reinaldo de Châtillon y su hijastro, Homfroi de Toron, Gerard de Ridefort, el Gran Maestro templario, y el anciano marqués de Montferrat. Aparte del señor de Jebail y el lord de Botrun, sólo unos pocos barones e hidalgos de bajo linaje habían sobrevivido.

Ofrecían un triste espectáculo mientras estaban de pie ante su vencedor. Éste era la cortesía en persona y ofreció al rey Guy y a los otros una copa de agua de rosas, enfriada con nieve del monte Hebrón. El rey bebió un sorbo del refrescante líquido y luego pasó la copa a Reinaldo de Châtillon.

Saladino inmediatamente gritó:

—¡Rey Guy, vos le disteis la copa a De Châtillon, no yo!

Su intención residía en evitar que el traicionero Reinaldo pidiera inmunidad, lo que habría podido hacer si hubiese recibido la copa de las propias manos de Saladino. De acuerdo con el protocolo de la hospitalidad musulmana, por el hecho de ofrecer comida o bebida a un prisionero o a un huésped, el receptor gozaba de inmediato de inmunidad mientras permaneciese en los dominios de su anfitrión. Al negarle a De Châtillon el derecho a reclamar por su vida y seguridad, Saladino había demostrado a todos sus intenciones con respecto al innoble caballero. Saladino le maldijo por sus crímenes. Sus palabras fueron muy amargas.

—Habéis deshonrado el nombre de vuestro linaje, asesinado a mujeres y niños inocentes, roto la Sagrada Tregua entre nosotros y abjurado de vuestra palabra de honor ante mí.

En el tenso silencio que saludó las palabras de Saladino, De Châtillon trató de sacar la daga que llevaba oculta bajo su sobrevesta. Con un destello de acero, Saladino empuñó su cimitarra afilada como una navaja y, de un solo golpe, cercenó la cabeza de De Châtillon.

Mientras el tronco decapitado se desplomaba sobre la preciosa alfombra de la tienda de Saladino, la barbuda cabeza rodó hasta los cojines de seda en que los demás prisioneros ilustres estaban sentados.

Mientras este drama tenía lugar en la tienda de Saladino, Maimónides y dos médicos árabes bregaban por salvar los miembros heridos de Belami y Simon de ser amputados. En ambos casos, la gravedad de las heridas no se hizo aparente de inmediato. En un examen más minucioso, el profundo corte en el muslo derecho de Belami, y el casi cercenamiento del antebrazo izquierdo de Simon habían dado a los médicos motivos de seria preocupación.

Compresas de agua de rosas helada y vinagre fueron aplicadas a las heridas, al tiempo que habían vertido elevadas dosis de opio en la garganta de los pacientes. Ambos seguían inconscientes debido a la profusa pérdida de sangre, pero su férrea constitución hacía prever que superarían el trance. Finalmente, les cauterizaron las heridas con hierros al rojo vivo.

Aquella silenciosa batalla tenía lugar en la tienda de Maimónides, que estaba preparada como sala de operaciones, con una mesa de madera bien fregada y un cofre grande con instrumentos, medicinas, drogas, pociones, ungüentos, brebajes y grandes cantidades de telas limpias.

También había siempre agua hirviendo sobre un fogón de carbón afuera, y Maimónides limpiaba escrupulosamente los escalpelos y todos sus otros instrumentos quirúrgicos en el líquido hirviendo antes de usarlos.

El sabio filósofo, médico y cirujano sabía que la infección y supuración de las heridas eran causadas, o agravadas, por la suciedad y las moscas. El primer peligro lo disminuía mediante el uso de instrumentos y otros materiales limpios, y el segundo lo evitaba empleando asistentes que ahuyentaran las moscas de las heridas de los enfermos mientras él operaba.

Cuando se dedicaba a este quehacer llevaba un turbante limpio bien ajustado a la cabeza y evitaba respirar directamente en la cara o las heridas de los pacientes. Maimónides había aprendido muchas de estas técnicas secretas en los papiros de los antiguos egipcios.

Los médicos árabes que formaban parte de su equipo en el campo de batalla contribuían aplicando una sucesión de cataplasmas calientes y frías para extraer los venenos de las heridas. Todo ese tiempo, Belami y Simon estaban considerablemente sedados, pero se les refrescaba dejando caer gotas de agua de rosas helada en la boca a través de un tubito de porcelana.

Al cabo de una hora, ambos pacientes tenían las heridas cosidas, con hilos de seda y agujas de bronce, y los miembros vendados con telas de hilo limpias y empapadas con destilados astringentes.

De nuevo, como sucedía con los procedimientos médicos del hermano Ambrose, el Aquae Hamamelis de los romanos figuraba en lugar prominente entre aquellos líquidos sanativos. Maimónides también

prescribió reposo y sueño, y abandonó la tienda para ir a informar a Saladino.

—Tienen una excelente posibilidad de sobrevivir. Sólo Alá sabe si se salvarán sus miembros.

Tocándose la frente, los labios y el pecho, sobre el corazón, en señal de obediencia y respeto, Maimónides se retiró de la presencia de Saladino para pasar el resto de la noche sentado al lado de sus pacientes en silenciosa meditación.

A medianoche, se sumió en un sueño profundo, y no tardó en advertir la presencia de dos seres junto a los camastros donde yacían sus pacientes. Inmediatamente reconoció a una de las figuras como la de su viejo amigo Abraham-ben-Isaac. La otra, presintió que se trataba de un pariente cercano del joven servidor que se encontraba reposando en profundo sueño provocado por las drogas.

El nombre de «Saint Amand» se le cruzó como un rayo por la mente. La voz de Abraham pareció que decía: «¡El padre del muchacho!»

Maimónides se sonrió en el sueño. Ahora sabía dónde había visto antes el rostro del joven templario; fue en un sueño anterior, cuando pasó una noche de angustia durante la crisis de la grave enfermedad de Saladino en Harram.

Por la mañana, todo el ejército de Saladino se marchó del campo de batalla cubierto de cadáveres. Las moscas habían aparecido por todas partes y el peligro de contagio por los cuerpos en estado de putrefacción se volvía inminente. Los sarracenos abandonaron a los muertos, aun a los propios, a los buitres, que ya celebraban su festín.

Los dos servidores templarios heridos fueron suavemente levantados en sus literas y llevados, aún en estado semicomatoso bajo el efecto de las drogas de Maimónides, a Tiberias, donde sus asistentes habían llegado por la mañana temprano para preparar un alojamiento temporario para los honorables huéspedes de Saladino. De allí, serían trasladados a Damasco para una prolongada convalecencia.

Maimónides consideró que un viaje demasiado largo, en aquel primer momento, hubiera puesto en riesgo los miembros heridos. Prefirió que

tuviesen una semana de reposo y de curación en Tiberias, antes de ser transportados en literas sobre caballos a Damasco.

Saladino, después de descargar su bilis al matar a De Châtillon, se sentía generoso y permitió que la princesa Eschiva partiera con todas sus pertenencias. El sultán sentía una profunda admiración por la firmeza que había demostrado al defender el castillo, y la envió con una fuerte escolta de vuelta al lado de su esposo, Raimundo III de Trípoli.

El sarraceno le pidió rescate por el resto de los prisioneros y éstos formularon un solemne juramento de no volver a combatir contra él. Sin embargo, una vez estuvieron de vuelta en sus respectivas provincias, todos abjuraron de la palabra de honor dada. Su libertad, en algunos casos, sería de cierta duración.

En Tiberias, ahora bajo dominio musulmán, Belami y Simon recuperaron transitoriamente el conocimiento. Si bien ambos sufrían terribles dolores, las pociones y soporíferos de Maimónides los mantenían en un nivel tolerable. Durante los largos periodos que Simon pasaba sumido en el sueño provocado por drogas, su cuerpo sutil abandonaba la forma física en Tiberias y vagaba por paisajes de ensueño.

Por el hecho de que su voluntad se encontraba sometida al efecto de los fuertes opiáceos, no podía controlar plenamente los viajes oníricos tal como Abraham le había enseñado. Necesidades inconscientes le llevaban a tierras lejanas y Simon se encontró planeando sobre De Creçy Manor.

Le pareció que se fundía a través de los muros y penetraba en el espacioso vestíbulo. Un rugiente fuego de leña ardía en el hogar de piedra. Sentados a ambos lados de la chimenea se encontraban Raoul de Creçy y Bernard de Roubaix, ambos dormitando. A sus pies descansaban dos grandes podencos que en seguida percibieron la «presencia» de Simon en el vestíbulo. Los animales se incorporaron y gruñeron, con las orejas echadas hacia atrás.

Raoul de Creçy se despertó y miró en torno para ver qué había provocado la alarma en los perros. Al no descubrir nada anormal, alargó la mano para acariciar al gran perro de caza. Con renuencia, el animal se

calmó. El otro comenzó a ladrar, lo que despertó a De Roubaix. También él miró a su alrededor, al tiempo que echaba mano a la espada que colgaba en su vaina del respaldo de la silla de madera de roble tallada. Los dos viejos caballeros estaban confundidos por el extraño comportamiento de los podencos; pero cuando los animales se tranquilizaron, no tardaron en volver a caer en el sueño ligero que las personas de edad avanzada encuentran tan placentero. Es uno de los pocos placeres de la vejez.

El alter ego de Simon volvió prestamente al cuerpo transido de dolor que comenzaba a despertar en ultramar. En otra ocasión, se encontró sobrevolando la catedral de Chartres. Dejándose caer, traspuso la arcada de entrada a la nave para posarse precisamente sobre el misterioso laberinto inserto entre las losas del suelo de la catedral.

La iglesia estaba inundada de una luz dorada, pero parecía estar vacía de gente. De pronto, una figura borrosa hizo aparición en el otro extremo de la extensa nave. Iba cubierta con la capucha de la blanca túnica de un caballero templario. En el preciso instante en que la presencia fantasmal llegaba al laberinto, su mano derecha echó hacia atrás la capucha para dejar al descubierto un rostro enérgico, con barba de color gris acerado, facciones clásicas y penetrantes ojos azules. La generosa boca se partió en una sonrisa.

Una voz grave dijo:

—¡Éste es mi hijo, y ello me complace!

La luz en torno a la figura del espectral caballero templario se volvió insoportablemente brillante; luego la visión se alejó velozmente al tiempo que Simon regresaba a su malherido cuerpo en Tiberias.

Una visión recurrente en sus sueños, sea durmiendo o estando despierto, era la de una mujer con velo. Simon presentía su bondad, y sabía que la visita estaba allí para curarle.

A veces la mujer extendía la mano para acariciarle el brazo herido o para pasar sus dulces dedos sobre las otras múltiples heridas que le cubrían el cuerpo. Enseguida sentía el calor que irradiaban sus dedos penetrando en sus heridas para aliviar la carne cortada y los huesos quebrados. La

sensación de paz que aquella mujer le causaba era algo que escapaba a su comprensión, pues era sagrado.

A veces, parecía haber dos mujeres, una a cada lado de la cama. Simon percibía que una era mayor y más diminuta que la otra. Ambas llevaban el rostro velado. Estaba seguro, sin embargo, que las conocía a las dos.

Pasaron varias semanas antes de que su cuerpo dolorido despertara un día libre de dolor. Las pócimas de Maimónides habían mantenido los peores tormentos a raya, pero aun el dolor tolerable, cuando persiste, resulta agotador, y cuando por fin Simon se vio libre de él, se sintió tan débil como un niño prematuro. Su vista resultó afectada y tenía dificultades para enfocar los ojos. Aquella mañana, su visión borrosa terminó por brindarle una clara imagen de su estancia de enfermo.

Era una habitación de alto techo, pintada de color blanco cremoso, con un revestimiento de azulejos con intrincados dibujos hasta la altura de la cintura. Un ventanal en forma de arco daba paso a una fresca brisa. A través del arco morisco, Simon podía contemplar las ondulantes palmeras y las matas florecidas que se extendían en vastos jardines.

El sonido de las fuentes y el trinar de los pájaros llenaban la habitación, mientras un viento céfiro llevaba la música tintineante de campanillas hasta sus oídos.

—¡El paraíso! —musitó Simon, extasiado—. Esto debe de ser el paraíso.

Había alguien en la estancia cuyo rostro le parecía conocido, si bien no lograba recordar el nombre. Era una cara hermosa, llena de compasión.

«Un ángel —pensó—. ¡Un ángel de verdad!»

El adorable rostro sonreía, en tanto que un alegre brillo iluminaba sus ojos violeta.

De pronto, Simon supo quién era.

—Sitt-es-Sham —murmuró.

¿Pero entonces quién era la mujer mayor?, se preguntó.

Inmediatamente, la hermana de Saladino se cubrió de nuevo la cara con el velo. Se volvió y se dirigió a otra persona hablándole su vibrante voz de grave acento.

—Despertó, Maymun. ¡Alabado sea Alá!

Otra figura se unió a ella. Era un hombre, de barba gris, y sonriente.

—Dios es grande, alteza —dijo—. El joven está recuperado.

El hombre se inclinó sobre el camastro de Simon.

—¿Puedes entenderme, hijo mío?

La voz del enfermo, ronca por el largo silencio, sonó como un débil graznido:

—¡Sí!

El hombre, en el final de la mediana edad, llevaba una gallah blanca y un prieto turbante sin ornamentos. Simon le reconoció.

—¡Maimónides! —murmuró, con voz apenas audible.

El médico judío asintió con la cabeza.

—Nuestros sueños nos han sido útiles, servidor De Creçy —dijo en un ceceoso árabe—. Te reconocí en el campo de batalla. Eres un discípulo de mi viejo amigo Abraham-ben-Isaac, el discípulo favorito, según me escribió, cuando me mandó una carta después de la batalla de Hittin.

Simon pareció alterarse, y su rostro macilento se llenó de espanto.

—¿Belami? —preguntó, con voz áspera—. ¿Está vivo?

—¡Y coleando! —le tranquilizó Maimónides—. Está en el cuarto contiguo. También él ha recobrado el uso de su miembro herido. Ambos sois muy afortunados.

—Amén —musitó Simon—. Pero perdimos la batalla.

—Una batalla no lo es todo. Poco daño han sufrido los escasos sobrevivientes. A todos se les ha permitido regresar a sus hogares. Saladino barre Outremer y Outrejourdain como el viento del desierto. Sólo mata a aquellos que merecen morir. El resto, así como sus mujeres e hijos, está a salvo. Saladino es un hombre compasivo.

—Sin duda. Nosotros lo sabemos y le damos las gracias. —De repente, el rostro del joven normando se puso tenso de ansiedad. Exclamó—: Perdimos la Vera Cruz. Yo la vi caer en manos sarracenas. El arzobispo estaba muerto, y el símbolo sagrado fue robado. Yo no pude hacer nada para evitarlo.

—No te preocupes, hijo mío. Saladino es un musulmán devoto. La Vera Cruz, como llamas al objeto sagrado, recibe un reverente cuidado. Nuestro jefe no escupe sobre los símbolos sagrados.

Maimónides puso una consoladora mano sobre la frente de Simon.

—¡Duerme, hijo mío! —murmuró en un tono grave e insistente—. Los párpados te pesan..., están cansados. Deja que reposen; te sientes mareado; relájate y deslízate fuera de tu cuerpo. ¡Duerme, hijo mío, duerme!

El último pensamiento de Simon antes de dormirse fue que Maimónides utilizaba las mismas técnicas que Abraham para liberar el cuerpo sutil de la forma física. Tenía plena confianza en el sabio.

Ningún hombre con tanta compasión en sus ojos podía hacer mal a nadie.

—¡Allahu Akbar! —dijo el médico en voz baja.

Cuando Simon se despertó de nuevo, ya era la mañana del día siguiente. Un rostro conocido le sonreía.

—¡Belami! —exclamó, con voz aún ronca, pero más fuerte.

El vapuleado veterano, con la cabeza vendada, cogió la mano de su pupilo con su férrea garra.

Estaba sentado en una silla de caña de alto respaldo, con las piernas apoyadas en un cojín. Uno de los miembros también lo llevaba vendado, mientras que el otro pie reposaba cómodamente dentro de una puntiaguda zapatilla roja.

—Te portaste bien —dijo el viejo soldado, la voz velada por la emoción —. Pero eres culpable de insubordinación.

Simon pareció sorprendido. Belami le sonrió con su amplia mueca habitual.

—¡Me diste un susto infernal! Pensé que estabas muerto. Eso merece un castigo según mi manual de instrucción. ¡Se supone que yo, Belami, como superior vuestro, soy quien debe daros un susto infernal a vos, joven servidor De Creçy!

Simon rió débilmente.

—Gracias a la Virgen María, hemos sobrevivido ambos. Me alegro de no haberte decepcionado, Belami, ni a mi padre, ni a mis tutores y

camaradas.

Ambos estaban demasiado cansados como para conversar largamente y no tardaron en quedarse dormidos. Al despertar, era muy entrada la tarde y les sirvieron la primera comida sólida: fruta y leche, un sustancioso caldo de carne y pan árabe sin levadura, rociado con copiosos tragos de agua de rosas helada.

Belami tenía mejor apetito que Simon, pero se dieron cuenta de que les costaba más ingerir la comida que antes. La falta de ejercicio les había debilitado considerablemente y ambos servidores estaban por debajo del peso normal en su estado físico óptimo. Regenerar sus músculos estragados les llevaría mucho más tiempo de lo que suponían. De hecho, transcurrió un mes más antes de que la fatiga de la batalla abandonara sus cuerpos magullados.

Maimónides llegaba todas las mañanas y tardes para ayudarles a ejercitar sus miembros heridos, que cuando menos ahora ya no les causaban dolor.

Largos periodos en los baños de vapor en los que a los sarracenos les encantaba distenderse, acompañados de hábiles masajes en manos de los ayudantes de Maimónides, devolvieron finalmente a los dos heridos el pleno uso de sus cuerpos.

Fue un día emocionante cuando Simon y Belami hicieron el primer recorrido a pie por los extensos jardines del palacio. Se sentían exultantes.

Considerando el grado de las heridas, su completo restablecimiento era un pequeño milagro, que se debía en buena medida a los conocimientos médicos de Maimónides y al amoroso cuidado de la Señora de Siria. Era ella quien establecía la dieta y, a menudo, sin ser vista, velaba su sueño.

Estas atenciones de parte de la hermana de Saladino iban especialmente dirigidas a Simon. Ninguno de ambos pacientes sabía que aquella notable mujer dedicaba tanto tiempo a su bienestar. Incluso cuando hacían ejercicio en los campos del palacio, Sitt-es-Sham les observaba discretamente desde detrás de la persiana de una ventana, y sus ojos seguían atentos todos y cada uno de los movimientos que Simon hacía.

Una semana más tarde, Simon volvió a ver a la Señora de Siria. Su esbelta figura velada entró a su dormitorio a la puesta del sol. La princesa sarracena iba acompañada de su dama de compañía a quien despachó en silencio. La acompañante se retiró con toda discreción, con una risita conspiratoria. Los sentidos de Simon, después del contacto íntimo con la muerte, se habían agudizado y podía oír, ver, sentir y presentir cosas más rápidamente y a mayores distancias.

En este caso, el joven normando captó la presencia de Sitt-es-Sham aun antes de que ella hubiese doblado la esquina del corredor que conducía a su puerta. Era algo absolutamente misterioso.

Cuando estuvieron solos, Simon se volvió tremendamente tímido.

Sitt-es-Sham se dio cuenta de su extrema cortedad y habló en primer lugar.

—Servidor De Creçy —dijo con su tono grave y dulce que hizo correr un escalofrío por la espina dorsal de Simon—, es mucho lo que tengo que agradeceros, tanto a vos como a vuestro aguerrido compañero.

El joven normando tartamudeó:

—¿Por qué, alteza?

Estaba auténticamente azorado. La Señora de Siria se sonrió. Aún llevaba el velo, pero sus adorables facciones se podían distinguir bajo la fina seda del yashmak.

—Por mi vida. A vos y al servidor Belami y a vuestro otro compañero.

—El servidor De Montjoie. Pierre de Montjoie estaba con nosotros en aquel momento, alteza.

—¡Por supuesto!

La hermana de Saladino soltó una risita.

«Como una brisa de verano», pensó Simon.

—Los tres me salvasteis de la muerte en manos del Hashashijyun.

—Era nuestro deber, alteza. Belami se dio cuenta inmediatamente de que el caballero franco que os atacaba era en verdad un Asesino.

—Lo recuerdo bien —repuso la señora—. Nunca podré pagaros la deuda que tengo con vos... —Hizo una breve pausa—. Con todos vosotros.

He pensado en lo que hicisteis por mí, muchas veces. —Su esbelta figura se acercó aún más a Simon—. Os estoy profundamente agradecida.

—No, alteza. Soy yo..., es decir, Belami y yo... quiénes estamos en deuda con vos. Os agradecemos con toda humildad y profunda gratitud vuestra gran bondad y conmiseración.

Simon calló, pues sus aguzados sentidos captaron su suave perfume, con reminiscencia de flores silvestres y fragancia de orquídeas.

A pesar suyo, Simon exhaló un suspiro. Inmediatamente, la hermana de Saladino dejó caer el velo, y de nuevo los sentidos del normando se turbaron mientras contemplaba los maravilloso ojos violeta de la joven. Los húmedos labios de la princesa se abrieron en una cálida sonrisa invitadora.

Simon recurrió a su vacilante fuerza de voluntad. Sitt-es-Sham estaba muy cerca de él.

—Alteza —balbuceó—, ¿quién era la otra dama que estaba de pie junto a mi cama cuando veníais a visitarme?

La pregunta salió de sus labios involuntariamente. Sitt-es-Sham se sobresaltó.

—Yo venía sola —respondió—; sólo Maimónides estaba aquí conmigo.

—Pero, alteza, yo vi claramente a esa mujer, a pesar del dolor que me atenazaba. Era más menuda y mayor que vos. Recuerdo claramente que a veces no llevaba velo y sonreía. De un modo extraño, la señora se parecía a vos, como si fuese un familiar cercano.

Simon sentía auténtica curiosidad por conocer la identidad de su otra visitante. Sitt-es-Sham estaba desconcertada.

—Según vuestra descripción, podríais referiros a una tía mía, del lado materno de mi familia. La «Señora de Tiberias», le decían. La recuerdo de cuando yo era una niña. Difícilmente podría olvidarla, pues tenía unos ojos extraordinarios. Eran de un color azul brillante..., como el pecho de un pavo real. —Su voz se convirtió en un susurro—. Como los vuestros, servidor De Creçy.

Siguió un breve silencio; luego Simon dijo:

—¿Puedo preguntaros qué fue de ella, alteza?

—Creo que falleció, en Tiberias, pero de eso debe de hacer más de veinte años.

—¿Cómo murió, mi señora?

La voz de Simon era apremiante, insistente.

—Al dar a luz —respondió en voz baja la hermana de Saladino—. Hay un misterio en torno a su muerte. Su hijo, mi primo, nunca fue encontrado. Al parecer, al niño le secuestraron. Se cree que fueron los hombres de Sinan-al-Raschid. ¿Por qué lo preguntáis?

—No lo sé exactamente —contestó Simon, ahora completamente azorado—. Creí que la dama que vi a vuestro lado, esas noches, era real. Ciertamente, lo parecía. Debió de ser todo un sueño.

Para ocultar su confusión, Simon se había vuelto de cara a la pared. Tenía el rostro colorado de turbación, y sintió que se desvanecía.

—¿Tenéis fiebre? —preguntó Sitt-es-Sham, preocupada.

—No, alteza. Es sólo que la señora que me pareció ver responde también a otra descripción. Acabo de recordar que Belami me contó que mi madre falleció en Tiberias. —Bajó la voz—. Eso también ocurrió hace veinte años.

Antes de que alguno de los dos pudiese continuar, golpearon suavemente a la puerta. Sitt-es-Sham se puso inmediatamente el velo de nuevo.

—¡Adelante! —dijo en voz baja.

Era su dama de compañía. Durante unos segundos conferenciaron quedamente en árabe, y luego la hermana de Saladino se dirigió a Simon.

—Volveremos a hablar de esta extraña coincidencia. Ahora debo irme.

Simon sintió que sus dulces dedos le acariciaban el brazo, y acto seguido ella salió.

Damasco era la ciudad preferida de Saladino. También era una de las joyas arquitectónicas del islam. Allí se encontraba la universidad donde el líder sarraceno había pasado la juventud a los pies de sus maestros.

La bella ciudad estaba construida de acuerdo con las proporciones de la Sagrada Geometría. Sus edificios de estuco amarillo y los altos minaretes

blancos parecían ensoñados en el calor de las tardes perezosas. Era el hogar de las artes y, como Isphahan, su ciudad universitaria rival, Damasco contenía todo cuanto era sagrado y de valor en las formas de vida musulmanas.

Cuando Simon y Belami tuvieron fuerzas suficientes como para pasear entre las omnipresentes rosas y palmeras de las plazas y jardines de rumorosas fuentes, el joven normando se enamoró de ella. Una vez más tuvo la extraña certeza de conocer la ciudad a consecuencia de los sueños en que la había sobrevolado, admirando sus mezquitas, minaretes, palacios y espaciosos edificios, tan perfectamente emplazados debajo de él.

Toda la placentera sensación de espacio y resolución le volvió a la memoria en cuanto Simon puso un pie fuera del palacio del sultán. Aquella nueva agudeza de los sentidos también le proporcionaba una profunda penetración para apreciar las proporciones de las cosas.

Flanqueado por Belami en un costado y por Maimónides en el otro, aquellas primeras breves excursiones por la ciudad inundada de rosas se grabaron en la mente de Simon para el resto de su vida. Posteriormente, cuando los templarios pudieron volver a montar, esos paseos por Damasco los esperaban ambos con ansia. Belami, con su espíritu práctico, hacía tiempo que sentía interés en las formas de vida musulmanas, y había aprendido a apreciar la belleza encumbrada de la arquitectura árabe, si bien no poseía la facilidad para la matemática y la geometría que tenía Simon.

La reacción de Maimónides ante el discípulo favorito de su amigo, fue tan entusiasta como lo había sido la de Abraham-ben-Isaac. Cualquier erudito auténtico que sea por naturaleza vanidoso, sabe apreciar los dones de un discípulo aplicado, y los dos sabios judíos advirtieron aquella cualidad en la humildad genuina y la mente inquiridora del joven normando. Sus maestros le brindaban lo mejor de sí mismos.

Maimónides le dijo a Simon:

—Todo cuanto he aprendido hasta el momento procede de las civilizaciones del Mediterráneo, incluyendo el Oriente Medio, y la mayoría de ello en algún momento estuvo depositado y conservado en las bibliotecas perdidas de Alejandría y Bizancio.

«Mis escasos conocimientos sobre medicina se deben a la obra de Galeno y Abu-ibn-Sinah, el médico que supo ahondar en las causas de las enfermedades y males que atacan al cuerpo humano.

«Muchos de los conocimientos sobre el uso de las hierbas y plantas medicinales provienen de los mundos musulmán, griego y latino. En Catay también se encuentran aquellos que han realizado estudios concienzudos de un sistema de nuestro organismo que, según creen, rige los efectos de nuestros sentidos y los procesa en forma ordenada dentro de nuestro cerebro.

«He tenido muchos pacientes que han sufrido cortes de espada y otros golpes traumáticos en la cabeza. A menudo su cerebro quedó afectado y a veces se les paralizaron los miembros, aun cuando los brazos y las piernas no parecían haber recibido herida alguna. Mediante masajes intensos, que son un invento de los árabes, he observado que a menudo puede lograrse que recuperen en parte, si no totalmente, la movilidad del pie, la mano, la pierna o el brazo afectado.

«De ello se desprende que debe de existir un sistema de comunicación en el organismo que denominamos nervios. Estos actúan como transmisores de las señales del cerebro a los distintos órganos y extremidades del cuerpo, de ida y de vuelta. Además, aplicando presión en ciertas zonas especificas del cuerpo, como en una de las principales arterias del cuello, llamada carótida, se puede provocar un estado de inconsciencia casi instantáneamente.

«Inversamente, creo que el estímulo del masaje y del «flujo sanador», que ciertas personas muy enérgicas pueden transmitir a una persona herida, mejora a los pacientes que han quedado seriamente debilitados. Combinando estas técnicas con una dieta regular de alimentos nutritivos, mis colegas y yo, con la ayuda de Alá, os hemos devuelto la salud en un grado considerable.

—Por lo cual, os estaremos eternamente agradecidos —dijo Simon, mientras Belami asentía vigorosamente con la cabeza.

—No obstante, sin vuestro deseo de vivir y de recobrar la salud, nuestros esfuerzos de nada hubiesen servido. ¡En última instancia, parece

que es el paciente quien decide si quiere seguir viviendo o no! Eso y, por supuesto, la voluntad de Alá.

Maimónides era un devoto deísta.

En el palacio había una excelente biblioteca y en el terreno de sus jardines se levantaba un observatorio astronómico, dotado de una altísima escalera de piedra, que se elevaba hacia el cielo, que constituía un magnífico puesto de observación para determinar la posición relativa de los astros. También había un estanque circular de puro mármol blanco rodeado de varios bancos de piedra, en cuyas aguas claras como el cristal se reflejaba una imagen perfecta del cielo nocturno.

Una torre circular, en el interior de la cual ascendía una escalera de caracol, brindaba aún otro excelente observatorio para la astronomía de posición por medio de ventanas abiertas en sus muros con exacta precisión matemática.

Los astrónomos árabes poseían un extenso conocimiento de las estrellas, muchas de las cuales, como Aldebarán, Mizar, Altair y Niobe, fueron bautizadas en honor de los descubridores.

Aparte del uso de la astronomía en el arte de la navegación, el conocimiento pleno de las divisiones en estaciones del año solar y los efectos de las fases lunares en las cosechas, en el apareamiento de los animales y los ciclos de gestación era de fundamental importancia en aquella parte del mundo, donde el hambre y la sequía podían hacer estragos terribles.

Simon estaba fascinado por los vastos conocimientos de los musulmanes sobre astronomía y lo intrincado de sus instrumentos. Su alegría fue completa cuando una mañana un sonriente Maimónides le llevó un inesperado visitante.

Era Abraham-ben-Isaac.

Maestro y discípulo se abrazaron en silencio, demasiado emocionados para hablar. Por fin, Simon encontró la voz.

—¿Qué estáis haciendo aquí en Damasco?

—El destino, como siempre, ha guiado mis pasos hasta esta bella ciudad..., o, para ser más preciso, la suerte quiso que montara un camello

hasta Damasco. —El sabio se frotó las posaderas—. No se hizo para mí ese sistema de transporte, y mis épocas de jinete hace tiempo que pasaron. A falta de una adecuada silla y cuatro forzudos nubios para llevarme, sólo me quedaba la opción de elegir un camello.

—¿Qué ha sucedido en la cristiandad? Hemos estado fuera del mundo. A no ser por la gran bondad, conocimientos y compasión de estas buenas personas, tanto Belami como yo estaríamos muertos hace muchas semanas.

Simon estaba sediento de noticias de la Jehad. Sólo ahora se daba perfecta cuenta de cuán aislados habían estado durante el periodo de curación y la larga convalecencia. Advertía con sentimiento de culpa que, a causa de todas las maravillas de Damasco, no se había detenido a preguntar qué sucedía fuera de las murallas de la ciudad y la órbita inmediata de su lugar de recuperación.

Abraham se sonrío.

—Tantas cosas han ocurrido, que resulta difícil saber por dónde empezar. Después del desastre de Hittin, nada pudo detener a Saladino. Sólo Tiro y Acre siguen firmes en manos cristianas, aunque algunos castillos aislados, como Krak des Chevaliers, aún resisten. Hasta Jerusalén ha caído, después de un corto estado de sitio.

Belami acotó:

—Las murallas eran lo suficientemente fuertes. ¿Cuál fue el sector que Saladino atacó?

—El oriental —repuso Abraham—. Sus zapadores abrieron una brecha y parte de la muralla se derrumbó. Al parecer no hubo mucho espíritu de resistencia.

Belami manifestó su disgusto con un gruñido.

—¿Muchos muertos? —preguntó Simon, con ansia.

—Relativamente pocos. El rey Guy y el duque Raimundo ya habían desmembrado previamente la guarnición. Jerusalén cayó sin necesidad de provocar una gran matanza. Saladino se mostró extremadamente compasivo y dejó que la mayoría de los ciudadanos abandonaran la Ciudad Santa mediante el pago de un rescate simbólico, de sólo unos pocos besants. A los

más ancianos o pobres les dejó en libertad sin siquiera el pago de esa pequeña suma.

«Saladino tiene más interés en restaurar y volver a consagrar los muchos lugares sagrados musulmanes que inexcusablemente los cristianos destruyeron, que en quitarles a los ciudadanos de Jerusalén las pocas monedas de oro que les quedaban. Es realmente un gran hombre. Si se hubiesen dado vuelta las tornas y De Lusignan, Raimundo y Heraclio hubieran sido los triunfadores, todos los prisioneros musulmanes habrían sido pasados por las armas. Saladino ha dado a la cristiandad una gran lección de piedad y generosidad. Con tristeza debo decir que no puedo nombrar a ningún noble cristiano que pueda aprovechar esa gran lección.

«Heraclio, el patriarca, tenía más interés en apoderarse de los tesoros de Jerusalén acumulados a lo largo de los años, que en agradecer a Saladino que le perdonara la vida y le dejara todas sus pertenencias.

«Daba asco ver a la Ciudad Santa saqueada no por los sarracenos, que la trataron con notable respeto, sino por los avarientos notables cristianos, que han robado de los altares y lugares sagrados todos los objetos de valor a que pudieron echar mano.

La risotada despectiva de Belami contrastaba con el disgusto de Abraham.

—Ese condenado patriarca debe de ser un adorador del diablo. Tiene la misma suerte de Satanás cuando se trata de salvar el pellejo. ¿Qué se sabe de Raimundo de Trípoli y la princesa Eschiva? La última vez que vi al duque Raimundo, huía al galope de Hittin en un veloz caballo.

—Se rumorea que murió de pena y de mortificación en Acre, a pesar de que Saladino permitió que su esposa se uniera a él con todas sus pertenencias. De Châtillon también está muerto, decapitado por el propio Saladino.

—¡Eso me hace creer en la Justicia Divina! —exclamó Belami—. ¿Y qué hay de De Lusignan?

—Liberado con rescate, después de formular un sagrado juramento..., del que Heraclio le ha dispensado, por supuesto. El rey Guy actualmente resiste en Tiro.

—¿Y nuestro aguerrido Gran Maestro? —preguntó Belami, con tono preñado de desprecio.

—Gerard de Ridefort está conspirando para recuperar los territorios perdidos. Tiro resiste principalmente a causa de la iniciativa de Conrad de Montferrat. Se hizo a la mar desde Bizancio con una resuelta fuerza de caballeros francos y asumió el mando en Tiro poco antes de que las tropas de Saladino quebraran sus defensas. Se trata de una posición vital, que protege el estrecho cuello rocoso que une el puerto de Tiro con la tierra firme de ultramar. Después de meses de sitio, aún sigue firme.

«De Montferrat es un líder nato. Saladino cometió un grave error al retirarse de allí. Le hizo perder el impulso que llevaba después de la matanza de Hittin. Hasta llegar a Tiro, los sarracenos asolaron ultramar casi sin encontrar resistencia.

—¿Cómo pudisteis escapar de Jerusalén y cruzar las líneas sarracenas? —preguntó Simon.

Maimónides intervino:

—Yo mandé a buscar a Abraham y obtuve un Iaissez-passer de Saladino. Raimundo estaba muerto, por lo tanto no tenía benefactor alguno. Un erudito como mi buen amigo es más útil construyendo instrumentos para nuestro observatorio en Damasco, que buscando a otro patrocinador cristiano.

Con todas las emociones de la llegada de Abraham y las lecciones de Maimónides sobre los principios de la anatomía, la medicina y los fundamentos de la física y el conocimiento de las hierbas, la mente de Simon tuvo poco tiempo para entretenerse pensando en la adorable Señora de Siria; pero por la noche, sus sueños se llenaban con su imagen. Simon estaba profundamente perturbado.

Una situación similar enfrentaba Sitt-es-Sham. Ella amaba a Simon, pero estaba confundida con respecto a cómo debía presentarse a él. No se trataba de un infiel común y corriente que se hubiera alegrado de poder sacar ventaja por el hecho de haberle salvado la vida. Simon era un hombre honorable, evidentemente tímido e inexperto en las lides del amor.

Sus principios y escrúpulos constituirían un obstáculo difícil de salvar si la Señora de Siria pretendía ofrecérsele. Además de todo esto, existía la posibilidad de que, de hecho, la madre de Simon de Creçy y la de ella hubiesen sido hermanas. La situación requería una profunda meditación y el consejo de algún amigo de confianza. Ese amigo, decidió ella, era Maimónides.

El médico judío no sólo aconsejaba a Saladino sobre temas médicos, sino a toda su familia también. Sitt-es-Sham solicitó su consejo, «en nombre de un familiar cercano», lo que, por supuesto, era pura invención. Maimónides tenía una maliciosa idea de la gravedad de la situación en que la Señora de Siria se encontraba. Después de ponderar sus palabras, le dijo:

—Saladino posee un gran sentido del honor, y su gratitud es más que manifiesta. Sé que respeta profundamente a los dos servidores templarios, mientras que la Orden del Temple ha sido el objeto de su ira hasta la fecha. Me contó que desea comentar con los servidores las nuevas tácticas con la caballería y la infantería. Entiende que Simon de Creçy es un excelente estudioso y, a cambio de haberle salvado la vida a vuestra alteza, tiene la intención de preguntar a esos valientes qué es lo que más complacería sus deseos. Ya sabe que Belami es un hombre que goza de la belleza y el amor de las mujeres, por lo que sin duda Saladino dará las instrucciones necesarias para que las huríes de la corte satisfagan las necesidades del servidor mayor en ese sentido.

«Sin embargo, no me parece que nuestro Gran Jefe acepte muy complacido la idea de que un miembro de su familia se vincule con un joven infiel a no ser por lazos matrimoniales, lo que significaría la conversión de él a la fe del islam. ¿Habéis dicho, alteza, no es cierto, que el familiar que se encuentra en esta difícil situación es una prima vuestra?

Sitt-es-Sham inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Sin embargo —continuó Maimónides—, no creo que vuestro hermano se oponga a una íntima amistad, siempre y cuando a priori, ello no traiga complicaciones.

«Por lo tanto, yo aconsejaría a vuestra prima, alteza, que sea absolutamente discreta. Por mi parte, borraré de inmediato el asunto de

mente.

Fue un buen consejo, y Sitt-es-Sham lo siguió al pie de la letra.

Como sea que Saladino no había regresado del sitio de Tiro, el tiempo no fue enteramente un factor decisorio. En cuanto al lugar y la oportunidad, resultaron ser el observatorio, donde Abraham y Simon pasaban largas horas observando los astros.

Naturalmente, ello requirió la plena cooperación del astrónomo. Ésa fue otra cuestión que Maimónides tuvo que asegurar.

Una cálida noche perfumada por las flores, en que reinaba el lado oscuro de la luna, Simon convino con Abraham pasar unas horas de su vigilia observando el planeta Júpiter, que se hallaba en ese momento en su punto alto.

Se encontraba en la cerrada torre del observatorio, esperando a su maestro, cuando oyó el suave roce de la seda. Simon se ocultó en las sombras, pues el ruido era extraño en los recintos del observatorio.

Antes de que pudiese dar el alto al intruso reacción natural en un entrenado servidor templario, los suaves dedos de Sitt-es-Sham se posaron sobre sus labios.

Sin decir una sola palabra, ella le condujo hasta un sofá adosado a la pared del observatorio y se sentó, atrayendo a Simon a su lado.

El velo cayó de su rostro, y ella se acercó al joven Simon. Su perfume era sutilmente provocativo y la fragancia natural de su cuerpo contribuyó a despertar los sentidos de Simon.

La estrechó entre sus brazos. Sus labios se fundieron en un prolongado beso extasiado; ambos dándolo y ninguno recibiéndolo. La lengua de Sitt-es-Sham se deslizó entre los labios de Simon y la pasión de ambos fue en aumento.

Los templarios habían adoptado la vestimenta árabe desde su llegada a Damasco. En el caso de María de Nofrenoy, la cota de malla de Simon frenó las ávidas manos de la joven. En cambio, las caricias de la hermana de Saladino no encontraron semejante obstáculo. Simon estaba sumido en éxtasis mientras los finos dedos de Sitt-es-Sham exploraban su ansioso

cuerpo. Cuando encontraron su virilidad, ambos lanzaron un suspiro anhelante desde el fondo de su corazón.

Sobre el mullido sofá, envueltos en la capa de la Señora de Siria, Simon de Creçy y la princesa Sitt-es-Sham se convirtieron en amantes.

Simon sintió que el Wouivre se agitaba en su sueño en tanto su éxtasis alcanzaba el clímax.

La urgencia de los suspiros de su amante real le decían que también ella sentía que se elevaba en el preciso instante que sus sedientos muslos exhalaban su espíritu. Juntos alcanzaron el pináculo del amor.

OceanofPDF.com

16
A GNOSIS

Saladino regresó a Damasco triunfante. Ahora su imperio se extendía de Egipto a la parte septentrional de Palestina. Sólo unas pocas plazas fuertes aisladas resistían el acoso del líder ayyubid, conquistador absoluto. La Ciudad Santa había sido reconquistada en una breve campaña, casi sin derramamiento de sangre. La Cúpula de la Piedra, la mezquita Al-Aqsa y todos los lugares sagrados de Jerusalén eran sometidos a una intensa limpieza y vueltos a consagrar por los imanes.

Con horror, Saladino se enteró de que muchos santuarios musulmanes habían sido profanados al ser usados como letrinas y, por supuesto, también la mezquita Al-Aqsa sufrió la violación causada por los templarios. La habían usado como cuartel general y como establo. Los hospitalarios no parecían estar implicados en aquella especie de profanación perversa, que era consecuencia del grado de fanatismo de un reducido número de grandes maestros templarios. Odó de Saint Amand, hombre colérico y resoluto, sin embargo no había sido culpable de esa suerte de vandalismo. Pero otros, como Gerard de Ridefort, habían fomentado esas actitudes viles hacia los «paganos idólatras».

Saladino llevaba tan sólo unos días en Damasco cuando invitó a sus huéspedes cristianos a reunirse con él en una diwan privada. Este término servía para describir cualquier reunión de personas notables, pero en este caso los únicos que estaban presentes eran Saladino, Maimónides y

Abraham, como flamante astrólogo de la corte, la guardia personal de Saladino y sus invitados de honor, Simon y Belami.

En primer lugar les abrazó a todos, luego les agradeció formalmente el aguerrido rescate de la Señora de Siria. Cumplida la parte oficial de la diwan, Saladino abandonó el papel de sultán supremo de los sarracenos y asumió el que más le complacía representar: un anfitrión sincero y considerado de huéspedes de honor.

Les dijo a los templarios:

—Os vi en el campo de batalla. Sois valientes. Maimónides me dice que estáis completamente recuperados. Yo os rindo honores. Nosotros somos enemigos por la fuerza del destino; es decir, en lo que se refiere al encuentro en el campo de batalla. Confío que aquí, en mi reino, estas diferencias de opinión religiosa no interferirán en nuestra relación como anfitrión y huéspedes de honor, y espero que seréis también amigos míos. Olvidaros de que sois templarios y decidme de qué manera puedo serviros mejor. Vos, servidor Belami, sé que sois un famoso guerrero en vuestra Orden. Uno de nuestros comandantes de caballería, Taki-ed-Din, sobrino mío, quedó muy impresionado por la forma en que utilizasteis la caballería y la infantería en una combinación única. También observé a vuestra columna en acción. Fue una maravilla contemplarlo. ¿Fue idea vuestra esa maniobra tan original?

Belami sonrió, su recia figura manca, ataviada con una gallabieh blanca y burnous, contrastando con el líder sarraceno más alto y flaco, de nariz aguileña, que estaba de pie junto a él.

—No, señor, la maniobra se remonta a los romanos. Se dice que la ideó César Augusto.

—No obstante —repuso el sonriente sarraceno—, la utilizasteis bien. Os admiro por vuestra honestidad. Y vos, joven señor —agregó, dirigiéndose a Simon—, vi que usabais un arma desconocida para mí: un enorme arco que dispara largas flechas con una puntería mortal. ¿Cómo se llama?

—Arco largo, señor. Está fabricado con una madera muy flexible, llamada «tejo». Los galeses la han convertido en su arma más temible.

—¿Tenéis el arco aquí? —preguntó Saladino.

—¡No, señor! Lo perdí en los Cuernos de Hittin, junto con mi caballo, Pegaso.

—Es triste perder a un buen corcel. Os ruego que, con toda libertad, escojáis una buena montura de mis establos. Nuestros caballos árabes no son de huesos tan pesados como vuestros grandes caballos de guerra francos, pero nos sentimos orgullosos de ellos y son veloces como el viento.

La conversación se había vuelto tan distendida, que un observador habría tomado la diwan como una reunión entre amigos más que un encuentro cara a cara entre enemigos declarados; pero es que aquellos hombres eran excepcionales.

La cena fue, como es habitual en Arabia, un evento alegremente informal, en que muchos platos se servían en bandejas comunes de donde tanto el anfitrión como los invitados se servían ellos mismos. Sólo se usaban los dedos de la mano derecha para llevar la sazonada comida y su acompañamiento a base de arroz, de las grandes bandejas de cobre que humeaban sobre los braseros de carbón, a la boca de los comensales.

A menudo, el propio Saladino elegía un bocado selecto y lo ofrecía a alguno de sus invitados. A lo largo de la comida, se iban bebiendo copiosos tragos de agua de rosas y pequeñas tazas de té de menta, y Simon aprendió a eructar de satisfacción al término de cada plato.

—Os felicito a ambos por vuestro árabe excelente —dijo su anfitrión. Su sonrisa se volvió maliciosa—. Entiendo, servidor Belami, que vuestro vocabulario de blasfemias árabes es extenso. Abu-Maymun, con reverendo temor, escuchó que pronunciabais varias frases escogidas mientras sufríais el dolor de vuestras heridas.

Una risotada de Belami acogió el comentario de Saladino.

—Señor —dijo—, me sentiría muy honrado si me enseñarais algunas más. Veo que el árabe es una lengua magnífica para la poesía, para hacer el amor y para blasfemar.

Saladino rió. Su risa era una expresión tan franca de buen humor como la de Belami. En conjunto, fue una espléndida velada.

Durante la conversación, Abraham y Maimónides elogiaron la inteligencia de Simon, y el médico de Saladino pidió permiso para llevar a

su joven paciente a conocer a Osama. A Saladino le brillaron los ojos.

—He ahí a un gran maestro. Tiene casi noventa años, pero sin embargo su mente aún se eleva como un águila. ¿Qué temas deseáis discutir con él?

Saladino miró a Simon con curiosidad.

—Más que discutir, lo que significa igualdad de conocimientos, deseo aprender de él. Me sentiría honrado si sólo pudiese escuchar.

Saladino se sonrío.

—Bien dicho, servidor Simon. Hay muchos asnos que rebuznan con el ánimo de impresionar a Osama con su saber. Él lo llama: «Brindarle el beneficio de su ignorancia».

Ambos rieron.

—¿Pero qué conocimientos buscáis en particular? —inquirió el jefe sarraceno.

Simon entró en el juego.

—La gnosis, señor.

Los ojos de Saladino adquirieron una expresión distante.

—Eso es lo que todos buscamos, mi joven amigo. Servidor o sultán, rico o pobre, la gnosis es la diadema en la corona del conocimiento.

Sus ojos recuperaron su penetrante mirada normal.

—La magia es la habilidad para convertir la fuerza de voluntad en acción, provocar un cambio en futuras circunstancias, mediante el ejercicio de la capacidad humana para concentrar la totalidad de sus pensamientos y convertir eso en efecto.

Sus ojos parecían fundirse en los de Simon.

—Algunos hombres pretenden hacer mal uso de ese conocimiento para obtener poder. ¿Qué motivos tenéis vos, Simon de Creçy para buscar la gnosis?

La respuesta de Simon fue clara y concisa:

—Ayudarme a obedecer la Voluntad de Dios, señor.

El rostro de Saladino se iluminó de gozo. Siendo básicamente un musulmán simple y devoto, el jefe sarraceno se sintió profundamente conmovido por aquella respuesta.

—Para eso debéis conocer a Osama. Saludo vuestra inteligencia, mi honrado e infiel amigo.

Lo que nadie sabía era que durante aquella memorable velada, Sitt-es-Sham estuvo escuchando todas y cada una de las palabras que pronunciaron su hermano y sus huéspedes. Ella había convencido a Simon de que lo que había pasado entre ellos era la Voluntad de Alá, una secreta maravilla que nadie más que ellos dos debía compartir. Lo que Simon había experimentado era el súmmum del amor humano, y ahora comprendía que se trataba de algo sagrado. Consideraba honestamente que no violaba el protocolo de su anfitrión, porque Simon cada vez estaba más convencido de que era medio árabe y primo de la princesa sarracena. Simon de Saint Amand creía que, mediante su amor por Sitt-es-Sham, había establecido contacto con su madre, la Señora de Tiberias, fallecida hacía largo tiempo.

Cuando le preguntó a Belami sin andarse con rodeos si aquél era el nombre de su madre, el veterano le respondió:

—No violo ningún juramento sagrado si te lo confirmo, Simon. En efecto, ése era el nombre de tu madre. Era una persona maravillosa y tu padre la adoraba. Me alegro de que por fin sepas quién era. Si hubiese vivido, habrías conocido el milagro del tierno amor de una madre. Sé que tu padre estaba dispuesto a abjurar del cristianismo para casarse como musulmán cuando ella falleció. ¿Cómo te enteraste?

—Por un milagro, Belami.

Simon le explicó lo que había sucedido.

—¡Inshallah! —exclamó el estupefacto veterano—. De Roubaix tenía razón, al decir que todo te sería revelado en Tierra Santa.

El encuentro de Simon con Osama quedó grabado para siempre en su memoria. El venerable sabio vivía en sus propias dependencias en la universidad. Allí, le cuidaban unos cuantos de sus devotos discípulos. La única incomodidad que el anciano filósofo sufría era la tendencia a tener frío. Aun durante el calor de la tarde, tenían que colocar braseros de carbón junto a él.

Cuando el sueño le eludía, cosa que ocurría a menudo, Osama analizaba oscuros puntos de la teología y la filosofía con un pequeño grupo de «trasnochadores» que preferían estudiar con él por la noche.

Sus razonamientos eran impecables, y sus conocimientos, profundos. Luminosos y hundidos, en parte debido a la edad y en parte a sus muchos años de estudio, el rasgo más sobresaliente de sus facciones eran los ojos. Protegidos por los pesados párpados y las espesas cejas blancas, en el fondo castaño oscuro de ellos parecía brillar una luz interior.

Simon sólo había visto algo similar en la extraña piedra del hermano Ambrose y en los ojos con puntitos dorados de lady Elvira. En el caso de Osama, el efecto era doblemente impresionante porque los ojos brillaban en un rostro que irradiaba sabiduría. Desde su amplia frente, coronada por el simple turbante blanco, hasta la larga barba gris plateada de profeta, las ascéticas facciones de Osama imponían respeto e inspiraban devoción. Simon experimentó una sensación de temor en cuanto se encontró ante el sabio, y fue en aumento con cada sesión que pasaron juntos. Cuando Osama hablaba, su dulce voz era vibrante con una sorprendente energía.

—Saladino, nuestro gran jefe y mi ex discípulo, me ha pedido que tú, Simon de Creçy, recibas un trato especial como estudiante único y no formando parte de un grupo. Así será. ¿Puedo preguntarte qué quieres que te enseñe, sí puedo?

Una ligera sonrisa flotaba en torno a los labios del sabio.

—Honorable señor, soy un inepto estudiante que sólo ha asimilado unos pocos rudimentos básicos del saber, pero sé que podéis clarificar muchos puntos y llenar muchas lagunas en mis conocimientos.

—Sin duda que lo intentaré. Me gusta tu honesta humildad. Me hace recordar a un gran maestro de tu Orden que conocí en Damasco. Se llamaba Odó de Saint Amand, y Saladino también le honró por haber rehusado a ser rescatado o a tomar juramento de no proseguir la lucha contra el islam.

«Evidentemente era un hombre notable. Maimónides y yo le atendimos cuando contrajo una severa fiebre, pero, ¡ay!, falleció. ¡Ah, sí! Son tus ojos los que me lo recuerdan. Extrañas son las vueltas del Destino, pues tus ojos me recuerdan también a otra persona, la Señora de Tiberias que murió de

parto hace muchos años. ¿Es posible que estés emparentado con Saint Amand?

—Era mi padre, señor.

Simon consideró que no violaba su sagrado juramento, pues presintió que Osama ya conocía su linaje, quizá porque le leía el pensamiento o mediante una posible conversación con Maimónides y Abraham, ambos íntimos amigos del filósofo.

Osama siguió hablando sin hacer ningún otro comentario sobre la paternidad de Simon.

—Es poco usual que un infiel sea discípulo mío, pero Odó de Saint Amand también vino a mi altamente recomendado por Saladino. Demostró ser un inteligente discípulo. Aún lamento su pérdida.

La mente de Simon era un torbellino con todas aquellas extraordinarias coincidencias. Sobre todo, el hecho de que sus padres tuviesen el mismo color de sus ojos le fascinaba, en especial porque antes hubiera esperado que su madre, al ser sarracena, tuviese ojos castaños. Ello era un simple ejemplo de los extraños juegos del Destino.

—¿Puedo preguntaros, señor, si podéis ayudarme a comprender algo de la gnosis? Abraham-ben-Isaac y Maimónides me han proporcionado una idea básica de su estructura.

—Sé poco más que ellos al respecto —repuso el sabio, modestamente —, pero puedo intentar explicar lo que creo que es la verdad, ¡hasta donde Alá me ha iluminado!

«Debes saber, Simon, que existen dos fuerzas opuestas en acción dentro de ti y de toda la humanidad, como un microscópico reflejo de todas las cosas. Cuando decimos: «Como arriba, así abajo», e inversamente: «Como abajo, así arriba», tratamos de encerrar lo incognoscible dentro de los límites finitos de nuestro limitado pensamiento.

«Los gnósticos denominamos a esas fuerzas, que son positiva y negativa, Ormudz y Ahriman, o, como las llaman en Catay, el Yin y el Yang. El Yang es de la Luz, y el Yin, de las Tinieblas. Uno se introduce en el otro como lo masculino y lo femenino. Para visualizarlo, debes

imaginarte un círculo que contiene idénticas zonas blancas y negras; no biseccionadas, sino con la misma zona de cada color.

Osama dibujó un diagrama en la blanca arena que llenaba un enorme cuenco llano de bronce frente a él.

El filósofo continuó:

—Éste pues es el plan de tu alma, el real tú. En parte luz, en parte oscuridad; en parte positivo, en parte negativo; mitad bueno, mitad malo. El camino del gnosticismo se denomina la Gran Obra, pues es el sendero del alquimista. Éste debe aprender a destilar esta mezcla idéntica hasta lograr refinar toda la escoria para convertirla en oro puro. Estoy seguro de que ya aprendiste este principio de labios de Abraham y de Abu-ibn-Maymun, como le conocemos nosotros.

Simon asintió con la cabeza.

Osama hizo una pausa y luego siguió diciendo:

—La gnosis es la suma total del conocimiento. Por su misma naturaleza es incognoscible excepto para Dios, Alá, Adonai, Ainsoph o el nombre que tu religión da al principio de todas las cosas.

«Sin embargo, mediante el atento estudio de los mecanismos del cambio que controla toda la materia y toda la energía, un estudioso aplicado puede obtener suficiente conocimiento, dentro del rango de su compás mental, como para producir ciertos efectos en su entorno. ¿Me sigues?

Simon asintió en silencio.

—Ya te deben de haber advertido cómo debes aplicar ese conocimiento, así como cuáles deben ser los propósitos que te guíen.

De nuevo, Simon asintió con la cabeza.

—¡Bien! Entonces, comenzaremos a aprender esas técnicas. Los judíos llaman a esos senderos el Sepiroth, el Árbol del Conocimiento, y dan un nombre a cada Sepira, o etapa de experiencia..., en otras palabras, cada reino del conocimiento y del saber.

«Los persas y los judíos, que aprendieron ese concepto de los antiguos egipcios, han establecido un número mínimo de siete planos del pensamiento, que es la cantidad de planetas que sabemos que existen. Puede haber más.

«Según me cuenta Abraham, eres capaz de alcanzar el reino creativo de Netsach a voluntad, en la forma de una experiencia onírica, en la cual, me dice también, puedes ejercer un control efectivo sobre tus actos y observaciones. Eso en sí mismo es un viaje a lo largo del ancho camino de la gnosis.

—Cuando soñaba bajo la influencia de las drogas analgésicas de Maimónides —explicó Simon—, descubrí que no podía ejercer control alguno.

Los ojos de Osama brillaron con interés.

—Eso es un error muy común, pero en tu caso un error involuntario, en el que muchos investigadores de la verdad caen estrepitosamente. Creen que narcotizando la mente con la raíz de la mandrágora o comiendo el hongo sagrado pueden liberar a la esencia de su ser para que vague a voluntad; en cambio, claro está, como sabes por experiencia, lo que sucede es que la voluntad queda aletargada por el poder de la droga, y se encuentran varados, sin volición, en cualquier lugar dentro de los diferentes planos de la experiencia. En ese sitio yace la locura.

«Yo te enseñaré técnicas definidas; mediante la meditación, la contemplación de símbolos sagrados y aprendiendo a reconocer las indicaciones simbólicas en cada sendero. Eso te permitirá conocer si te engañas o si tienes absoluto control de tu viaje mental. Eso es lo que los caballeros templarios intentan lograr en las casas capitulares de la Orden. Allí, practican rituales mágicos en grupo.

Simon estaba perplejo. Nunca se le había ocurrido que los templarios fuesen magos.

Osama insistió en ese punto.

—El error radica en los motivos que tienen para hacerlo. En la época temprana de la Orden, cuando la pobreza y el celibato eran sus principios guías, esas férreas disciplinas forjaron a los primeros templarios fundadores hasta convertirles en hombres de una gran fuerza de voluntad. Sus propósitos eran impecables y con toda seriedad buscaron y encontraron la gnosis, aquí en Oriente. Algunos dicen que Hugues de Payen y Godefroi de Saint Omer, junto con otros, encontraron la perdida Arca de la Alianza,

oculta entre las minas del Templo de Salomón en Jerusalén. Eso puede ser así. Pero innegablemente la Ciudad Santa es tan sagrada para nosotros, el pueblo musulmán, como lo es para los cristianos y judíos. Por lo tanto, nosotros respetamos lo que los templarios trataban de hacer.

«La Piedra de Abraham es el sitio donde tu religión comenzó como una entidad social, y donde se fundó también nuestra religión. Se cree que Jesús dijo a Pedro, el pescador de Galilea: «Tú eres la Piedra sobre la que construiré mi Iglesia».

«La religión judía original de vuestro Señor también se fundó sobre una piedra, la Piedra de Abraham. La misma piedra donde Mahoma, el fundador de nuestra fe, fue llevado por los ángeles en un sueño con el fin de fundar, o de hacerla realidad si lo prefieres, la Fe del Islam.

«En cada caso, los motivos de Abraham, de Jesús o de Mahoma eran inmaculados, impecables y generosos. Lo que hacían, según creían, era cumplir la Voluntad de Dios. Pero, en el caso de los Capítulos de los templarios, el propósito original de dedicación desinteresada a la Voluntad de Dios actualmente ha conducido a la parte más oscura de su religión: la búsqueda del poder temporal y la ventaja política. Su poderosa flota surca los mares en busca de ganancias y beneficios; su intrincado sistema de plazas fuertes protectoras a lo largo de las rutas de peregrinaje sirve para vigilar el traslado de grandes riquezas así como también evitar que los peregrinos vulnerables sufran daño.

«Los propósitos de los templarios ya no son impecables, aun cuando saben bien cómo utilizar los poderes mágicos básicos que se les dieron para que estudiaran la gnosis.

La voz de Osama se agudizó:

—Te digo, hijo mío, que un día no muy lejano, cuando las cruzadas ya no se libren más por la fe, sino sólo por las ganancias, los templarios serán destruidos por la avaricia de los demás, sus templos serán derrumbados, y sus nombres y su reputación, denostados.

Simon estaba muy afectado.

—Pero fue deseo de mi padre que me convirtiese en caballero templario. Yo pretendo seguir el camino de la búsqueda del Santo Grial.

Su voz delataba su profunda congoja. Los ojos de Osama brillaban con compasión.

—Y así lo harás, Simon.

Cada día que pasaba en compañía de Osama era un periodo de autoconocimiento. Simon aprendió más sobre sus defectos y sus fuerzas con la guía del sabio que nunca antes, ni siquiera con la ayuda de Abraham y Maimónides. Fue un tiempo maravilloso; un interludio mágico, como debe ser entendida y practicada; sobre todo, fue un tiempo cósmico, el orden total del pensamiento, unido con el amor a Dios.

Una vez más, junto con la esencia de la filosofía de los gnósticos, Simon practicó la aplicación de todos los principios del Cosmos. La matemática, la astronomía, la arquitectura y los principios básicos de la medicina, todo adquirió un nuevo significado a la luz de la gnosis.

El joven normando ahora sabía que nunca seguiría el actual sendero de los templarios. Por supuesto que seguiría protegiendo los caminos de peregrinaje, pues por eso había tomado los votos como servidor de la orden. Simon jamás abjuraría de su fe cristiana, por lo que continuaría luchando contra los paganos, a pesar de lo mucho que ahora les respetaba. Bregaría por recuperar de nuevo Jerusalén y la Vera Cruz, pero sería mucho más compasivo para con los paganos; del mismo modo que Saladino y sus sabios maestros lo habían sido para él.

Simon había madurado verdaderamente hasta llegar a la plena flor de su caballerosa masculinidad. Sobre todo, había conocido el amor de una gran dama. Estaba cerca el momento de su reincorporación a la Cruzada.

Había transcurrido más de un año desde los horrorosos sucesos de Hittin. A fines de 1188, Simon le dijo a Belami, que estuvo esperando pacientemente su decisión, que deseaba volver a unirse a las fuerzas templarias en Acre.

Juntos, solicitaron de inmediato audiencia para ver a Saladino. El sultán ya sospechaba lo que sus huéspedes querían decirle. Les saludó cordialmente.

—¿Qué puedo hacer por vosotros, amigos míos?

Simon, de acuerdo con lo acordado, actuó de portavoz.

—Señor hemos gozado de vuestra espléndida hospitalidad por más de un año. Ha sido una temporada de enorme placer y hemos conocido muchas cosas maravillosas. Por todo ello os estamos muy agradecidos.

Saladino les observaba con expresión burlona, mientras una ligera sonrisa se insinuaba en las comisuras de sus labios.

—Me encanta que mi humilde hospitalidad os haya complacido —dijo, sin ironía. Miró a Belami—. Confío en que habréis gozado con las bellezas de Damasco, servidor Belami.

El veterano sonrió, sabiendo a lo que se refería Saladino.

—Nunca había visto tantas preciosidades antes, señor, ni me había sentido mejor a causa de ello.

La risa del sultán procedía directamente de su vientre.

—Eso me ha informado el capitán de la guardia. Sois extremadamente popular entre las damas, servidor Belami.

La sonrisa de Belami era más amplia que nunca. Saladino se dirigió a Simon:

—Osama tiene un elevado concepto de vos, servidor Simon. Me dice que vuestra aptitud para el aprendizaje le recuerda la mía, cuando era discípulo suyo, hace muchos años. —Se inclinó hacia adelante—. Me gustaría que pasarais unas cuantas tardes conmigo, comentando los puntos más delicados de la gnosis, y que me dijerais vuestro parecer con respecto a lo que os ha sido revelado.

Simon le dio las gracias tartamudeando. Saladino le hacía un alto honor. Belami estaba orgulloso y encantado.

—Ahora, decidme —pidió el sultán—, ¿por qué habéis pedido esta audiencia?

Simon habló sin vacilación.

—Ambos consideramos que ha llegado el momento de volver para cumplir con nuestro deber.

Saladino asintió pensativamente con la cabeza.

—Comprendo vuestra inquietud, amigos míos. Pero también tenéis que comprender la mía. Devolver a dos guerreros tan cabales, para que luchen

contra mí, sería una tontería. No sois mis prisioneros, sino mis huéspedes de honor; sin embargo, habéis jurado restaurar vuestro reino cristiano en Jerusalén y volver a recuperar vuestro símbolo sagrado, la Vera Cruz.

«Por lo tanto, es inevitable que volváis a ser, una vez más, mis declarados adversarios. Eso quiere decir que muchos de mis soldados pueden morir bajo vuestra hacha de guerra, espada o lanza. También recuerdo vuestra destreza en el uso del arco, servidor Simon. Por todo ello, debo haceros una proposición.

Los templarios esperaron expectantes mientras Saladino sopesaba cuidadosamente sus próximas palabras.

—Os ofrezco a ambos la fe del islam.

Aquél era un honor que sólo ofrecía a unos pocos elegidos. Los dos servidores se quedaron sin habla. El sultán miró fijamente a Simon, escrutando con sus ojos lo más hondo de su mente.

—Tengo razones para creer que vos, servidor Simon, os quedaríais gustoso entre nuestros sabios por el resto de vuestra vida. Sé que vos, servidor Belami, sois absolutamente fiel al juramento de proteger a vuestro joven servidor con la vida.

Ambos asintieron con la cabeza.

—Hice votos de proteger a Simon, sin importar lo que sucediera —dijo Belami.

Los labios de Saladino se distendieron en una amplia sonrisa.

—Entonces, Simon de Creçy..., ¿o debería decir, Simon de Saint Amand?, hijo de un hombre por quien también sentí gran respeto y honor..., si vos decidís quedaros, sea que os convirtáis al islamismo o no, el servidor Belami hará lo mismo.

De nuevo el veterano asintió.

Saladino se acercó a Simon y le puso las manos sobre los anchos hombros.

—Mi joven guerrero y amigo, si desearais adoptar la fe del islam, no pondría obstáculo alguno para que os casarais con una dama musulmana. —Hizo una pausa elocuente—. Aun con un miembro de mi propia familia.

Simon se sonrojó. Saladino le abrazó.

—De vos depende, pues, que optéis entre vuestro amor al saber y el amor de una mujer, y vuestro deber para convertiros de nuevo en mi declarado enemigo.

La mente de Simon era un torbellino. El sultán advirtió su confusión.

—Naturalmente, no tenéis que tomar la decisión en este preciso momento. Venid a verme esta noche, solo o ambos, como queráis. Como muestra de lo mucho que confío en vosotros y de lo mucho que os respeto, podéis venir armados y dormir en la habitación contigua a la mía.

Los templarios se miraron el uno al otro, saludaron e hicieron la formal obeisance a Saladino y abandonaron la sala.

De vuelta en sus aposentos, Belami dijo:

—He aquí el hombre más notable que haya conocido nunca. Comparándole con nuestro Gran Maestro, el maldito Gerard de Ridefort, dudo de la validez de mi juramento como templario. Sin embargo, una vez tomado, ese juramento sólo se puede revocar mediante una resolución formal del propio Gran Maestro, sea quien fuere.

«Pero, Simon, también formulé el juramento sagrado de protegerte, querido ahijado, y si decides quedarte, debo hacer honor a ese sagrado juramento sobre todo lo demás..., pues le di mi palabra de honor a mi reverenciado Gran Maestro Odó de Saint Amand.

—¡Pobre Belami! —dijo Simon—. Parece que llevas las de perder por ambas partes.

—Mejor di, Simon, que llevo las de ganar por ambas partes. Mientras tenga clara la conciencia, estoy tranquilo. Tú decides, querido ahijado.

—Amo a Sitt-es-Sham y sé que ella también me ama. Ahora sé que si me convirtiese al islamismo, Saladino me aceptaría como su cuñado.

«Asimismo, amo el saber, y aquí, en la Tierra Santa del islam, se encuentra el centro de la gnosis, la Fuente del Conocimiento.

Belami se inclinó hacia adelante, con una expresión llena de compasión. Conocía la lucha que se estaba librando en la mente de su ahijado.

—No obstante —siguió Simon—, mi padre quería que fuese un caballero templario y, como servidor templario, he formulado el voto de

alianza a la Orden. Por lo tanto, no tengo más opción que regresar al cuartel general de la Orden en Acre.

Belami se tranquilizó.

—Sabía que dirías eso, Simon. Eres sin duda hijo de tu padre. —El veterano le cogió por los hombros—. Ve y mantén una discusión erudita con Saladino. Será mejor que no te acompañe. —La sonrisa del viejo soldado se tornó más amplia—. Además, si debemos regresar a Acre, debo gozar de las bellezas de Damasco todo cuanto pueda.

Belami volvió a disfrutar de las delicias de sus huríes y, esa noche, Simon se presentó en los aposentos reales de Saladino.

El sultán estaba en su mejor forma. Comentaron sus respectivas actitudes con respecto al gnosticismo hasta bien entrada la noche. Como ambos eran sabios por naturaleza, a pesar de ser guerreros sus opiniones las vertían y las recibían con honrada humildad y equivalente respeto. Había poco desacuerdo entre ellos, pues ambos seguían el mismo camino amplio. La única diferencia residía en su personal enfoque al gnosticismo. Saladino se servía del Corán como palabra de Dios; Simon, de la Santa Biblia.

Los dos profetas a quienes seguían habían interpretado la gnosis a su manera; sin embargo, los principios básicos eran idénticos.

La verdad, la compasión, la piedad y el amor de Dios eran los requisitos fundamentales para la gran obra de la Divina Alquimia.

Un afecto auténtico había nacido entre los dos hombres, el musulmán y el infiel. Su respeto mutuo acortaba los años de diferencia que existían entre ambos. Saladino estaba al filo de la cincuentena. El estudio y los duros combates habían constituido su carga cotidiana. A pesar de ser fuerte, el cuerpo del líder sarraceno había sufrido el castigo de las fiebres y las tensiones. Ya no era tan resistente como otrora.

Durante el tiempo que estuvieron con él, cuando Saladino no se hallaba activamente embarcado en la segunda Jehad, había enseñado a ambos templarios a jugar al polo o, como le llamaban los sarracenos, al malí. Era su deporte favorito, y él, un consagrado jugador. El líder sarraceno consideraba el juego como una especie de ajedrez de rápidos movimientos.

El gran tablero de ajedrez, por cierto, a menudo ocupaba las horas que Saladino tenía libres. Durante las semanas de conversaciones filosóficas, Simon gozó confrontando su ingenio con el de su anfitrión, que jugaba utilizando hábiles estrategias.

También el servidor veterano manco había dominado el juego de polo, pero él ya había practicado antes aquel juego. Era un placer ver cómo el poderoso brazo derecho de Belami metía la pelota entre los postes del arco con la velocidad de una piedra lanzada con una honda. Sin embargo, el servidor mayor no disfrutaba jugando al ajedrez.

—Soy hombre de acción inmediata —decía con voz lastimera—. Hay demasiadas maquinaciones y estratagemas para mi gusto.

Simon disfrutó inmensamente el tiempo que pasó con Saladino. La última noche que estuvieron juntos, luego de una estimulante discusión sobre los méritos y desmerecimientos de las diferentes razas de caballos, Simon se retiró con renuencia al cuarto contiguo donde tenía su cama.

Saladino tenía que madrugar para partir de nuevo en una campaña contra Krak des Chevaliers. De ahí que se acostara temprano. Ambos tenían el sueño ligero y dormían con las armas al alcance de la mano.

En el exterior de sus respectivas recámaras, los centinelas montaban guardia. Poco después de la una, en las perdidas horas de oscuridad, cuando el cuerpo recobra las energías que ha gastado durante el día y no es prudente tomar decisiones, Simon se despertó. Se puso instantáneamente alerta.

Con la extrema sensibilidad recién adquirida como consecuencia del pasado encuentro cercano con la muerte, su espíritu era capaz de explorar la zona que le rodeaba aun cuando dormía. Simon presintió la presencia de su padre muerto, que le advertía de un peligro.

Algo, o alguien, se movía sigilosamente entre las sombras de las cortinas que separaban su dormitorio de la alcoba de Saladino.

Simon actuó rápida y silenciosamente, a punto de sacar la daga de la vaina. Estaba seguro de que se trataba de un Asesino, que había entrado con la intención de matar a Saladino.

Cruzó la estancia con tres zancadas y separó la cortina divisoria. De pie junto a la cama del sultán, una figura delgada, esquelética y oscura saboreaba el momento del crimen. Una mano huesuda como una garra se elevó con la daga ritual y quedó en suspenso para hundirse en el cuerpo del líder sarraceno, ajeno a lo que sucedía.

El brazo derecho de Simon describió un arco de atrás hacia adelante, en un movimiento fugaz.

El sonido de aquel movimiento distrajo la atención del Asesino de su objetivo durante una fracción de segundo. La daga de Simon se clavó de lleno en su garganta. Belami le había enseñado bien.

La delgada figura del Asesino se elevó en el aire, con los pies separándose del suelo por la fuerza del golpe. Su cuerpo cayó de espaldas sobre el piso de mosaicos. Sólo un grito ahogado salió de sus labios.

Saladino había saltado de la cama mientras su posible asesino caía. El sultán se hizo cargo inmediatamente de lo que ocurría y grito:

—¡Alarma!

De inmediato, espada en mano, Saladino se dispuso a afrontar la posibilidad de un segundo ataque, pues los Asesinos solían actuar en equipos de dos hombres.

Advirtió lo que Simon había hecho. El rostro de Saladino se iluminó con una expresión de agradecimiento al tiempo que saludaba al normando.

—Os debo la vida, Simon de Saint Amand —dijo, pasando el brazo sobre los hombros de su joven protector—. Primero salvasteis a mi hermana y ahora a mí. Los ayyubids estarán eternamente en deuda con vos.

Para entonces, la guardia del sultán ya se había precipitado dentro de la habitación. Al ver cuán cerca había estado Saladino de la muerte, se pusieron a llorar de mortificación. También ellos esperaban la muerte como castigo por su descuido.

Saladino se mostró compasivo.

—Estos Asesinos son brujos. Se mueven sin ser vistos, se vuelven invisibles, como fantasmas. ¿Dónde está el otro criminal? Esos asesinos siempre actúan en pareja.

La voz de Simon le interrumpió gritando:

—¡Delante de vos, señor!

Y en seguida se abalanzó sobre un guardián alto, de barba roja con un parche negro sobre un ojo, cuya espada desenvainada se iba alzando imperceptiblemente. Simon en seguida le reconoció como al segundo Asesino, pues era uno de los que integraba el equipo en el atentado contra la vida de Robert de Barres en Acre.

El sorprendido guardia fue cogido por sorpresa. Los dedos de Simon aferraron la mano armada con fuerza férrea. Simultáneamente, la mano izquierda del templario cayó de costado contra el puente de la nariz del guardián tuerto.

Sin decir ni una palabra, el Asesino se desplomó sobre el suelo en tanto la cimitarra de Saladino le atravesaba el vientre.

—Le reconocí, señor —dijo Simon—. En una ocasión intentó asesinar a nuestro comandante.

Saladino dejó caer la cimitarra y abrazó a su infiel huésped, con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué os despertó? —preguntó, simplemente.

Simon miró al sultán, y sus ojos escrutaron los de Saladino.

—Creo que fue mi padre, señor —respondió.

OceanofPDF.com

17
DE VUELTA AL SERVICIO

Saladino se encontraba en un brete. Al salvarle la vida en dos ocasiones en cuestión de minutos, Simon de nuevo había dejado al sultán con una gran deuda para con él. El líder sarraceno ya les debía la vida de Sitt-es-Sham a los dos servidores templarios y ahora no le quedaba otro recurso honorable salvo el de concederles la libertad si así lo deseaban.

Hizo aún un postrer ofrecimiento para que sus amigos se convirtieran a la fe islámica.

—Sólo puedo rendiros todos los honores que os debo si os quedáis conmigo. Con sumo gusto os nombraré emires a ambos. También os prometo que no os pediré nunca que combatáis a los cristianos. Tengo muchos otros enemigos aparte de los cruzados.

Los templarios rehusaron cortésmente su ofrecimiento. Sabían que, si abrazaban la fe del islam, obtendrían riquezas y grandes honores, pero ninguno de los dos era hombre que pudiera, o quisiera, romper su juramento de lealtad a su propia gente.

—Muy bien —dijo Saladino, con tristeza—. Comprendo plenamente vuestra decisión. —Dirigió una elocuente mirada a Simon—. Sé que hay alguien cuyo corazón se llenará de congoja al saber de vuestra partida. Pero también sé que sois hombres de honor. Por lo tanto, aplaudo vuestra decisión. Si hay algo que pueda ofreceros como pequeña recompensa por todos los servicios que me habéis prestado, sólo tenéis que pedirlo.

Belami respondió:

—Os estaríamos muy agradecidos si nos prestarais un par de caballos para el viaje. En cuanto a lo demás, nos llevamos algo más que riquezas..., nos llevamos el recuerdo de vuestra gran compasión y bondad. Nos salvasteis la vida, señor.

Impulsivamente, Simon le cogió la mano a Saladino, y él y Belami se encontraron con que eran calurosamente abrazados. La despedida fue muy emocionante. Después de su partida, Saladino lloró, pues los lazos de camaradería que se habían establecido entre ellos eran muy fuertes. Para él, tenía sentido el antiguo adagio: «Camaradas en combate, amigos para siempre».

El sultán sentía que nunca había sido más cierto. Simon y él habían luchado codo a codo contra los Asesinos y, sólo por eso, el sarraceno jamás le olvidaría. En cuanto a Belami, el respeto de Saladino por su valentía y la admiración por la destreza del veterano en el campo de batalla eran incomparables.

Ninguno de los templarios había abusado nunca de la magnanimidad de su anfitrión, y entre los tres habían nacido lazos personales muy estrechos durante los meses pasados en Damasco.

Simon presentó sus afectuosos respetos a Maimónides, a Osama y, en especial, a Abraham, que ahora le consideraba como a un hijo. De nuevo, entre aquellos hombres notables, las lágrimas no fueron motivo de vergüenza. Todos lloraron la partida de Simon de Damasco. Osama, que ya tenía noventa años, también se había dejado atrapar por el encanto generoso del normando.

—Me recuerdas mucho a tu finado padre —le dijo, mientras temblaba ante el brasero de carbón, calentándose los viejos huesos—. Y a Salah-ed-Din también. Los tres habéis sido ardientes estudiosos, pero, sin embargo, también erais hombres de acción. Las experiencias en el campo de batalla parecen haberos forjado hasta convertiros en un metal más noble, de modo que todos atraíais el conocimiento como la piedra de imán. No he tenido el mismo placer al enseñar a otros. Nunca te olvidaré, Simon de Saint Amand.

Los ojos del bondadoso sabio se habían humedecido cuando Simon le besó la mano.

—¡Allahu Akbar! Dios es grande —murmuró a modo de despedida.

Abraham también lloró al despedirse de Simon.

—Éstas son lágrimas estúpidas de un viejo que debería tener mejor temple. Al fin y al cabo, tu presencia física no es indispensable para que nos encontremos. Así lo haremos en sueños. Dios te bendiga, querido amigo. Tienes una inteligencia privilegiada y llegarás lejos, Simon, hijo mío. Seguiré tu carrera con gran interés. Toma este presente de despedida..., una traducción en pergamino del antiguo tratado egipcio sobre las hierbas medicinales.

Maimónides también se mostró igualmente práctico: le dio a Simon dos de sus obras sobre medicina y una serie de instrumentos quirúrgicos del más fino acero de Damasco.

—Adonaí te protege, Simon —dijo—. Tienes un destino espléndido. El último encuentro de Simon con la Señora de Siria fue conmovedor. Ambos tenían el presentimiento de que no volverían a verse nunca más.

El amor en ellos no fue egoísta. Sitt-es-Sham había deseado apasionadamente cancelar la deuda por su vida y su honor entregándose a su apuesto amante infiel. Al haberse enamorado locamente de Simon al hacerlo, le resultó doblemente doloroso el momento de la despedida.

Sitt-es-Sham era una viuda joven. Había perdido a su primer marido, Omar Lahim, que falleció a causa de la fiebre dos años antes de conocer a Simon. Su matrimonio había sido preparado, y la hermana de Saladino fue una esposa devota, pero el primer hombre que amó con toda el alma fue el joven infiel. Ahora tenía casi treinta años y estaba en plena floración de su belleza. Ella le había enseñado a Simon lo que podía ser el amor de una mujer.

—¡Mi adorado infiel! —musitó, cuando se unieron por última vez.

Hacían el amor con morosa y extática sensualidad; el gozo generoso del placer del otro había ocupado el lugar de su temprana pasión.

Su última noche juntos había sido tan satisfactoria, que les permitió separarse sin el resquemor terrible que experimentan los amantes cuando se

despiden insatisfechos.

Simon nunca olvidaría su belleza, su dulzura y su amorosa afabilidad. Siempre sería su amada Señora de Siria.

Toda su vida, Sitt-es-Sham amaría a su apuesto templario, pero, como era una mujer excepcional, también sentía por Simon el dolor de una madre por la pérdida de su hijo.

Ella lo había sido todo para él. Le había despertado al amor y enseñado las sutilezas de su belleza. Le había cuidado y curado las heridas y, sobre todo, había colmado todas las expectativas de Simon.

A pesar de haber pasado la infancia sin la presencia de mujeres y de su obligada castidad en la adolescencia, Sitt-es-Sham le había puesto en contacto con su bendita Madre-Tierra y, con ello, le había convertido en una persona cabal. Ella fue amante, enfermera y madre para su amado infiel y él siempre contaría con su amor.

Mientras se sucedían esas tristes despedidas, Belami también había dado los besos de despedida a las tres deliciosas huríes que le habían brindado placer durante sus largos meses en Damasco.

Cada una de ellas estaba convencida de que era la única mujer que él había amado. Aquél era otro notable don que Belami poseía.

Al día siguiente, los templarios abandonaban Damasco, mientras se les rendían todos los honores que sólo se destinaban a los invitados más selectos de Saladino. Trompetas, tambores y címbalos anunciaron su partida, en tanto ellos, montados en magníficos caballos árabes blancos, salían por las puertas de la ciudad y se dirigían hacia Acre.

Saladino estaba solo en la torre más alta de la ciudad y les saludaba con la mano, los ojos llenos de lágrimas.

Esa noche acamparon en Hunin, cuyo castillo, Neuf Château, se encontraba en manos de los sarracenos. Al amanecer, se pusieron las sobrevestas negras y cabalgaron con el sol a sus espaldas. Una vez más, volvían a ser templarios.

Con el fin de que pasaran sanos y salvos entre las múltiples patrullas sarracenas que recorrían aquellos territorios, fueron escoltados hasta la vista de las murallas de Acre. Allí, los mamelucos frenaron sus monturas, les

saludaron y, dando media vuelta, espolearon a los caballos en dirección a Damasco.

Simon y Belami ya habían pasado sin obstáculos a través de las líneas sarracenas y ahora avanzaban al paso por el desierto que separaba a los dos ejércitos, hacia el campamento de De Lusignan.

El ejército cruzado estaba atrincherado alrededor del costado oriental de Acre, con «zapas» y trincheras en zigzag cavadas a través de las playas de la bahía del sector meridional. Ello significaba que a la guarnición sarracena de Acre sólo se la podía abastecer eficazmente por mar.

El ejército de Saladino, bajo el mando de Taki-ed-Din, se hallaba concentrado en torno a la alta planicie de Kahn-el-Ayadich, al este del ejército de los cruzados.

Cuando Saladino tomó Acre en julio de 1187, cuatro días después de la batalla de Hittin, dejó una fuerte guarnición a cargo de la ciudad. Entonces partió para conquistar Jerusalén y Ascalón, y sólo fracasó al intentar apoderarse de Tiro, el otro puerto importante para el desembarco de refuerzos destinados a los Cruzados, cuando Conrad de Montferrat llegó por mar con su pequeño ejército y asumió la defensa del puerto. Aquello fue un grave golpe para los sarracenos, que, como sus predecesores al mando de Saladino, decidieron abandonar la campaña y regresar a casa para pasar el invierno. A pesar de las protestas y las advertencias del sultán, la mitad de su enorme ejército virtualmente se desvaneció de la noche a la mañana. De repente se encontró sin poder.

Mientras tanto, el rey Guy de Lusignan había formado un ejército, que posteriormente reforzó con la flota siciliana, la cual se hizo presente para aliviar la presión que los conquistadores sarracenos del sultán ejercían contra los cruzados.

Luego se le unieron los pisanos de Tiro y un inesperado conjunto de cincuenta naves, gobernadas por daneses y frisios, que transportaban diez mil cruzados más, de los cuales una pequeña proporción eran caballeros.

Eso proporcionó a De Lusignan unos veinte mil hombres en total, una variada serie de lanceros, mercenarios, auxiliares y peregrinos armados, así como unos setecientos caballeros. Entre éstos se encontraban guerreros tan

avezados como sir James de Avesnes, el fornido obispo de Beauvais y el misterioso «Caballero Verde», un noble español que guardó el anonimato durante todo el tiempo que permaneció en Tierra Santa, todo vestido de verde y luchando como diez hombres.

Simon y Belami llegaron al campamento, donde fueron saludados con incrédulos gritos de reconocimiento por parte de quienes les conocían. Al fin y al cabo, habían transcurrido casi dos años desde que se les dio por desaparecidos después de la batalla de Hittin.

Los servidores templarios se presentaron enseguida ante su gran Maestro que, para disgusto de Belami, seguía siendo Gerard de Ridefort. Sin embargo, la adversidad había cambiado de alguna manera a aquel arrogante individuo, que, sorprendentemente, les recibió con entusiasmo.

—¿Cómo lograsteis sobrevivir? —fue como es natural su primera pregunta.

—Con la ayuda de Dios —repuso Belami— y en virtud de la enorme bondad y compasión del sultán Saladino.

—Su hermana Sitt-es-Sham y su médico personal Maimónides nos salvaron la vida al hacernos recuperar la salud.

Simon explicó lo ocurrido tan brevemente como pudo.

—¿Hicisteis juramento de lealtad o de no agresión a Saladino? —preguntó De Ridefort—. De ser así, yo os absuelvo: Saladino es un pagano.

Ambos servidores le miraron fríamente.

—No hicimos tal juramento. El sultán no nos lo impuso. Libremente nos permitió regresar, sabiendo perfectamente que continuaremos luchando contra él —dijo Belami, secamente.

—Como sea que le habíamos salvado la vida a su hermana al ser atacada por los hombres de De Châtillon, el sultán consideró que debía darnos la libertad. Es un hombre honorable —agregó Simon.

De Ridefort pasó por alto el implícito rechazo de su ofrecimiento de absolverles.

—Dos años es mucho tiempo —dijo, pensativamente—. ¿Fuisteis sus prisioneros pues?

—¡No! —exclamó Belami—. Fuimos sus huéspedes de honor y como tales fuimos tratados. Sólo después que el servidor De Creçy salvó al sultán de un atentado de los Asesinos, Saladino accedió a que volviéramos a unirnos a nuestra Orden, sin tomarnos juramento de lealtad ni de no agresión.

La cara del Gran Maestro enrojeció intensamente.

—Servidor De Creçy, ¿por qué demonios evitasteis que los asesinos de Saladino efectuaran lo que hemos estado tratando de hacer durante años?

Simon miró a De Ridefort directamente a los ojos.

—Porque era uno de los Asesinos de Sinan-al-Raschid quien se disponía a matar al sultán —respondió, con frialdad—. Y el Gran Maestro de los Asesinos es tan enemigo nuestro como Saladino. Matar al líder sarraceno sólo hubiera redundado en favor del culto de los Asesinos; en cambio, Saladino gustosamente se aliaría con la cristiandad para aplastar el monstruoso régimen de Sinan-al-Raschid. Instintivamente, me puse de parte de Saladino.

Era obvio que Simon daba una explicación veraz del caso. De Ridefort aceptó con renuencia sus palabras porque sabía que reflejaban la verdad. Aquellos dos templarios, el joven y el viejo, eran hombres honorables que habían combatido valientemente en Hittin, y él les había dado por muertos en el ensangrentado campo de batalla cuando escapó. Su informe era conciso y sin adornos retóricos. Llevaba el sello de la autenticidad.

De Ridefort era lo suficientemente inteligente como para darse cuenta de que era un Gran Maestro afortunado al contar con hombres tales como aquellos dos servidores templarios que ahora se unían a él. Necesitaba urgentemente jinetes experimentados, y tanto Belami como Simon eran unos magníficos comandantes de tropas. Al no tener otra alternativa, De Ridefort les saludó y les abrazó formalmente. Luego les llevó a ver al rey Guy de Lusignan, a quien le repitieron su extraordinaria historia.

—Estamos tratando con un hombre notable —comentó el rey, pensativamente—. Saladino es resuelto y diestro en el combate; en los Cuernos de Hittin nos enseñó esa terrible lección. Con todo, el sultán es una

persona compasiva. Vos, Gerard, y yo le debemos la vida. Le rindo honores por su gran compasión.

Se volvió hacia los servidores templarios.

—¿Seguiréis combatiendo al paladín de los sarracenos? —inquirió.

—Estamos ligados a nuestra Orden por nuestros votos, majestad —dijo Belami—. Sé que hablo por el servidor De Creçy si digo: ¡nosotros luchamos por la cristiandad!

Ambos templarios desenvainaron las espadas y saludaron al rey. Como señal de reconocimiento, Guy de Lusignan les devolvió el gesto.

Luego, cuando estuvieron solos, Belami dijo:

—Si no fuese por nuestro sagrado juramento, quién sabe en qué bando preferiría luchar.

Simon asintió gravemente.

Su nuevo alojamiento fue una tienda agujereada, plantada detrás de las barricadas de tierra que formaban parte de una extensa red de trincheras abiertas en la parte de tierra de Acre.

Los cruzados habían avanzado penosamente mediante la excavación de aquellas barricadas, hasta llegar a la distancia de un tiro de flecha de las murallas de la ciudad. Ello les mantenía fuera del alcance de cualquier proyectil salvo las livianas flechas de los arqueros de la guarnición, que por lo general no lograban atravesar las cotas de malla ni los cascos de acero. Inversamente, sus flechas más pesadas podían alcanzar a los sarracenos apostados en las almenas de las murallas de la ciudad.

El sitio se había convertido en un intercambio de tiros dispersos y de conatos de lucha, y el hambre era ahora el más poderoso enemigo de los cruzados.

Mientras tanto, los hombres de Saladino estuvieron esperando la llegada de refuerzos, contando con las tropas que regresarían después del descanso invernal.

El jefe sarraceno, durante su campaña contra Jerusalén, Tiro, Ascalón, Belvoir y otras plazas fuertes de los cruzados, había vuelto a Damasco unas cuantas veces. Fue en esas ocasiones cuando se reunía con Simon y Belami. Ahora, una vez más, se encontraban enfrentando a Saladino, al mando de

sus fuerzas de relevo, en la alta planicie al este de Acre. Experimentaban una extraña sensación. Simon rogaba por no tener que encontrarse cara a cara con Saladino en el campo de batalla, porque sabía que ahora no sería capaz de matarle. Belami sentía exactamente lo mismo.

—Le debemos la vida —comentó—. Antes morir que no pagar esa deuda.

Simon compartió sus dichos de todo corazón.

El hambre sólo pudo evitarse cuando las naves de las Cruzadas rompieron el bloqueo sarraceno, después de una batalla feroz contra el almirante Lulu. Les llevaron provisiones, monturas y pertrechos militares, para el ejército sitiado, que estaba al borde de su capacidad de resistencia. Habían llegado al extremo de tener que comerse los propios caballos de guerra.

Los bien venidos refuerzos elevaron la moral de De Lusignan y, en cuanto pudiese volver a recuperar las fuerzas su pequeño ejército, planeaba atacar el ejército de tierra de Saladino.

Esta vez, al menos, escuchó voces más experimentadas que la de De Ridefort.

De Châtillon estaba muerto y Raimundo III de Trípoli había fallecido de pena después de la batalla de Hittin. De Lusignan había aprendido a ser más cauto, si bien no más diestro en el campo de batalla.

De Ridefort también estaba más manso, y prestó oídos a los consejos tácticos de sus experimentados servidores. Había aprendido la dura lección de que en el nivel táctico, así como en el nivel de mando estratégico, nada podía sustituir a la experiencia. Los servidores templarios, diestros en tácticas y estrategias, tenían que ser escuchados. Eligieron a Belami para que hablara en nombre de todos.

—Honorable Gran Maestro —dijo—, Saladino es un maestro en tácticas de caballería. Las pesadas cargas de nuestros caballeros resultan anticuadas. Al dirigirse contra la formación en media luna de los sarracenos, como vimos en Hittin, la carga de la caballería de los cruzados gasta sus energías en el vacío. Luego, cuando nuestra punta de lanza de ataque ha penetrado

en sus filas, los escaramuzadores dan la vuelta y nos atacan por todas partes.

«Si tenéis que atacar a la vieja usanza, al menos hacedlo por oleadas, cada una formada por un grupo compacto de lanceros, digamos de sesenta a cien jinetes a la vez. Cada oleada debe quedar separada unas doscientas yardas de la siguiente, de manera que, mientras los sarracenos abren su formación para dejar entrar a la primera oleada, la segunda les ataca por un flanco y la tercera por el otro, y así sucesivamente, una oleada tras otra.

«Eso da tiempo para volver a formarse para cada carga, girar en redondo y atacar a los sarracenos desde la retaguardia.

«De los setecientos caballeros, respaldados por otros mil lanceros turcos, podéis mantener una fuerte reserva de hombres listos para repetir la maniobra tantas veces como sea necesario.

«Al mismo tiempo, si montáis algunos arqueros en la grupa de los caballos de cada oleada, podréis lanzar una lluvia de flechas contra la caballería pesada musulmana.

«Apuntad a los caballos, como hacen ellos con nosotros. Si los derribáis, la caballería sarracena se convertirá en infantería, tal como nos sucedió a nosotros en los Cuernos de Hittin.

Por una vez, los comandantes cruzados escucharon y algunos estuvieron de acuerdo en probar la nueva táctica, pero ante la indignación de Belami, los demás fueron demasiado impetuosos y lanzaron el ataque antes de haber dominado la técnica del uso de las columnas volantes. A pesar de todo, tuvieron más éxito que anteriormente.

Su principal adversario era Taki-ed-Din.

Belami comandaba cien lanceros turcos, y Simon, cincuenta más. El normando no había logrado reponer su arco mortífero porque no se conseguía madera de tejo en ultramar, pero encontró una madera de limonero que podía sustituirla relativamente. No poseía la potencia de su antiguo arco, pero a pesar de todo era un arma formidable. Tenía seis docenas de flechas de una yarda fabricadas por un artesano danés que había llegado junto con los refuerzos. Así que cuando De Lusignan avanzó finalmente contra los sarracenos, Simon llevaba dos aljabas llenas de

flechas, una a la espalda y la otra atada a la silla de su nuevo caballo árabe. Era uno de los dos sementales blancos que le había regalado Saladino. Simon bautizó a sus monturas Cástor y Pólux, por las estrellas gemelas.

El temible Conrad de Montferrat había llegado con sus tropas de Tiro, para unirse a De Lusignan y De Ridefort. Con ello el ejército franco excedía a los veinte mil hombres, incluyendo un millar de caballeros y unos dos mil lanceros, servidores, lanceros turcos y otros auxiliares.

Frente a ellos tenían a Taki-ed-Din, que había salido con seis mil soldados de caballería en un ataque tentativo. Detrás de él se encontraba el grueso de las fuerzas de Saladino, más de treinta mil hombres, dispuestos a intervenir si era necesario.

Ante la insistencia de Belami, De Ridefort persuadió al rey para que dejase una fuerza de resistencia en la retaguardia, de manera que, si Saladino triunfaba, el campamento de los cruzados sería sólidamente defendido.

Por lo menos De Lusignan había puesto en práctica la sugerencia de los templarios del ataque por oleadas, y los cruzados avanzaron en cuatro divisiones separadas. Si el rey hubiese subdividido cada división en puntas de lanza más pequeñas, de un centenar de caballeros cada uno, habría ganado la batalla. En realidad, el conflicto casi terminó más en derrota que en victoria, pero al menos no fue un desastre total.

No habían tenido tiempo suficiente como para instruir a todas las fuerzas según la maniobra propuesta por Belami, pero los dos servidores fueron capaces de preparar a otros cien arqueros más para que actuaran con sus propios lanceros turcos.

Al llegar el instante de avanzar contra las columnas de caballería pesada de Taki-ed-Din, la fuerza franca salió detrás de su infantería y se acercó lentamente al campo de batalla elegido.

El astuto Conrad de Montferrat, que ahora había resuelto combatir junto al rey Guy, aunque no bajo su mando, atacó con una fuerza compacta que comprendía a doscientos arqueros genoveses, los mejores del mundo.

—Tenemos una oportunidad —dijo Belami—, pero aún queda en manos de Dios si podremos penetrar en el grueso de las fuerzas de Saladino sin

perder muchos lanceros en el intento.

El veterano presintió el momento cuando De Montferrat aceleró la marcha para atacar. Con enojo, comprendió que era demasiado pronto.

—¡Judas Iscariote! —exclamó Belami—. ¡Les ataca demasiado pronto, con toda la caballería! ¿Por qué esos imbéciles hijos de puta no nos escuchan?

—Al fin y al cabo, Belami —arguyó Simon, con sorna—, nosotros sólo somos servidores. Dios quiera que esto no sea otro Hittin! Ahora no tenemos más remedio que apoyar a De Montferrat. Así que adelante.

El normando empuñó la lanza y ordenó a su columna volante que atacara. Belami lanzó un juramento y le siguió.

Los caballeros francos atravesaron las líneas de su propia infantería, que prestamente habían abierto una brecha para dejarles pasar. Los cruzados avanzaban atronando, tan juntos unos de otros, que sus miembros protegidos por las cotas de malla a menudo rozaban los de sus camaradas, que cabalgaban lado a lado.

Taki-ed-Din aguardó hasta que la vanguardia de los atacantes se hallara cerca y entonces abrió sus filas centrales. La masa de cruzados, envueltos en la polvareda enceguecedora que levantaban, se precipitó a través de la brecha, para que su tremendo impulso se esfumara en el llano que se abría más allá. Se expandieron como un abanico, dividiéndose en grupos desorganizados. Los bien entrenados sarracenos inmediatamente dieron la vuelta y se abalanzaron sobre ellos. Una lluvia de flechas de los escaramuzadores pasó silbando en torno a los hombres de De Montferrat. Muchas de las monturas cayeron y lanzaron a los jinetes al suelo, donde permanecían medio aturdidos, convertidos en blanco fácil de los arqueros montados sarracenos.

Una segunda oleada de la caballería franca chocó contra las fuerzas sarracenas y abatió a muchos de los lanceros de Taki-ed-Din Pero, una vez más, los sarracenos abrieron sus filas y el principal impacto de la segunda oleada de los cruzados también se perdió en el espacio vacío.

Esta vez, el grupo disperso de caballeros cristianos siguió valle arriba con De Ridefort a la cabeza. Rápidamente se convirtieron en una multitud

desorganizada.

Las divisiones tercera y cuarta de la caballería pesada se abrieron paso a golpe de lanza a través de las fuerzas sarracenas dispuestas en forma de media luna, y encontraron resistencia suficiente como para dispersar a la caballería pesada de los paganos.

Belami y Simon condujeron a sus columnas volantes directamente a través de los desmoralizados sarracenos, mientras los arqueros montados en la grupa de los caballos disparaban fuertemente sobre los sorprendidos escaramuzadores musulmanes. Muchos de ellos caían chillando, para encontrar la muerte bajo las patas de los corceles de guerra francos.

Los arqueros desmontaban para volver a armar los arcos y a pie, disparaban una segunda andanada de flechas, que dejaron vacías más sillas sarracenas.

La fuerza de los cruzados siguió avanzando por la llanura hacia la posición de Saladino en la meseta alta, donde se hallaba apostado el grueso del ejército sarraceno. El sultán apenas tuvo tiempo de organizar un contraataque. Los jinetes sarracenos aparecieron entre las tiendas y se precipitaron sobre las filas de los caballeros cristianos que llegaban arrasándolo todo. Lo que siguió fue una batalla campal.

El combate no tardó en desintegrarse en una serie de peleas entre pequeños grupos de jinetes contrarios que se atacaban con la espada, el hacha de combate, la cimitarra y la maza. El golpeteo de las hachas contra los escudos, el chocar de las hojas de acero y el sordo crujido de huesos al quebrarse, cuando las mazas encontraban su objetivo, se contraponían con los gritos de combate de cristianos y paganos, y con los gritos de muerte de los aguerridos soldados. Miembros, manos y cabezas cercenados caían al suelo como los desechos de un horrible matadero.

El frenético relinchar de los caballos y sus agudos gemidos al ser destripados por lanzas enemigas o al recibir una herida de alguna espada cristiana o sarracena, que buscaba derribar a su rival, se elevaban en un horrendo coro de agónicas voces animales para unirse al escalofriante holocausto humano. Aquello era una hecatombe, un infierno de sufrimiento y de terror, todo en nombre de Dios.

Belami y Simon conducían a sus columnas en ayuda de los pequeños grupos de aquellos caballeros acosados, para llevarles alivio inmediato al abrirse paso entre la masa de escaramuzadores y arqueros sarracenos que les rodeaba.

Todo el tiempo, De Lusignan iba perdiendo terreno palmo a palmo, en una retirada ordenada hacia el campamento de las afueras de Acre. El ataque se había convertido ahora en una acción defensiva de retaguardia.

Sin embargo, a diferencia de la batalla de Hittin, esta vez los cruzados tenían buena provisión de agua y, por lo tanto, sus tropas no fueron desastrosamente diezmadas por la sed. A pesar de todo, unos cinco mil cristianos cayeron ante el contraataque de Saladino o fueron capturados por los escaramuzadores. El sultán perdió la mitad de ese número de soldados, incluyendo a ciento cincuenta mamelucos reales y dos emires mayores, rango equivalente a los altos comandantes cristianos.

No obstante, no fue una victoria decisiva para ninguno de ambos bandos. De Ridefort, el Gran Maestro templario, murió en medio de la batalla. Alguien dijo que a manos del propio Saladino, como represalia por la violación de la palabra de honor que le había dado al sultán, y que le había valido la libertad de manos de sus captores sarracenos.

—¡Que Dios se apiade de su alma! —exclamó Belami—. Ha pagado por su parte de culpa en la matanza de Hittin.

Los servidores templarios habían combatido hasta que se vieron obligados a seguir al ejército en retirada del rey Guy; aun entonces, siguieron efectuando cargas de caballería para evitar que los arqueros montados sarracenos atacaran a la retaguardia de los cruzados.

Cuando por fin el vapuleado ejército cristiano logró volver a sus trincheras estaba exhausto, pero la poderosa fuerza que el rey Guy dejó atrás surgió de repente para abatir a los sarracenos, que habían utilizado sus últimas flechas contra los cruzados en retirada.

—No fue un resonante éxito —murmuró Belami, con sarcasmo, mientras cubría su magullado y dolorido cuerpo con las mantas—. Pero hicimos sangrar a los sarracenos por la nariz. Al menos eso fue mejor que

quedarse sentado detrás de las murallas de Acre, estando mano sobre mano y muriéndonos de hambre. ¿Eh, Simon?

El joven servidor no respondió. Ya estaba profundamente dormido.

Una semana más tarde, un mariscal templario llamado Robert de Sablé fue investido como nuevo Gran Maestro. Belami aprobó con entusiasmo la elección.

—He aquí por fin a otro Arnold de Toroga. Este caballero, Simon, era uno de los hombres de tu padre. Es inteligente y de ahora en adelante tendrá una gran influencia en nuestra suerte.

—¿Serviste bajo sus órdenes, Belami? —inquirió Simon, con curiosidad.

—No directamente, pero el viejo D'Arlan juró junto a él. Había salido de patrulla con él muchas veces y también estuvo bajo sus órdenes en Krak des Chevaliers. Es un duro y resuelto comandante, pero, gracias a Dios, no es temerario. Tengo interés en saber qué hará con nosotros.

Belami no tuvo que esperar mucho para saberlo. Poco después, el nuevo Gran Maestro mandó a llamar a él y a Simon. Robert de Sablé era un fornido caballero, de pecho ancho y cuerpo recio. Su rostro enérgico y surcado de arrugas lo decía todo sobre él. Desde sus claros ojos castaños hasta el firme trazo de su boca de lirios labios, era el vivo retrato del hombre luchador y tenaz. Sin embargo, se advertían indicios de humo y compasión en sus marcadas facciones, y alrededor de los ojos podían apreciarse las patas de gallo de la persona que sonríe a menudo. Esencialmente, era la cara de un hombre bondadoso.

Era un Gran Maestro templario a quien uno seguiría hasta la boca del infierno si fuera necesario. Cuando sus servidores le saludaron, De Sablé aceptó alegremente sus respetos. Aquel no era el Gran Maestro del Temple con el tradicional rostro adusto, arrogantemente seguro de su Derecho Divino a conducir a la Orden a la guerra. Aquel monje guerrero era un soldado de soldados. A Simon no le sorprendió saber más adelante que De Sablé había sido en una época servidor dentro de la Orden. Un título de caballero por méritos en el campo de batalla conferido por Odó de Saint Amand le había elevado de los rangos inferiores.

—Tomó los votos de pobreza y de celibato ante el Gran Capítulo en Jerusalén, poco después de que Saladino capturara a tu padre —le explicó Belami a Simon.

Sin embargo, el veterano estaba seguro de que De Sablé no sabía nada acerca del linaje de Simon. El motivo por el cual su nuevo comandante les había mandando llamar no tardó en tornarse evidente.

—Os felicito por vuestras tácticas, servidor Belami —dijo—. El servidor D'Arlan, que Dios acoja su alma, me contó sus hazañas en vuestra compañía bajo las órdenes de Saint Amand. Tengo entendido que os reponíais de graves heridas cuando yo me uní a Odó de Saint Amand. De modo que los avatares de la guerra han dispuesto que hasta el momento presente no sirviéramos juntos. Contadme cuanto sepáis sobre Saladino. Ambos sois unas fuentes invalorables de información respecto de ese personaje.

Los templarios dieron a su nuevo Gran Maestro hasta el más pequeño detalle de la información que poseían. Ninguno de los dos pensó que estaba traicionando la confianza de Saladino, porque no habían formulado ningún juramento de no agresión ni de lealtad al supremo sultán. Por lo tanto, no se guardaron nada.

Al cabo de dos horas de escucharles, Robert de Sablé, que hasta entonces había permanecido callado salvo para formular una que otra pregunta pertinente, les saludó.

—No hay duda de que habéis vivido aventuras extraordinarias —dijo—. Mis respetos, hermanos.

El Gran Maestro utilizó un término que los caballeros templarios raras veces empleaban al dirigirse a los servidores de la Orden. También sonrió francamente, lo que significaba un cambio favorable con respecto a la actitud del anterior Gran Maestro para con ellos.

—Tengo la intención de encargaros una delicada misión —dijo—. Debéis guardar silencio sobre el particular, porque ya hay demasiadas intrigas en este campo impío.

Los servidores asintieron con la cabeza. El comandante templario prosiguió:

El rey Ricardo de Inglaterra y una considerable fuerza se ha dejado persuadir para unirse con Louis, el margrave de Turingia, y Enrique, conde de Champagne, con el fin de formar una tercera Cruzada contra Saladino.

Involuntariamente, los servidores dieron un respingo. De Sablé sonrió.

—Además, Federico Barbaroja, el consagrado emperador romano, ha reunido un ejército de más de doscientos mil hombres y pretende marchar sobre ultramar desde el norte.

Belami le interrumpió, con el mayor respeto.

—Pero, honorable Gran Maestro, el gran «Barba roja» ya es un anciano. Debe de tener cerca de ochenta años.

De Sablé se sonrió ante la descripción que el veterano hizo del emperador romano.

—Eso es indudablemente cierto, pero, Dios mediante, realizará el peregrinaje. Aún es un temible emperador guerrero, merecedor de empuñar la Sagrada Lanza de Carlomagno.

Los tres hombres se santiguaron, pues se creía que, al igual que la Vera Cruz, la Lanza de Carlomagno, el primer emperador romano, era una reliquia sagrada. Se decía que se trataba de la lanza auténtica que había perforado el costado de Jesús en la Cruz.

De Sablé siguió diciendo:

—Un ejército tan grande tendrá muchos problemas. Se espera que el rey Ricardo llegue a Sicilia en cualquier momento. Primero tenía que resolver algunos asuntos de menor importancia en Francia, pero el rey Luis es ahora su aliado y también tiene la intención de «coger la Cruz».

Hizo una pausa para dejar que sus palabras hicieran su efecto.

—Yo quiero embarcarme aquí e ir al encuentro del rey Ricardo en Chipre, donde, al parecer, piensa crear su base en el Mediterráneo, con o sin el permiso del tirano Isaac Ducas Comnenus.

—Pero nosotros somos sólo servidores, señor —señaló Belami.

—Sois más que eso, hermanos. Habéis luchado junto a nuestros más hábiles hombres de armas en los campos de batalla de ultramar. Además, ambos conocéis a Saladino y tenéis una idea cabal de cómo funciona su mente en acción.

Belami asintió con la cabeza, y De Sablé prosiguió:

—El rey Ricardo aprecia a los buenos guerreros. En especial, a los tácticos como vosotros, diestros en los combates con la caballería y en la clase de batallas de acción rápida que a los ingleses tanto les gusta dirigir. Por eso os envió primero, como muestra de mi respeto, para actuar como una guardia personal contra los ataques de cualquiera, enemigo o supuesto amigo. ¡Pero en especial, en vista de vuestras experiencias personales, para proteger a Corazón de León contra los Asesinos de Sinan-al-Raschid!

Simon estaba confundido.

—¿Pero por qué, honorable Gran Maestro, los Asesinos querrían quitarle la vida al rey Ricardo?

Su nuevo comandante le observó con astuta expresión.

—Porque al Hashashijyun se le puede comprar, y es posible que Conrad de Montferrat tenga el corazón puesto en la corona de Jerusalén. Nuestra reina Sibila y sus dos hijos están gravemente enfermos. Su médico me dice que no confía en que viva y sus hijos tampoco, pobrecillos. Tienen la fiebre de Arnaldia. Eso puede significar que de Montferrat intentará casarse con Isabella, la última del linaje de Balduino, y luego ceñirse la corona de Jerusalén.

—Pero si ya es la esposa de Homfroi de Toron —exclamó Simon.

—¡Cierto! —repuso De Sablé—. Pero, ¿por cuánto tiempo? ¡Recordad! Esto es ultramar, la Tierra Santa, donde pueden ocurrir todas las cosas profanas.

Vaciló un instante y, luego, cuando hubo meditado sus palabras, siguió diciendo:

—Os encomiendo una misión excepcionalmente difícil. Tendréis que proteger al rey inglés a cualquier costo, vuestras vidas incluidas. ¿Entendéis?

Ambos asintieron gravemente.

—Sin duda nos embarcaremos en nuevas batallas contra Saladino. Al menos eso servirá para que los cruzados no piensen en sus estómagos vacíos. Pero quiero que permanezcáis al margen de esas contiendas hasta que os mande llamar para llevar a cabo esta misión. Comprendo que es una

orden extraña, que un Gran Maestro diga a sus servidores que no luchen, pero creo conoceros y he decidido que sois los hombres ideales para esta misión. De manera que no intervengáis. ¡Es una orden!

El Gran Maestro dio un paso adelante y les abrazó afectuosamente. Luego, se arrodillaron los tres y rogaron por el feliz resultado de la tarea que enfrentaban.

Al salir, Simon dijo:

—Belami, una vez me dijiste que sólo uno que haya sido armado caballero podía ser hermano templario. Sin embargo, ahora me dices que nuestro nuevo Gran Maestro era un servidor templario, como nosotros.

Belami soltó una risita.

—De Sablé era el hijo menor de una familia feudal, tan sin blanca como pensábamos que lo era Pierre de Montjoie. Pero tu padre descubrió que De Sablé era quien seguía a su hermano mayor por el título, si éste moría, y se sirvió de ese argumento ante el Gran Capítulo del Templo en Jerusalén. Tu padre sentía un gran respeto por los dones del joven servidor y convenció al rey Almaric para que le armara caballero en el campo de batalla. Ése es un raro honor, sin duda, pero para que nuestra Orden dé semejante espaldarazo, primero deben conocerse todos los antecedentes de la familia de quien tiene que recibir esos honores. En tu caso, eso es imposible, dentro de la Orden.

«Sin embargo, muchos jóvenes francos, cuyo pasado también estaba envuelto en el misterio, han sido armados caballeros fuera de la Orden y posteriormente se han convertido en caballeros templarios o en un Donat.

Simon lanzó un suspiro, y Belami se sonrió.

—Quizá el rey Ricardo Corazón de León será quien te eleve al rango de caballero de la orden de Caballería. ¿Quién sabe?

Pero aún tenían muchos meses de fatigas y penalidades por delante hasta la próxima cita de Simon con el destino.

El largo invierno de 1190 transcurrió sin ulteriores noticias del rey Ricardo y la nueva gran Cruzada. Corrían rumores en torno al campamento franco, pero poca cosa más ocurrió para mitigar el sordo dolor del hambre y la falta de leña con que combatir la fría humedad de la noche.

De nuevo los cruzados se vieron obligados a comerse los perros y los caballos, y hasta a pelearse por los huesos como podencos famélicos. Por fin, un pequeño convoy se abrió paso a través del bloqueo turco y, por primera vez en meses, los cruzados pudieron comer una cena decente que revolvió violentamente el estómago a la mayoría.

El frío extremo y la falta de alimentos les había afectado a todos. Arnaldia, la temible fiebre de ultramar, hizo estragos entre los desnutridos soldados. Muchos morían, entre ellos la reina Sibila y sus hijos, por lo que el rey Guy quedó viudo.

Eso era todo cuanto Conrad de Montferrat precisaba para hacer su jugada. Primero anuló el matrimonio de Isabella con Homfroi de Toron, luego obligó a refrendar la anulación por el arzobispo y el patriarca Heraclio, y se casó con Isabella en cuanto pudo.

Aquello fue una clara traición, una conspiración de la peor especie. La pobre Isabella, con apenas dieciocho años mientras que De Montferrat ya era un hombre de mediana edad, detestaba al salvaje y flamante marido, que virtualmente la violó en su noche de bodas.

Lejos estaban los felices días pasados junto al bondadoso y complaciente Homfroi de Toron. De Montferrat quería un heredero real y no escatimó esfuerzos para lograr engendrar uno. La infortunada Isabella lloraba sin ser escuchada por los desalmados que la rodeaban, los cuales apoyaban a De Montferrat como el futuro rey de Jerusalén si Guy de Lusignan moría.

Las sospechas de De Sablé estaban bien fundadas. Ya se estaban incubando conspiraciones dentro de la facción de De Montferrat para que su rival, el rey Guy, sufriera una muerte segura en la próxima batalla.

Estaba bien entrado el año 1191 cuando el Gran Maestro templario mandó llamar por fin a los dos servidores.

—Partiréis este fin de semana. El rey Ricardo ha zarpado de Mesina, pero una tempestad ha obligado a sus naves a buscar refugio en el puerto de Limassol, en la isla de Chipre. Esta noticia la trajo el último convoy.

Detalló algunas de las dificultades con que se enfrentarían.

—Ricardo tiene muchos supuestos aliados que se alegrarían de verle muerto. Es un líder muy popular entre los ingleses, que le seguirán al mismo infierno, pero un soldado tan aguerrido y poderoso se gana enemigos con facilidad. Deberéis tener los ojos bien abiertos, no sólo a causa de los Asesinos sino por las posibles traiciones entre sus comandantes aliados.

«Este extraño y joven rey inglés es tan hábil con la pluma como lo es con la espada o el hacha de batalla danesa de doble hoja, que al igual que vos, Belami, utiliza con placer. Entre los trovadores y minnesingeres, goza de un elevado concepto. En realidad, se le considera un príncipe entre los poetas.

«Si le sois simpáticos, como no dudo que así será, será un leal amigo. Si, en cambio, os ganáis sus antipatías, probablemente moriréis.

«Siempre va al frente en el campo de batalla, donde la acción es más violenta. Creo honestamente que no conoce el significado de la palabra miedo. Es un adversario cabal para enfrentar a Saladino. El sultán es seguramente el más listo de los dos, pero en cuanto a coraje no hay forma de establecer diferencia alguna. Ambos tienen corazón de león. Que Dios os proteja. ¡Mes sergents!

Los dos servidores saludaron y se abrazaron los tres.

Seis días más tarde, Simon y Belami zarpaban rumbo a Chipre.

OceanofPDF.com

18
EL REY LEÓN

La galera de los templarios Saint Bernard, que llevaba a Simon y Belami a Chipre, ofrecía un marcado contraste con el carguero de los hospitalarios, tan ancho de casco, que les trajo anteriormente a Tierra Santa.

De desplazamiento suave y veloz, los remos de la esbelta galera eran manejados por veinte hombres robustos en cada costado. La velocidad que alcanzaba sólo con los remos era de cuatro nudos, y con un viento que llenara las velas latinas podía alcanzar hasta siete nudos, mientras los remeros pudiesen mantener el ritmo.

Su ascendencia vikinga era evidente en las planchas de madera de cedro, resistente a la podredumbre, recubriendo las poderosas cuadernas, con traviesas de la misma madera y clavadas con duras cuñas de roble. En general era una excelente nave. Los templarios llevaban consigo los caballos árabes blancos, que estaban alojados en la bodega en establos bien almohadillados, especialmente construidos para el viaje. Normalmente, aquellas embarcaciones veloces sólo transportaban pasajeros y vituallas, por lo que hubo que agregar los establos.

El viento fresco de mar adentro impulsaba el Saint Bernard con suficiente fuerza como para asegurar un viaje rápido hasta Chipre. Aunque la isla se encontraba tan sólo a un día y una noche de viaje de Tiro, se vieron obligados a desviarse para evitar la flota turca que patrullaba las aguas y luego navegar hacia poniente, antes de virar hacia el norte para

llegar a Chipre. Por fin tocaron tierra al cabo de tres días de partir de Acre. A su llegada a la bahía de Limassol, protegida de los vientos del oeste por el cabo Gata, fueron recibidos por un bote patrulla de la poderosa flota del rey Ricardo, que se encontraba anclada a sotavento de la punta de tierra.

Fuertes temporales habían causado importantes daños en los transportes de tropas ingleses, poniendo en peligro de naufragar a la nave real que llevaba a la futura esposa del rey Ricardo, la princesa Berengaria, y su hija menor, la reina Joanna, viuda del rey Guillermo II de Sicilia.

Las naves inglesas se encontraban en plena tarea de reparación, antes de partir hacia Tierra Santa. La galera de los templarios se reconocía fácilmente a causa de su enorme bandera beauseant ondeando en el palo mayor. Ello les aseguraba una cálida bienvenida y en seguida fueron eficientemente llevados hasta quedar amarrados en un muelle de piedra, construido en la costa rocosa.

A los pocos minutos de atar las amarras en grandes anillas de hierro clavadas en la roca, Simon y Belami conducían a los blancos caballos árabes por la estrecha planchada hasta el muelle cubierto de grava.

La bienvenida de sir Roger de Sherborne, el oficial encargado de regular la actividad del puerto del rey, fue cordial y eficiente. Las formalidades se redujeron al mínimo.

Como de costumbre, el discurso de Belami fue un modelo de brevedad. Después de presentarse y de presentar a Simon, dijo:

—Traemos saludos para su majestad el rey Ricardo de nuestro Gran Maestro, Robert de Sablé. Tengo órdenes de presentarle al rey estas cartas credenciales y este documento, que garantiza la ayuda a la Cruzada de su majestad en la suma de 30.000 besants de oro.

La sonrisa en el rostro de sir Roger se ensanchó perceptiblemente. Y en la breve caminata a lo largo del muelle, el oficial del puerto contó a los recién llegados ciertos detalles sobre la situación actual en Chipre.

—Isaac Ducas Comnenus, el auto coronado emperador de Chipre, se encuentra acechando en las colinas. El rey Ricardo está rabioso por la bárbara recepción brindada a la princesa Berengaria y su hija, la reina Joanna, cuando Isaac Comnenus se negó a proporcionarles agua y comida

después de haber sido llevadas a Limassol por la tormenta que casi hundió la flota entera.

El experimentado caballero inglés sonrió sarcásticamente.

—El tirano Comnenus cometió un gravísimo error al despertar la ira del rey Ricardo Corazón de León. Mi monarca le hará pagar cara su brutal descortesía.

Sir Roger de Sherborne tenía un aire de honestidad que en seguida le hizo ganarse el respeto de los templarios.

—¿Habéis visitado Tierra Santa, señor? —le preguntó Belami.

—En efecto —respondió el oficial del puerto con entusiasmo—, y también tengo motivos para recordar la segunda Cruzada.

Se palmeó la pierna izquierda, que era perceptiblemente más corta que la derecha, lo que le hacía cojear visiblemente.

—Una lanza sarracena me hizo una herida profunda en la batalla de Harim, cuando servía a las órdenes de Bohemundo de Antioquía y Joscelyn de Edessa. Eso fue hace veintisiete años. Yo era un joven inexperto de veinticinco años en aquel tiempo, y me ha quedado este balanceo náutico, tanto en tierra como en el mar.

El viejo guerrero rió irónicamente ante su grave impedimento.

—¡Pero estoy esperando una nueva oportunidad para saldar las cuentas!

Los templarios se animaron ante la alegre personalidad del veterano. Al llegar al extremo del muelle de piedra y pisar la senda arenosa, el viejo oficial del puerto señaló hacia un extraño edificio que allí se levantaba.

—Ése es el cuartel general del rey —dijo—. Se trata del castillo Mategriffon. A nuestro ingenioso monarca le gusta inventar nuevas armas de guerra. Es, como podéis ver, un castillo fuerte y compacto, que incluye una torre móvil de sitio, construido totalmente en madera. Es fácil de transportar en barco en sus partes componentes y muy simple de armar y desarmar. El rey Ricardo lo prefiere a una enorme tienda, y es, por supuesto, resistente, pues está construido sólidamente.

Hasta tiene un gran vestíbulo y una sala de audiencias, así como varios cuartos adjuntos. Dentro de sus muros, se pueden montar pabellones para huéspedes.

Mategriffon puede que no sea la solución total para las campañas en el extranjero, pero constituye un adelanto con respecto a dormir bajo las lonas o las estrellas.

—Claro que, al ser de madera, debe de ser vulnerable al fuego griego —comentó Belami.

Sir Roger se echó a reír.

—Por ese motivo, los muros están protegidos con pieles sin curtir empapadas en vinagre. ¡Con el tiempo, uno hasta se acostumbra al olor! Aquí, junto a la costa, se nota menos que si el castillo estuviera emplazado tierra adentro. Cuando perseguimos al enemigo, solemos dormir en tiendas de campaña. Al rey Ricardo le encantan las campañas. Si yo fuese más joven, seguramente me pasaría lo mismo.

Sir Roger condujo a los templarios, pasando ante los arqueros ingleses de adusta expresión que guardaban las puertas de Mategriffon, y les dejó en una antecámara, mientras se alejaba cojeando para informar al rey de su llegada. Al cabo de cinco minutos, reapareció y les indicó que le siguieran.

La primera visión que tuvieron del rey Ricardo Corazón de León fue la de un gigante que se levantaba de su trono para saludarles. Su ancha frente estaba coronada por espesos cabellos de un rojo dorado y ceñida por el borde de su corona. Tenía el rostro de un rey, varonil, rudamente hermoso y sereno, sin la arrogancia petulante que los templarios acostumbraban a esperar de los nobles cruzados visitantes. Por una vez, los templarios comprobaron que los rumores no les habían defraudado. Aquel rey guerrero era de pies a cabeza el «Corazón de León» de la leyenda. Ricardo I de Inglaterra era verdaderamente un magnífico animal.

Los servidores templarios le saludaron y luego se arrodillaron en señal de obediencia. De inmediato, Coeur de Lion les hizo seña de que se levantaran.

—Los templarios no precisan hincar la rodilla ante un hermano cruzado. Al fin y al cabo, todos hemos «cogido la Cruz». A juzgar por vuestras cicatrices de guerra, veo que habéis luchado duro y bien por Tierra Santa. Ricardo de Inglaterra os da la bienvenida para que os unáis a él en ésta la tercera Cruzada.

Aquellas no eran palabras vacías para causar efecto. El rostro sonriente del rey daba peso a sus palabras. Adelantándose para recibirles, el rey Ricardo les estrechó la mano derecha férreamente y, ante su sorpresa, les abrazó. La impulsiva informalidad de Ricardo Plantagenet se condecía con su carácter jovial.

—Sentimos una gran admiración por las hazañas de nuestros hermanos en armas —dijo, al aceptar la carta que le ofrecía Belami.

Mientras leía rápidamente su contenido, se echó a reír.

—Vuestro Gran Maestro habla de vosotros como si fueseis hijos favoritos. Esto no es usual, viniendo de un templario. Pues tengo entendido que Robert de Sablé es un magnífico soldado y que admira a los buenos guerreros. Os ofrece a mí como guías experimentados para reconocer los modos y maneras de nuestros valerosos adversarios paganos. También sugiere que forméis parte de mi guardia personal. Así será. Me encanta tener a servidores templarios luchando junto a mí, de manera que acepto gustoso el generoso ofrecimiento de vuestro Gran Maestro. ¿Cómo decís vosotros, mes braves?

El uso sorprendente de la expresión favorita de Belami por parte del monarca hizo reír al veterano, su sonoro diapasón vibrando en respuesta al del rey.

—Quiera Dios que podamos servir a vuestra majestad como corresponde. Mi hacha de batalla y la espada de mi compañero están a vuestras órdenes, majestad.

Al rey Ricardo se le iluminaron los ojos.

—Veo —dijo, con vehemencia— que usáis el arma que yo llevo en las contiendas. Veamos cuán diestro sois en su uso, servidor Belami.

Se volvió hacia su escudero, un joven bien parecido, de alegres ojos, que llevaba su laúd colgado del hombro. Sin decir ni una palabra, el joven entregó al rey la enorme hacha danesa de doble hoja.

Ricardo la empuñó expertamente y, después de seleccionar como blanco un gran escudo de madera colgado en la pared más lejana de la sala de audiencias, lanzó sin esfuerzo alguno la pesada hacha de batalla. El arma

cruzó como un rayo la amplia sala y se hundió en el centro del escudo, que se estrelló contra el suelo. El rey miró burlonamente a Belami.

El veterano manifestó su admiración por la destreza de Corazón de León y dijo:

—¿Con vuestro permiso, majestad?

Ricardo asintió con la cabeza.

Belami descolgó prestamente su hacha de guerra del cinto e hizo una pausa para seleccionar su blanco. El escudo había caído de plano al suelo, con el largo mango de madera del hacha del rey irguiéndose en el medio.

Belami apuntó con cuidado y con un hábil movimiento del brazo arrojó el hacha a través de la sala, que cruzó como un borroso destello acerado.

El arma cortante como una navaja de afeitar se clavó en el mango del hacha del rey y la partió por la mitad. Un aplauso espontáneo y gritos de admiración saludaron la hazaña del templario.

Coeur de Lion sonrió ampliamente, los blancos dientes brillando a la luz del flambeaux. Cogió a Belami por el hombro.

—Si no supiese que sois un templario, mon brave sergent —dijo, riendo —, os habría tomado por un hechicero. ¡Bien fait, servidor Belami!

Ricardo se volvió hacia Simon, mirando con franca admiración al apuesto joven normando.

—Vuestro Gran Maestro me dice que vos, servidor De Creçy, sois un maestro con el arco. Vemos qué sois capaz de hacer con el arco inglés.

Hizo una señal al paje, que cogió el arco y una aljaba de flechas de uno de los guardias arqueros.

Simon llevaba habitualmente una muñequera de cuero en el brazo izquierdo, que los arqueros suelen llevar como protección, y también tenía puesto el guante en la mano derecha. Examinó prestamente el largo arco de tejo y asintió aprobativamente con la cabeza. Los ojos de la Corte estaban clavados en él.

—Como guste a su majestad —dijo, al tiempo que seleccionaba dos flechas de la aljaba del arquero.

Sujetando una flecha contra la panza del arco con la mano izquierda, engarzó el cabo de la otra en la cuerda.

—Disparad al escudo blanco que cuelga al extremo de la sala —dijo Ricardo, señalando un pequeño escudo redondo, colocado en una alta viga del techo.

Simon asintió y disparó la primera flecha. Silbó por el aire para clavarse en el escudo, que se desprendió de la viga. Mientras caía, Simon tensó el arco por segunda vez y soltó la flecha, todo en un rápido movimiento.

Antes de que el pequeño escudo blanco llegara al suelo, la segunda flecha de Simon lo traspasó en el aire.

De nuevo, exclamaciones de aprobación resonaron en la sala. El rostro del rey se iluminó de satisfacción. Le encantaba presenciar las demostraciones de destreza en el uso de las armas.

—Le agradezco a Robert de Sablé la proposición y os doy la bienvenida entre las filas de mi guardia personal. Ahora id, descansad, que esta noche cenaréis con nosotros.

Los templarios se inclinaron, saludaron y se retiraron. Mientras abandonaban la sala de audiencias del rey, Belami dijo en voz baja:

—He aquí un hombre a quien seguiremos con gusto. Esta va a ser una Cruzada real.

La cena resultó espléndida. Escoltados por sir Roger de Sherborne, los servidores templarios fueron los únicos miembros de la Orden que asistían al banquete. Para su sorpresa, les asignaron el sitio de honor, a cada lado del rey inglés.

Corazón de León presidía el banquete haciendo bromas bienintencionadas, que alternaba con momentos de gran solemnidad cuando brindó por el éxito de la tercera Cruzada.

—Mañana o pasado, de acuerdo con los caprichos del viento y la marea, esperamos dar la bienvenida a toda una delegación de Tierra Santa. El rey Guy de Lusignan vendrá con su hermano Geofrey, conde de Lusignan, y también viene Bohemundo de Antioquía. Homfroi de Toron y el Gran Maestro de los templarios, Robert de Sablé, van a ser asimismo nuestros invitados de honor. Fue el Gran Maestro quien me envió a dos valientes servidores templarios para brindarme los beneficios de su larga experiencia en Tierra Santa. Y así, mis queridos amigos, el brindis real es: «Por nuestros

huéspedes», junto con el nombre de los Pobres Caballeros del Templo de Jerusalén.

Todos los invitados, excepto los templarios, la princesa Berengaria, la futura esposa de Ricardo, la reina Joanna y sus respectivas damas de compañía, se pusieron de pie para el brindis. Cuando la corte volvió a sentarse, otra dama de honor se unió a Berengaria. Era una rubia esbelta, menuda, con facciones de elfo y unos grandes y alegres ojos. Simon no pudo apartar la vista de ella. Ella a su vez dirigía furtivas miradas en su dirección. Sus ojos se encontraron y la adorable joven le sonrió; luego, para su sorpresa, le saludó con la mano.

—¿Quién es, Belami? —preguntó, emocionado.

—Mi hermana Berenice, grandísimo idiota —dijo, riendo, una conocida voz a sus espaldas, y Simon se encontró con que casi le estrangulaba su viejo amigo Pierre de Montjoie al abrazarle.

Simon no cabía en sí de gozo. El rey contemplaba aquella escena feliz.

—¿Habéis combatido junto al servidor De Creçy, conde de Montjoie? —inquirió, más con el tono de una afirmación que de una pregunta.

El impetuoso Pierre de Montjoie hizo una reverencia como muestra de arrepentimiento.

—Perdonadme, majestad, pero Simon, Belami y yo luchamos juntos en Tierra Santa durante años. Perdonad mi falta de cortesía al no presentaros primero mis respetos, majestad.

Corazón de León estaba de un humor expansivo.

—No hay nada que pueda compararse con el encuentro de viejos amigos, sobre todo cuando han sido camaradas de armas. Tenéis que contarme vuestras confrontaciones con los sarracenos, mes braves sergents. Y os conmino, conde de Montjoie, a hacer lo mismo.

Era característico de aquel hombre impulsivo, que si bien era un incurable romántico y poeta, prefería la compañía de hombres guerreros que la de las mujeres, por bellas e inteligentes que fuesen.

La princesa Berengaria era ambas cosas, pero callada y reservada a raíz de su estricta crianza. También estaba nerviosa ante la inminente unión con

el rey de Inglaterra, y, en honor a la verdad, también lo estaba Ricardo, que en realidad se mostraba sumamente tímido con el sexo opuesto.

Dominado por su enérgica madre, la reina Eleanor, y adiestrado por su padre, Enrique II, en el uso de la espada y el hacha de combate para obtener devastadores efectos en el campo de batalla, Ricardo Plantagenet, que ahora tenía treinta y dos años, estaba mal preparado para su futuro papel de marido.

Ni la rubia belleza ni el sereno intelecto de Berengaria lograban disipar los secretos temores de no estar a la altura de las exigencias, cuando tuviese que pasar la prueba en la cama matrimonial. El rey Ricardo Corazón de León era el rey de las bestias en el combate, pero un amante inepto en la cama, y él lo sabía. Encontraba violenta la conversación con su prometida y la evitaba charlando con su hermana, mientras Berengaria permanecía prudentemente callada o respondía a los invitados que se le acercaban a presentarle sus respetos.

—La joven mujer tiene buenas caderas para engendrar hijos si el rey Ricardo se decide alguna vez a dejarla preñada —murmuró Pierre de Montjoie, con total irreverencia.

Simon aún era lo suficientemente templario como para que encontrara chocante el comentario de su amigo.

—Seguramente su timidez desaparecerá cuando estén casados —dijo.

Pierre se echó a reír.

—Aún eres un alma candorosa, Simon. Belami me cuenta que recientemente estuviste recibiendo instrucción en el arte del amor en brazos de una espléndida mujer. Discreto como es, rehusó darme su nombre, pues sabe que soy chismoso como una gallina clueca. Pero aún te falta saber muchas cosas acerca de las mujeres... —Hizo una pausa, mirando al rey que bromeaba con unos apuestos cortesanos—. ¡Y de los hombres! —añadió, crípticamente.

El monarca inglés llamó la atención de Belami y le hizo señas para que se acercara. Intercambiaron unas palabras, y el veterano regresó con su mensaje.

—Debemos quedarnos con su majestad, después de que las damas se hayan retirado —anunció—. Corazón de León desea saber muchas más cosas sobre Saladino.

El banquete fue transcurriendo lentamente, a partir de las espectaculares tartas y pasteles de carne y de pescado, pasando por los exquisitos loups-dumer y los lenguados del mar Mediterráneo, hasta llegar a las cabezas de jabalí, los gansos trufados y rellenos de jamón e hígado, y, en las etapas finales de la cena, las frutas y los quesos de Sicilia.

De alguna manera, los cocineros reales habían hurtado la mayoría de aquellos excelentes manjares en Limassol y alrededores, y los templarios estaban estupefactos ante aquella variedad de platos suculentos. Sólo fueron capaces de comer una ínfima cantidad de las delicias que les presentaban, porque su estómago aún no se había recuperado de las privaciones sufridas durante el sitio de Acre.

En realidad, el banquete habría sido un tormento para ambos si no hubiesen contado con la rutilante presencia de Pierre de Montjoie y, sobre todo para Simon, de la deliciosa hermana menor de Pierre.

Cuando por fin fueron presentados, Simon, a pesar de la recientemente adquirida experiencia en las lides amorosas, se encontró con la lengua tan atada como siempre le ocurría cuando estaba entre mujeres. Se ruborizó intensamente.

Berenice de Montjoie quedó igualmente impresionada por el apuesto amigo de su hermano mayor; de quien tantas gestas había oído contar. Ahora le tenía frente a ella, imponente ante su pequeñez, con las bellas facciones sorprendentemente coloradas, como las de un escolar.

Berenice, a los veintidós años, tenía poca experiencia con los hombres; sus escarceos amorosos infantiles se habían reducido a unos cuantos besos torpemente robados por algunos de los escuderos y pajes de su padre.

La reina Eleanor, que detestaba intensamente la dominación masculina y aborrecía la lujuria, después de rescatarla de su compromiso con el conde de Valois, había inculcado en Berenice de Montjoie un saludable respeto por el valor de su virginidad.

Normalmente, un preciado trofeo como el de aquella belleza medio española, ya haría mucho tiempo que habría sido cobrado dentro del matrimonio o mediante la seducción, pero Pierre se había empeñado de corazón en establecer un noviazgo entre su joven hermana y su amigo templario, Simon de Creçy. De ahí que aprovechara la oportunidad de ponerles en contacto cuando la reina Eleanor trajo a Berengaria y a su joven dama de compañía a Sicilia, con el objeto de unirse a Ricardo en la tercera Cruzada.

Pierre era un romántico impenitente y su plan estaba dando resultado. Veía claramente la mutua atracción que se había establecido entre la excelente pareja. Belami también se dio cuenta y lo aprobó cordialmente. Existía sólo el problema de la actual situación de Simon como servidor templario. Pierre y Belami se pusieron de acuerdo en que lo más urgente era promover la inclusión de Simon en las filas de la orden de caballería.

—¡Maldito protocolo! —exclamó Belami—. Si Simon fuese hijo bastardo de algún noble franco, no habría ningún problema. Pero da la casualidad de que es hijo natural de... —Calló de repente, en tanto Pierre le miraba con ojos interrogadores— ... de alguien cuyo nombre he jurado mantener en secreto —terminó, secamente.

Pierre estaba intrigado.

—¡Lo sabía! —exclamó—. Nunca quise preguntar, porque ambos os mostrabais muy reservados sobre el linaje de Simon. ¡Así que eso era lo que se ocultaba detrás de todo! Simon es el hijo bastardo de un noble importante.

—Algo parecido a eso, Pierre... Ahora, mon ami, ¡no hablemos más del asunto!

El tono de Belami era glacial.

Pierre, a pesar de su alegre charloteo, no era ningún tonto, pero si un fiel amigo.

—No temas, Belami, mi boca está sellada. Pero... —De nuevo titubeó —... tendremos que actuar con insistencia sobre Corazón de León. Es evidente que siente simpatía por Simon, y seguramente él podría resolver nuestro problema, armando caballero a nuestro joven y aguerrido templario.

La amplia sonrisa de Belami iluminó su arrugado y moreno rostro.

—¡Pierre, conde de Montjoie, evidentemente no sois tan imbécil como parecéis!

Más tarde, cuando la princesa Berengaria, la reina Joanna y su séquito se hubieron retirado, el rey Ricardo se levantó de la mesa y, haciendo seña a Belami y los demás para que le siguieran, salió de su castillo de madera para dar un paseo nocturno a caballo por la playa. Era un acto típico de Corazón de León. Al monarca le encantaba cabalgar, sintiendo la potencia de su magnífica cabalgadura latiendo entre sus muslos, mientras galopaba por la franja de arena que recibía las olas suaves del mar. Juntos, la reducida partida de jinetes corría a lo largo de la playa, los cascos de sus caballos levantando la espuma cremosa del agua del mar por los aires.

A Ricardo le gustaba ganar y detestaba perder, pero en aquella improvisada carrera de medianoche, a duras penas podía mantenerse a la altura de los magníficos corceles árabes de los templarios.

Sin embargo, Corazón de León era también un ardiente admirador de los caballos pura sangre y de quienes eran diestros en montarlos, y fascinado ante los blancos sementales de Saladino y la destreza de los templarios, enseguida superó la momentánea irritación por no poder ser el ganador.

Belami presintió el antagonismo del rey y deliberadamente frenó a su blanca montura. Con un discreto movimiento de cabeza, indicó a Simon que hiciera lo mismo. Su despierto compañero captó enseguida el motivo por el cual el veterano aminoraba el paso, y el rey inglés se puso a la cabeza.

En cuanto se colocó como vencedor, el impulsivo monarca tiró de las riendas de su poderoso corcel. El resto de sus compañeros le miró de inmediato.

—Vuestros sementales corren como el viento, mis amigos templarios. ¿Son caballos árabes, no es cierto?

—Tenéis buen ojo para los pura sangres, majestad —comentó Belami, con tacto—. Nuestras monturas fueron un apreciado presente del sultán sarraceno. Prestamos a su familia un pequeño servicio al rescatar a su hermana, Sitt-es-Sham, de la daga de un Asesino. Saladino es un gran

hombre, majestad, digno de vuestro acero, y no olvida un favor ni perdona fácilmente una injuria. Es un hombre excepcional, majestad, y demuestra gran compasión para con sus enemigos. Pero, si éstos rompen la palabra de honor que le hayan dado, mata prestamente, sin piedad.

Los ojos del rey Ricardo centellearon.

—Me gusta ese hombre. Quizá, por los avatares de la guerra, lleguemos a conocernos.

—Me gustaría verlo, majestad —dijo Belami.

Volvieron al paso lento de sus monturas a Mategriffon, con Simon y Belami cabalgando al lado del rey inglés, que estaba ansioso de escuchar la historia completa de su encuentro con el jefe sarraceno.

La presteza con que habían elogiado a Saladino y su evidente sinceridad al hacerlo, impresionaron a Corazón de León más que todos los comentarios que había oído antes acerca del gran ayyubid sarraceno.

—¿Entonces ambos creéis que Saladino está dispuesto a parlamentar para firmar un tratado? —preguntó.

—Eso es lo que creo, y el servidor De Creçy tiene aún más motivos para corroborarlo.

—¿Cómo es eso?

El rey parecía sorprendido. Simon le explicó:

—Debido a las circunstancias, majestad, pude salvar al sultán de la daga de los Asesinos.

—Según me cuenta vuestro Gran Maestro en su carta, ambos habéis tenido numerosos encuentros con esos asesinos —comentó el monarca.

—Por pura casualidad, os lo aseguro, majestad —dijo Belami—. Pero desde que Odó de Saint Amand, uno de nuestros más aguerridos grandes maestros, intentó eliminar esa secta asesina de hechiceros satánicos, los templarios a menudo han sido elegidos como blanco de los criminales de Sinan-al-Raschid.

—Y el sultán Saladino también —agregó Simon—. El estaría satisfecho de ver el fin del Viejo de la Montaña y sus asesinos. Tres veces, los miembros de la secta trataron de matar a Saladino, y, por casualidad, yo fui capaz de prever el último atentado.

Corazón de León parecía pensativo.

—Este podría ser un motivo para una alianza —dijo—. Seguramente que, uniendo las fuerzas de los cristianos y los musulmanes, podríamos borrar a este loco y a sus asesinos de la capa de la tierra. Parece ser una plaga que asola la tierra de ultramar. Sin embargo, primero tenemos que recuperar Acre y luego demostrar mediante la fuerza de las armas que somos dignos adversarios del sultán Saladino.

«Después, podremos conferenciar honorablemente por la paz y, quizá, si Dios quiere, uniremos nuestras fuerzas y destruiremos a las fuerzas satánicas de esos Asesinos.

Recorrieron al trote la última milla hasta Mategriffon y, retirándose a sus aposentos, el monarca, los nobles y los dos servidores templarios durmieron hasta el amanecer.

En el profundo sueño de la conciencia limpia, Simon de nuevo se encontró planeando sobre su cuerpo físico, y sus necesidades inconscientes le llevaron hacia el hogar de su tutor, en De Creçy Manor, en Normandía.

El cuerpo sutil de Simon llegó a los terrenos familiares de su hogar de la infancia, donde encontró a su familiar sustituto durmiendo en una recámara.

De inmediato se dio cuenta de que no estaba todo bien. Su tío Raoul yacía bajo un pesado cubrecama de piel, con la blanca cabellera empapada en sudor, que también cubría su rostro insólitamente demacrado, devorado por la fiebre.

Simon comprendió en seguida que su tutor estaba agonizando. De vuelta en Mategriffon, su ser físico lloró desconsoladamente. No se trataba de una pesadilla sino de un doloroso hecho real.

Junto al lecho del enfermo caballero, Bernard de Roubaix estaba callado, medio adormilado, velando solitario durante la larga noche.

De pronto, los ojos del moribundo se iluminaron con una luz interior. Raoul de Creçy advirtió la presencia de Simon en la estancia. La exclamación de alegría mientras se incorporaba en la cama alertó a su compañero, que se inclinó hacia adelante para sostener a su agonizante amigo y enjugar la frente cubierta de sudor.

Los ojos de Raoul de Creçy resplandecían de amor al ver a Simon de pie junto al lecho.

—¡Hijo mío! —exclamó—. ¡Mi querido hijo!

Su dulce sonrisa se transformó de repente en el rictus de la muerte, y el aguerrido anciano cayó hacia atrás en los brazos de su fiel amigo, al tiempo que su valiente espíritu abandonaba el cuerpo.

El alma de Simon exhaló un fuerte sollozo de amor y de dolor, e, involuntariamente, volvió a entrar en su cuerpo físico, que yacía a un mundo de distancia, en Chipre.

Se despertó, gimiendo por el dolor de su pena y llorando incontroladamente. Belami, alertado por los fuertes sollozos provenientes de la cama de Simon, estaba arrodillado junto a su amigo y le sostenía en sus brazos.

Cuando Simon pudo hablar, dijo con voz entrecortada:

—Vi morir al tío Raoul, y no pude hacer nada para ayudarle, ni tampoco pudo el tío Bernard. Sin embargo, sé que Raoul me vio antes de expirar. Su cara estaba radiante de gozo. Habló y luego falleció en brazos de Bernard de Roubaix.

—¿Qué es lo que dijo, Simon? —preguntó Belami, afablemente.

—«Hijo mío. ¡Mi querido hijo!» Eso es todo.

De nuevo Simon se puso a llorar desconsoladamente.

—Durante todos los años que estuviste con él, Simon, fue para ti un padre, una madre, un maestro y un amigo. ¿Qué otro hombre, incluyendo a tu propio padre, tenía más derecho a pronunciar esas palabras?

También Belami estaba llorando.

Al amanecer, las velas de la pequeña flota del rey Guy de Lusignan flamearon bajo el resplandor anaranjado de la luz del alba, al tiempo que entraban en la bahía de Limassol y echaban anclas junto a la flota inglesa.

¡Las águilas se estaban congregando! La llegada de los cruzados de Tiro y Acre coincidió con la boda del rey Ricardo con la princesa Berengaria. La ceremonia tuvo lugar en una iglesia románica de Limassol.

Se caracterizó por una austera pompa a causa de la presencia de los numerosos Caballeros de la Cruz. La ceremonia religiosa estuvo a cargo del obispo de Evreux, a quien tanto Simon como Belami conocían a raíz de la visita que habían efectuado a la iglesia de los templarios en Gisors.

El obispo era un místico que a menudo anduvo por los caminos con el tío Raoul de Simon. Hombre verdaderamente santo, que prestaba su apoyo a la nueva Cruzada con una profunda convicción, su presencia en la boda real resultaba alentadora. Belami no era partidario de los rituales exóticos y encontró la ceremonia excesivamente larga. Fue el resultado normal de la sensación que causaba el sacerdote oficiante, pues no era habitual que un obispo tuviese a su cargo el servicio religioso en una boda real. Normalmente, era función de un arzobispo.

Simon no recordaba nada de la ceremonia real, pues el templario sólo tenía ojos para la dama de honor de la princesa Berengaria. En realidad, Berenice de Montjoie causó una profunda impresión en todos los jóvenes enamoradizos que se apretujaban en la abarrotada iglesia.

La reina Berengaria, en que se convirtió automáticamente cuando el rey Ricardo le colocó en el dedo la alianza de bodas, era una novia de una gracia notable. Pero la menuda Berenice, rubia como la miel, con su belleza inconstante, llenaba los ojos de Simon con la admiración maravillada del amor naciente.

Con María de Nofrenoy, sus deseos juveniles se habían despertado para llegar a un éxtasis de frustración. Con Sitt-es-Sham, Simon conoció la plenitud del amor físico, en respuesta al afecto altruista de la bella sarracena.

Pero con lady Berenice de Montjoie, el ser entero del joven normando vibraba al son de la flauta del gran dios Pan.

La iglesia de Limassol se levantaba sobre un antiguo asentamiento pagano, un bosquecillo sagrado dedicado al dios cornudo, y el corazón de Simon dio un salto en el pecho en tanto la Madre Tierra sonreía ante las dos bellas criaturas, mientras el Wouivre local se desperezaba satisfecho en su prolongado sueño.

Belami advirtió la atención fascinada que Simon prestaba a Berenice de Montjoie a cada uno de sus movimientos y se sonrió con complacencia.

«Las cosas funcionarán espléndidamente —pensaba, y luego se dijo cautamente—: con la bendición de Dios, por supuesto, y si es deseo de nuestra Santa Virgen.»

Y se santiguó.

Después de la ceremonia vino el fastuoso banquete de bodas, que de nuevo planteó un considerable problema a los desnutridos cruzados, cuya campaña invernal les había dejado casi en estado de inanición y no eran capaces de dar cuenta de la interminable serie de platos de suculenta comida.

Por cortesía hacia el monarca inglés, que era un insaciable comensal, el rey Guy de Lusignan, Geoffrey, su hermano, Bohemundo de Antioquía y su hijo Raimundo, Homfroi de Toron y Robert de Sablé bregaban virilmente para probar cada uno de los exóticos platos. Todos ellos terminaron en el exterior de Mategriffon, tratando de vomitar discretamente.

La reina Berengaria, fatigada por los interminables brindis de lealtad y ansiando cumplir con sus deberes como flamante esposa de Ricardo, se retiró temprano con el fin de prepararse para el lecho nupcial, pero su esposo siguió obrando de enérgico anfitrión del banquete de bodas hasta que el protocolo le obligó, por fin, a dirigirse a la alcoba nupcial.

A pesar de las habituales insinuaciones impúdicas y las miradas elocuentes intercambiadas ante la lujuriosa apostura del gigantesco rey inglés, la noche de bodas no fue un éxito, sino más bien un fracaso.

Los dos servidores templarios fueron designados por el propio monarca para vigilar la cámara real y ambos se apostaron a cada lado de la doble puerta para evitar que nadie se acercara hasta que el rey y la reina pidieran su desayuno de bodas.

Por los sonoros ronquidos masculinos que se oyeron poco después que la pareja real se retirara a sus aposentos y el ahogado llanto de la joven reina, Belami juzgó que la ocasión no había redundado en un resonante éxito.

Ello fue confirmado por la súbita aparición del rey poco después de la salida del sol, cuando toda la corte y sus distinguidos invitados aún estaban durmiendo bajo los efectos del fastuoso banquete de bodas.

El monarca ordenó a Belami que no dejara entrar a nadie en la cámara nupcial, salvo a lady Berenice de Montjoie, y luego pidió a Simon que le acompañara.

Sin armadura, y ataviado solamente con una ligera túnica, Ricardo Plantagenet recorrió a buen paso los pasillos de madera del castillo Mategriffon. Simon tenía dificultades para mantenerse a su altura, cuando, atravesando la playa entre un remolino de arena, el rey se zambulló en las frías aguas matinales del Mediterráneo.

Mientras Simon montaba guardia, el monarca inglés retozaba en el agua, sonriendo como un escolar haciendo novillos. Raro comienzo para una luna de miel real.

Mientras el sol se elevaba en el cielo, las velas del resto de la flota inglesa, demorada a causa de la tormenta, asomaron finalmente en el horizonte, rodeando la punta del cabo Gata.

A las cuarenta y ocho horas de su llegada, el rey Ricardo abandonaba a su flamante esposa. A bordo de su nave, dividió la flota en dos y despachó a los barcos en dirección opuesta en torno a la isla de Chipre, dispuesto a aplastar al autoerigido emperador, Isaac Ducas Comnenus, entre las fauces de sus dos flotas.

Para Corazón de León, la luna de miel podía esperar. Primero, tenía que demostrar a los cruzados visitantes de qué estaba hecho un monarca inglés.

OceanofPDF.com

19
LA TERCERA CRUZADA

Los cuatro días siguientes al 8 de mayo, en que la flota del rey Ricardo llegó al puerto de Limassol, cambiaron la situación en Chipre.

Por más de una década, Isaac Comnenus había ejercido su poder sobre la isla. Pero desde la llegada tormentosa de Berengaria, sus días estuvieron contados.

El tirano confiaba grandemente en su sistema de defensas estáticas, y sus cuatro poderosos castillos dominaban el norte de Chipre. Éstos estaban situados en Kantara, St. Hilarión, Kyrenia y Buffavento, donde ofrecían a Comnenus la ilusión de seguridad. En Kyrenia, la plaza fuerte de macizas murallas, había sido construido para resistir a un ejército, y él instaló a su esposa e hijos allí creyendo que era inexpugnable.

Si el autoerigido «emperador» lo hubiese comandado en persona, podría haber resistido un largo sitio, pero su ejército se hallaba dividido en pequeños grupos para tratar de hacer frente a los numerosos ataques lanzados desde el mar contra sus bastiones. Los ataques provenían de las flotas de Ricardo, que aparecían en lados opuestos de la isla, así como de las fuerzas terrestres del rey, que parecían atacar por todas partes.

Corazón de León desplegaba una serie de acciones con gran rapidez, del mismo modo que dirigía sus partidas de caza. Una vez que se tenía a la vista el objetivo, no se producía ni un segundo de vacilación. Adelante iba

el monarca, alentando a gritos a sus hombres como si persiguiese un venado real, que en cierto modo era lo que Isaac Comnenus demostró ser.

Era realmente veloz cuando de huir se trataba, y difícilmente esperaba el primer choque de armas para poner pies en polvorosa, y buscar refugio en una u otra de sus fortalezas, hasta que se veía obligado de nuevo a salir.

Después de su intento inicial de batir el ejército de tierra del rey inglés en la batalla de Trimethus, breve pero violenta, Isaac siguió en retirada, buscando refugio de una montaña a otra. Estaba completamente desmoralizado, sobre todo cuando el rey Guy de Lusignan tomó el mando del ejército de Corazón de León y atacó el castillo de Kyrenia, mientras el rey Ricardo quedaba temporariamente postrado por la fiebre.

El cruzado encontró poca resistencia de parte de la guarnición, que desertó en masa, y capturó a la así llamada emperatriz y su hijo. El rey Guy luego fue a sitiar St. Hilarión y Buffavento.

Simon y Belami combatieron junto al monarca inglés en Trimethus, y tuvieron grandes dificultades para mantenerse a la altura de Corazón de León, cuyo frenesí le llevaba a luchar dondequiera que el combate era más violento.

Descargando duros golpes con su hacha danesa de doble hoja, el rey Ricardo abrió un sendero cubierto de sangre a través de la masa de recios guerreros de Isaac Comnenus. Parecía olvidarse de tomar las precauciones necesarias de protección personal, confiando sólo en la velocidad y la fuerza de su hacha mortífera mientras se abría paso entre las filas enemigas. Con la habilidad de un maestro jardinero, Corazón de León cercenaba los miembros de los integrantes de la guardia personal del emperador, como si podase cimelos. Junto a él, los templarios buscaban alcanzar la bandera de batalla de los enemigos. Fue la propia mano del rey Ricardo la que la cogió, cuando una de las flechas de una yarda de Simon abatía al portaestandarte del emperador.

En un instante, la batalla terminó, cuando el resto del ejército de Isaac Comnenus vio flamear su estandarte en la mano izquierda del monarca inglés. Dieron media vuelta y emprendieron la huida, cada jinete

vociferante atropellando a su propia infantería, en la frenética ansia por escapar.

En cuanto al tirano, se dirigía al norte tan velozmente como su sudoroso caballo de batalla podía galopar. El resto de la batalla fue igualmente afrentoso para el emperador. A ninguno de los isleños le importaba si vivía o moría, y al cabo de sólo unos pocos días, a fines de mayo, Isaac Comnenus se rendía incondicionalmente.

Por un capricho del monarca inglés, el tirano fue cargado de cadenas de plata y obligado a formular un juramento de lealtad a Corazón de León, mientras al mismo tiempo, «cogía la Cruz».

Así, de un solo golpe, el rey Ricardo capturó Chipre y obtuvo valiosos refuerzos para su tercera Cruzada. Más que eso: también financió la costosa empresa sobre la base del impresionante botín que Isaac Comnenus había amasado mientras ejercía su prolongada tiranía sobre la isla.

Las guarniciones latinas y francas fueron puestas a cargo de cada castillo y plaza fuerte de Chipre. La isla se convirtió en la base mediterránea para la tercera Cruzada. Dos caballeros ingleses, Richard de Canville y Robert de Turnham, fueron puestos al mando, para actuar como magistrados temporarios mientras el rey Ricardo resolvía qué hacer con la isla y su asustadiza población griega.

Eso dejó a Corazón de León en libertad de dedicar toda su atención a la invasión de Tierra Santa. La Cruzada se iniciaba con un buen comienzo. En Famagusta, la flota inglesa, reunida de nuevo, cobijaba a los soldados ingleses y francos que, como resultado de su victoriosa campaña en Chipre, eran enviados con el propósito de recuperar las tierras de ultramar. Además, el rey Ricardo disponía ahora de los fondos suficientes para pagar la dispendiosa operación

La toma de Chipre se había realizado en tan sólo dos semanas de intensa campaña. La lucha había sido mínima, con muy pocas bajas entre los cruzados, porque la dividida flota inglesa fue capaz de atacar los flancos expuestos de los inexpertos rufianes de Isaac Comnenus.

Los isleños griegos, que estuvieron encantados de ver el trasero de su tiránico emperador, ahora comenzaban a sentir el peso de la mano del rey

inglés. Muchos de los derechos básicos que habían logrado preservar bajo el régimen tiránico fueron usurpados por los comandantes designados por el rey Ricardo.

Ello significaba más y más elevados impuestos de los que se habían visto forzados a pagar bajo la tiranía de Comnenus. Sin duda, las cosas se presentaban con mal cariz para los griegos, a quienes les parecía que habían cambiado un tirano por otro.

Los que tenían edad para enrolarse en el ejército vieron que su mejor alternativa residía en «coger la Cruz» y unirse a la tercera Cruzada. Su razonamiento era que si el monarca inglés había sido capaz de aplastar a Isaac Comnenus en unos pocos días, bien podría recuperar Tierra Santa, con todas sus riquezas, en seis meses. Si se unían a él, parecía lógico suponer que obtendrían parte del botín.

Simon apenas tuvo tiempo u ocasión de despedirse precipitadamente de Berenice de Montjoie, antes de partir hacia ultramar. Fue una lacrimógena despedida, pues la hermana de Pierre había quedado tan prendada del apuesto normando como él estaba fascinado por la inocente belleza de la doncella. Había sido literalmente un caso de amor a primera vista por parte del joven, sí bien para Berenice, Simon de Creçy hacía tiempo que era para ella la imagen de un paladín sin par, debido a los numerosos relatos que su hermano le había hecho de las hazañas de los tres templarios en Tierra Santa.

Berenice amaba a Pierre, y él amaba a Simon, por lo que para su hermana había sido un proceso natural el ir descubriendo en el mejor amigo de su hermano todas las virtudes que Pierre admiraba en su incomparable camarada de armas. Afortunadamente, Simon era realmente tan excelente persona como parecía ser, y lo mismo sucedía con Berenice de Montjoie. Pierre se congratulaba complacido por haber tenido éxito en su actividad como casamentero, y Belami exhaló un suspiro de alivio por el hecho de que su joven servidor hubiese encontrado a su futura esposa. El único obstáculo que restaba para su unión era el rango actual de servidor templario que Simon ostentaba. Una condesa no podía desposarse con un plebeyo.

—Estoy más seguro que nunca de que Corazón de León es nuestra mejor apuesta a favor de Simon —dijo Belami—. Gracias a Robert de Sablé, ahora somos guardias personales del rey, y te aseguro, Pierre, que este rey inglés es quien le dará el espaldarazo a Simon. Si vivimos lo suficiente como para que esto suceda —agregó, con una maliciosa mueca.

«Corazón de León es el guerrero más alegre que he visto en acción. Creo sinceramente que sólo está totalmente vivo cuando se encuentra cara a cara con el Ángel de la Muerte. Te juro, Pierre, que en un momento, cuando nosotros tres fuimos cercados por unos cuarenta guardias de Comnenus, Corazón de León estaba cantando de verdad al tiempo que descargaba golpes con el hacha de batalla como si fuese la guadaña del Ángel de las Tinieblas. Le encanta combatir y le encantan los hombres guerreros. Si alguien va a darle a Simon las Espuelas de Oro, ese alguien tiene que ser el rey Ricardo. Pero nuestro paladín normando tendrá que sudar la gota gorda para obtenerlas.

Si bien Simon desconocía por completo los planes sutiles de sus amigos, él permanecía cerca del monarca inglés, en parte porque era su deber, y en parte porque el extraño e impulsivo soldado-poeta ejercía un fuerte efecto en aquellos que le rodeaban. Si había poesía en el corazón de un hombre, entonces Ricardo era su amigo. Si había coraje en el corazón de un hombre, Ricardo se convertía en su camarada de armas. Pero si descubría estas dos raras cualidades en un hombre, entonces Corazón de León era su hermano. Eso es lo que sucedía con Simon.

Al fin, una vez hechas realidad las más altas esperanzas, los cruzados se volvieron de cara a ultramar, con el propósito de reconquistar Tierra Santa y recuperar la Vera Cruz. El rey Ricardo cantaba a la Santa Reliquia:

Lignum crucis
Signum ducis
Sequitur exercitus
Quod non cessit
Sed praecissit
In vi Sancti Spiritus

Los versos pertenecían a Berter de Orleans, pero la música del canto era de Ricardo Plantagenet, el trovador. Burdamente traducidos significan:

Cruz de madera
Signo de nuestro Jefe
El ejército sigue
A quien no se rinde
Sino que la lleva
A la vida del Espíritu Santo.

El rey Felipe de Francia ya había desembarcado en ultramar para alegría de los sitiadores de Acre. Federico Barbarossa marchaba a través de Alemania y los Balcanes con una fuerza de casi doscientos mil hombres. Finalmente, Ricardo Corazón de León zarpaba de Famagusta con sus veinticinco naves originales ahora con el refuerzo de la otra mitad de la flota, con un total de sesenta naves. Junto con los templarios y los hombres del rey Guy, los cruzados reunieron diez mil guerreros duros y duchos en la batalla.

Por lo que a fuerza armada se trataba, la tercera Cruzada fue bienaventurada. El único obstáculo para no obtener una rápida victoria era de carácter político. No había forma de que Conrad de Montferrat, con su nueva esposa Isabella, renunciara al mando de su considerable ejército en Tiro para luchar bajo la bandera del rey Guy o del rey Ricardo.

El impulsivo monarca inglés estaba ardiendo de deseos de enfrentarse a De Montferrat y establecer un acuerdo de tareas con él antes de atacar al sultán Saladino de frente.

La clave parecía estar en la toma de Acre.

Con ese fin, la flota de los cruzados zarpó a toda vela y con las galeras impulsadas por los sudorosos remeros, mientras las fuerzas de ataque se dirigían directamente a la ciudad sitiada.

A bordo de la galera del monarca inglés, a Simon y Belami se les había unido su Gran Maestro, Robert de Sablé. El respeto mutuo y la simpatía que existía entre el recio y célibe monje guerrero y el gran bebedor Corazón de

León se hizo evidente en su primer encuentro. Su ética podía ser diferente, pero su oficio era la guerra, y ambos combatientes se reconocían por lo que eran.

El rey Guy de Lusignan permanecía en su propia galera con Bohemundo de Antioquía y Joscelyn de Edessa, como correspondía a su rango y posición en calidad de señores francos de ultramar. Pretendían permanecer al margen hasta después de que el rey Ricardo hubiese desembarcado la punta de lanza de su ejército. Corazón de León quería que su pie fuese el primero en pisar Tierra Santa en esa tercera Cruzada. Los astutos nobles francos dejaban que realizara esa ambición.

Cuando las almenas del castillo de Margat asomaron a la vista, seguidas por las de Tortosa, Trípoli, Nephyn, Botron y casi inmediatamente después la torre de Gibeleth, los cruzados ardieron de fervor religioso. Al fin Tierra Santa estaba a la vista.

Navegando velozmente entre la flota inglesa y la costa de Palestina, que se acercaba rápidamente, se hallaba un enorme bajel, de tres mástiles, con todas las velas desplegadas para aprovechar el viento fresco del mar. Sus altas bordas de sólida construcción se encontraban cubiertas de pieles verdes y amarillas.

Peter de Barres, el patrón de la galera del rey Ricardo, en seguida la identificó.

—Es una nave turca, majestad —dijo—. Parece un carguero veloz. Supongo que lleva provisiones para la guarnición de Acre.

—¡Entonces, a por él, capitán! —gritó el rey Ricardo, con los ojos encendidos por el ardor de la persecución.

De alguna manera, los poderosos músculos de los galeotes pusieron energía adicional para acelerar el movimiento de los largos remos, y la nave del rey se fue acercando al enorme bajel turco.

La única experiencia previa de Simon de una batalla en el mar había ocurrido cuando la nave de los hospitalarios, el Saint Lazarus, que le transportaba a Tierra Santa, fue atacada por los corsarios en la costa de Barbaria. Ahora, le parecía que aquello había sucedido un siglo atrás. Sin embargo, la forma de abordaje con el carguero turco fue casi idéntica.

En primer lugar, se produjo el intercambio de grandes piedras, lanzadas por las catapultas de ambos bandos, seguido por el lanzamiento de los potes de fuego griego desde uno y otro barco. En este aspecto, el bajel turco aventajaba al de los cruzados en virtud del mayor tamaño de sus catapultas. Cuanto mayor era la nave, más grandes eran las armas que llevaba, y el navío enemigo era dos veces mayor que cualquiera de los galeones de la flota de Ricardo.

—¡Acortad distancia! —ordenó el rey inglés, y los galeotes de la galera remaron con más fuerza que nunca, acercándose para que el barco enemigo quedara al alcance de los arqueros ingleses.

La mayoría de ellos estaban armados con arcos largos, y algunos hasta usaban arcos de tejo galeses como el que Simon sabía utilizar con tanta destreza.

La respuesta vino de los arqueros turcos, armados con su nueva versión de las armas capturadas a los genoveses. El silbido y el golpe sordo de sus mortíferas flechas anunciaban el fin de un buen número de los cruzados atacantes.

La réplica del rey Ricardo consistió en ordenar la elevación de los manteletes de madera en la proa del galeón, desde detrás de los cuales él mismo comenzó a disparar rápidamente con un arco de caza. Ante su invitación, Simon se unió a él, después de cambiar el arma que le habían construido expresamente durante el sitio de Acre por el arco de tejo de un arquero galés muerto. Ambos, el monarca y el servidor templario, no tardaron en encontrar la línea de tiro, con lo que obligaron a los turcos a elevar sus manteletes. Simon les puso las cosas tan difíciles a los turcos de las catapultas, que sus disparos menguaron en tanto él tiraba una flecha tras otra contra ellos, o su maciza arma de madera.

A medida que la galera de los cruzados se iba acercando, podían ver que el carguero turco transportaba varias máquinas de sitio, presumiblemente para la guarnición en Acre.

Constituían un trofeo demasiado valioso como para permitir que llegaran a manos de los sarracenos.

Con la ciudad sitiada casi a un tiro de piedra, cabía hacer algo inmediatamente para detener la nave de aprovisionamiento turca. No tardaría a estar segura bajo la protección de las catapultas de Acre, montadas en las altas torres.

—¡Tenemos que detener su avance como sea! —exclamó el rey Ricardo.

—Si pudierais manteneros delante de ella, majestad, durante unos momentos, quizá yo podría acercarme a nado a la popa y trabar el timón con una soga —sugirió Simon.

—Pero si no lográis cogeros a la nave —respondió el rey—, podríais ser arrastrado por las olas. No podremos parar para salvaros y hay una gran distancia hasta la costa.

—Eso no ocurrirá si voy atado a un cabo de cuerda, majestad —replicó Simon—. Si no logro alcanzar la nave turca, Belami y los demás podrán tirar de ella y volverme a bordo. A menos que detengamos su avance, Acre recibirá esos pertrechos. El bajel debe de estar abarrotado de alimentos y máquinas de sitio.

De mal grado, Corazón de León asintió, aceptando el plan, y estrechó la mano de Simon antes de que el normando se quitara la armadura.

—Buena suerte, joven templario. Vale la pena intentarlo.

Con un esfuerzo supremo, los galeotes remaron como locos. La nave real fue ganando distancia lentamente hasta avanzar al carguero turco en un cabo de longitud.

La lluvia de flechas se intensificó desde ambos lados. Los dardos y las flechas de una yarda silbaban a través del aire en una mortífera granizada. Las bajas aumentaban rápidamente en ambos navíos.

Simon calculó cuidadosamente el instante para arrojarse al agua y se deslizó sin ser visto por la popa de la galera real.

El mar, fuera de la zona donde el agua era agitada por los golpes de remo o de la estela de la nave, estaba lo suficientemente calma como para poder nadar, y, observado por los ojos ansiosos de Belami y Pierre, el joven normando cruzó con poderosas brazadas la angosta brecha. La liviana

cuerda que flotaba detrás de él, uniéndole a la nave, parecía un cordón umbilical de cáñamo, pensaba Belami.

Afortunadamente, sin ser descubierto por los arqueros turcos, que podrían haberle dado muerte en el agua, Simon fue llevado hacia la estela que dejaba el casco panzón de la nave turca.

Por un instante, desapareció de la vista, y Belami lanzó un gruñido de angustia.

—¡Allá está! —gritó Pierre, con voz cortada por un suspiro de angustia, en tanto la cabeza de Simon subía a la superficie junto a la enorme pala del timón del barco enemigo.

En un instante, su férrea mano derecha cogió el macho inferior del timón, un macizo gozne de bronce. Dos vueltas de soga en torno a él brindaron a Simon un firme sostén en el macho de metal y así pudo darle a la soga unas vueltas más alrededor del macho, que lo dejaron efectivamente trabado en el encastre.

En aquel momento, el comandante turco ordenó virar, en dirección a la costa, sólo a pocos cabos de distancia.

De inmediato, el timón se trabó con fuerza, y el carguero turco se desvió de su curso en un cerrado círculo de donde no podría salir.

Con exclamaciones de consternación, varios tripulantes turcos trataban de liberar la palanca del timón, pero la soga de Simon lo trababa cada vez con más fuerza.

Simon se soltó y nadó por debajo del agua para salvar la estela, hasta que sintió que la cuerda de seguridad se tensaba.

Su cabeza volvió a asomar en la superficie, y Belami profirió un grito de alegría hondamente sentida, mientras él y Pierre le arrastraban hacia la galera.

—¡Aminorad la velocidad! —ordenó el rey Ricardo—. ¡Levantad los remos! Quiero a ese joven templario con vida y no ahogado.

Los remeros se desplomaron sobre los remos, tratando de recobrar el aliento, mientras hinchaban los pechos sudorosos. El esfuerzo máximo les había dejado exhaustos.

La velocidad del galeón aminoró inmediatamente. Simon ya no corría peligro de ahogarse.

El monarca inglés cogió la bocina del patrón de la nave, un cono de latón de boca ancha, y gritó las órdenes a los otros tres galeones que le seguían de cerca.

—¡Ya es nuestro! Gira en círculos sin poder enderezar el rumbo. ¡Al ataque! —ordenó el rey.

Los capitanes de las otras galeras agitaron los brazos para indicar que habían comprendido y, acelerando el ritmo de los remos, enfilaron en dirección a la nave enemiga, que giraba sin parar.

A toda velocidad, unos seis nudos, los espolones forrados de bronce de las tres galeras inglesas se hundieron en el grueso casco del carguero turco.

Nada podía resistir el ataque combinado con espolones, y el costado de estribor de la nave de carga se astilló bajo el golpe y se hundió hacia adentro.

El peso del carguero era tan enorme que el casco se llenó de agua en pocos minutos, a pesar de los esfuerzos de la tripulación turca por cerrar los fabulosos agujeros del costado.

Con furia incontrolable, los defensores de la ciudad dirigieron las catapultas hacia la flota inglesa, pero ésta se hallaba fuera de su alcance, y aunque las más poderosas lanzaban las gruesas piedras casi hasta la altura de los blancos ingleses, ninguna lograba alcanzar a las naves.

Ricardo contemplaba con expresión grave cómo el carguero tunco se hundía rápidamente en el agua. Su hundimiento completo se produciría en cuestión de minutos. Por fin, Simon fue izado a bordo. Apenas le restaban fuerzas para encaramarse a la borda, y el rey en persona ayudó a Belami y Pierre a levantar al corpulento templario por encima de la alta baranda de popa.

Simon se desplomó sobre la cubierta, boqueando y vomitando agua.

—¡Apartaos, majestad! —exclamó Belami, al tiempo que se arrodillaba a horcajadas sobre la espalda del normando medio ahogado. El veterano oprimió las costillas de Simon con rítmico movimiento de los brazos,

apretando hacia abajo y aflojando la presión, alternativamente, para permitir que los pulmones de Simon desalojaran el agua que había tragado.

—¿Qué brujería es ésa? —inquirió el atónito monarca inglés.

—Es un ardid muy útil que me enseñó Simon, majestad. Él me salvó la vida cuando estuve a punto de ahogarme en el río Sena.

—Es un ardid que vale la pena conocerlo, servidor Belami. Tenéis que enseñárselo a mi tripulación —dijo Corazón de León.

—Con todo gusto, majestad —sonrió el veterano, mientras Simon vomitaba las últimas gotas del agua del Mediterráneo.

Pálido por el esfuerzo y temblando de frío, a pesar de la tibieza del mar, en seguida envolvieron a Simon con la capa del patrón de la nave.

El rey Ricardo se inclinó sobre él, al tiempo que le cogía las manos.

—Ésa fue la hazaña más impresionante que haya visto nunca, mi joven templario. ¡No la olvidaré jamás! —dijo.

El gigante inglés decía lo que sentía. Ricardo Corazón de León no era un jactancioso, y nunca olvidaba un favor ni dejaba de recompensar una valerosa gesta.

Pierre guiñó el ojo a Belami, que en seguida asintió con la cabeza con expresión de haber comprendido.

Pudieron haber perdido a Simon, pero ambos tenían la sensación de que su esfuerzo supremo para trabar el timón de la nave turca había valido la pena.

Robert de Sablé había tenido bajo sus órdenes a los galeotes ingleses a bordo de la galera, y ahora pudo reunirse con el rey y los templarios en la cubierta de popa.

El monarca le contó la hazaña de Simon, y el Gran Maestro sumó sus felicitaciones a las de los admirados caballeros que se habían congregado en torno al joven héroe.

Para Simon de Creçy, aquél iba a ser un día de suerte.

Mientras la luz diurna se desvanecía rápidamente por poniente, la flota inglesa llegaba frente a Tierra Santa. Corazón de León no tenía intención de tratar de entrar en la bahía de Acre antes de las primeras luces del amanecer.

A bordo de las naves inglesas, las respectivas tripulaciones, y otro culto ritual caballeresco, iba adquiriendo rápidamente existencia en especial los remeros, dormían como si estuvieran muertos, exhaustos a causa de la prolongada persecución y el combate contra el carguero turco.

Su valiosa carga de pertrechos y máquinas de sitio yacía en el fondo del Mediterráneo, casi a un tiro de arco de las murallas de Acre.

El efecto de contemplar cómo la nave salvadora, con los refuerzos que tanto necesitaban y las vitales provisiones, se hundía tan cerca de su destino, fue desmoralizador para los aguerridos defensores de Acre.

Con las primeras luces, otro golpe funesto fue descargado sobre ellos. La flota inglesa, con sesenta naves y llevando a diez mil cruzados ansiosos, entró en la bahía y echó anclas, apenas fuera del alcance de las catapultas de la guarnición.

—¡Por fin! —exclamó el rey Ricardo, y se hincó de rodillas para dar gracias a Dios por su feliz llegada a Tierra Santa.

—Bendice ésta nuestra tercera Cruzada, oh, Señor, y recibe nuestro humilde agradecimiento por habernos librado de las tormentas marinas y la traición de los hombres.

«Como prenda de nuestra fe y gratitud, acepta el hundimiento de esta nave de paganos y de toda su carga de material de guerra contra esta tu Santa Cruzada, como un pequeño sacrificio a tu gloria. Non nobis Domine, sed in tui nomine debe gloriam.

Simon se sorprendió al oír cómo Corazón de León usaba la invocación de los templarios para concluir su plegaria de acción de gracias.

Belami, en cambio, conocía perfectamente la íntima alianza del rey Ricardo con los Pobres Caballeros de Cristo del Templo de Jerusalén.

El Culto de los Trovadores y los Magos Templarios de la Cruz tenían intereses comunes. Ambas organizaciones se dedicaban a influir sobre el futuro mediante la fuerza de voluntad de sus grupos.

La Orden Militar llevaba a cabo su propio plan maestro, bajo la capa de su dedicación a las Cruzadas, con el fin de reconquistar Tierra Santa y la Vera Cruz. El rey Ricardo y los trovadores se valían de la capa de su reputación como poetas cantores de la historia romántica para cubrir su

carácter mágico auténtico. Y en Europa, los Minnensingers, con intenciones similares.

En el caso de Ricardo Corazón de León, la iniciación a la magia la había recibido por conducto de su madre, la reina Eleanor, cuyos métodos de manipulación de la energía se hallaban profundamente enraizados en una religión mucho más antigua que el cristianismo. Eleanor, que había jugado un papel instrumental en los inicios de la fundación del ritual de la Orden de la Jarretera, por Enrique Plantagenet, ejerció una enorme influencia en su época, y aun en su actual edad avanzada había elegido a la esposa de su hijo, la princesa Berengaria, y la había llevado personalmente a Sicilia para asegurarse de que se produjera aquella importante unión.

La reina Berengaria, cuya serena belleza enmascaraba estoicamente las dificultades del matrimonio con el impulsivo Ricardo Plantagenet, no era sólo la herramienta de una alianza política. Por méritos propios era una sabia practicante de la antigua Magia de la Tierra. Asimismo seguía la verdadera senda de la bendita Virgen en su aspecto de la Gran Isis, la Madre-Tierra, al igual como su mentora, Eleanor.

Años más tarde, la reina Berengaria dedicaría su vida, después de la muerte de su esposo, a la fundación de varias órdenes de las vírgenes Vestales, bajo la guisa de ser severas hermanas de conventos dedicados a la contemplación. Sobre todo, entendía el poder de la voluntad humana cuando se expresa por medio de oraciones en grupo. Las vírgenes Vestales de Isis, o Astarté, y las Esposas de Cristo eran una y la misma cosa para la reina Berengaria, Suma Sacerdotisa de la antigua religión. Para ella, la Madre-Tierra, con cualquier otro nombre, era aún la misma fuerza primaria en la Magia de la Tierra de nuestro mundo.

Belami, a raíz de su fiel servicio a las órdenes de Odó de Saint Amand, Gran Maestro de los templarios, y su larga experiencia en Tierra Santa, había adquirido más que un conocimiento superficial de lo que ocurría en el más estricto secreto dentro de las casas capitulares de la Orden.

Algo de lo que Simon estaba asimilando a través de un sendero del gnosticismo, Belami lo había llegado a comprender a lo largo de sus años

de experiencia entre los gnósticos. El veterano poseía el conocimiento de un iniciado.

Ahora, por fin, Ricardo de Inglaterra ponía los pies en Tierra Santa, para ser saludado por hordas alborotadas que salían a darle la bienvenida del campamento de los sitiadores.

Todo eso debió de provocar terror y desaliento en el corazón de los sitiados, mientras contemplaban con impotencia las escenas de triunfo que se desarrollaban debajo de ellos, tan cerca, y sin embargo muy lejos del alcance de sus armas más potentes.

El rey Felipe de Francia y el duque Luis de Turingia acompañaban al rey Guy de Lusignan, cada uno compitiendo con el otro para dar la bienvenida a Corazón de León a Tierra Santa.

Pero en medio del regocijo, se confirmó una horrible noticia. El emperador Federico I, Barbarossa, había muerto, ahogado en las rápidas aguas del helado río Calycadnus, cerca del puerto armenio de Seleucia. Había conducido su enorme ejército desde Alemania, sólo para perder la vida por el camino hacia la carretera de la costa del Asia Menor.

Aparte del golpe que significó para la moral de los cristianos, la pérdida del liderazgo del gran Barba Roja había dispersado el ejército. Tres cuartas partes de sus cruzados interpretaron su muerte, a la edad de 73 años, como un mal augurio y regresaron a sus hogares. Otros siguieron luchando a pesar de todo, pero sin la férrea resolución con que habían emprendido el combate. Sólo un remanente de los doscientos mil cruzados iniciales de Barbarossa llegó a Tierra Santa.

Traían con ellos el cadáver del emperador, en un barril de vinagre, pero la mezcla embalsamadora no era suficientemente fuerte como para resistir el calor de Tierra Santa, y los restos reales tuvieron que ser enterrados rápidamente en la catedral de Antioquía.

Ésa fue la noticia desalentadora con que fueron recibidos los cruzados en Acre. De hecho, el rey Ricardo había oído rumores sobre la muerte del emperador germano en Chipre, pero los había desechado como falsos. Se dio cuenta de que la tercera Cruzada se encontraba ahora en desigualdad de condiciones con las fuerzas sarracenas de Saladino.

La presencia del gran Barbarossa y su enorme ejército habría inclinado la balanza hacia un instantáneo tratado de paz.

—Ahora tendremos que luchar más arduamente que nunca —resumió Belami con su habitual capacidad perceptiva.

Tan pronto como el rey Ricardo hubo desembarcado y supervisado la descarga de los vitales pertrechos y provisiones, convocó a un consejo de guerra con los demás jefes. Todos ellos convinieron en la necesidad de unificar el alto mando de la tercera Cruzada, con excepción de Conrad de Montferrat, que brillaba por su ausencia.

Corazón de León estuvo acertado al escuchar a Robert de Sablé que, como Gran Maestro de los templarios, parecía el más confiable miembro de la misión del rey Guy de Lusignan a Chipre. De Sablé no había pintado una imagen de color de rosa del escenario político en Tierra Santa y había sabido esquematizar astutamente la personalidad de De Montferrat.

—Arrogante, terco e intrigante, ese aventurero es un hombre inescrupuloso; su forma de llevar el divorcio de los De Toron fue escandalosa. Literalmente, obligó a la reina Isabella a abandonar a su esposo, a quien ella amaba tiernamente, para que aceptara su propia mano en un casamiento forzoso. Si juega de tal manera con la ética cristiana, no se detendrá ante nada para conquistar Tierra Santa para él mismo. Os aseguro, majestad, que Conrad de Montferrat se ha embarcado en una cruzada personal para reinar en ultramar, y no le importa a quién tenga que destruir con tal de realizar sus fines. Es un hombre muy peligroso, majestad. No es sólo un peligro para vuestra majestad, como supremo comandante indiscutible, con toda vuestra experiencia en las lides guerreras, sino que constituye también una amenaza para la tercera Cruzada misma. Quiera la Santa Virgen intervenir en este asunto y detener a Conrad de Montferrat con su propia mano.

Las palabras del Gran Maestro estaban destinadas a ser extrañamente proféticas.

Mientras tanto, Ricardo Corazón de León se dirigió a los cruzados reunidos. Sus palabras fueron simples y directas.

—Majestades y nobles señores, he venido aquí con una sola idea. Reconquistar Tierra Santa y recuperar la Vera Cruz. Seré franco. —Se produjo un movimiento nervioso entre el grupo de nobles— Ha habido demasiadas guerras intestinas entre diversas facciones en los años recientes en Outremer y Outrejourdain, que han conducido casi a la pérdida de Tierra Santa. Sólo por la providencia de nuestra Virgen bendita aún conserváis las tierras que están bajo vuestro dominio en ultramar.

El hombre a quien enfrentamos es un adversario digno de nuestro acero. El sultán Saladino es un musulmán tan devoto como nosotros somos devotos cristianos. Sólo podrá ser derrotado por cruzados que estén tan unidos y decididos como lo están los sarracenos mismos.

«Por lo tanto, a menos que cada miembro de esta Cruzada, noble o plebeyo, esté resuelto a reconquistar Tierra Santa y la Vera Cruz, fracasaremos. ¿Estáis de acuerdo?

Entre varios gritos y exclamaciones de asentimiento, algunos entusiastas y otros renuentes, Ricardo había logrado su primer tanto: la unidad de propósitos.

—En cuanto al mando —continuó—, yo soy el de más experiencia entre vosotros respecto de las técnicas modernas de la guerra...

Calló, para ver el efecto de sus palabras. Un murmullo saludó su afirmación, que en realidad era cierta, puesto que Corazón de León había ganado la mayoría de las batallas que comprendían también asedios en toda Europa.

—Por consiguiente, me postulo como candidato para llevar a cabo la tercera Cruzada —siguió, haciendo que cada palabra contara por su propio peso—. Eso significa que asumiré toda la responsabilidad por su éxito... o su fracaso.

Casi pudo oírse un suspiro de alivio ante la última frase. Simon y Belami, que como templarios asignados a su protección personal se encontraban de pie a cada lado de Corazón de León, observando todos los rostros para captar cualquier gesto hostil, lo advirtieron perceptiblemente. Si bien notaron que se aflojaba la tensión ante las palabras del rey, sus

manos estaban listas para empuñar instantáneamente la espada y la daga en su defensa.

El rey Ricardo hizo que el punto final tomase un carácter político.

—Por supuesto, todos vosotros compartiréis por igual la gloria. Sin embargo, si perdemos, yo asumiré toda la responsabilidad por el fracaso y por lo que pueda ocurrir después. ¿Estáis de acuerdo en eso?

Como el honor estaba salvado, porque Ricardo había manifestado que todos y cada uno de los nobles y seguidores gozarían de pleno crédito por el éxito de la tercera Cruzada, y que cualquier censura, en caso de derrota, recaería sobre las espaldas del monarca inglés solamente, los nobles y caballeros reunidos estuvieron entusiastamente de acuerdo en que Corazón de León asumiera el mando general.

Desenvainaron sus espadas con el sonoro roce del acero y gritaron al unísono:

—¡Viva el rey Ricardo de Inglaterra! ¡Vive le Coeur de Lion!

La tercera Cruzada había comenzado.

Se desembarcó y armó el castillo Mategriffon con torre de sitio móvil. Corazón de León fue instalado en su correspondiente lugar como jefe de la tercera Cruzada. Su primera prioridad era tomar Acre por asalto tan rápidamente como fuese posible. Luego, podría marchar directamente contra el sultán Saladino.

Todo parecía dispuesto para una pronta victoria, pero luego el destino intervino en los hechos. El rey Ricardo cayó enfermo con amaldia, la fiebre endémica de ultramar. Estuvo a las puertas de la muerte en su castillo de madera, fuera de las murallas de Acre.

Dos cosas le salvaron la vida. Una fue su magnífica constitución. La otra, el presente que recibiera Simon de manos de Maimónides: el tratado sobre hierbas y plantas medicinales del antiguo Egipto. Hasta el médico del rey, un charlatán de hablar meloso, medio barbero, medio astrólogo y medio alquimista, había oído hablar de Maimónides. Aceptó gustoso los destilados de hierbas que el médico judío le había dado a Simon. Preparaciones a base de opio y caolín detuvieron la diarrea del monarca, y la esencia de raíz de

mandrágora mitigó el dolor y el delirio. En cuanto a la fiebre, Simon la trató tal como Maimónides le había indicado, con una preparación especial de belladona y hojas de quebracho, mezclada con un destilado de corteza de sauce hervida.

El antiguo papiro también prescribía copiosos tragos de agua pura de manantial hervida con sal marina, aromatizada con pétalos de rosa.

El efecto en Corazón de León fue mágico. A los dos días, había salido de su delirio y estaba en condiciones de comer nutritivas sopas. Al cabo de un par de días más, se hizo llevar en una litera a primera línea, donde, desde detrás de manteletes de madera, él y Simon disparaban contra la guarnición de arqueros turcos que tiraban sobre los zapadores ingleses que socavaban las murallas de Acre. Simon utilizaba su flamante arco de tejo, y Corazón de León se valía de un arco de caza con sorprendente puntería. En total, dieron cuenta de una docena de temerarios arqueros turcos y mantuvieron con la cabeza gacha al resto de la guarnición de Acre. Para entonces, la relación entre el rey y el templario normando se había convertido en una cálida amistad, y cuando Ricardo descubrió que los estudios de Simon eran más amplios que los suyos, su interés en el joven guardián se volvió aún más pronunciado.

La extraña pareja que formaban Belami, el inflexible veterano, y el joven y erudito templario normando tenían aún más intrigado al monarca, pero Robert de Sablé no sabía responder a los interrogatorios sobre el linaje de Simon y ninguno de sus guardianes templarios se dignaba aportar información alguna sobre sus orígenes individuales.

—Hay algo hondamente místico en el joven De Creçy —le dijo el rey Ricardo al obispo de Evreux—. Sin embargo, no es un caballero templario ni un trovador definido. De Creçy no es un poeta y no utiliza el poder del canto para provocar un cambio en el futuro, pero, no obstante, tengo la sensación de que es un iniciado.

«Posee profundos conocimientos y me dice que ha tenido a varios grandes maestros de filosofía como mentores. Con todo, es modesto y su humildad es auténtica. Dios quisiera que tuviéramos a más jóvenes como él en la corte. Tengo la impresión de que es el hijo bastardo de una noble casa.

No comprendo por qué es servidor templario..., y ese astuto y viejo soldado, Belami, cuya hacha de batalla es tan mortífera como la mía, le trata como a un hijo. Siempre está protegiéndole; en todo momento de peligro, él está presente. En todo esto debe de haber algo más de lo que De Sablé me ha contado. Ved qué podéis averiguar.

Pero el obispo no pudo avanzar mucho más que el rey. Cada vez que empezaba a ahondar en el tema, tanto el Gran Maestro como el servidor Belami eludían cortésmente sus preguntas. Tuvo que informar al rey de que, hasta el momento, no había adelantado nada.

Las etapas finales del sitio de Acre, que había languidecido miserablemente antes de que la llegada del rey Felipe de Francia y Ricardo de Inglaterra animara a los sitiadores, por fin empezaron a concretarse. Ambos monarcas estaban ahora libres de la fiebre paralizadora y se inició el asalto.

Además del castillo Mategriffon, Corazón de León había traído consigo otras máquinas de sitio muy ingeniosas, todas proyectadas por él mismo y construidas por su equipo de artesanos fabricantes de armas.

El «mata griegos», como se llamaba, era una alta torre móvil, operada por palancas desde el interior mismo. Belami, que prefería las acciones rápidas de la caballería a los sitios estáticos, se burlaba de ella.

—¡Una pérdida de tiempo! Fíjate en esa torre imponente. Es demasiado lenta y un blanco demasiado grande. Dame un buen número de escaleras, transportadas bajo la protección de la oscuridad y colocadas en tantos sitios como sea posible bajo una andanada de flechas. Ésa es la forma de tomar por asalto las murallas de Acre.

También Felipe de Francia había traído consigo algunas máquinas de sitio, y ambos monarcas competían mutuamente para demostrar la superioridad de cada uno de sus ingeniosos artefactos de sitio.

El arma francesa llevaba el nombre de «el mal vecino». A menudo intercambiaba piedras con su contraparte turca en el interior de las murallas, denominada «el mal pariente».

Los operadores turcos tenían más experiencia que sus colegas franceses, y las rocas lanzadas con la enorme viga oscilante, con su soporte para las

piedras en forma de cuchara, aplastaron a «el mal vecino» y lo hicieron añicos.

Los ingenieros franceses sobrevivientes maldijeron a voz en cuello a los jubilosos turcos adversarios y de inmediato pusieron manos a la obra para reconstruir su monstruoso lanzador de piedras, manteniéndolo fuera del alcance de las catapultas turcas.

—Son como niños caprichosos —refunfuñaba Belami—. ¿Por qué no nos escuchan a los mayores? ¡Las escaleras son mucho más baratas y más efectivas!

Simon reía ante la retahíla de juramentos que lanzaba el veterano en voz baja.

—A mi me parece, mon brave ami, que ambos monarcas disfrutan practicando este juego de asedio. Es una variante de los que Saladino llamaba «la rápida partida de ajedrez de la caballería».

Así siguió, en tanto Saladino esperaba que los cruzados avanzaran contra él en masa. Mientras tanto, por la noche, logró introducir refuerzos, a cubierto de las patrullas entre las posiciones sarracenas en la altiplanicie de El-Ayyadiya y las trincheras de los cruzados, que crecían en extensión de hora en hora.

—Somos como unos malditos topos, Simon —se lamentaba Belami—. ¡Mira a nuestros ingenieros!

Señalaba a otro equipo de zapadores abriendo trincheras, bajo la protección de los arqueros genoveses, que disparaban cada vez que algo se movía en las almenas.

Una enorme roca se estrelló con estrépito contra la cara de una parte de la muralla particularmente fuerte, llamada la «Torre Maldita».

—¡Esa catapulta nuestra sí que golpea fuerte! —Por una vez la voz de Belami sonaba orgullosa de la efectividad de aquella máquina de sitio en particular—. No hay duda de que fue construida por los templarios y los hospitalarios. Cuando de máquinas de sitio se trata, los viejos cruzados les damos una lección a esos novatos.

Tal parecía que el jefe de cada contingente de cruzados había traído consigo su máquina de sitio favorita. El conde de Flandes estaba

particularmente orgulloso de su catapulta y hasta su muerte, a causa de un enfriamiento que cogió durante una escaramuza, se pasó horas bombardeando alegremente las murallas de Acre. Después de su muerte, el rey Ricardo agregó el armatoste del conde a su amplia batería y mantuvo de noche y de día el ataque a las macizas murallas, bombardeándolas duramente con rocas marinas de pedernal que había traído especialmente consigo de Mesina, en Sicilia.

Aquellos agudos proyectiles se hundían profundamente en las gruesas murallas, pulverizando la piedra más blanda de la localidad con que estaban construidas las defensas de Acre. Cuando las enormes piedras de pedernal pasaban por encima de la muralla y caían en la ciudad, se cobraban sus buenas víctimas entre los infortunados habitantes. Cada vez más, la guarnición turca se mantenía a cubierto. Sin embargo, de tanto en tanto tenían que abandonar su relativamente seguro refugio para guarnecer las murallas o hacer una salida, si se abría una brecha en las defensas. La vida en Acre se estaba volviendo peligrosa.

La versión turca del fuego griego era disparada desde un caño de bronce, equipado con un depósito de nafta y brea inflamables, e impulsado mediante poderosas manchas. Emplazada por la noche en lo alto de una torre, aquella arma incendió dos veces una de las torres de sitio del rey Ricardo cuando trataba de acercarse a las murallas.

Belami estaba más rabioso que de costumbre ante aquel juego.

—¡Que me den las malditas escaleras de asalto y estaremos dentro de la ciudad en una hora de media noche! —exclamaba, rabiando de impotencia.

El monarca inglés y el francés respondían a aquellos ataques incendiarios colgando pieles empapadas en la habitual solución de vinagre en torno a las torres de sitio. Así consiguieron llegar a unas yardas de la muralla antes de que las catapultas turcas les lanzaran unas cuantas piedras y las hicieran pedazos.

Se vinieron abajo en una lluvia de listones rotos y tablones astillados y hombres gritando. Ronco de tanto blasfemar, lo único que Belami podía hacer era menear la cabeza con desesperación.

Los servidores templarios se veían obligados a presenciar aquellos diversos fracasos, porque su tarea principal consistía en evitar que Corazón de León fuese asesinado. Ambos se sentían frustrados a raíz de que su misión no les permitiera tomar parte activa en las operaciones bélicas. Sólo cuando se abría una brecha en la muralla y el rey avanzaba para secundar los esfuerzos de sus ingenieros, el combate se tornaba más personal en vez de la acostumbrada lucha sin rostro, a gran distancia.

Entonces sí que se establecía una lucha cuerpo a cuerpo, con el chocar de las espadas contra el acero, el golpeteo de las hachas de combate al partir cascos y cráneos, y la penetración de las afiladas dagas en las cotas de malla. El aire se llenaba de gemidos de los moribundos, de chillidos de los heridos, cuando el acero se hundía profundamente. Los miembros volaban por el aire, y cabezas boquiabiertas eran cercenadas sobre los hombros de valientes soldados.

Los combates para defender una brecha eran sangrientos, febriles, frenéticos, y terminaban por dejar un montón de hediondos cadáveres llenando la brecha en ambos lados.

La batalla se libraba a una distancia demasiado corta como para que los arqueros pudiesen disparar sin herir a sus propios hombres, por lo que era esencialmente la lucha de un hombre contra otro. Se trataba de tirar mandobles y parar estocadas, mientras los brazos tuviesen fuerza para sostener las espadas.

—¡Conservar a Corazón de León con vida es una tarea agotadora! —comentó Belami después de uno de esos combates, mientras se desplomaba sobre su lecho de campamento, consistente en unas mantas de caballo extendidas sobre unos sacos de forraje llenos de paja.

Simon estaba tan cansado a raíz de su propio cambio de mandobles con los turcos, en la defensa de la brecha, que se limitó a asentir con la cabeza antes de sumirse en el sueño profundo del guerrero.

En sus sueños, se separó de su cuerpo dormido y su voluntad le llevó de inmediato a Chipre, donde dormía su amor.

La reina Berengaria y la reina Joanna, así como sus damas de honor, Berenice de Montjoie y lady Rebecca de Kent, se encontraban

cómodamente instaladas en el castillo de Kyrenia, esperando que el rey Ricardo mandase a buscarlas.

Berenice se movía inquieta en su lecho, pues sus sueños tenían que ver con el riesgo que corrían su hermano Pierre y su adorado servidor templario.

Mientras Simon planeaba sobre ella, su amor era tan intenso, que se comunicó al espíritu agitado de la joven durmiente. De inmediato, su forma dormida se relajó bajo el cubrecama de piel, mientras su cuerpo sutil se liberaba.

De repente, la contraparte astral de su durmiente amada comenzó a flotar para unirse a Simon, que se encontraba sobre su cama. Su diminuto rostro ovalado estaba radiante, con los ojos encendidos de amor.

Sin palabras, pues no era necesario hablar, se abrazaron, y sus espíritus parecieron fundirse el uno en el otro hasta convertirse en una sola alma completa. Fue una experiencia extática. Para Simon, el éxtasis fue tan real como si hubiesen sido amantes físicos; para Berenice, que no tenía normalmente noción de la existencia de aquel otro mundo, la unión de sus espíritus fue sólo un hermoso sueño.

La experiencia constituyó en conjunto una deliciosa liberación de las sórdidas realidades de la guerra.

Durante todo ese tiempo, el sultán Saladino no se había quedado mano sobre mano, si no que enviaba constantemente patrullas con el fin de explorar y hostigar las trincheras de los cruzados en torno a la ciudad sitiada. Cuanto más extensas se hacían las fortificaciones, más agresivos se tornaban los ataques de las patrullas sarracenas.

Entretanto, el rey Ricardo había decidido que había llegado el momento de poner en práctica su plan de abrir brechas en distintos lugares de las murallas, simultáneamente.

Convocó a un consejo de guerra de emergencia.

—Majestades, milords —dijo—, os presento, esperando que merezca vuestra aprobación, mi plan que he denominado «Las murallas de Jericó». Recordad por un momento cómo Joshua, el hijo de Nun, derribó las defensas de la ciudad cananita. Hizo desfilar su ejército de israelitas siete

veces alrededor de las murallas, todos ellos gritando y haciendo sonar las trompetas. Después de la séptima vuelta, los sacerdotes tocaron sus shofars, los cuernos de macho cabrio usados para convocar a los israelitas para orar. Entonces, se derrumbaron las murallas de Jericó.

Se produjo un excitado murmullo de asentimiento confundido entre los nobles, al tiempo que el rey Ricardo seguía diciendo:

—Nosotros haremos una cosa parecida para distraer a la guarnición turca. Marcharemos hacia adelante y hacia atrás, siempre fuera del alcance de sus catapultas, como si efectuáramos una complicada maniobra preparatoria, dejando por un tiempo inactiva la artillería de sitio. Eso confundirá al enemigo. Todo el tiempo haremos sonar las trompetas, tambores y címbalos sin cesar. Toda esta confusión ordenada distraerá a los turcos y ahogará el ruido de nuestros cuerpos de ingenieros, que se afanarán en abrir sus minas, cavando a cubierto de las fortificaciones, que en estos momentos llegan a pocas yardas de varias torres de las murallas de la ciudad.

«Los turcos estarán demasiado atareados tratando de alcanzar a nuestras tropas en sus maniobras con las catapultas y arqueros como para poder oír los ruidos sordos del túnel bajo sus pies.

«El séptimo día, al igual que Joshua, estaremos a punto para el movimiento final. Nuestras minas habrán sido abiertas debajo de las torres y murallas, llenadas con paja y apuntaladas con delgados troncos de árbol empapados en nafta y aceite de quemar.

El rey hizo una pausa como efecto dramático.

—Al sonido de los cuernos de carnero, que ya hemos obtenido de los pastores de la localidad, se encenderán las mechas de soga de paja empapadas en aceite y se prenderá fuego a las minas, hasta que se quemen los soportes de madera. Y entonces se hundirán «Las murallas de Jericó»..., es decir: ¡de Acre!

Coeur de Lion terminó con una radiante sonrisa ante su consejo de guerra, que respondió con un atronador y espontáneo aplauso. El plan parecía bueno.

El trabajo de zapa tenía como objetivos principales la Torre de San Nicolás, la Torre del Puente, la Torre del Patriarca y, finalmente, la Torre Maldita.

El sultán Saladino observó toda la maniobra de los cruzados desde su posición en El-Kharruba, la colina del Algarrobo. Se trataba de una elevación cercana a la carretera entre Acre y Saffuriya.

—Esto se vuelve peligrosamente parecido a la historia griega del sitio de Troya —murmuró sabiamente, atusándose la barba—. Sólo falta el caballo de madera. Tal vez, todo este desfile, estos gritos y la música marcial sea la versión de Corazón de León de aquella famosa estratagema.

La comunicación con la guarnición sarracena se limitaba ahora al envío de palomas mensajeras por parte de los sitiados al cuartel general de Saladino. El tono de los mensajes se tornaba de día en día más desesperado.

Saladino, acompañado de su hermano Seyf-ed-Din, o Safardino como era más comúnmente conocido, había traído dos cachorros de león consigo, como símbolo de su respeto por Corazón de León, pero también para indicar que había más de un león en el bando de Saladino.

Las murallas de la ciudad estaban totalmente guarnecidas de día y de noche. A pesar de todo, los cruzados seguían con sus ruidosas maniobras, simulando un ataque tras otro, sólo para girar sobre sus talones en el último momento e iniciar la retirada, justo antes de llegar al alcance de los arqueros.

En vano, los defensores disparaban piedras y arrojaban una granizada de fuego griego sobre los sitiadores, para comprobar que siempre se encontraban exasperantemente fuera de su alcance. Aquello era una guerra de nervios, y los turcos estaban cada vez más desmoralizados por la absoluta falta de sueño.

Los cruzados se turnaban en la ejecución de aquellos falsos ataques; cuando les protegía la oscuridad, especialmente, sólo una pequeña fuerza simbólica se desplazaba hacia las murallas, aumentando el volumen del ruido producido con el fin de compensar el tamaño. Mientras tanto, los soldados que debían continuar con la farsa al día siguiente dormían con algodón en los oídos para sofocar el estrépito.

La guarnición de Acre no podía darse ese lujo. Ellos no tenían idea de cuándo comenzaría el ataque de verdad. Por lo tanto, tenían que permanecer despiertos con todos los sentidos alerta.

Saladino sabía que atacar el campamento de los cruzados, con todas sus plazas fuertes y el laberinto de trincheras, terminaría en un desastre y posiblemente con la pérdida de Tierra Santa también. No tenía más remedio que esperar, mientras Ricardo Corazón de León contaba las horas para el ataque final.

—¡Cómo detesto este juego del escondite! —gruñía Belami—. En estos momentos, los turcos ya deben de haber oído cómo cavan nuestros zapadores.

Pero el hambre y la tensión nerviosa causaba el entorpecimiento de los sentidos entre los miembros de la guarnición privados de descanso, y el sordo golpear que los turcos oían, lo atribuían al latir de la sangre en las sienes ante el incesante y ensordecedor maniobrar de los cruzados.

Por fin, los túneles quedaron terminados, los pasadizos apuntalados por soportes y todo lleno de paja empapada en nafta.

El jefe de ingenieros inglés, Gilbert de Nottingham, informó a Corazón de León.

—Todo listo, señor. Podéis atacar cuando gustéis, majestad.

El rey Ricardo, que estaba dormitando antes del amanecer, salió de Mategriffon y montó en su caballo de batalla de un salto, al tiempo que gritaba:

—¡Que Dios nos acompañe! ¡Que la Vera Cruz nos libre de los paganos! ¡Suenen los cuernos de carnero!

Tocaron los shofars, y un centenar de antorchas previamente preparadas fueron arrojadas al interior de las minas llenas de paja. Todo ardió como las hogueras de yesca en un sábado de brujas.

Al mismo tiempo, Corazón de León dio la orden para que la artillería de sitió comenzara a disparar. La señal la dio una flecha encendida describiendo un arco en lo alto, salida del arco de tejo de Simon.

Cuando la flecha de una yarda ardiendo cruzó el cielo del amanecer, todas las catapultas habidas y por haber lanzaron su carga de piedras, y las

ballestas, sus dardos, contra las torres de Acre.

En aquel preciso momento, una lluvia de flechas fue arrojada por los quinientos arqueros ingleses y genoveses, para barrer a toda criatura viviente apostada en las almenas.

El consejo de Belami fue escuchado y, protegida por el humo, las piedras arrojadas y la lluvia de flechas, la infantería atacó llevando un centenar de escaleras, que fueron instaladas de inmediato contra las murallas.

Sólo unos pocos arqueros turcos aparecieron un instante entre las almenas con el fin de disparar sobre las fuerzas atacantes.

Una a una, las grandes torres temblaban y se estremecían mientras se iban quemando los soportes debajo de ellas. Sus resquebrajados muros resonaban bajo el constante impacto de las enormes piedras arrojadas contra ellas.

De pronto, una torre se hundió. Se desmoronó en una estruendosa avalancha de rocas y cascotes; la polvareda y el humo que surgía del túnel subterráneo ahogó los gritos de los defensores que se precipitaban al vacío. Otra torre se desplomó hasta quedar un montón de ruinas polvorientas. Los atacantes lanzaban gritos de alegría, en tanto los defensores chillaban de espanto y desesperación.

Al fin las murallas de Acre fueron abatidas. En aquel punto, no había nada que Saladino y Safardino pudieran hacer, salvo contemplar con horror a la distancia cómo los cruzados salían como un enjambre de las trincheras y atacaban Acre, una oleada de hombres tras otra.

En medio del humo y el polvo, el clamor de la batalla alcanzó su punto más alto, cuando los alaridos de triunfo y los quejidos de agonía se mezclaron hasta ahogar el estrépito de las armas.

Contra el encendido cielo del amanecer, la escena era un holocausto. En la hecatombe de sangre, las escaleras que se elevaban hasta las almenas hervían de hombres que trepaban por ellas: algunos llegaban a lo alto o caían muertos al pie de las torres de Acre.

En el momento culminante, Corazón de León desmontó y dirigió el principal ataque contra las brechas de las murallas penetrando por los

boquetes que habían quedado, como dientes de dragón arrancados, al caer las grandes torres.

En todo lugar, Simon y Belami, ahora acompañados de Pierre de Montjoie, protegían al monarca inglés, con las hachas y espadas rojas de sangre hasta la empuñadura. Tan cercano era el enfrentamiento, que las flechas se hundían hasta las plumas, aun en los cuerpos protegidos por armadura, y las flechas de una yarda perforaban limpiamente los escudos y las cotas de malla.

Sólo los gruñidos exhaustos del supremo esfuerzo, los quejidos de los moribundos y los chillidos agudos de los gravemente heridos se oían ahora. Los tambores habían enmudecido; las trompetas, callado, y los címbalos estaban silenciosos. Un coro de muerte y de agonía se elevaba por encima del choque de las armas.

Las murallas festoneadas hervían de cruzados, que obligaban a los defensores a retroceder, a medida que más y más soldados cristianos trepaban por las restantes escaleras.

Saladino gemía.

—¡Allahu Akbar! —rezaba—. Dios sea alabado. Mis hermanos están muriendo en Acre. ¡Recibe sus aguerridas almas, oh, Alá, el Misericordioso, el Compasivo, en el Paraíso!

Safardino, transido de dolor, montó en su corcel blanco y galopó con desesperación hacia Acre, agitando su cimitarra por encima de la cabeza como un mangual.

—¡Dios es grande! —gritaba en su desesperación.

Antes de que pudiese llegar a primera línea de las fuerzas de los cruzados, Saladino ya había enviado una tropa de mamelucos montados en veloces cabalgaduras para evitar que su hermano cometiera lo que era un virtual suicidio.

Saltando del sudoroso caballo, Safardino se tendió sobre el suelo rocoso y, volviéndose hacia La Meca, clamó a Alá piedad para los defensores de Acre.

De repente, la bandera de la media luna que flameaba en la Torre de San Nicolás fue arriada, y en seguida se izó el estandarte del León de Inglaterra,

ondeando valientemente al impulso de la brisa matutina.

—¡Hemos vencido! —gritó Pierre de Montjoie, con el rostro encendido por la alegría.

Luego su voz se transformó de golpe en un grito de agonía cuando una flecha turca penetró por la abertura que quedó en la cota de malla al levantar el brazo. Sólo las plumas sobresalían entre el chorro de sangre que brotaba de la artería cortada de la axila.

Pierre se tambaleó y cayó hacia atrás en los brazos de Simon, mientras el joven templario lanzaba un grito de horror. El sonido alertó a Belami, que corrió en su ayuda, pero era demasiado tarde para que ninguno de los dos pudiese hacer nada más que escuchar las últimas palabras de Pierre, al tiempo que su aguerrido espíritu abandonaba su cuerpo.

Débilmente, pudieron oír que decía antes de morir:

—¡Cásate con Berenice! Te quiero, Simon.

Acre había caído. Pero, para Simon y Belami, el precio fue demasiado alto.

OceanofPDF.com

20
LA ESPADA Y LA CRUZ

Simon cumplió la palabra empeñada con Pierre. Buscó la tumba, actualmente sin rastro, de Phillipe de Mauray, que él y Belami habían cavado con la ayuda de Pierre once años antes.

Utilizando los métodos de adivinación que le había enseñado Abraham-ben-Isaac, Simon localizó enseguida el sitio fuera de las murallas de Acre, y él y el veterano no tardaron en desenterrar el barril de agua en que había sido sepultado el cadáver de Phillipe, que se encontraba intacto. Tierra Santa había preservado a su honrado muerto.

Los templarios cavaron otra fosa junto a la de Phillipe envolviendo el cuerpo de Pierre en una negra túnica de servidor templario, colocaron a su amigo, con armas y armadura como le corresponde a un cruzado, en el lugar en que reposaría para siempre, con la cabeza orientada hacia las murallas de la ciudad reconquistada y los pies cruzados apuntando a su patria, a poniente.

Ninguna pompa presidió el simple entierro. Ningún sacerdote estuvo presente para entonar un cántico ritual por el alma del conde Pierre de Montjoie. Simon oró en silencio mientras las lágrimas corrían por sus bronceadas mejillas, y Belami, con voz ronca por los sollozos ahogados, decía una sencilla plegaria de soldado.

—Madre bendita, acoge a éste, Tu hijo fiel, conde de Montjoie, en Tu amante seno, para cuidarle, como él ha protegido Tu santo Nombre.

«Aguerrido soldado, leal camarada y caro amigo... —La voz del veterano se quebró—..., su amor por Ti fue siempre primero en su corazón.

Al tiempo que ambos templarios murmuraban: «Amén», una tercera voz se unió a la de ellos. Era la voz de bajo profundo de Corazón de León. Sin ser visto ni oído, se había arrodillado junto a la tumba los enguantados dedos reposando sobre la empuñadura de su espada, con la punta clavada en la arena, a la manera de los cruzados.

Su hermoso rostro cubierto de polvo estaba surcado por las lágrimas. Belami y Simon se aprestaron a ponerse de pie, pero el rey Ricardo les detuvo con un gesto.

—Oremos en recuerdo de un alma noble, a quien honraba llamándole amigo. Pierre poseía un alegre corazón amoroso y una lengua de oro. También era un excelente trovador.

La emoción de Corazón de León les sorprendió.

El sol se diluía en su estallido final de resplandor glorioso mientras se hundía detrás del horizonte occidental del mar encerrado por la tierra. Los tres hombres sintieron el siseo cuando la Estrella Diurna sofocaba sus llamas alquímicas en las cálidas aguas del Mediterráneo.

Al igual como habían hecho los templarios unos años antes, el rey inglés pronunció similares palabras:

—Éste es un lugar sagrado para el reposo de un soldado. Amaba mucho a ese muchacho —La voz de Corazón de León se ahogó en un sollozo contenido—. Que esta honrosa tumba sea un lugar de paz. Con las murallas de Acre ante su cabeza y el mar a sus pies, ésta es una tumba ideal para que un caballero descanse hasta el día del Juicio Final. Non nobis, Domine sed in tui nomine debe gloriam.

Los tres cruzados unieron sus voces en la invocación final de los templarios. Se pusieron de píe, en tanto la fina arena se desprendía de la cota de malla, y saludaron a su caído camarada de armas.

—¡Vivat! ¡Vivat! ¡Vivat!

Su imperativo grito por la resurrección del alma de Pierre resonó sobre las aguas de la bahía de Acre.

Cada uno encerrado en sus tristes pensamientos, caminaron acompañados por el tintinear de las cotas de malla por la arenosa playa, montaron en sus pacientes caballos y se dirigieron en silencio hacia la ciudad reconquistada.

Dentro de las murallas, continuaba la matanza. Bolsones aislados de tenaz resistencia eran sofocados con salvaje violencia, a veces a punta de espada, a veces mediante una lluvia de flechas fatales de una yarda y a veces con el terrible lanzador de llamas turco, ahora en manos de los cristianos.

Aquel fue el primer resultado positivo del asedio de una importante ciudad que Simon pudo presenciar. Se le revolvía el estómago ante las escenas de innecesaria carnicería que tenían lugar frente a él, y rogaba que fuese aquella la última vez que presenciaba una matanza semejante. La muerte en campos de batalla era una cosa, pero aquello era totalmente diferente. Los cruzados parecían gozar en su inmolación de la guarnición turca.

En las tierras altas al este de la ciudad, Saladino estaba rodeado de sus comandantes, todos ellos contemplando con mudo horror el humo que se alzaba aún dentro de las murallas de Acre. Incluso a la distancia, los débiles gritos y los agudos chillidos de los moribundos y los heridos se oían claramente a través del desierto, llevados tierra adentro por la brisa marina del atardecer.

—¡Juro que por cada sarraceno morirán diez infieles! —resonaron las amargas palabras de Safardino.

—¡No, hermano mío! —dijo Saladino, poniendo una confortadora mano sobre su hombro—. Nosotros matamos en la batalla, como lo quiere Alá. No nos rebajamos a exterminar mujeres y niños indefensos ni hombres malheridos. Ésa es obra del demonio. Yo no tomaré parte en ella ni lo hará ningún miembro de mi familia, mientras viva para evitarlo.

Safardino agachó la cabeza, avergonzado. Sabía que para un musulmán devoto, la matanza de los indefensos era un pecado a los ojos de Alá.

—Así será, hermano —dijo—. Hablé dominado por la ira.

Pero no lograba soportar la frustración que sentía y de nuevo cedió a la ciega furia que se agitaba en su interior. Saltando a la silla de su montura, Safardino cabalgó como un loco hacia Acre, lanzando maldiciones sobre las cabezas de los crueles cruzados. Sólo frenó al llegar a un tiro de arco del campamento de los sitiadores y las flechas empezaron a silbar en torno a él.

Al fin, la matanza llegó a su fin. Los defensores sobrevivientes fueron llevados a las celdas del antiguo cuartel de los hospitalarios y mantenidos bajo vigilancia sin agua ni comida, hasta que el rey Ricardo se enteró de ello.

—¡Nosotros no torturamos a los prisioneros de guerra! —exclamó—. ¡Dadles alimentos inmediatamente! Sobre todo a las mujeres y los niños.

El impulsivo monarca había vuelto a sufrir un súbito cambio de sentimientos.

—Por lo menos demuestra ser caballeroso —murmuró Belami, cínicamente—. ¿Por cuánto tiempo?

La matanza de los defensores musulmanes apenas cogió a los templarios por sorpresa. Habían presenciado demasiadas carnicerías espontáneas de heridos y personas indefensas, de manera notable después de la batalla de Hittin en manos de los hombres de Kukburi. Fue la magnitud de las muertes y la tardía detención del exterminio, por parte del rey Ricardo, lo que les había conmocionado. Aquél era un nuevo aspecto del carácter imprevisible del monarca inglés.

Robert de Sablé había sido herido durante el último ataque contra las brechas de las murallas y estuvo semiinconsciente durante varias horas. Sin embargo, en cuanto recobró el conocimiento lo suficiente como para darse cuenta de lo que estaba pasando, se había apresurado a persuadir a Corazón de León de que detuviera la matanza.

—A veces, es como si el rey estuviera poseído por un demonio. No es él mismo. En el campo de batalla es tan valiente como el rey de la selva, de quien le viene el nombre que lleva. Se muestra exultante y parece caer en el éxtasis de la lucha, como si se dejase llevar por la roja marea de la batalla.

El Gran Maestro estaba confundido.

—En cambio, le vi mostrarse misericordioso por lo menos con tres hombres malheridos que habían luchado valientemente con él. Pero esta tolerancia ante el asesinato en masa, principalmente por parte de quienes no tomaron parte activa en la lucha en las brechas de las murallas, es algo que no está de acuerdo con la personalidad del rey.

Al igual que Simon, el Gran Maestro había sufrido una profunda conmoción ante la conducta de Corazón de León.

Los victoriosos cruzados se reunieron en un nuevo consejo de guerra. El rey Guy de Lusignan, Bohemundo de Antioquía, Joscelyn de Edessa, Homfroi de Toron y otros, pero aún sin la presencia de Conrad de Montferrat, se reunieron con el monarca inglés y el duque de Borgoña, para formalizar un plan maestro, ahora que Acre volvía a estar en manos de los cristianos.

Corazón de León ardía de deseos de perseguir al ejército de Saladino lo antes posible. Se daba cuenta de la enorme victoria moral que había conseguido al tomar la ciudad ante sus propios ojos, sin tener la posibilidad de intervenir. Ahora, razonaba, era el momento de atacar, mientras el recuerdo de la derrota ardiera intensamente en su corazón.

Los dos grandes maestros, el templario y el hospitalario, estuvieron absolutamente de acuerdo con él, pero el carácter indeciso del rey Guy les privó de tomar una decisión demasiado precipitada. Él aconsejó prudencia, y varios de los demás nobles de ultramar se pusieron de su lado. En vista del número de fuerzas que el rey franco comandaba, Ricardo tuvo que ceder; eso era algo que su vivo temperamento a duras penas podía aceptar.

Robert de Sablé vio una posible solución a la evidente incertidumbre de Corazón de León.

—Si me lo permitís, majestad, sugiero que mandéis un enviado, no a Saladino sino a su hermano, Safardino, tomando distancia, por lo tanto, del sultán, mientras tanteáis el terreno para un posible tratado, en vista de la magnitud de vuestra victoria en Acre.

El rey Guy enseguida aprovechó la oportunidad para ganar más tiempo, antes de formalizar un compromiso definitivo de atacar a Saladino tan poco tiempo después de la toma de Acre. Sabía del afecto del monarca inglés por

Homfroi de Toron, cuya encantadora disposición contribuía de alguna manera a llenar el vacío que había dejado el intimo amigo de Ricardo, Pierre de Montjoie, que había sido un jovial compañero del monarca inglés. El rey Guy sugirió su nombre como digno enviado real.

Aquélla fue una jugada inteligente por parte del líder franco, pues entre los cortesanos francos ya circulaba el rumor de la intención del rey Ricardo de aliar a su hermana, la reina Joanna, con el hermano de Saladino. Con todos los espías que había en Outremer, esta información difícilmente podía causar sorpresa.

Ricardo aceptó de mala gana, comprendiendo que el tiempo que se ganaría mediante esta maniobra podría ser utilizado provechosamente en reconocer la región costera, al sur de Acre, a lo largo de la cual ya había planeado llevar a cabo el desplazamiento principal hacia Jaffa.

Al ver que el momento era oportuno para plantear un nuevo punto importante, el Gran Maestro de los templarios volvió a tomar la palabra.

—Hay otra cuestión, majestad, que se torna imperiosa. Con este clima insólitamente caluroso en esta estación, los muertos pueden volverse rápidamente pestilentes. Las legiones de moscas de Belcebú ya cubren los hediondos cadáveres, y yo creo que corremos un verdadero peligro de que se declare la peste si no procedemos a sepultar a los muertos lo antes posible.

El monarca inglés enseguida advirtió lo sensato de la observación de De Sablé.

—Tenemos que sepultarles en el mar. Que pongan los cadáveres en sacos y los lastren con piedras. No queremos que se produzcan resurrecciones involuntarias.

En verdad, era una solución ingeniosa. Cuadrillas de soldados de infantería con máscaras cargaron los cadáveres que se descomponían rápidamente en los cargueros de la flota, que zarparon de inmediato en busca de aguas profundas y se apresuraron a deshacerse de los muertos. Entretanto, se procedía a limpiar la ciudad reconquistada.

La reconsagración de los lugares cristianos sagrados, que a pesar de las órdenes de Saladino habían sido deliberadamente violados en venganza por

la profanación de las mezquitas musulmanas de Jerusalén, tardó tres semanas en terminarse, mediante los servicios celebrados por el obispo de Evreux y otros dignatarios de la Iglesia, en cada lugar sagrado.

Sólo después de esos ritos, y una vez que se erradicaron todos los peligros que amenazaban con provocar una peste en Acre, el rey Ricardo estuvo de acuerdo en renovar la campaña y mandó a buscar a su esposa, la reina Berengaria, a su hermana y su comitiva.

En tanto el galeón real navegaba hacia Acre, transportando la preciosa carga, Simon y Belami acompañaron a Corazón de León y los comandantes de las fuerzas en un reconocimiento del terreno al sur de Acre.

—La carretera de la costa a Jaffa parece ofrecernos la ruta más segura y rápida hasta nuestro punto clave, desde el cual podremos dar el empujón final hasta Jerusalén —dijo Corazón de León, pensativamente—. Servidor Belami, vos habéis recorrido estas regiones de ultramar durante años; ¿qué os parece?

El veterano se atusó la corta barba, gesto habitual en él cuando pensaba profundamente, y respondió ariscamente, sin andarse con rodeos.

—A nadie le gusta marchar con un flanco demasiado cerca del mar, majestad, y además hay zonas pantanosas en el otro flanco, el oriental, en el primer tramo de la carretera costera a Jaffa.

«Saladino no puede atacarnos mientras los pantanos se interpongan entre él y nosotros. Pero el terreno se torna firme en una tercera parte del camino. Entonces, desde las tierras altas cubiertas de árboles, el sultán puede lanzar continuos ataques de sus excelentes escaramuzadores escitas y sus arqueros montados turcos, que pueden causar estragos en nuestras columnas.

Mientras hablaba, el veterano se agachó y trazó un burdo diagrama en la arena con un palo puntiagudo.

—Pero antes de que Saladino pueda lanzar un ataque en gran escala contra vuestro flanco oriental, majestad, tiene que cubrir el terreno abierto allende los árboles. Si apostáis a vuestros arqueros ingleses en el costado de tierra adentro y utilizáis la técnica de las columnas volantes romanas, como el servidor De Creçy y yo hemos hecho muchas veces, montando a los

arqueros selectos en la grupa de los jinetes, podéis causar numerosas bajas entre sus lanceros, antes de que las flechas livianas de los arqueros montados puedan perforar nuestras cotas de malla. Tal vez parezcamos puerco espines, pero estoy seguro de que no recibiremos heridas graves.

Corazón de León asintió brevemente con la cabeza. Animado por ello, Belami continuó:

—¿Puedo sugerir el uso de un elemento que mis servidores han encontrado efectivo?

De nuevo el monarca inglés asintió con la cabeza.

—Un grueso acolchado o una tela de manta doblada, como las protecciones de alquóton que los sarracenos llevan debajo de las vestas, y que muchos cruzados antiguamente preferían llevar en el calor del verano en vez de las cotas de malla, detendrá las livianas flechas turcas de largo alcance, sobre todo si también protegemos con ellos a nuestros caballos. Sufriremos, por supuesto, la tortura del calor del mediodía, pero si no cometemos el error fatal de la batalla de Hittin, y llevamos suficiente agua y sal, para mitigar el tormento de la sed y los calambres, podremos soportar y salir con vida de las lluvias de flechas.

Como de costumbre, el plan expuesto por Belami era un modelo de concisión y condensada experiencia. Corazón de León esbozó aquella sonrisa sorprendentemente juvenil, donde residía la clave de su encanto.

—Que así sea. Los comandantes se ocuparán de esas cosas. Que todo el mundo, noble, caballero o soldado, lleve una bota de agua adicional, en el costado opuesto al que recibirá las flechas. El carro de provisiones, cargado con barriles de agua fresca, se mantendrá en el lado del mar de nuestra línea de marcha. Además, ordeno que los comandantes de la flota sigan un curso paralelo, cerca de la costa, para brindarnos la protección de sus catapultas y ballestas. Quiero que cada nave lleve un mínimo de veinte arqueros, para lanzar una andanada de flechas por encima de nuestras cabezas y cubrir nuestra retirada, si fuese necesario volver a bordo de nuestros bajeles. ¿Entendido?

Los capitanes de la flota asintieron con la cabeza, y los comandantes de las columnas de los cruzados se dispersaron para llevar a cabo las órdenes

del rey.

Robert de Sablé se sonrió íntimamente. No había visto nunca al rey de Jerusalén, ni a ninguno de los príncipes y señores de Outremer y Outrejourdain, escuchar con tanta buena predisposición a un servidor veterano de los templarios.

—Ésa puede ser la razón por la que fracasamos antes, con tan cuantiosas pérdidas. La voz de la experiencia es aún la única regla con que juzgar la situación —le comentó al Gran Maestro de los hospitalarios.

—¡Pero entonces Ricardo Corazón de León no es como los demás monarcas! —repuso el jefe de la orden rival de caballeros monjes.

Durante el reconocimiento de la ruta a Jaffa, Conrad de Montferrat siguió sin dar señales de vida, haciendo caso omiso de los enviados del monarca inglés. Su plan parecía ser esperar que el rey Ricardo le ofreciese condiciones más ventajosas para disponer de su ejército, con toda la experiencia adquirida en los combates contra Saladino. Esas tropas ascendían a más de seis mil hombres, incluyendo a la infantería, lo que brindaba a De Montferrat una fuerza adaptable al ataque o a la defensa. Podía reunir centenares de lanceros de la caballería pesada y un gran número de arqueros genoveses y mercenarios, armados con arcos largos.

Sin embargo, Corazón de León antes hubiese preferido comandar una fuerza reducida y entusiasta que acoplar un ejército mercenario más numeroso, que respondía a las órdenes de otro y que sólo combatía por el botín que pensaba obtener después de una derrota masiva de los sarracenos.

Eso era típico de los mezquinos tira y afloja políticos que abundaban en las Cruzadas desde el principio, pues De Montferrat capitalizaba la pérdida del ejército disperso de Barbarossa para someter a Ricardo a su manera de pensar. Pero Corazón de León estaba decidido a avanzar contra Saladino con las tropas que ya tenía. A menos que de Montferrat acudiese voluntariamente y pusiera a su ejército bajo el mando supremo de Corazón de León, el inglés prefería seguir adelante sin el nuevo esposo de Isabella.

El duque de Borgoña, un hombre como un toro con estómago para luchar contra los paganos, presentaba otro problema. Se resistía a comandar la retaguardia, pues prefería luchar al lado de Ricardo en primera línea.

Corazón de León manejó la situación con todo el tacto y la convicción posibles. Por fin, el duque se dejó persuadir por las melosas palabras del rey.

Lanzó una sonora carcajada.

—Ese hijo de puta de De Montferrat sólo lucha por el oro, Ricardo. Estoy seguro de que Conrad se pondría al lado del diablo, o de Saladino, si las condiciones fuesen buenas. —El corpulento duque blandió la poderosa maza de hierro—. Mi machacador de sesos, aquí presente, está ansioso por partirle el cráneo. Sólo tenéis que decir una palabra, majestad, y marcharemos juntos hacia Tiro.

En aquel momento llegó un mensajero del oficial de puertos para informar a Corazón de León de que la nave de la reina estaba a la vista. Disolvió la reunión y, con toda calma, se dirigió a la mole de roca para dar la bienvenida a su consorte. Simon, por otra parte, estaba impaciente por saludar a su amada Berenice.

Al normando le atormentaba la idea de que la muerte de su amigo Pierre se debió, de alguna manera, a su propia negligencia al no advertir al arquero turco cuyo arco había disparado la flecha fatal. Con el entusiasmo de ver a Berenice ensombrecido por ese temor irracional, apenas podía refrenar el ansia de adelantarse a Corazón de León, en vez de caminar unos pasos detrás del monarca inglés, vigilando que no fuese víctima de un ataque de los Asesinos o de otro atentado similar.

Si bien Ricardo no había planeado una recepción de bienvenida, pues estaba demasiado inmerso en los planes bélicos como para pensar en su flamante esposa, su rey de armas, el duque de Norfolk, ya había alertado a la corte sobre la llegada de la reina. Una fanfarria de trompetas y los gritos de los cortesanos saludaron al galeón real. Ello sucedió antes de que Corazón de León abandonara Mategriffon, que aún no había sido desmantelado y almacenado en la galera del rey, listo para la próxima batalla.

El plan del rey de armas consistía en alojar a las dos reinas y su séquito en el palacio de Acre, ahora libre de los restos pavorosos del prolongado asedio, y de nuevo ofrecía su atractivo aspecto con las banderas y

gallardetes de bienvenida, como correspondía a la llegada de la realeza inglesa.

El galeón de la reina finalmente contorneó la Torre de las Moscas y atracó contra la punta rocosa. Lo único que Simon vio, con los ojos del amor, fue a su amada Berenice, vestida atractivamente de negro, conocedora ya de la trágica noticia de la muerte de su hermano.

El corazón del templario latió con más fuerza al pensar que volvería a estrechar a su amada entre sus brazos. Se volvió hacia Belami.

—¿Y si Berenice me culpa por la muerte de Pierre?

Su voz delataba una profunda angustia.

Belami se encogió de hombros, al tiempo que replicaba:

—Yo negaré rotundamente que fueses responsable en modo alguno. En la brecha todos corríamos los mismos peligros, mientras protegíamos al rey. Esto es una locura, Simon. De ninguna manera se te puede culpar de esa tragedia. Sigue mi consejo y trata de olvidarlo. Siempre conservaremos el recuerdo de Pierre en nuestro corazón. Recuerda las últimas palabras de nuestro amigo. Él queda que te casaras con su hermana. No le defraudes.

—Pero aún no he sido nombrado caballero— arguyó Simon.

—¡De poco os servirá a ti y a Berenice que te conviertas en caballero templario! Sé que Robert de Sablé se siente fuertemente impulsado a presentar esa idea al Gran Capítulo en la próxima asamblea. Si se te brinda ese honor, como creo que será el caso, difícilmente podrás rehusar aceptarlo. Recuerda que ese título le fue otorgado a nuestro actual Gran Maestro, y ese raro honor bien podría repetirse en tu caso. Entonces, con los votos de celibato, podrás despedirte de la más remota idea de casarte con la condesa Berenice de Montjoie, en que se ha convertido ahora tu dama.

La reina Berengaria saludó a su real esposo con un casto beso, y Corazón de León la escoltó a lo largo de la mole rocosa, ante los resonantes vítores de los cruzados reunidos. El rey Guy de Lusignan le ofreció el brazo a la reina Joanna, y el cortejo real entró en la ciudad de Acre, acompañado del sonar de las trompetas.

Simon, como guardia personal de la pareja real, no pudo saludar a Berenice con el ardor y la ternura que ansiaba brindarle, pero más tarde, la

bondadosa Berengaria, que conocía la angustia que sufría su dama de compañía y muy querida amiga, procuró que los dos jóvenes amantes tuvieran la oportunidad de encontrarse en sus aposentos privados.

Para ellos, fue un encuentro triste y al mismo tiempo tiernamente amoroso. Berenice estaba desolada por la pérdida de su hermano, y Simon estaba igualmente destrozado por la muerte de un amigo tan querido.

Si bien el estricto protocolo de la época prohibía a Berenice el goce del amor físico durante el periodo de duelo, al menos Simon pudo proporcionarle toda la ternura que ella necesitaba tan desesperadamente. Al joven normando también se le había enseñado a respetar el duelo por los muertos, de modo que en ningún momento se le ocurrió aprovecharse de la vulnerabilidad de Berenice.

La reina Berengaria, cuyo infeliz matrimonio no hacía más que acentuar su deseo de ver a su amiga confortada por el hombre a quien obviamente adoraba, ahora intentaba allanar el camino para aquellos desventurados amantes. No le sería difícil a la flamante reina sugerir que se le diera el espaldarazo al joven templario, y con este propósito Berengaria envió a buscar al servidor Belami, de quien esperaba saberlo todo acerca del elegido por Berenice.

—Majestad, desearía poder daros más información aparte del hecho de que Simon de Creçy era el protegido del fallecido sir Raoul de Creçy, que poseía De Creçy Manor, cerca del pueblo de Forges-les-Eaux, en Normandía. Eso, lamentablemente, es todo cuanto puedo deciros, puesto que hice el sagrado juramento de no revelar nada más.

La reina lo intentó con Corazón de León con la misma falta de éxito. El rey no pudo decirle más de lo que él mismo sabía.

—Sólo conozco pequeños detalles sobre Simon de Creçy. El obispo de Evreux trató de obtener más información para mí y también se estrelló contra un muro de silencio. Estoy seguro de que no existe nada malo en esta aparente conspiración tendiente a mantener en un misterio el linaje del joven templario, pero confieso que este asunto me tiene intrigado. Sus antecedentes registran una entrega total a la causa de los templarios. Inspira absoluta lealtad en sus compañeros, y su Gran Maestro no tiene más que

elogios para con el joven. Luchó valientemente junto a mí sin pensar en su propia seguridad y, te aseguro, Berengaria, que prefiero tener a mi lado a esos dos templados que cualquier otro de los hombres que conozco. Robert de Sablé es afortunado de tener a semejantes guerreros bajo su mando.

Tanto misterio no hizo más que avivar la curiosidad de la inteligente reina y resolvió indagar todas las fuentes de información sobre el tema del linaje de Simon de Creçy.

Mientras tanto, otra duda corroía al normando. Como muchos hombres antes que él cuyo oficio era la guerra, había llegado a un punto en que la idea de volver a matar le angustiaba hasta dolerle el alma. Ello nada tenía que ver con la cobardía. Muchos cazadores han sufrido también la misma revulsión después de muchos años de matar venados, sea para comer o por deporte. De repente, todo su ser se rebela contra la idea de segar una vida. Ése es el más peligroso momento en la carrera de un soldado, pues sin la reacción instantánea del matador entrenado, el guerrero distraído se torna vulnerable y peligroso, no sólo para consigo mismo sino también para con los demás, cuya seguridad reposa en sus manos.

Resulta difícil de determinar el momento exacto en que el alma de Simon se desvió de la dedicación por entero a su propia formación a la carrera de las armas, en nombre de la justicia y de la Orden del Temple; pero lo más probable es que se generara ante la inútil matanza de los aguerridos defensores de Acre. La admiración de Simon por su tenaz resistencia ante el prolongado asedio había sido la del soldado nato. Todos sus instintos habían clamado contra la despiadada matanza, llevada a cabo por los cruzados, de los desarmados prisioneros, de sus esposas y hasta de sus hijos.

Sumido en el tormento por el que pasaba su alma, doblemente doloroso a causa de la pérdida de Pierre, Simon recurrió a Belami en busca de su prudente consejo y del consuelo de su cálida amistad.

El veterano escuchó en silencio todo cuanto Simon le decía, asintiendo brevemente con la cabeza a medida que su amigo iba desgranando sus dudas y temores. Al final de aquel catálogo de pesares, Belami pasó el brazo derecho por los hombros de su pupilo favorito.

—No cuentes a nadie más tus miedos, Simon. Tus actuales dudas podrían interpretarlas como otra cosa. No eres un cobarde, mon brave, pues en ese caso Belami no consentiría que combatieras junto a él. Esta súbita reacción en contra de la matanza por la matanza en sí proviene de la rama materna de tu linaje, aunque yo vi a tu padre pasar por un tormento similar poco antes de ser capturado.

«Creo que rehusó deliberadamente que Saladino le liberara a cambio de un rescate porque tenía la sensación de que, de alguna manera, había traicionado a los templarios. Pensar que Odó de Saint Amand violó su juramento de defender la causa de los templarios es demasiado absurdo, y también lo es en tu caso, mon ami. Simon, has luchado como un león en esta tierra para mantener bien alto el buen nombre de los Pobres Caballeros de Cristo del Templo de Jerusalén.

Belami se daba cuenta de cuán parecidos de carácter eran el padre y el hijo. Ambos eran hombres testarudos, a quienes difícilmente se les podía hacer cambiar de idea, una vez que se les había metido en la cabeza.

—Además —siguió el veterano, pacientemente—, en la batalla de Hittin caíste malherido en el cumplimiento de las órdenes de los templarios.

«A instancia de nuestro Gran Maestro, has defendido valientemente a Corazón de León, ¡y ambos sabemos cuán ardua puede ser esa misión! Así que no te culpes. Esas mismas dudas han asaltado a muchos otros hombres antes que a ti, y estoy seguro de que no serás el último que le dé la espalda a la guerra en aras de la paz.

«Sigue mi consejo, mon brave, y aguanta un poco más. Apuesto mi cabeza a que no aflojarás en el campo de batalla. Pero, por lo que más quieras, Simon, no le digas a nadie más lo que me has confesado a mí, ni siquiera a Berenice de Montjoie.

A pesar de sus alentadoras palabras, Belami quedó hondamente preocupado por el súbito cambio de espíritu de Simon. Aun cuando el veterano comprendía plenamente la situación, necesitaba tiempo para pensar cómo podía ayudar a su amigo a resolver sus dificultades. Belami no dudaba de que el apasionado amor que sentía por Berenice y su irracional

sentimiento de culpa por la muerte de su hermano eran la causa de aquella serie destructiva de dudas que atormentaban el espíritu del normando.

El viejo soldado estaba seguro de una cosa. Presentía que la carrera de Simon de Creçy como guerrero templario había terminado.

Entonces se produjo un atentado contra la vida del rey Ricardo, aparentemente llevado a cabo por los Asesinos. Fue tan pésimamente urdido, y los dos criminales fueron tan torpes, que Belami y Simon dudaban de que los hombres de Sinan-al-Raschid estuvieran implicados en el intento de asesinato. Para cuando los templarios llegaron al lugar, los servidores guardianes de relevo, Arnold Compiégne y Henrí Malmont, ya habían despachado al par de ineptos asesinos.

El frustrado atentado determinó que el rey Ricardo resolviera utilizar el cuerpo confiable de servidores templarios como una fuerza que actuaría como protección de flancos en su principal ataque con lanceros, y enseguida adoptó la sugerencia original de Belami en cuanto a la técnica de las columnas volantes de arqueros montados a la grupa de las monturas de los lanceros templarios y turcos. Eso tenía que causar un significativo efecto en su marcha al sur.

A lo largo de ese corto periodo de reorganización y reagrupación de las fuerzas francas, Saladino tampoco había estado ocioso. El grueso de sus fuerzas avanzó para ocupar las cumbres de Carmel, para aguardar el esperado avance de Ricardo hacia Jaffa.

Desde la caída de Acre, el respeto de Saladino por la habilidad táctica de Corazón de León había aumentado tanto, que el sultán ahora consideraba que el rey Ricardo era la más grande amenaza para el mundo musulmán desde el inicio de las Cruzadas. Saladino desestimó la matanza de Acre como consecuencia de la frustración de los cruzados francos al fin del asedio.

En el fondo de su corazón, estaba seguro de que un monarca tan caballeroso como Coeur de Lion no podía ser el loco instigador de una carnicería tan insensata. Sin embargo, ésa no era ni mucho menos la opinión general entre sus contemporáneos en el mundo musulmán. Muchos de ellos

responsabilizaban directamente a Corazón de León por la matanza, y como consecuencia odiaban al rey inglés.

El sultán consideraba que eso era un error fatal, pues el odio en cualquier forma tiende a obnubilar la mente, y el imprevisible monarca inglés, con su temperamento impulsivo, voluble, requería más consideración que los esfuerzos afanosos fácilmente previsibles de un De Lusignan o un Bohemundo, cuyas tácticas consistían en el mismo torpe uso de la caballería en masa como se había utilizado siempre.

Saladino veía a Ricardo Corazón de León como a un compañero jugador de ajedrez. Consideraba cuidadosamente cuál sería el gambito del rey. Podría ser o bien un ataque directo desde Acre hacia la ciudad de Tiberias, como Guy de Lusignan había intentado hacer para terminar en el desastre de Hittin, o bien Ricardo avanzaría por la costa en dirección al sur para apoderarse de Jaffa.

Después de largas deliberaciones, Saladino eligió la última como la más probable ruta del comandante inglés. Al fin y al cabo, el rey tenía su poderosa flota ejerciendo el dominio indiscutido del mar y ésta podía protegerle el flanco occidental. Si el sultán hubiese estado en el lugar del rey, esa habría sido su jugada.

Si se equivocaba y Ricardo elegía la otra ruta a Jerusalén, Saladino se encontraría en desventaja, con sus tropas demasiado lejos hacia el sur como para interceptar a Corazón de León antes de que atacara Tiberias. Pero el sultán estaba seguro de que Ricardo jugaría sobre seguro y movería sus más reducidas fuerzas lo más lejos posible, con la protección de la flota inglesa en uno de los flancos.

Mientras los jefes adversarios iban haciendo sus movimientos preliminares, Simon pasaba todo el tiempo posible con Berenice, más en el papel de un hermano confortador que como el ardiente amante que ambos deseaban que fuese, pero el protocolo era muy importante en los círculos de la Corte y el amante no tenía más remedio que obedecer sus dictados.

Una vez más, bajo la tensión creada por las circunstancias, el cuerpo sutil de Simon abandonó su forma durmiente y pareció desplazarse a gran

velocidad a través del espacio y el tiempo hasta el hogar de su infancia en Normandía. Esta vez no le aguardaba ninguna tragedia en De Creçy Manor.

Su cuerpo astral atravesó los gruesos muros y entró en la habitación de Bernard de Roubaix para arrodillarse junto al durmiente caballero. Simon observó cómo los años habían avejentado a su querido tutor, y se quedó contemplando las arrugadas facciones del viejo cruzado, que roncaba plácidamente sumido en el sueño profundo de los ancianos. Al pie del lecho del caballero, yacía su perro cazador de jabalíes, también en los postreros años de su vida. De nuevo, como había ocurrido durante la visita previa en sueños, el viejo perro se agitó al presentir la sutil presencia de Simon, pero los años habían aletargado su capacidad de reacción y apenas respondió a su papel de perro guardián antes de hundirse de nuevo en el sueño. Simon sonrió y luego se puso alerta cuando otra presencia se manifestó en el dormitorio.

Era la figura de un monje alto encapuchado que Simon había encontrado en un sueño anterior, cuando se transportó a la catedral de Chartres, y que sabía que era el espíritu de su padre.

Instantáneamente, la escena cambió y lo que era el dormitorio del viejo caballero en la mansión se transformó en la vasta nave de la catedral. El alto monje echó la capucha hacia atrás, y de nuevo Simon contempló las recias facciones del ex Gran Maestro, fallecido en Damasco. Esta vez la arrugada cara sonreía y Simon experimentó que su padre le transmitía una oleada de amor, dotando de una nueva calidez a aquella extraña relación. Respondió con un sollozo de gozo al sentir el fuerte lazo que les unía.

Mentalmente, Simon «oyó» la voz de su padre.

—Has hecho todo cuanto yo esperaba de mi hijo, y mucho más. —El sentimiento amoroso era muy intenso—. No te preocupes Simon. Muy pronto, el camino de tu destino te conducirá de la guerra a la paz. Has aprendido mucho de los hombres más sabios de Oriente. Nunca fue por azar que vuestros caminos se cruzaran. Todo lo que te ha sucedido ha tenido un propósito, y ha sido parte de la Gran Obra. Tú tienes una fe inconmovible en tu destino. No la pierdas ahora. Tomarás parte en la última batalla por

Tierra Santa y luego tu tarea estará cumplida. La obra de tu vida está aquí, en Chartres. Tu dama estará a tu lado. No temas. Te amo, hijo mío.

Con esas palabras la escena se esfumó, y Simon se sintió raudamente transportado a través del tiempo y el espacio, para despertar de nuevo en su cama en ultramar. Sabía que había llegado a la encrucijada más importante de su vida.

OceanofPDF.com

21
EL AVANCE SOBRE JERUSALÉN

El jueves 22 de agosto del año del Señor de 1191, el rey Ricardo encabezaba las columnas de los ejércitos combinados de la tercera Cruzada al salir de Acre. Las murallas de la ciudad estaban abarrotadas de gente que les despedía agitando banderas y gallardetes en una demostración de entusiasmo como no se había visto desde el comienzo de la anterior Cruzada. Era evidente que Corazón de León contaba con el total respaldo del pueblo de Outremer.

Los únicos cruzados que faltaban eran los que seguían a Conrad de Montferrat. Estos permanecían en Tiro, en tanto el rey inglés se dirigía hacia Jaffa siguiendo el camino costero en dirección al sur. A Ricardo le restaban siete mil hombres, incluyendo a sus propios caballeros ingleses, las dos órdenes militares, los nobles de De Lusignan, los lanceros aliados de Bohemundo, Joscelyn y Homfroi de Toron, así como las fuerzas bajo el mando del duque de Borgoña. Se enfrentaban a una fuerza sarracena de más de treinta mil hombres y un gran número de ellos iban montados.

La única ventaja táctica que poseía Corazón de León era la flota inglesa, que, desde mar adentro, avanzaba en forma paralela al camino de la costa a Jaffa. Cabalgando a la cabeza de la columna de la caballería pesada, mezclada con la infantería, el rey Ricardo iba flanqueado por los templarios y su retaguardia estaba segura en manos de una selecta tropa de hospitalarios, colocados allí para reforzar a las tropas borgoñesas. Detrás

del rey, Simon y Belami cabalgaban a cada lado de su Gran Maestro, manteniendo su posición como guardianes personales del monarca, sin dejar de servir a los requerimientos del comandante templario. Todo el tiempo, el veterano servidor mantenía la vista fija en las tierras altas que se extendían hacia el oeste desde el camino de la costa hasta la franja de árboles que, en su opinión, inevitablemente ocultaban a las fuerzas de Saladino.

—El sultán está esperando que nuestras columnas dejen atrás las tierras pantanosas que nos separan de él. Entonces, estoy seguro de que enviará a sus escaramuzadores y arqueros montados —le dijo a Robert de Sablé.

El Gran Maestro asintió con la cabeza.

—Es sólo cuestión de tiempo. Sospecho que Saladino aguarda a que el sol esté bien alto para atacar. Confía en que se produzca otro desastre como el de Hittin. Esta vez, la sed no será su más gran aliado. Tenemos agua más que suficiente para cinco días.

Los pensamientos de Simon formaban una extraña mezcla. Su vivida experiencia onírica le había convencido de que aquélla iba a ser su última batalla como templario. Esa idea llenaba su espíritu de ansiedad. Sabía que las visiones que había tenido mientras dormía siempre presagiaban acontecimientos que no tardaban en producirse. Sólo si él intervenía deliberadamente en el curso de los eventos, las predicciones del sueño dejarían de realizarse. Eso era lo que Abraham-ben-Isaac y Osama le habían enseñado.

No le había confiado el contenido total de su viaje astral al veterano, sino solamente sus dudas y temores ante la posibilidad de que no estuviese dotado para ser un servidor templario. A pesar de que Simon consideraba que Belami era su más íntimo amigo, tutor y tío sustituto, así como padrino, no lograba decidirse a establecer la extraña comunión que parecía existir entre su fallecido padre y él. Esto le producía un sentimiento de culpa, porque ningún ser viviente había estado más cerca de él que Jean Belami. Una y otra vez Simon le debió la vida a aquel hombre consagrado que fielmente siguió las instrucciones de su finado Gran Maestro en relación con su hijo natural.

Era la primera vez que el joven normando le ocultaba algo a Belami. Mientras cabalgaba junto a él, Simon sentía remordimiento de conciencia porque de alguna manera estaba traicionando a su mejor amigo. Belami también estaba preocupado porque presentía que Simon no se lo contaba todo y callaba algo importante. Alejó aquellos demonios de la duda y se concentró en la observación de los bosques que se acercaban al este de su línea de marcha. De vez en cuando, lanzaba una mirada al rey Ricardo, que se había encerrado en el silencio, en contraste con sus habituales comentarios sobre los avances que estaban haciendo.

El monarca inglés estaba insólitamente angustiado por la actual relación con su esposa. «Bella y sumisa», la había descrito maliciosamente Pierre de Montjoie, ignorando el hecho de que la reina Berengaria poseía una mente inteligente, probablemente igual si no superior a la de Corazón de León.

El fracaso de Ricardo en la cama con ella provenía del latente miedo a las mujeres que había infundido en él la dominante actitud de su madre, la reina Eleanor, a quien aún temía. Ésa no era sólo la actitud de un hijo obediente hacia un progenitor déspota, sino que también se debía a los indudables poderes de la reina madre como suma sacerdotisa de la antigua religión, que él practicaba al mismo tiempo que el cristianismo. En su capacidad de maestro-trovador, Ricardo Corazón de León era tan practicante de la antigua magia de la Tierra, como Abraham-ben-Isaac.

Mientras llevaba al paso a Roland, su poderoso caballo de batalla chipriota, al frente de su formidable ejército, Corazón de León pensaba más en la tristeza por la pérdida de su apuesto e inteligente compañero Pierre de Montjoie, que en su rubia esposa, cuyo cuerpo hasta el momento no había logrado penetrar. Ricardo añoraba la batalla, cuerpo a cuerpo con las hordas sarracenas, como el amante añora estar en los brazos de su amada. Sólo en el torbellino, la acción y el peligro del combate, aquel extraño rey experimentaba el éxtasis que normalmente debería haber sentido como un hombre viril en la cama.

Junto a él cabalgaba Guy de Lusignan, sopesando una oferta de la gobernación de Chipre. Se la habían hecho a él después de la propuesta por

parte del monarca inglés del dominio de la isla recientemente capturada a los caballeros templarios, a cambio de la suma de 150.000 besants de oro.

Al mismo tiempo, Robert de Sablé estaba llegando a la conclusión de que Chipre constituiría una segura base ideal para todas las operaciones de los templarios en el Mediterráneo oriental, para aprovisionar a sus fuerzas en Tierra Santa.

Cada cruzado, noble, caballero o plebeyo, cabalgaba con la mente llena de ideas sobre lo que aquella tercera Guerra Santa le reportaría en calidad de honores, riquezas o satisfacción religiosa, según su temperamento. Sin embargo, todo el tiempo, los experimentados veteranos de ultramar se mantenían alerta para afrontar el esperado ataque de los escaramuzadores sarracenos en masa, ahora que habían sobrepasado la zona de los pantanos, que se precipitarían sobre ellos desde la extensa línea de árboles que se vislumbraban al este.

En formación de marcha, el ejército cristiano avanzaba lentamente, como una enorme serpiente del desierto, a lo largo de la carretera costera a Jaffa. De tanto en tanto, eran hostigados por pequeños grupos de arqueros montados turcos, pero sólo sufrían heridas superficiales causadas por aquellos jinetes fastidiosos. Mientras tanto, ocultos en la floresta de la altiplanicie, tal como Belami había pronosticado, los exploradores de Saladino vigilaban y contaban las tropas de los cruzados, que seguían avanzando sin parar.

—El rey inglés ha organizado su ejército en cinco batallones. Dile a Saladino que Corazón de León tiene doce divisiones de caballeros, flanqueados por tierra por sus arqueros, y por mar, por sus carros de provisiones. A corta distancia de la costa, se encuentran las naves de la flota inglesa. De Montferrat, según parece, no acompaña al rey No hay ninguna de sus banderas. Calculo que sobrepasamos a los infieles por tres a uno. ¡Alá es grande! ¡Él les ha puesto en nuestras manos!

Esas palabras, dichas por Safardino a su mensajero, fueron repetidas a su hermano el sultán a los pocos minutos de ser pronunciadas. Saladino se dirigió a Taki-ed-Din, su sobrino favorito.

—Si Ricardo no ha aprendido la lección de la pasada experiencia de los desastres de De Lusignan, podríamos tener otro Hittin. Pero me temo que Safardino se muestra demasiado optimista. Corazón de León lucha como siete djinns y sus mandobles son mortales. Sus arqueros ingleses, armados con arcos largos, como el que mi joven amigo templario dispara tan diestramente, son fatales aun a larga distancia. Sus flechas atraviesan las mallas de acero como si fueran de queso de cabra. En cambio, nuestros escaramuzadores escitas y los arqueros montados turcos tendrán que acortar la distancia para poder perforar las armaduras de los cruzados. ¡Díselo! Lanza el ataque total ahora, mientras el sol les da en los ojos.

En el punto donde el bosque se extendía hasta tres millas de la costa, comenzó la batalla de Arsouf.

Primero iban los arqueros montados turcos. En un remolino de fina arena, lanzando gritos de combate, una enorme ola de aquellos fanáticos guerreros surgió atronando de entre los árboles.

—Deben de ser diez mil —musitó Simon, alarmado por el número.

—¡Más o menos, mon brave! —concedió Belami, volviéndose hacia los lanceros templarios con gran serenidad—. ¡Mantened bien altos los escudos, mes amis! ¡Aquí viene la granizada de flechas!

Su advertencia coincidió con los silbidos de los miles de flechas livianas turcas que pasaban por encima de las filas de los cruzados, agachados expectantes detrás de sus escudos. Sólo una docena de flechas penetraron en la carne incautamente expuesta, hiriendo gravemente a varios lanceros. Las restantes, o bien se clavaron en la arena, o no lograron atravesar los acolchados protectores de algodón, que ahora llevaban la mayoría de los cruzados bajo las cotas de malla. El resultado, como Belami había pronosticado, fue que causaban la impresión de una banda de puerco espines montados, en tanto los cruzados avanzaban lentamente a través de la lluvia de flechas turcas con muchísimas de ellas clavadas en sus cotas de malla.

Detrás de los arqueros montados, que se habían abierto en abanico hacia la derecha y la izquierda, abriendo paso para la infantería, venía una oleada tras otra de soldados egipcios y bedawin de a pie, fieros guerreros criados

en el desierto que ardían de deseos de participar en la batalla. De sus arcos partió una segunda andanada de flechas hacia las columnas de los cruzados. De nuevo, los jinetes que avanzaban lentamente se agacharon en sus monturas detrás de los largos escudos, o se protegían debajo los más pequeños, los soldados de infantería cristianos. Otra vez, sólo una pequeña proporción de las flechas que caían se clavaron peligrosamente en las partes expuestas de los blancos.

En aquel momento, el rey Ricardo levantó la espada en alto, dando la señal convenida a los arqueros ingleses y genoveses.

De inmediato, el muro de escudos de los cristianos se abrió para que los arqueros pudiesen hacer uso de sus armas y, de quinientos arcos largos y la mitad de ese número de ballestas, partió una lluvia mortífera de flechas hacia la infantería enemiga que avanzaba. Las armaduras sarracenas, de cota de malla liviana y acolchados de algodón debajo de ellas, si bien eran adecuadas como protección contra sus flechas livianas, no constituían un obstáculo para las flechas mortíferas de una yarda de los arqueros ingleses, ni para los dardos igualmente mortales de las ballestas de los genoveses.

En cuestión de segundos, el suelo quedó cubierto de heridos y de los cuerpos muertos por las flechas. Contemplando la batalla desde lo alto, en el límite del bosque, Saladino ordenó avanzar a una segunda oleada de la caballería, y una gruesa fuerza de jinetes mamelucos arrancó al trote antes de emprender la estruendosa carga final. Al mismo tiempo, una segunda fuerza montada, compuesta de escaramuzadores escitas, describía un medio círculo para atacar a las tropas de los hospitalarios que actuaban como retaguardia de los cruzados.

Corazón de León advirtió el peligro de ambos ataques y ordenó cerrar filas a todas las fuerzas, al tiempo que mantenía a su propia caballería en jaque. El hábil estratega inglés sabía que aquella jugada del sultán era un intento deliberado de atraer a la caballería de los cruzados a campo abierto, donde serían rodeados y desmembrados por los lanceros sarracenos, que les superaban en un número de tres a uno.

Tanto el rey Ricardo como el sultán Saladino se daban cuenta de que la tentación de abrir las cerradas columnas, en cuya formación los cruzados se

veían obligados a aguantar la continua lluvia de flechas sarracenas, era casi irresistible. Pero, si lo hacía, sólo podía haber un resultado: la aniquilación total del ejército cristiano.

—Esta espera es lo peor de todo, Belami —le dijo Simon al veterano de rostro pétreo, que también se moría de ganas de conducir a su columna volante contra las atacantes hordas sarracenas.

—El rey está acertado —gruñó el viejo soldado—. En Hittin, perdimos la mitad de los hombres tratando de contener las cargas de la caballería de Saladino. No tenemos otra alternativa que mantenernos firmes y soportar el castigo que nos impongan los sarracenos. Luego, cuando se les hayan terminado las energías y nuestros arqueros hayan reducido a sus tropas en una proporción considerable, podremos salir y aplastarles, hasta llegar a la propia tienda de Saladino. Hasta entonces, tenemos que quedarnos quietos y tranquilos esperando.

Aunque Simon había sufrido la habitual contracción de las entrañas que precedía a cada acción en que había participado, por primera vez, sintió el viento glacial del miedo. Eso no significaba que se hubiese vuelto cobarde, sino sólo que, al fin, la fatiga del combate comenzaba a convertirle en su víctima. Era la espera lo que lo provocaba, mientras una oleada tras otra de sarracenos atacaba saliendo de la enorme polvareda o cabalgaban gritando para desafiar a los cruzados para que avanzaran.

Simon empezó a rogar para que el rey diera la señal de atacar a sus torturadores; cualquier cosa que quebrara la tensión que producía el hecho de estar a la retaguardia del interminable ataque. Belami advertía lo que pasaba por la cabeza de su amigo al observar sus tensas facciones, y estaba profundamente preocupado por lo que veía.

El maduro guerrero sabía que Simon estaba a punto de perder la paciencia. Estaba seguro de que sólo el acendrado sentido del deber del joven normando le impedía espolear a su caballo de batalla hacia las fuerzas enemigas y cargar de manera suicida contra el grueso de las tropas, para encontrar la paz en la punta de una lanza sarracena. El veterano lo había presenciado muchas veces, con hombres muy valientes como protagonistas. Temía que ello le sucediera a Simon. Belami rogaba que el rey Ricardo no

tardara en dar la señal tan esperada de acercarse al enemigo y luchar cuerpo a cuerpo. Ninguno de ellos podía esperar mucho más. Todos estaban al borde del ataque de nervios.

Mientras tanto, detrás de la columna de los cruzados, los escaramuzadores no daban descanso a los hospitalarios. Las bajas entre los cristianos iban aumentando en la retaguardia, mientras se defendían de los ataques de los escaramuzadores escitas que les asaltaban constantemente. La dificultad adicional de avanzar hacia el sur, mientras tenían que repeler a los atacantes, tornaba la situación intolerable.

Por un tiempo, parecía que la batalla sería tan desastrosa como la de Hittin. Sólo la provisión abundante de agua les evitaba el sufrimiento adicional de la sed, el factor que en última instancia había decidido el resultado de la batalla anterior. En aquel punto del lento avance, los cruzados encontraron que la carretera estaba tan cerca de la costa, que el carro de provisiones apenas tenía espacio para pasar entre ellos y el mar.

Ricardo también advirtió que las naves se encontraban ahora en condiciones de navegar más cerca de la costa. Inmediatamente envió a un mensajero para que diese la señal, a los barcos más cercanos, de comenzar a disparar sobre los escaramuzadores que les atacaban por la retaguardia. Al cabo de pocos minutos, grandes piedras y dardos, disparados desde las catapultas y ballestas de las naves, comenzaron a caer en torno a las temidas hordas de escitas, y dejaban a muchos caballos y jinetes tendidos en el suelo.

Para los hospitalarios fue un respiro bienvenido y comenzaron a vitorear con entusiasmo la intervención de la flota. Al mismo tiempo, los arqueros de los bajeles lanzaron una granizada de flechas de una yarda, que continuaron dejando vacías nuevas sillas enemigas. Al fin, esa acción contribuía a aflojar la tensión que minaba la moral de los cruzados. Saladino, que había bajado del bosque junto con su estado mayor, ahora tenía un panorama más cercano de la batalla. Presentía que el rey no tardaría en hacer su jugada. Por lo tanto, redobló los esfuerzos por romper la sólida línea de defensa, en tanto los cruzados seguían avanzando tenazmente por la carretera costera. A pesar de todo, Ricardo rehusaba ser

arrastrado a un choque directo, aun teniendo en cuenta las diezmadas filas de la caballería sarracena.

El sultán comenzó a comprender que la posibilidad de que se repitiera el triunfo de Hittin cada vez parecía más remoto. La retaguardia de Ricardo seguía resistiendo los repetidos golpes de las caballerías turcas y escitas, y las tropas sarracenas comenzaban a estar exhaustas. Saladino tuvo que movilizar al resto de su ejército. No vaciló en hacerlo.

Al mando de Taki-ed-Din, la caballería pesada sarracena se precipitó desde las tierras altas contra el sólido muro de cruzados. Al mismo tiempo, con un esfuerzo supremo, los escaramuzadores utilizaron sus últimas energías contra la golpeada retaguardia. Aquello fue la gota que colma el vaso para los cristianos. Rompieron la formación cerrada, dominados por la ira contenida y se lanzaron como locos sobre sus atacantes. Por milagro, su locura coincidió exactamente con el instante que Corazón de León había elegido para efectuar su jugada. El rey hizo girar en redondo a su cabalgadura y lanzó un poderoso grito:

—¡Que Dios y el Santo Sepulcro nos acompañen!

Con esas palabras resonando en los oídos de los cruzados, el gigantesco rey inglés galopó directamente hacia los sarracenos atacantes. El movimiento fue tan súbito e inesperado, que la caballería del sultán se dispersó. Como si se hubiese roto una represa, el caudal de lanceros cruzados siguió a Corazón de León para caer sobre los dispersos mamelucos.

Ricardo tiró su lanza rota y empuñó el hacha de batalla danesa de doble hoja, empezando a descargar golpes a diestro y siniestro con invencible furia. El arma de Ricardo era entonces cuando resultaba más mortal. A cada golpe, quedaba partido un cráneo sarraceno o hundido un pecho cubierto por la cota de malla. Nada podía parar la fuerza y la destreza que había detrás del hacha de batalla de Corazón de León. El arma de doble hoja cortaba con la misma facilidad un casco de acero que una cota de malla reforzada.

Los mamelucos yacían a montones, con sus emires entre ellos. Hasta Taki-ed-Din, el casi invencible y joven guerrero del sultán, fue presa del

pánico y abandonó el campo de batalla con los esparcidos miembros de su caballería pesada.

Como en Hittin, fue un desastre, pero esta vez para los sarracenos. Incansablemente, Ricardo seguía abriéndose paso entre los desmoralizados mamelucos, hasta que su caballo, aún en perfecto estado, enfiló al galope la empinada cuesta hacia el cuartel general del comandante sarraceno. Pisándole los talones, cabalgando a cada lado del Gran Maestro templario, Simon y Belami protegían las espaldas del rey.

En el combate, todo habían sido estocadas y mandobles, golpe por golpe, con tanta velocidad como el ojo podía seguir la acción. La furia de la batalla ya había abandonado a Simon, y aquella misma oleada de miedo irracional volvía a inundarle lentamente el corazón. Belami, siempre atento a su misión de proteger a Simon, presentía que no todo estaba bien. Se acercó para brindar más protección a su ahijado. El rey Ricardo era más que capaz para cuidar de sí mismo. Simon era quien tenía preocupado al veterano.

Como una ola lanzándose sobre la playa, Corazón de León conducía a sus lanceros contra la posición de Saladino en la colina que dominaba el llano de Arsouf. Los huertos y los árboles de la pequeña ciudad se perfilaban en el horizonte, Más allá, se elevaban en la distancia las almenas de Jaffa.

Corazón de León había calculado su jugada perfectamente, aun cuando sus lanceros se habían abierto antes de que él diera la orden de atacar a los sarracenos. Siguiendo al rey Ricardo muy de cerca, a sus caballeros y a los lanceros templarios, iban Homfroi de Toron, el rey Guy de Lusignan, el duque Bohemundo y el conde Joscelyn, con el duque de Borgoña y los hospitalarios sobrevivientes, que corrían a todo galope para mantenerse a la altura de sus jefes. Por todas partes, la llanura aparecía cubierta de montones de mamelucos muertos, de escaramuzadores y arqueros montados de Saladino con el cuerpo destrozado.

Las columnas volantes de Belami, con sus arqueros ingleses montados a la grupa, seguían disparando sin parar flechas de una yarda sobre los sarracenos que huían, que abatían a muchos más. Para el ejército de

Saladino, la batalla se estaba convirtiendo en un río de sangre. Sólo la guardia personal del sultán se interponía ahora entre él y los cruzados atacantes.

Sin embargo, el ímpetu se iba perdiendo a medida que los lanceros cristianos subían la cuesta. Aquél era el momento en que debía producirse el contraataque, si así tenía que ocurrir. Saladino, experto general como era, lo presintió y, montando en su semental blanco, a pesar de las protestas de su estado mayor, se puso al frente del ataque final. Era un momento decisivo, del que depende el destino de un imperio. También para Simon había llegado el momento crucial.

La horda sarracena se lanzó por la ladera de la colina, encabezada por una enorme cuña de lanceros, agrupados muy estrechamente. El impulso de la carga era comparable a las que los cruzados habían lanzado contra Saladino. Ricardo enseguida se dio cuenta del peligro y dio media vuelta para enfrentar la nueva amenaza. Gritando y chillando como demonios, los sirios, fatimitas y seldjuks, que formaban el núcleo de la caballería pesada de Saladino, galopaban por el terreno duro como una piedra del llano hacia los caballeros francos, servidores y lanceros turcos, que se habían dado vuelta rápidamente hacia ellos.

El choque de las fuerzas opositoras arrojó a muchos sarracenos al suelo, pues los pequeños caballos árabes no podían resistir el impulso de los corceles más poderosos de los cruzados. Los gemidos de los moribundos, pisoteados por los cascos con herraduras de los caballos de guerra francos, se elevaban a coro por encima del chocar del acero y los frenéticos gritos de batalla de los que seguían con vida. Aquel combate final, en medio de las sofocantes nubes de polvo, fue un holocausto. La llanura estaba cubierta de cabezas seccionadas, como una obscena plantación de melones. Los cuerpos con los miembros cortados vertían su sangre vital en la sedienta arena. Caballos que relinchaban, con las patas enredadas en sus propias tripas, bregaban por ponerse de pie sobre sus patas fracturadas. El hedor de la sangre y los excrementos, humanos y animales, sofocaba a los combatientes, que vomitaban mientras luchaban.

¿Dónde reside la gloria?, pensaba Simon, su sobrevesta manchada de sangre y vómito, mientras lanzaba estocadas y se abría paso junto al aguerrido monarca inglés, que evidentemente se deleitaba en el seno de la apocalíptica matanza. Asqueado ante aquella insensata carnicería, sólo su innato sentido del deber mantenía a Simon en la lucha.

Detrás del rey, guardándole la espalda, Belami seguía sin quitar la vista de su ahijado, advirtiendo con preocupación el constante deterioro de su capacidad combativa.

—Santa Madre de Dios, protege a Tu hijo —rogaba el veterano, en muda angustia, al tiempo que descargaba mandobles contra los seldjuks que le rodeaban.

El viejo soldado sabía que era sólo cuestión de minutos antes de que su pupilo, a quien había jurado proteger con la vida, finalmente se quebraría, bajaría la guardia e invitaría a la paz de la muerte.

Ese momento llegó cuando Corazón de León rompía el círculo de acero sarraceno y espoleaba a su corcel hacia un segundo grupo de ayyubids que se precipitaban sobre él, conducidos por Saladino.

Al rey le dio un vuelco el corazón y resonó de nuevo su grito de combate:

—¡Que Dios y el Santo Sepulcro nos protejan!

Simon y Belami, seguidos de cerca por el Gran Maestro del Templo, galoparon junto al gigante inglés que corría hacia su valiente adversario. ¿Quién sabe cuál habría sido el resultado si aquellos dos grandes guerreros se hubiesen encontrado cara a cara?

Pero no tenía que ser. En aquel instante fatal, un escaramuzador escita, que yacía junto a su caballo muerto, lanzó un golpe de cimitarra al corcel del rey que saltaba sobre él y desjarretó al magnífico animal chipriota.

Con un agudo relincho, Roland cayó al suelo, y su real jinete quedó semiatrapado debajo de su pesado cuerpo. Belami, que cabalgaba cerca de él, no tuvo tiempo de esquivar el caballo caído y chocó contra el animal, por lo que su propio semental árabe cayó de rodillas, y el veterano servidor con él.

Simon pasó volando por su lado, hizo girar a su blanco corcel con el fin de proteger a sus dos aturdidos camaradas. Saladino ya había reconocido al monarca inglés, cuando Corazón de León caía envuelto en un remolino de polvo, y ahora corría hacia él lanzando un fuerte grito:

—¡Allahu Akbar!

El sultán clavó las espuelas a su semental blanco, puso la lanza en ristre y embistió a Corazón de León, que se ponía de pie trastabillando. Sólo Simon se interponía entre ambos.

En aquel instante fatal, se decidió el futuro del templario. Girando para enfrentar a Saladino, el joven normando se agachó para coger una lanza caída y espoleó a su montura para que cargara, dominado por la angustia.

El deber le ordenaba: «¡Mata a Saladino, para proteger a Ricardo!» Pero su corazón, rebosante de amor y respeto por el impetuoso sultán, no le permitía atacarle. Lo único que pudo hacer fue interponerse entre los dos jefes, hasta que los cruzados que le seguían de cerca protegieran al rey.

Saladino vio en Simon simplemente a un servidor de negra túnica más de pie delante de él. De repente, cuando sólo les separaban unas yardas, el templario inexplicablemente bajó la lanza.

En el mismo instante, Belami gritaba con desesperación:

—¡Saladino, es Simon! ¡No le mates! ¡Él ya es incapaz de matar!

En aquella fracción de segundo, el líder sarraceno reconoció a su joven amigo. Pero ni las reacciones raudas como una serpiente del sultán pudieron hacer más que desviar ligeramente la lanza que apuntaba al corazón del templario. Corazón de León soltó una exclamación de sorpresa al ver que Saladino, en el último momento, desviaba hacia un costado la lanza de bambú con punta de acero.

Los cuatro participantes de aquel extraño drama profirieron un grito cuando la lanza del sultán se hundía en el costado del templario: Saladino, con horror; Simon, de dolor; Ricardo, con perplejidad, y Belami, con desesperación. Fue una pesadilla, dirigida por el Destino.

Belami, presa de la pena y el horror, había volteado instintivamente su mortífera hacha de batalla, dispuesto a lanzarla contra Saladino. Pero también él había visto el movimiento horrorizado del sultán al reconocer a

Simon, para evitar que la lanza le matara. Dejando caer el arma al costado, Belami, llorando como un niño, corrió a coger a su herido camarada mientras se deslizaba de la silla.

Saladino, despavorido ante la posibilidad de haber matado a su amigo, frenó y saltó al suelo, para arrodillarse junto al malherido templario. Se le llenaron los ojos de lágrimas al tiempo que se balanceaba de un lado al otro en su dolor.

Aquella escena extraordinaria había paralizado a ambos bandos atacantes, en tanto sus monturas patinaban hasta detenerse en una nube de polvo. Los escuadrones de hombres jadeantes y corceles sudorosos esperaron la señal de sus respectivos jefes para suspender o reanudar el combate. Ambos comandantes levantaron las manos para evitar cualquier movimiento precipitado. Fue un momento mágico.

—¡Ojalá que Alá hubiera detenido mi mano!

La grave voz de Saladino se elevó en un grito de desesperación. Belami le consoló, mientras sostenía a Simon con su fuerte brazo derecho.

—No fue culpa vuestra, señor. En medio de las nubes de polvo de la batalla resulta difícil distinguir al amigo del enemigo, sobre todo cuando ese amigo viste la túnica del enemigo. Vi cómo desviasteis la lanza hacia un costado al reconocer a vuestro adversario. Simon jamás os hubiera matado, señor. Así me lo dijo, antes de la batalla.

—Yo también lo presentí, Belami —repuso el sultán, enjuagándose los ojos.

Bruscamente, el líder sarraceno volvió a ser dueño de sí mismo.

—Con el permiso de vuestro jefe, pondré a Simon de Creçy al cuidado de Maimónides. Creo que sólo los conocimientos de mi médico personal pueden salvar, de nuevo, la vida de mi joven amigo.

El sultán miraba expectante al monarca inglés, que había logrado liberarse de su moribundo corcel, al que eliminó de un certero y piadoso golpe de hacha. Ahora se encontraba de pie detrás de Belami, esperando pacientemente que le tradujesen las palabras en árabe de Saladino.

Un silencio espectral descendió sobre el campo de batalla, al tiempo que Belami explicaba rápidamente la insólita situación. Todo el tiempo el

veterano intentaba detener el flujo de sangre que manaba del costado perforado de Simon. Por fin, con la ayuda de la faja del sultán, lo logró. Una vez que comprendió el contenido de la petición de Saladino, Corazón de León sonrió y saludó a su valeroso adversario.

—Si ese gran médico es tan bueno como decís, servidor Belami, Simon de Creçy debe ser puesto de inmediato a su cuidado. Accedo gustoso a la solicitud del sultán Saladino.

Por la expresión del rostro del monarca inglés, el sultán comprendió que todo estaba bien. Dirigió a Corazón de León un real salaam y, volviéndose hacia su estado mayor, reunido a unas cincuenta yardas a sus espaldas, dio una orden que inmediatamente hizo que se adelantaran seis jinetes de su guardia personal, llevando de la brida un caballo con una litera.

Después de una breve pausa, mientras se ataba la litera entre dos caballos, se les unió Abu-Imram-Musa-ibn-Maymun, mejor conocido como Maimónides. Con un gesto amigable saludó a Belami e hizo una reverencia formal al monarca inglés, y acto seguido examinó rápidamente a Simon, que estaba inconsciente. Al incorporarse, su expresión era grave.

—Si Alá lo permite, vivirá. Pero debo atender su herida lo antes posible. Con vuestro permiso, majestad.

Las últimas palabras, pronunciadas en francés, iban dirigidas al rey Ricardo. Corazón de León sonrió severamente y asintió con la cabeza. El cuerpo inerme de Simon fue colocado con sumo cuidado por cuatro mamelucos, y bajo las indicaciones de Maimónides, en la litera, y seguidamente le cubrieron con una manta.

Belami saludó a los dos grandes jefes y conversó brevemente con Saladino, que asintió. Luego, dirigiéndose al rey Ricardo, el veterano pidió bruscamente:

—¿Cuento con vuestro permiso, majestad, para acompañar al servidor De Creçy y al médico Maimónides?

El espíritu romántico del monarca inglés estaba cautivado por el caballeroso comportamiento de su adversario. Quizá, en aquel breve encuentro, cara a cara, la naturaleza poética de Ricardo reconoció la misma cualidad mágica en Saladino. Sea cual fuere la razón, lo cierto es que

Ricardo Corazón de León gustosamente hubiera concedido cualquier petición relacionada con aquella dramática situación. También comprendía que el tiempo era de suma importancia para el malherido templario.

—Vuestra petición está concedida, servidor Belami. Permaneced junto a De Creçy el tiempo necesario, y mantenedme informado de la evolución del herido. —El rey permaneció pensativo un momento—. El sultán debe de tener una elevada opinión de nuestro joven amigo. Eso le honra grandemente.

Belami saludó a Corazón de León con la espada y prestamente volvió a montar su blanco semental árabe, que no había sufrido daño alguno en la caída. Seguidos por él, los mamelucos regresaron lentamente a sus propias filas, llevando a Simon, seguro en su litera, entre ellos.

Sin pronunciar una palabra más, el rey Ricardo y Saladino se saludaron, con la espada y la cimitarra, respectivamente. Envainando las armas como señal de una tregua temporaria, se disponían a separarse cuando Saladino se detuvo, sonrió y dirigió unas palabras por encima del hombro a su estado mayor. Inmediatamente, un emir se adelantó, llevando de la brida un soberbio caballo árabe blanco.

Corazón de León no precisó intérprete para que le tradujera el magnífico gesto de Saladino. Con una de sus características sonrisas juveniles, Ricardo montó de un salto en la silla con adornos de plata. También Saladino comprendió igualmente el gesto de agradecimiento del rey.

Fue aquél un momento mágico, que todos los que presenciaban sorprendidos la emocionante escena conservarían amorosamente por largo tiempo en la memoria. Fue en verdad un encuentro de trovadores.

Sin decir nada más, Corazón de León hizo dar media vuelta a su montura y volvió al galope hasta donde le esperaban los lanceros, observado con admiración por Saladino, que había vuelto a montar su propio semental blanco como la nieve. Perfilándose contra la masa de su fuerza de caballería, formada en media luna, el sultán, ataviado con el sagrado turbante efod verde del Profeta, ofrecía una imagen memorable.

Con un grito de: «¡Allahu Akbar! ¡Alabado sea Alá, el Señor de la Creación!», Saladino hizo corvetear a su montura y volvió sin prisa a reunirse con el ejército sarraceno.

En aquel momento, el sol, que se estaba poniendo, se hundió en el horizonte, toda su imagen roja como la sangre y deformada por la bruma marina. Como obedeciendo a una señal de la Estrella del Día, ambos comandantes se pusieron al frente de sus respectivos ejércitos abatidos para alejarlos del sangriento campo de batalla; Saladino, retirándose a su campamento del bosque, y Ricardo, llevando a sus cruzados hasta la protección de las murallas de Jaffa, para hacer vivac allí.

La batalla de Arsouf había terminado.

OceanofPDF.com

22
EL DESTINO

Al amanecer del día siguiente, Saladino volvió al ataque y encontró al rey Ricardo sólidamente acampado fuera de las murallas de Jaffa. Resultaba evidente que sería difícil desalojar a los cruzados de aquella posición, sobre todo teniendo en cuenta que la flota inglesa había llegado hasta cerca de la costa y reaprovisionaba a corazón de León con armas, comida y forraje para los caballos.

Prudentemente, Saladino retrocedió. En Arsouf, había perdido más de siete mil hombres, incluyendo un número considerable de emires. No podía permitirse sufrir muchas más bajas tan pronto. El ejército más reducido del rey Ricardo apenas había tenido setecientos muertos y heridos. En conjunto, había sido una victoria rotunda para los cruzados.

Sin embargo, ello no les había llevado más cerca de la Ciudad Santa. El avance sobre Jerusalén significaría que primero el rey Ricardo debía establecer una base firme en Jaffa, y sólo entonces desviarse hacia el este para avanzar directamente por la antigua carretera romana que conduce a la capital espiritual de la cristiandad. La tercera Cruzada aún tenía que hacer un largo camino.

Corazón de León estaba ocupado en fortalecer las fortificaciones del pequeño puerto, levantando el castillo Mategriffon y un campamento para su ejército, protegidos por trincheras sólidas. Pero aún encontró tiempo para ocuparse de la suerte de sus amigos templarios.

Puede parecer raro que el monarca inglés se interesara tanto por los dos miembros del Cuerpo de Servidores. No obstante, éste era el caso, debido al firme vínculo que se había establecido entre ellos en el campo de batalla, cuando los tres hombres lucharon codo a codo. Para Ricardo Corazón de León ese vínculo era místico y ataba a los camaradas de armas más estrechamente que si fuesen hermanos.

Además, el rey encontraba al apuesto joven normando más atractivo que a Pierre de Montjoie, que había sido su querido compañero desde que se uniera a Corazón de León en Mesina, Sicilia. La alegre irreverencia de Pierre había encantado a Ricardo, pero la inteligencia y los sorprendentes conocimientos sobre los Misterios de Simon de Creçy habían despertado su interés. En realidad, desde el sitio de Acre, un sentimiento semejante al amor por el joven normando se había filtrado en el corazón del monarca.

El rey inglés sentía la pérdida del íntimo compañerismo de Simon con tanto dolor como había llorado la muerte de Pierre de Montjoie. Esperaba con impaciencia noticias de su evolución en manos del médico de Saladino.

Corazón de León ya había enviado a Acre la noticia de las heridas de Simon así como de su tratamiento por parte del médico de Saladino, procurando que esta información no causara mucha angustia a Berenice de Montjoie. Aunque Ricardo se sentía tan fuertemente atraído por Simon de Creçy, no sufría el tormento de los celos.

Cuando el rey llegó a Acre, se dirigió directamente a los aposentos de la reina. El ansia de estar con su esposa no era la del apasionado esposo retornando a los brazos de su amada, pues su extraña relación se había formalizado como un matrimonio de conveniencia, sin amor físico por ninguna de las partes.

Ricardo estaba ansioso de verla por otros motivos.

A causa de la grave herida de Simon, el rey precisaba del indudable talento de Berengaria como sanadora; el milagroso don que aquella bella y espiritual mujer poseía para curar a distancia, mediante los rezos, formaba parte de su poder como dotada practicante del arte de Wicca.

La reina, empero, presintió la petición de su esposo antes de que se la formulara:

—He rogado, día y noche, por el restablecimiento del joven templario. Sé lo que Simon de Creçy significa para ti, Ricardo.

La melodiosa voz de la adorable sacerdotisa estaba preñada de compasión, sin ningún dejo de ironía en la última frase.

—Ése fue un buen gesto de tu parte, Berengaria. —La voz de Ricardo denotaba ansiedad—. Se recuperará..., ¿no es cierto?

Su esposa sonrió dulcemente.

—Estoy segura de ello. Presiento que está en buenas manos.

Corazón de León exhaló un audible suspiro de alivio.

—Espero que Berenice de Montjoie no esté demasiado angustiada.

La voz de Ricardo denotaba auténtica preocupación, pues era capaz de ser muy bondadoso para con sus amigos íntimos.

—Ha estado constantemente a mi lado y me ha acompañado todos los días en nuestras oraciones por el restablecimiento de Simon —le tranquilizó su bella esposa—. Ella le ama aún más que tú, esposo mío.

Tampoco en esta ocasión había ironía en el tono de su voz.

Ricardo sabía que Berengaria conocía sus acendrados sentimientos por el apuesto servidor templario, y se sentía embarazado por el hecho de que su preferencia por los hombres fuese tan evidente para su esposa.

—Como sabes, querida —continuó—, el joven De Creçy está en las hábiles manos del médico privado del sultán Saladino, el llamado Maimónides. Evidentemente, el jefe sarraceno siente el mismo respeto y afecto por Simon que nosotros.

Berengaria se preguntó si su esposo usaba el plural real para incluir los sentimientos de ella y de su dama de compañía por el templario herido.

No sentía celos, pues las proclividades sexuales de su marido eran tan ajenas a su espiritualidad que, para ella, no existían.

La ira temporaria causada por el fracaso de su noche de bodas hacía tiempo que había dejado de perturbarla. Lo ingenioso de su siguiente observación lo demostraba.

—Cuando Simon de Creçy esté restablecido, tendremos boda en puertas. Mi pequeña Berenice está absolutamente decidida a casarse con el apuesto servidor templario. Existe, sin embargo, el problema de su rango. Si

bien no sabemos nada sobre su linaje, la integridad, el encanto y la valentía de De Creçy son incuestionables.

—Tengo entendido, también, que el Gran Maestro tiene un alto concepto de él —agregó Ricardo—. Si fuese armado caballero templario, este casamiento, claro está, sería imposible a causa del consiguiente voto de celibato de Simon de Creçy. No obstante, el joven debe ser armado caballero, por lo menos, antes de dar mi consentimiento para que Berenice se case con él.

Las bellas facciones de Berengaria no delataban ningún signo de astucia ni de intriga, cuando preguntó:

—Entonces, ¿no puedes ennoblecerle, mi señor?

Corazón de León, con el rostro bronceado por el sol radiante de placer ante aquella idea, consideró la cuestión por no más de un instante antes de responder:

—¡Ésa es una espléndida idea, querida mía! Después de todo, forman una pareja perfecta. La sólida amistad de Simon con el hermano de Berenice, mi querido y añorado amigo, ya les ha unido. ¡Berengaria, eres una mujer muy inteligente!

El rey rió gozosamente. Además, el tono de su voz denotaba claramente el verdadero respeto que sentía por la inteligencia de su esposa, pues Corazón de León era consciente de los poderes mágicos y la capacidad de predicción de su bella consorte.

—Por supuesto, nombraré caballero a Simon en cuanto vuelva a nuestro lado, sano y salvo.

En su alegría al pensar que, como marido de la condesa Berenice de Montjoie, su muy querido amigo no tardaría en estar permanentemente a su lado en la corte, Ricardo Plantagenet no dudaba ni un instante que Simon saldría victorioso en su batalla por la vida.

Aquella lucha tenía lugar en el nuevo cuartel general de Saladino, que el sultán había establecido en Ramía, unas pocas millas al este de Jaffa. Era una batalla cerrada, con Maimónides de nuevo poniendo a prueba su capacidad contra el ataque furioso del Ángel de la Muerte.

La lanza de Saladino había abierto una grave herida en el costado de Simon, quebrando varias costillas, rasgando los músculos del pecho y penetrando en la base del pulmón derecho. Sólo la reacción del sultán de una fracción de segundo antes había logrado desviar la punta de la lanza, que apuntaba directamente al corazón.

Simon había perdido mucha sangre antes de que Belami hubiese logrado finalmente restañarla con la sagrada faja verde del sultán, que llevaba como jefe de la Jehad. El hecho de que el sultán hubiese ofrecido, sin vacilar, su sagrada faja a Belami para evitar que el joven templario muriese desangrado, daba la sorprendente medida del amor y el respeto que Saladino sentía por Simon.

A pesar de ser un devoto musulmán, el afecto y la preocupación por el amigo que por desgracia había herido trascendían sus sentimientos religiosos, por muy profundamente arraigados que estuviesen. Ante todo, Saladino era el alma de la compasión para con aquellos a quienes amaba. Así como era un implacable enemigo de la injusticia, el sultán era un príncipe para con los amigos.

Belami pasó dos días y dos noches infernales mientras permanecía en tensión junto a su ahijado gravemente herido, observando las manos sanadoras de Maimónides mientras el gran médico judío recurría a todos los recursos que conocía, después de muchos largos años de estudio y de práctica de su arte, para mantener a la muerte a raya.

Mientras tanto, el cuerpo sutil de Simon había abandonado su forma física transida de dolor y permanecía momentáneamente en suspenso sobre la escena donde se desarrollaba una gran actividad, en la propia tienda del sultán, en Ramía.

Maimónides la había elegido por ser más adecuada para la cruenta cirugía de pecho requerida para reparar el daño causado por la lanza de Saladino, que una habitación infecta de la pequeña ciudad de Ramía.

El atento médico se dio cuenta de que su paciente había abandonado temporariamente el cuerpo, y suspiró con alivio porque, como consecuencia de ello, no tendría que administrarle fuertes dosis de soporíferos y

analgésicos para disminuir el nivel de dolor en el pecho destrozado de Simon.

Por su larga experiencia, Maimónides sabía que aquellas drogas, si bien eran beneficiosas para aliviar el dolor, presentaban un problema pues tendían a debilitar la voluntad de vivir del paciente. De hecho, había visto a muchos pacientes, seriamente heridos, morir a causa de su abrumadora necesidad de drogas calmantes.

Por lo tanto, Maimónides celebró que Simon tuviese la capacidad para abandonar su cuerpo, de modo que él pudiese operar sobre el tejido traumatizado sin tener que correr contra el tiempo, cuando el efecto del soporífero disminuyera, y Simon recobrara la conciencia.

Maimónides sabía que de esta manera tenía, por lo menos, la posibilidad de reparar la mayor parte del daño sin debilitar además la resistencia de Simon. Comenzó por limpiar los huesos fracturados y los músculos rasgados que formaban una masa informe de tejido dañado alrededor de la ancha herida en el costado de su paciente.

Mientras tanto, el cuerpo astral que contenía el alma de Simon de Creçy viajó por el tiempo y el espacio hasta Damasco, donde se dirigió rápidamente al palacio del sultán. En una fracción del tiempo terrenal, la forma espiritual de Simon encontró y entró en el jardín del observatorio donde Abraham-ben-Isaac estudiaba los cielos. Sobre la cabeza del anciano mago, la constelación de Orión, el Cazador, había girado en posición, dominando el cenit.

Abraham enseguida se dio cuenta de la presencia de Simon y, por un momento, con un estremecimiento tuvo el temor de que aquella manifestación pudiese indicar la muerte física de su muy amado discípulo. La expresión de Simon disipó rápidamente esa ansiedad, pero el anciano instantáneamente presintió que el cuerpo de su joven amigo debía de estar en algún lugar no demasiado lejano, gravemente herido.

Presintió que Simon, una vez más, estaba al cuidado de Maimónides. De inmediato, Abraham se tranquilizó y se sentó en el banco junto al muro del observatorio. Sabía que tenía que contribuir a los esfuerzos del gran sanador judío comunicándose mentalmente con él.

Al hacerlo, Abraham sintió que una oleada de gratitud y de amor se volcaba de Simon hacia él. Luego, la presencia de su ex discípulo se desvaneció, dejando a su maestro orando en silencio y llorando de gozo pon haber establecido aquel contacto.

El siguiente viaje onírico de Simon fue muy breve, a los aposentos de Osama, su otro anciano mentor.

Allí encontró al gnóstico de noventa años dormitando al calor de dos braseros de carbón. También él se dio cuenta enseguida de la presencia del espíritu de Simon. Osama se removió y se sonrió en sueños, y luego, de pronto, sintió el peligro que corría su amado discípulo. Tal como había hecho Abraham, el mago dejó que sus poderes curativos se canalizaran a través del abismo de espacio y tiempo, para ayudar a Maimónides en su lucha pon la vida de Simon.

Desde Damasco, el cuerpo sutil de Simon transportó ahora a su alma sobre el ancho mar y el continente que separaban Tierra Santa de De Creçy Manor, en Normandía.

Allí, el espíritu del joven normando buscó el dormitorio de Bernard de Roubaix, donde su viejo tutor yacía sumido en un sueño ligero en las postreras horas en la tierra. Junto a la cama del caballero templario, el hermano Ambrose velaba al moribundo.

Por un momento, el viejo monje sintió la presencia sobrenatural de Simon y se estremeció, aunque la noche era opresivamente cálida debajo de la sofocante capa de una tormenta de verano. Sin embargo, había algo tranquilizador en la atmósfera de la habitación, como si hubiese entrado una oleada de amor. Que es exactamente lo que había ocurrido.

Al oír un inesperado grito de alegría de los labios del caballero moribundo, el hermano Ambrose se apresuró a pasar sus consoladores brazos por los hombros del anciano, que se esforzaba por incorporarse en la cama.

El rostro de Bernard de Roubaix estaba radiante pues veía la brillante forma de su pupilo al pie de su lecho de muerte. Su voz vibró con la fuerza de su amor, cuando, por última vez en la tierra, pronunció su nombre:

—Simon. ¡Por fin! ¡Es el destino! ¡Inshallah!

Después de pronunciar esta última palabra, el Ángel Oscuro le envolvió suavemente con sus grandes alas, y Bernard de Roubaix, caballero templario, traspuso el umbral de la muerte hacia la luz que brillaba más allá.

Simon se había mantenido fiel a sus queridos tutores y les visitó en su hora final. Era el lazo del amor puro que existía entre ellos lo que lo había hecho posible.

Bruscamente, su espíritu se sintió atraído como para regresar en el rápido viaje a su devastado cuerpo físico, que yacía en la mesa de operaciones de Maimónides, en la tienda de Saladino de Ramía. El médico advirtió que su paciente había regresado y que estaba llorando. En seguida, llamó la atención de Belami hacia el hecho de que Simon recobraba la conciencia.

El veterano, que había pasado los dos últimos días ayudando al médico judío en la larga batalla por la vida de Simon, cogió suavemente la mano de su amigo al tiempo que éste abría los temblorosos párpados y le miraba con sus ojos azules como el pecho del pavo real.

Entre la neblina de un dolor dominado por las drogas, Simon pudo ver borrosamente a sus dos amigos inclinados sobre él. Una débil sonrisa aleteó en sus labios. Aún no podía articular palabras audibles, pero sus labios formaron un nombre que Belami reconoció en seguida.

El viejo soldado lloraba agradecido por el retorno de Simon del largo corredor de la muerte, pero presintió la desazón de su ahijado. Al unir el nombre de «Bernard», que aquel pronunció en voz baja, con las lágrimas de Simon, Belami comprendió que el viejo templario había fallecido. Además, sintió que Simon había estado junto a su tutor, cuando éste había entrado por el oscuro portal a la luz del otro lado.

—¡Dios sabe que el viejo guerrero merecía la gloria! —musitó dulcemente al oído de Simon, y vio que el rostro contraído por el dolor de su amigo se distendía en una débil sonrisa al tiempo que el templario herido se hundía en un profundo sueño reparador.

Maimónides exhaló un largo suspiro de alivio.

—Con la ayuda de Dios, si Alá lo permite, Simon se repondrá, pero dudo que nunca vuelva a estar en condiciones para volver a luchar.

Belami sacudió la cabeza y se encogió de hombros resignadamente.

—Que así sea, Maimónides. El muchacho había llegado al final del camino por lo que a empuñar la espada en la causa de la cristiandad se refiere. Antes de que la lanza del sultán le hiriera, ya había librado su última batalla. Su destino, si se salva, se encuentra en otra dirección.

El médico, exhausto por la prolongada lucha con el Ángel Oscuro, asintió con su cabeza leonina.

—Ahora tenemos que dormir, Belami. Alguien viene a velar su sueño.

El veterano advirtió la presencia de Sitt-es-Sham antes de que ella entrara en la tienda.

—Mi señora —dijo, saludando a la hermana de Saladino.

La princesa sarracena sonrió detrás del velo al tiempo que devolvía el saludo del templario.

—Saladino me hizo avisar de que Simon había sido herido. Está profundamente dolido de que haya sido por su mano. ¿Cómo sucedió?

Belami le explicó brevemente lo que había ocurrido y la razón que se ocultaba detrás de ello.

—Celebro que no vuelva a combatir contra el mundo musulmán. Su mente es demasiado excelsa para desperdiciarla en la guerra. Simon es un creador de sueños. Es la voluntad de Alá que así sea. Lo siento así en mi corazón.

El viejo soldado se sintió angustiado por lo que sabía que tenía que decir.

—Mi señora, Simon se ha enamorado.

Sus palabras fueron bruscas, pero dichas dulcemente. Sitt-es-Sham asintió con la cabeza, comprensivamente.

—Eso también lo sé. En primer lugar, lo presiento, y además, mi hermano tiene muchos espías, que vigilan atentamente todo cuanto ocurre en ultramar. Tengo entendido que se trata de la condesa Berenice de Montjoie, hermana de vuestro extinto amigo Pierre.

«Aún estoy en deuda con él por haber participado en mí rescate de manos de los bandidos de Reinaldo de Chátillon, hace muchos años. Ahora

quizá pueda, en pequeña medida, saldar mi deuda de honor con aquel valiente joven.

«Nunca tuve esperanzas de volver a ver a mi amado Simon, pero el Destino así lo ha dispuesto. ¡Inshallah!

Belami ofreció sus respetos a la princesa tomándole la mano y llevándosela reverentemente a los labios.

—¡Ni él ni yo podremos pagaros jamás la gran deuda que tenemos con vos, alteza! —dijo, simplemente.

—Id a descansar. Yo velaré a Simon. Si se produce algún cambio en su estado, os lo haré saber inmediatamente a ambos.

Maimónides y el viejo templario se retiraron a otro aposento, dentro de la tienda de Saladino, y, acostándose sobre unos almohadones, no tardaron en quedarse dormidos. Toda la noche, hasta el alba, la Señora de Siria permaneció junto al cuerpo inconsciente de Simon, cogiéndole suavemente la mano y dejándose usar como canal para las energías sanadoras que fluían hacia la carne herida. Fue un acto de amor típico de aquella notable mujer.

En Acre, una doliente Berenice de Montjoie esperaba noticias de su amado templario. Había presentido la gravedad de la situación aun antes de que la noticia del rey hubiese llegado en manos de los veloces mensajeros. A pesar de las palabras alentadoras del monarca, Berenice sabía que la vida de Simon colgaba de un hilo. Oró sin cesar. En su larga vigilia, la reina Berengaria se unía a ella para rogar a la santa Virgen Madre que devolviera la salud a Simon.

El rey Ricardo permanecía en Jaffa, reforzando aún más las ya suficientemente sólidas fortificaciones, convirtiendo el pequeño puerto en una plaza fuerte desde la cual poder lanzar su ataque final sobre Jerusalén.

Una cosa más le preocupaba. Ahora que se podía transitar seguro por el camino de la costa entre Acre y Jaffa, numerosos vivanderos seguían al ejército como una plaga de langosta.

La mayoría eran mujeres, prostitutas de Acre, que creían poder pescar fácilmente entre los caballeros, servidores y soldados que descansaban victoriosos de las fatigas de la batalla. Se estaba convirtiendo rápidamente en un problema serio, pues muchos de los cruzados estaban deseosos de

regresar con esas mujeres para gozar de los lujos de Acre. Comenzaba a parecer una deserción en masa, precisamente en el instante en que la tercena Cruzada había comenzado tan bien y se precisaba de todos y cada uno de los hombres que se pudiera conseguir para el futuro avance sobre la Ciudad Santa.

Robert de Sablé lo resumió en pocas palabras.

—Majestad, a menos que regreséis a Acre y pongáis punto final a esta ola venal de destrucción, muy pronto os encontraréis sin Cruzada. Estas mujeres las ha enviado el Maligno para destruirnos. Os ruego, Majestad, que vayáis hasta allí lo antes posible.

El rey tenía un profundo respeto por los juicios del Gran Maestro templario, sobre todo desde su franca actitud al acceder a que Belami acompañara a su camarada herido en territorio sarraceno. De Sablé no estaba presente cuando el veterano templario había hecho la petición a Corazón de León. Su temporaria ausencia del lado del rey en la batalla sólo se debió al hecho de que habían matado al caballo del Gran Maestro en la batalla final. Por eso Belami se había dirigido directamente al rey.

Cuando De Sablé se enteró del incidente, empero, dio su total aprobación. Este acto hizo que Corazón de León le tomara aún más afecto. El monarca inglés se dijo que podría dirigirse a Acre, sabiendo que Jaffa estaría segura en manos del Gran Maestro templario. Partió, pues, con el fin de reunir a sus desertores.

Era típico del temperamento romántico de Corazón de León que, si bien no condonaba los actos de tantos de sus cruzados, comprendía plenamente los motivos que tenían, después de tan resonante victoria, de buscar una recompensa en los brazos de las mujeres de Acre. Ricardo el guerrero era esencialmente hombre de hombres y comprendía las necesidades del soldado.

—Una templada espada, un buen general, un caballo veloz, el vientre lleno y el botín del vencedor.

Ésta era la máxima, en opinión del rey Ricardo, que mejor se adaptaba a aquellas circunstancias militares. Así, pues, Corazón de León cabalgó ligero hasta Acre, no en carácter de vengador, dispuesto a condenar a muerte a los

desertores, sino antes bien como la voz de la conciencia, solicitando su pronto regreso para recuperar la Vera Cruz y liberar la Ciudad Santa.

Era esta mezcla de rígida disciplina en la batalla y su distendida actitud ante la venalidad de su ejército, una vez asegurada la victoria, lo que convertía a Corazón de León en un comandante tan popular.

Sin embargo, ello no contribuía a las necesidades de la tercera Cruzada. De hecho, demoraba la importante marcha hacia Jerusalén, que debía proseguirse lo más pronto posible, antes de que Saladino pudiese reagrupar sus diezmadas fuerzas.

A causa de este defecto del carácter de Corazón de León, el sultán pudo volver a formar un formidable ejército para enfrentar al rey Ricardo en su marcha sobre Jerusalén. También marcó el punto decisivo de la suerte sarracena en la tercera Cruzada.

Mientras el monarca inglés reunía a sus hombres borrachos y putañeros en Acre, otro elemento entró a jugar en la ecuación bélica. Conrad de Montferrat fue eliminado repentinamente de los cálculos de Corazón de León mediante el asesinato.

Esta complicación tuvo varias repercusiones.

En primer lugar, si bien la eliminación de Montferrat fue vista inmediatamente como obra de Sinan-al-Raschid, existían círculos en ultramar que abrigaban fuertes sospechas de que el rey Ricardo, de alguna manera, había instigado el asesinato, mediante un pacto secreto con el Viejo de la Montaña.

En segundo lugar, se produjo la consiguiente conmoción en la escena política, cuando muchos nobles inescrupulosos se complotaron para acceder a la posición del aventurero muerto, como gobernante de Tiro, y convertirse en el marido de la reacia Isabella. Esto complicaba la situación en momento más inoportuno.

Mientras las diversas facciones de ultramar se embarcaban en la nueva lucha por el poder en Tierra Santa, la Cruzada tenía que esperar el resultado que de nuevo demoraba el ataque sobre Jerusalén.

Los principales protagonistas en la nueva contienda por el poder eran Guy de Lusignan, que deseaba casarse con Isabella, la viuda de De

Montferrat, y Homfroi de Toron, que aún aspiraba a recuperar la perdida esposa que Conrad le había arrebatado.

Aparte de esos dos pretendientes a la mano de Isabella, había numerosos nobles más, que veían llegada su oportunidad ante la súbita muerte de De Montferrat.

En realidad, el rey Ricardo era totalmente inocente respecto de la conjura para el asesinato de De Montferrat. La muerte del tirano la había provocado un ataque que había llevado a cabo contra una de las naves de Sinan-Al-Raschid, y el jefe de los Asesinos había jurado vengarse. El Gran Maestro del culto del asesinato no tenía ulteriores motivos para matar a Conrad, porque sus propios intereses poco se verían afectados fuera quien fuese el vencedor en la guerra religiosa en Tierra Santa.

Que la victoria fuese de un cristiano o de un musulmán, poco le importaba al Viejo de la Montaña. De cualquier manera, la secta de los Asesinos continuaría existiendo hasta que se decidiese el resultado final.

Anteriormente al asesinato de Conrad, el rey Ricardo había abrigado la esperanza de que, finalmente, la conciencia del tirano le instigaría a unirse voluntariamente a Corazón de León en el asalto final sobre Jerusalén. Ahora, el ejército de Tiro se encontraba en prenda, hasta que Isabella hubiese elegido a su nuevo esposo. Al rey inglés, ni a ningún otro, se le ocurrió preguntarle a la joven viuda, aún hermosa, con quién prefería casarse.

Mientras tanto, la reina Berengaria se hallaba reunida con su marido, y estaba ansiosa por tener noticias de la evolución de Simon de Creçy en manos sarracenas. Ello se debía, por supuesto, a los lazos de amistad que la unían con su dama de compañía. Berengaria también era la más bondadosa de las mujeres y comprendía plenamente la angustia que sufría Berenice.

Desgraciadamente, Ricardo no tenía ninguna noticia que darle. Sobre este tema, la información se había cortado. Corazón de León suponía, correctamente, que la lucha por la vida de Simon aún continuaba.

En Ramía, en medio de todos los preparativos de Saladino para reagrupar a su ejército con el fin de hacer frente al esperado ataque del rey Ricardo, el sultán aún tenía tiempo de visitar a Simon en su lecho, que

había sido trasladado a unos aposentos especialmente preparados en la pequeña ciudad fortificada.

En primer lugar, cabe decir que fue el mismo Saladino quien mandó a buscar a Sitt-es-Sham, sabiendo que su amorosa y sanadora presencia bien podría influir favorablemente en Simon. Maimónides era ahora más optimista con respecto a la evolución de su paciente, pero le hizo comprender al sultán que no existía posibilidad alguna de que el joven templario volviera a estar en condiciones de tomar parte en la guerra por Tierra Santa.

Saladino abandonó la habitación de Simon más reconfortado, sabiendo que se estaba haciendo todo lo posible por su amigo, que ahora parecía tener una excelente oportunidad de superar la crisis. La gratitud de Belami por todos aquellos esfuerzos era evidente para todos, especialmente en sus palabras a Saladino.

—Nuestra deuda para con vos, señor, es impagable —dijo con voz ronca por la emoción—. Si no hubiese jurado seguir la bandera de los templarios, gustosamente me pondría a vuestras órdenes para luchar contra todos vuestros enemigos, salvo a mis antiguos camaradas de armas. Con esta salvedad, mi espada está siempre a vuestro servicio.

Esas palabras, viniendo de tan fiel servidor del Cuerpo de los Pobres Caballeros de Cristo, conmovieron profundamente a Saladino.

—Estad seguro, Belami, de que ambos volveréis junto a vuestros amigos cristianos en cuanto Simon esté en condiciones de viajar.

Ahora que la presencia de Sitt-es-Sham ya no era un factor vital en la recuperación de Simon, de nuevo se despidió con lágrimas de su ex amante durmiente.

—Cuidadle mucho, Belami —dijo, con los ojos llorosos—. Bien sabéis cuánto significa para mí. Al contribuir un poco a salvarle la vida, siento que he pagado mi deuda para con Pierre de Montjoie. La felicidad de Simon lo es todo para mí y sé que Berenice de Montjoie será una excelente esposa para él. La envidio con todo mi corazón.

Su melodiosa voz se ahogó en un suspiro y, al no poder pronunciar otra palabra más, la Señora de Siria se marchó llorando.

—Ahí va una santa. Musulmana o cristiana, esa notable mujer no tiene par —dijo Belami a Maimónides, que se había unido discretamente a él.

—Así es. La princesa es una de las más preciosas gemas del Islam —comentó Maimónides, con un triste suspiro ante la evidente pena de Sitt-es-Sham.

Diez semanas después del traslado de Simon de Creçy del campo de batalla de Arsouf, el joven servidor templario, demacrado por los pasados sufrimientos, pero completamente restablecido, volvió a Acre, acompañado de un Belami sonriente y escoltado por mamelucos de la guardia personal de Saladino.

Los templarios traían consigo los ricos presentes de Saladino para el rey Ricardo y la reina Berengaria, así como un magnífico regalo de bodas de Sitt-es-Sham para Berenice.

Aun cuando el precioso collar de oro y zafiros encantó a la futura esposa de Simon, apreció aún más el regalo de la salud restablecida de su amado.

Por supuesto que Berenice no tenía idea del verdadero motivo que se ocultaba detrás del generoso gesto de Sitt-es-Sham, aparte de la explicación de Belami en el sentido de que se trataba del pago de su deuda para con Pierre de Montjoie, al haber ayudado a salvar su vida y su honor.

Simon, aunque aún transido de dolor, encontró su convalecencia como una experiencia gozosa, debido enteramente al dulce y amoroso cuidado de Berenice.

En cuanto a la deliciosa y menuda condesa de Montjoie, no tardó en perder la timidez y se dedicó a atender al maltrecho guerrero con todo el ardor de la reina Guinevere para con el herido Lancelot.

El amor de Simon por ella, al principio, fue avivado por el sorprendente parecido a su hermano, a quien Simon quería entrañablemente. De manera similar, su amor por Simon había crecido de las raíces de la devoción de su hermano adorado hacia el apuesto servidor templario, mucho antes de que Berenice le conociera personalmente.

Tal parecía que ambos estaban destinados a conocerse y enamorarse. Su amor mutuo había florecido hasta convertirse en una absoluta devoción. Empero, hasta el momento, sólo habían intercambiado besos y dulces caricias, y ambos anhelaban poder hacer realidad sus sueños de felicidad.

—No puedo creer que esté vivo y en brazos de mi amor —murmuraba Simon, acostado cómodamente en la cama, un una parte aislada de la muralla almenada que daba al mar.

Berenice suspiró dulcemente y le estrechó aún más entre sus brazos.

—Cuando era niña —dijo en voz baja—, soñaba que, en una tierra lejana, conocería a un aguerrido y gentil caballero, que un día sería mi esposo.

Simon no.

—Difícilmente podría ser el caballero de tus sueños, amor mío. Soy sólo un humilde servidor de nuestra Orden.

Su sonrisa se esfumó prestamente.

—Tienes que comprender que si me nombran caballero dentro de la Orden de los Templarios, nunca podremos casarnos, pues yo debo tomar los votos de celibato.

Berenice se estremeció en sus brazos, pues aquel pensamiento ensombreció momentáneamente su felicidad. Pero, con la capacidad de recuperación que tiene la juventud, las nubes de la duda pasaron rápidamente, y las siguientes palabras surgieron a borbotones de sus anhelantes labios.

—La reina ya ha hablado con el rey Ricardo sobre este tema, y el noble Corazón de León ha dado su palabra de que te nombrará caballero de su Orden de Caballería.

Simon lanzó una exclamación de sorpresa, pues si bien había comentado con Belami la vaga posibilidad de ser armado caballero fuera de la Orden de los Templarios, aquella súbita y maravillosa revelación le dejó pasmado. Extendió los brazos radiante de alegría.

La tremenda punzada de dolor de las costillas fracturadas enseguida le recordó que sus días como hombre de lucha habían terminado; y, además, que sus posibilidades de conseguir una elevada posición en la Corte del rey

Ricardo se esfumaron con ellos. Corazón de León amaba a los guerreros intrépidos y les llenaba de honores y riquezas. Simon sabía que no volvería a combatir nunca más. ¿De qué le serviría al monarca inglés?

Lanzó un gruñido, tanto de rabia como del dolor de la herida cicatrizada.

Berenice sintió preocupación y remordimiento por haberle ocultado infantilmente la noticia del espaldarazo, para darle una sorpresa.

—Sé lo que estás pensando, querido. Te preocupas porque no tienes riquezas que ofrecerme para hacerme tu esposa. Pero yo tengo mi dote, como condesa de Montjoie, y soy la única heredera de todos nuestros bienes, que pasaron a mis manos después de la muerte de Pierre. —Berenice ahogó un sollozo, pero continuó—: Me he convertido en una mujer muy rica, pero carezco de capacidad y de los conocimientos necesarios para administrar esas extensas tierras. Tú tienes más experiencia en esas cosas por haber ayudado a explotar las propiedades de De Creçy en Normandía, según nos ha contado el Gran Maestro. El tiene un elevado concepto de ti, querido Simon, como todos nosotros.

«¡Créeme, amor mío, no existe ningún problema, salvo el de que te recuperes cuanto antes, para que el rey Ricardo pueda nombrarte caballero y podamos casarnos!

A pesar de su aparente ingenuidad, la adorable condesa no era tonta y, además, sabía perfectamente lo que quería. Fue su sugerencia a su íntima amiga, la reina Berengaria, lo que había asegurado a Simon el inminente espaldarazo.

Mientras Simon seguía convaleciente en Acre, rodeado de amorosos cuidados y confortado por los brazos de su futura esposa, el rey Ricardo, después de saludar al joven templario con auténtico afecto, se vio obligado por las apremiantes circunstancias a avanzar hasta Ascalón.

No obstante, antes de hacerlo, nombró caballero a Simon, con todos los honores del espaldarazo real.

La única formalidad consistió en el toque del hombro de Simon con la espada de Ricardo, acompañado de las siguientes palabras:

—Yo os nombro, Simon de Creçy, Caballero de la Orden de Caballería. Levantaos, sir Simon, y que Dios defienda el bien.

Con ello quedaba eliminado cualquier estorbo que pudiese surgir para el casamiento del templario con la condesa Berenice de Montjoie.

Aparte de la necesidad de reconstruir y fortificar aquella posición clave en el oeste de Tierra Santa, ninguna otra cosa privaba a Corazón de León de proseguir la tercera Cruzada hacia Jerusalén.

Curiosamente, con todos los preparativos y la excitación que se generaba ante el inminente asalto sobre la Ciudad Santa, un inexplicable letargo parecía haberse apoderado de Corazón de León.

—Es la fiebre amaldia —le dijo Belami a Simon—. He visto a muchas víctimas de la enfermedad de Outremer afectadas por esta falta de impulso. Siempre he creído que esta fiebre ha contribuido más a moldear los acontecimientos en Tierra Santa que cualquier otra cosa.

Simon estaba desanimado al pensar que no podría volver a luchar junto al monarca inglés, pues la herida le había dejado con cierta dificultad para respirar, como consecuencia de haber afectado el pulmón. Entre la polvareda de la batalla, el templario estaría en inferioridad de condiciones: sería más un estorbo que una ayuda. Sus días como guerrero cruzado habían terminado.

Sin embargo, su destino como caballero de la Corte del rey Ricardo, y futuro esposo de una rica condesa francesa, estaba a punto de cumplirse. El obispo de Evreux había prometido desposar a la joven pareja, y la reina Berengaria sugirió que un lugar apropiado para celebrar la boda podría ser la iglesia de Limassol, en Chipre, donde se habían casado ella y el rey Ricardo.

Las damas de la Corte estaban la mar de excitadas con los preparativos para la boda.

—¡Se está poniendo más entusiasmo en tu futuro casamiento, que en toda la tercera Cruzada! —gruñía Belami ante un divertido Simon, que encogía sus anchos hombros, maravillado de verse incluido en aquel desconocido nuevo mundo de risueñas mujeres.

Entretanto, se estaba arreglando otro casamiento. La suerte de la joven reina Isabella aún estaba en la balanza, pues la voz del rey Ricardo pesaba ahora en el asunto, favoreciendo a Guy de Lusignan como su próximo marido. Pero el Destino había decidido meter baza.

Aquella delicada cuestión fue resuelta por la inesperada acción de Henry de Champagne, conde de Troyes, que se había enamorado locamente de la adorable y menuda viuda. Se trasladó presurosamente de Acre a Tiro, donde Isabella se había encerrado detrás de las sólidas defensas del castillo.

El impulsivo y romántico gesto del conde de ofrecer su mano en matrimonio gustó a la asustada reina, e Isabella abrió las puertas del castillo y los brazos al galante Henry. Por una vez en su vida, la elección de un esposo había caído en suerte a la novia real.

Establecida aquella importante alianza, el rey Ricardo decidió que ya había perdido suficiente tiempo y, sobreponiéndose a la lasitud que le provocaba la fiebre amaldia, comenzó a reunir a su ejército.

Los espías de Saladino, que estaban en todas partes, pronto se enteraron de las últimas novedades e inmediatamente enviaron la noticia a Saladino por una paloma mensajera.

Saladino, al igual que Ricardo, estaba harto de escuchar los múltiples planes de sus consejeros para resolver la presente lucha en Tierra Santa sin derramamiento de sangre, mediante varias alianzas insólitas. Había escuchado muchas ideas desatinadas, como la de que Safardino, su hermano, se casara con la reina Joanna, un plan que ambas partes rechazaron de antemano.

Ahora resolvió hacer su jugada y marchar sobre Jaffa. El súbito ataque cogió a la pequeña guarnición por sorpresa, pero logró resistir.

Cuando los correos no lograron penetrar en las líneas sarracenas, los defensores de Jaffa enviaron una rápida nave a Acre, con una urgente llamada de auxilio.

El rey Ricardo se sacudió el letargo provocado por la fiebre y, reuniendo a todos los lanceros y arqueros dispuestos y sobrios que pudo encontrar, partió hacia el sur en ayuda de los sitiados.

Belami consoló a Simon, que estaba amargamente disgustado al no poder acompañarles, pero como aún caminaba con la ayuda de un bastón eso era imposible.

—Corazón de León estará más contento de volver a la acción que en mucho tiempo —dijo el veterano—. Toda esta espera le ha minado la energía tanto como la fiebre misma. Vigilaré de cerca a tu real amigo, Simon. No tengo intención de perder al rey que te dio el espaldarazo.

—No te olvides de cuidarte tú mismo, mon brave. Te necesito más que nunca, ahora que no puedo luchar por mí mismo —gritó Simon, mientras Belami se alejaba al trote para unirse a la columna de los cruzados.

Belami volvió al cabo de diez días, pues el monarca inglés le enviaba como el más confiable de sus correos. En su habitual estilo directo y eficaz, el veterano templario informó sucintamente sobre el curso de la batalla final de Corazón de León en ultramar.

—Obtuvimos una espléndida victoria en Cesarea. Fue sólo a unas pocas millas de Jaffa que Saladino nos atacó por sorpresa al amanecer. El día anterior, habíamos marchado hasta el anochecer, a un paso matador que nos hizo dormir profundamente, y hasta los centinelas dormitaban en sus puestos.

«De no haber sido por un ballestero genovés que se despertó para el relevo, hubiésemos sido carne para los gusanos antes de que se diese la alarma.

«Tal como fueron las cosas, la batalla fue un sangriento choque de acero contra acero y corps a corps. Se usó la daga tanto como la espada. Sólo cuando la lucha se abrió, ante la llegada de la caballería pesada de Saladino con el fin de entrar a matar, Corazón de León y sus lanceros montaron y cargaron para enfrentar a la caballería sarracena.

«El rey Ricardo combatió como diez hombres ese día, un verdadero guerrero vikingo en pleno frenesí de la batalla. A cada mandoble, caían sarracenos, decapitados o sin miembros.

«Finalmente, el propio caballo del rey cayó bajo una lluvia de flechas turcas disparadas a corta distancia. Pero eso no sirvió para detener a

Corazón de León, sino que siguió luchando aún con más fiereza a pie, mientras nosotros manteníamos a raya a los más feroces jinetes sarracenos.

«En ese momento, Corazón de León ordenó a nuestros arqueros que dispararan, y toda la línea sarracena se desintegró bajo la granizada de flechas de una yarda y las saetas de las ballestas genovesas.

«Saladino, de aquella manera tan típicamente caballerosa, volvió a enviar a Corazón de León otro pura sangre blanco para que el rey pudiese combatir como correspondía a un caballero, y a partir de aquel momento, no hubo duda de quién saldría vencedor. Os digo, caballeros, que los sarracenos tuvieron que retroceder hasta la carretera romana.

Simon se irritaba ante su ociosidad lujuriosa, pero sabía que nunca volvería a combatir. No se trataba solamente de su aversión a matar. Ahora también tenía que bregar con su herida.

Berenice estaba radiante de felicidad. Tenía a su adorado novio a su lado, y le cuidaba amorosamente y atendía a sus más mínimas necesidades. La bella joven esperaba ansiosa el día de la boda, y sus amorosas atenciones no tardaron en demostrarle a Simon que su herida en nada había afectado su virilidad.

La inteligente condesa sabía que en cuanto llevara a Simon de vuelta a Normandía, ella podría canalizar su interés hacia la explotación de sus extensas haciendas. Eso le distraería de la guerra.

Sin embargo, Simon aún se sentía frustrado, pues hasta aquel momento toda su vida había estado dedicada a cumplir con las ambiciones que su padre, Odó de Saint Amand, le había impuesto. Éstas estaban relacionadas inevitablemente con la participación en las actividades de los templarios, y todo hacía suponer que esa clase de vida le estaría prohibida para siempre.

Además, como sin Simon de Creçy, recién nombrado caballero por el monarca inglés, que le había conferido las tierras y los feudos de la ciudad de Templecombe, en Somerset, una plaza fuerte de los templarios en Inglaterra, Simon no estaba en condiciones de convertirse en Donat. Difícilmente podría renunciar a la herencia de su futura esposa, y de ninguna manera podría unirse a la fuerza militar en Tierra Santa, aun cuando Berenice se lo permitiera.

Al darse cuenta de que el dilema hacía infeliz a Simon, Robert de Sablé consoló a su ex servidor preferido.

—No os impacientéis, sir Simon —le dijo el Gran Maestro, sonriendo al poner el acento en el flamante título—. Os prometo que, sabiendo de vuestro interés en los Misterios, y con vuestra instrucción única bajo la guía de un gran mago como Osama y el erudito esenio judío Abraham-ben-Isaac, aún tenéis mucho por hacer para la causa de los templarios, a parte de combatir en Tierra Santa.

«Tenía la intención de que el Gran Capítulo de nuestra orden os concediese un título de caballero por acción en el campo de batalla, pero el rey Ricardo se me adelantó. Con todo, en un sentido, me alegro, pues eso ha hecho posible que os caséis con la condesa de Montjoie y, si nuestra Santa Virgen lo permite, que tengáis hijos para servir a la causa de los templarios en el futuro.

El viejo soldado esbozó su sorprendentemente alegre sonrisa, tan poco en consonancia con la imagen habitualmente sombría de un Gran Maestro templario.

—Además —siguió diciendo—, envío a Belami de vuelta con vos. Primero, para que actúe como guardia personal, hasta que estéis completamente en condiciones de defenderos personalmente, y en segundo lugar, porque el viejo lobo ya no está para estos trotes, y no quiero enterrar sus huesos junto a vuestros compañeros Phillipe y Pierre, que, según tengo entendido, reposan en una tumba frente al mar, fuera de las murallas de Acre.

Belami, que hasta ese momento había escuchado con aprobación las consoladores palabras de Robert de Sablé, empezó a protestar, pero el Gran Maestro le hizo callar.

—Antes me habíais dicho que vuestra primera misión en la vida era cuidar y proteger a Simon, de acuerdo con el sagrado juramento que disteis a... —De Sablé hizo una pausa elocuente—... a cierta persona que no nombraré.

Simon y Belami parecieron sorprenderse por el hecho de que otra persona, nada menos que el Gran Maestro, hubiese adivinado el secreto que

se ocultaba tras el nacimiento de Simon.

—Pon lo tanto —continuó De Sablé, en su tono más severo—, os relevo de todos los deberes en Tierra Santa y os ordeno, servidor Belami, mi más aguerrido y respetado miembro del Cuerpo de Servidores, que sigáis actuando con vuestra probada capacidad como guardián y protector de la persona de vuestro ex servidor Simon de Creçy, ahora conocido como sir Simon de Creçy de Templecombe, en el condado de Somerset.

En aquel punto, de la manera más irrespetuosa posible, el veterano caballero templario estalló en una sonora carcajada, mientras la estancia se llenaba con el ardor de su camaradería.

Bruscamente, en contraste con su alegre humor, los ojos del Gran Maestro parecieron generar un resplandor velado, como si aquel hombre extraordinario sintiera que el don de la profecía descendía sobre él.

—Simon —dijo, en voz baja—, veo algo maravilloso. Es un esquema de tu destino. Lo que los magos llaman el «registro Akashic».

«Siento que, a tu propia manera, continuarás al servicio de la causa de los templarios, de acuerdo con el deseo de nuestra Santa Virgen.

«Vas a construir un gran Templo en Su nombre. Te han sido concedidos los dones de la Sagrada Geometría con ese fin.

A los dos oyentes les cogió completamente por sorpresa aquel inesperado anuncio. Simon, en particular, quedó fascinado de ver el súbito cambio que se había producido en el Gran Maestro. Después pasó, y dejó a Robert de Sablé casi tan sorprendido como sus camaradas de armas. Fue una experiencia que ninguno de ellos olvidaría jamás.

De Sablé resumió lo que había dicho, y añadió:

—Esta conversación debe mantenerse en secreto. Lo que he visto y os he contado no es un tema de discusión profana. Baste lo que ha de ser. Esto es el Destino. ¡Inshallah!

Comenzaba a evidenciarse que los ímpetus de la tercera Cruzada se habían esfumado. Jerusalén seguía lejos del alcance de Corazón de León. Además, Ricardo parecía presentir que nunca entraría en la Ciudad Santa como su libertador y conquistador.

Impulsivo como siempre, interrumpió de pronto su avance por la carretera romana, hizo dar media vuelta a su ejército y llevó a sus cruzados de regreso a Jaffa. Dejó una guarnición simbólica para defender las murallas se apresuró a volver a Acre.

La única explicación posible de aquella brusca voi-te-face, en el momento en que había obtenido otra victoria sobre Saladino, es que Ricardo había recibido perturbadoras noticias de Inglaterra. Juan, su hermano, que era regente, había estado causando estragos en el reino de Ricardo.

Había impuesto nuevas y pesadas contribuciones, ostensiblemente para apoyar la Santa Cruzada de Corazón de León, pero en realidad esos fondos iban a parar directamente al tesoro de Juan, lo cual causaba una enorme inquietud. Si ésa era la razón para el súbito regreso de Ricardo, no le quedaba otra alternativa.

De vuelta en Acre, enfrentó a la sorprendida corte con una serie de propuestas con el fin de firmar un inmediato tratado de paz con Saladino. Era como si, de repente, el rey Ricardo hubiese renunciado a la idea de la tercera Cruzada. Los estupefactos nobles de ultramar y la totalidad del ejército de la cruzada no tuvieron más remedio que acceder.

La tercera Cruzada estaba llegando a su fin.

OceanofPDF.com

EPÍLOGO

Los términos del tratado se encargó de presentarlos a Safardino Homfroi de Toron, que contaba con la confianza de Saladino y del rey Ricardo. Las condiciones no eran onerosas para ninguna de las partes, pues el sultán estaba tan cansado de la interminable guerra como los cruzados. Aquélla era una ocasión para tomarse un respiro, antes de que algún fanático comenzara de nuevo todo aquel terrible conflicto.

El cambio de planes del rey Ricardo exigió ciertos ajustes. Ello significaba que la reina Berengaria y la reina Joanna tendrían que abandonar Tierra Santa al mismo tiempo que Corazón de León partiese hacia Inglaterra.

Su plan era complejo, pues comprendía a un guardia personal templario, que Robert de Sablé le proporcionó, y el mismo monarca se disfrazó con el uniforme de los templarios.

La idea era que Ricardo atravesara Europa de incógnito. Sin embargo, su gran altura, en una época en que la mayoría de la gente en el mundo occidental era de corta estatura, le tornaba muy relevante. De hecho, Corazón de León tenía tantas probabilidades de hacer el viaje por tierra pasando inadvertido como si se hubiese disfrazado de mujer. Su consorte trató de disuadirle, pero en vano. Una vez había tomado una decisión, la reina Berengaria sabía que nada podía apartarle de su camino. Fue con un mal presentimiento que preparó su equipaje personal para el regreso al hogar.

El cambio de plan también impidió que Simon y Berenice se casaran en la iglesia de Limassol. En vez de ello, el obispo efectuó la impresionante ceremonia en Acre.

La boda fue suntuosa, pues la condesa de Montjoie era una figura muy admirada entre los dignatarios de la Corte y su elección del noble servidor templario fue muy bien recibida, en vista de la valentía demostrada por el joven en la causa de los templarios. Estuvieron presentes en la boda los dos grandes maestros, así como una guardia de honor a cargo de servidores templarios y hospitalarios, que formaron un arco con sus espadas por debajo del cual la radiante pareja abandonó la iglesia, aclamada por la multitud.

La presencia del rey Ricardo hacía suponer que la iglesia estaba abarrotada de todos los nobles de Outremer y Outrejourdain, pero la popularidad de la joven pareja hizo de ésa una ocasión particularmente atractiva, más que cualquier otra ceremonia fastidiosa de la Corte.

Lamentablemente, no quedó tiempo suficiente para pasar la luna de miel en Tierna Santa. En vez de ello, los recién casados acompañaron a las dos reinas cuando abordaron la nave real, un galeón fuertemente armado y bien protegido, y zarparon hacia Sicilia en la primera etapa de su largo viaje al hogar.

Como Pierre de Montjoie era el único hijo de la rama francesa de la antigua familia feudal, el título y los bienes habían pasado a su hermana Berenice. Como cortesía, el rey francés había conferido el título de conde a Simon, con el fin de que Berenice no se casara con alguien que no estuviera a su altura. Los bienes de De Creçy, que pasaron a manos de Simon al fallecer Raoul de Creçy, ahora quedaron liberados de su Donation a los caballeros templados. Eso dejó al joven normando con una considerable fortuna que, al sumarse a la dote de Berenice, les convirtió en una pareja riquísima.

Si el éxito material en la vida hubiese sido lo que Odó de Saint Amand deseaba para su hijo natural, entonces se podría decir que el joven normando había hecho más que realidad los sueños de su padre. No obstante, tanto Simon como Belami sabían que eso había sido sólo una

parte de la visión que el finado Gran Maestro había soñado de manera tan profética.

El Gran Capítulo de la Orden, que al parecer siempre había conocido los orígenes de Simon, veía con buenos ojos que se enterrara el pasado en el brillante futuro del flamante conde. Eso significaba que Simon era ahora uno de los nobles más ricos de Francia y, lo que era más importante, poseía el conocimiento y la experiencia como para utilizar la recién adquirida riqueza de la mejor manera posible, especialmente en favor de la causa de los templarios.

La luna de miel de la joven pareja a bordo del lujoso galeón real se consumó en una pequeña recámara situada entre las dos más espaciosas que ocupaban Berengaria y Joanna.

—¡Una dichosa unión, estoy seguro —comentó Belami, irreverente—, pero muy apretada, también!

El veterano estuvo muy ocupado tratando de tomar las medidas adecuadas para una eficaz defensa del galeón, puesto que navegaban por aguas infestadas de piratas, como para aburrirse, cosa que temía que le ocurriría después de la prolongada campaña en Tierra Santa. Así su conciencia estaba tranquila, puesto que había sido reacio a abandonar a su Gran Maestro, precisamente cuando éste se disponía a ocupar la nueva sede central de los templarios en Chipre, sin el «guardaespaldas Belami» para protegerle.

Aquella confrontación de lealtades había afectado seriamente la conciencia del viejo soldado. Sin embargo, ser el guardia personal de la feliz pareja de amantes daba satisfacción al alma romántica de Belami, que él mantenía cuidadosamente oculta, y, en este sentido, también contaba con el beneplácito del Gran Maestro. Virtualmente significaba que el veterano pasaría el resto de su vida al servicio de los condes de Montjoie et Creçy; una perspectiva que le complacía cada vez más a medida que transcurrían los días.

Dos semanas después del arribo del galeón a Sicilia, tuvieron noticia de la desaparición del galeón templario del rey Ricardo.

Aquél fue un duro golpe; sin embargo, toda la realeza tenía la impresión de que Corazón de León no estaba muerto. Esta visión optimista del desastre se confirmó cuando un segundo mensajero templario llegó con la noticia de que el rey Ricardo se había trasladado junto con su guardaespaldas templario en otra nave, después de que su galera casi hubiera naufragado en una tormenta inesperada, frente a Chipre.

Lo que sorprendía de la noticia era que el bajel que había abordado era un galeón pirata, y que el rey había persuadido a los corsarios de que le desembarcaran en la costa dálmata. Así se vieron obligados a hacerlo a causa de otra tormenta, que hizo naufragar al barco pirata cuando lo tiró contra la costa rocosa.

Afortunadamente, esto ocurrió sin daños para el monarca, que ahora se desplazaba a través de Carinthia y Austria, con la intención de reunirse con Enrique, primo de Ricardo, en el castillo real de Sajonia. El alivio que experimentó la reina fue seguido de una sensación de angustia cuando los mensajeros templarios trajeron noticias más funestas.

Los espías austriacos habían reconocido a Corazón de León, y el monarca y su guardia personal habían sido capturados después de una sangrienta resistencia en una posada. El emperador Enrique VI de Austria mantenía al rey como rehén, después de que lo pusiera en sus manos el duque Leopoldo. El único recurso posible, para la reina Berengaria, era viajar rápidamente a Inglaterra para lograr que el hermano de Ricardo pagara el rescate.

Eso se realizó con toda rapidez, y llevó a los flamantes condes con ellos. Sin embargo, la reina Joanna permaneció un tiempo más en Sicilia para reunir todo el dinero que pudiera para poder hacer frente a las demandas del emperador austriaco. Luego, abordó una nave y se reunió con su cuñada para esperar el resultado de las negociaciones.

Para la reina Berengaria, el año 1192 transcurrió en una atmósfera de tensiones y dudas. Para Simon y Berenice fue un año de amor y de satisfacciones. El rey Juan, cuya avaricia y perfidia habían causado la discordia en Inglaterra, había recibido a su nueva cuñada y al séquito real con tanta afabilidad como si se tratara de sus parientes favoritos. A Simon y

su esposa se les brindó toda clase de agasajos y, de sus bienes conjuntos, pudieron contribuir generosamente a los fondos que se reunían para pagan el rescate por el monarca.

Belami, como de costumbre, no se anduvo por las ramas.

—No confío en el príncipe Juan —gruñó—. Me recuerda demasiado a Conrad de Montferrat, sin el coraje de aquel sinvergüenza. Hay tan poco de Ricardo Corazón de León en él, que dudo de que sean hermanos del mismo padre.

«Fíjate en lo que te digo, Simon: la reina tendrá que obligarle a dar cuenta de cada penique del rescate. Ciento cincuenta mil marcos de oro serían una tentación para cualquiera, pero para el príncipe Juan son una invitación del diablo a la traición.

El trovador Blondin, que era íntimo amigo del rey Ricardo, dentro del distinguido culto de los magos musicales, ya había partido hacia Europa para averiguar dónde el emperador tenía secuestrado a su maestro real. Gracias principalmente a su talento como espía y a su reputación como mago colega entre los Minnesingeres de Alemania y Austria, finalmente pudo establecen contacto con el desesperado monarca, y le dio la buena noticia de que se estaba reuniendo el dinero del rescate.

El rey Ricardo era tan popular, que aun después de la salvaje depredación del príncipe Juan, los fondos del erario inglés iban en aumento: la mayor parte del dinero provenía de pequeñas sumas, donadas por los más pobres del país. Afortunadamente, Simon tenía contactos en la comunidad judía de York, que se los había proporcionado Abraham-ben-Isaac unos años antes, como parte de la información que el mago le había impartido, al describirle la amplia red financiera de los judíos del siglo XII.

Quizá el sabio anciano había presentido que aquel conocimiento algún día redundara en beneficio mutuo de su discípulo y la comunidad judía. De ser así, aquel notable visionario había acertado en su suposición. Porque Simon, llevando una carta de la reina Berengaria certificando que el rey efectuaba ventajosas concesiones a la tan perseguida comunidad judía, pudo conocer a un primo de Abraham, Isaac de York, que inmediatamente reunió una gruesa suma entre su gente. Considerando la violencia que previamente

había ejercido sobre los judíos la administración del rey Ricardo, aquel acto denotaba el grado de confianza que Isaac de York otorgó a las palabras de su primo sobre la personalidad de Simon de Creçy.

Para Simon, fue una demostración más de los poderes adivinatorios de su sabio mentor, y un notable ejemplo de los juegos del Destino.

Además, en su nueva situación como conde de Montjoie y de Creçy, Simon pudo ponerse en contacto con el Gran Capítulo en París y obtener de los fondos de los templarios más oro para el rescate del rey, lo que aseguró la pronta totalización de la enorme suma que debían reunir. Para Belami ya era evidente que su ahijado estaba cumpliendo de sobra los ambiciosos sueños de su padre.

El año 1193 encontró a Berenice felizmente embarazada y, en el otoño, dio a luz con toda ventura a un niño a quien, de común acuerdo, le pusieron el nombre de Jean, en honor de Belami. El viejo soldado estaba encantado y dedicaba buena parte de su tiempo a hacer de niñera del pequeño, a quien brindaba tanto amor como había demostrado a su ahijado.

Esos años fueron radiantes de felicidad en la vida familiar, primero en Inglaterra, en la Corte real y en la mansión de los templarios de Templecombe, en Somerset, así como en las propiedades familiares cercanas a Forges-les-Eaux y Evreux. Pero para Simon y Belami había algo que echaban de menos en su vida. Ambos consideraban que el verdadero camino del destino de Simon aún no se lo habían revelado.

—Es como si estuviésemos esperando algún indicio de cuál será ese camino —comentó Belami, dando un extraño tono a sus palabras.

El esquema del futuro comenzó a tornarse evidente al ocurrir ciertos acontecimientos, dos de ellos casi simultáneamente.

En primer lugar, recibieron la triste noticia del fallecimiento de Saladino, en marzo de 1193, a causa de una súbita fiebre que le atacó mientras estaba cazando. Para Simon y Belami, la noticia tuvo el efecto de un golpe físico, pues ambos habían engendrado un gran amor por aquel hombre notable.

Cuando Corazón de León regresó a Inglaterra, en marzo de 1194, se unió a su dolor por la pérdida de su ex adversario.

Una carta de Maimónides, que entregó un mercader judío, daba detalles a Simon de la muerte del sultán.

«Hemos perdido a un gran jefe y a un afectuoso amigo —escribía—. Jamás conoceré a otro como él en esta tierra. El islam llora el tránsito al Paraíso de su más noble hijo. Él te quería, Simon, como a un hermano, y también sentía por Belami un cariño fraternal.

«Yo terminaré mis días aquí, en Damasco, y siempre os recordaré a ambos con el mismo afecto. Todos vuestros amigos os mandan sus saludos y estima.»

El filósofo firmaba la carta:

«Maimónides, otrora médico del gran sultán Saladino».

Pero fue el tercer acontecimiento, poco después del regreso del rey Ricardo, el que demostró lo que el futuro le tenía reservado a Simon.

Éste fue el catastrófico incendio que destruyó la catedral de Chartres. Simon enseguida supo cuál era el camino que debía seguir. Aquél sería su destino.

Volvió a París y pidió una inmediata audiencia para el Gran Capítulo. Dio la casualidad de que Robert de Sablé se encontraba de visita en Tierra Santa y fue él quien presidió la reunión. Después de un cálido intercambio de saludos, Simon fue derecho al grano.

—El desastre de Chartres me induce a ofrecer mis servicios como supervisor en la inmediata reconstrucción de la catedral. No soy inmodesto si digo que he tenido la suerte de adquirir las calificaciones necesarias en la práctica de la Sagrada Geometría de mis mentores en Tierra Santa. Sé que nuestro Gran Maestro hablará por mí al respecto.

«Lo que propongo es que brindaré, gratis, mis servicios personales y los de mi mesnada para la reconstrucción de la catedral, con la firme esperanza de que la Orden esté dispuesta a financiarla y a pagar los salarios de los francmasones necesarios de los distintos gremios de artesanos que tengan que intervenir.

«De mi ex tutor, Bernard de Roubaix, aprendí a conocer el poder del Wouivre, y tengo la intención de respetar la primitiva religión pagana que en un tiempo se practicaba en ese sitio sagrado. Creo que mi experiencia en

Tierra Santa me ha proporcionado el discernimiento necesario para comprender los requerimientos impuestos por los precisos principios de la Sagrada Geometría, y que, con la ayuda de nuestra Santa Virgen, nuestra sagrada Madre Tierra, se me pueda brindar la oportunidad de restaurar Su Templo con todo su esplendor anterior.

Fue una emotiva declaración de la fe de Simon en su destino y, como un solo hombre, los hermanos Caballeros de la Orden se pusieron de pie y pronunciaron con voz atronadora su unánime aprobación de la proposición.

Más tarde, Simon le dijo a Belami:

—Supongo que debería haberme puesto nervioso, pero en cuanto entré en la casa Capitular, supe que eso era lo que mi padre quería que hiciese. A partir de ese momento, sólo tengo una vaga idea de lo que aconteció, salvo de que muchos templarios, algunos cuales conozco, estuvieron fervorosamente de acuerdo en que debemos reconstruir la Casa de nuestra Santa Señora lo antes posible.

Belami era una persona indispensable en la tarea de buscar y organizar la mano de obra requerida para el fabuloso proyecto. Para Simon, ello constituía un ejemplo perfecto de la magnitud de la Gran Obra.

La reconstrucción de un edificio tan enorme, estrictamente de acuerdo con la Proporción Divina de la Sagrada Geometría, requería un gran número de artesanos hábiles y laboriosos, ninguno de los cuales era fácil de encontrar. Esta tarea sólo podía ser llevada a cabo enrolando a toda la red de mano de obra especializada de los templarios en Francia, España e Inglaterra, así como consiguiendo artesanos templarios en Tierra Santa mismo.

En un milagrosamente breve espacio de tiempo, los maestros artesanos llegaron en grupos a Chartres, donde Belami rápidamente les fue encontrando alojamiento en las casas y granjas de los alrededores. En sí misma ésta era una ímproba tarea, pero el veterano servidor había realizado otras similares en otras ocasiones.

Una vez los artesanos estuvieron agrupados y se hubieron dividido en sus distintos gremios, comenzó la obra. Como anteriormente, no se utilizaron planos convencionales para formalizar el trabajo, pero una vez

que se hubieron mancado las dimensiones exteriores en el sitio sagrado, se vertió yeso en enormes moldes. Una vez seco, se dibujaron en su superficie las formas de los arcos góticos, con sus ojivas en punta, mediante largas cañas flexibles usadas como guías para obtener las curvas naturalmente onduladas en que residía el secreto de las bellas proporciones de la construcción.

Las dimensiones de la catedral las determinaron cuidadosamente Simon y el maestro masón, que eran:

Longitud: 130 metros.

Anchura: 32-46 metros, para permitir la forma cruciforme.

Altura: 36,5 metros.

Estas medidas exactas formaban una versión a gran escala de la catedral original, de la que sólo quedaban en pie las fachadas anterior y posterior.

La medida que se utilizó fue la «pértica real» francesa (ocho metros).

Se usaron los mismos métodos de construcción que Bernard de Roubaix le había descrito en una ocasión, sólo que esta vez la reconstrucción contó con enormes cantidades de dinero de los templarios. Esto aseguraba que los maestros artesanos dispusieran de todos los elementos que necesitaban. En todo momento se usó piedra de la mejor calidad para la sillería, y sólo los artesanos más expertos y hábiles realizaban el corte y la unión.

No tardó en tomar forma la amplia nave, mientras se levantaban con notable rapidez los muros y las columnas. Se iban colocando y fijando en su lugar las grandes losas. Simon tenía buen cuidado de que la forma laberíntica original de la antigua religión pagana fuese colocada en su posición anterior, de acuerdo con las nuevas dimensiones que establecía la Sagrada Geometría.

Al mismo tiempo se colocaron los enormes ventanales y se prepararon las «cames» de plomo para las matrices de los intrincados vitrales, de manera que cuando se ajustaran a los marcos de piedra, la luz cayera en el suelo de la nave exactamente del mismo modo que disponía el «Misterio de la Luz».

Las dos altas torres, macizas y sin embargo delicadamente proporcionadas, servían de marco al nuevo pórtico frontal y detrás de ellas

se levantaba la bóveda altísima de la vasta nave, mientras la forma cruciforme de la nueva catedral surgía del terreno sagrado donde el dormido Dragón Wouivre tenía su guarida.

Ni una sola vez Simon se apartó de los principios de la Sagrada Geometría, ni dejó en ningún momento de tener en cuenta los requisitos de la vieja religión, con el fin de mantener el equilibrio de todas las energías terrestres que controlaban el poder del sagrado sitio.

Esa meticulosa observancia de los requerimientos mágicos del Wouivre, y la estricta interpretación de los deseos de la Bendita Madre Tierra, Nuestra Señora de Chartres, protegía a todos aquellos entre los constructores que trabajaban con el honesto orgullo del artesano.

Sólo los pocos obreros que, por alguna razón, cobijaban el mal en su corazón eran arrojados de los altos andamios o aplastados por un pesado sillar, del mismo modo que muchos años antes aquel infortunado artesano se había estrellado delante de Simon y Bernard de Roubaix.

En el curso de los veintiséis años que duró la reconstrucción de la estructura de la catedral, muchos obreros fallecieron por causas naturales, debido a la edad avanzada o a alguna enfermedad. Entre éstos, figuraba Jean Belami, ex servidor mayor de la Orden de los Pobres Caballeros de Cristo, del Templo de Jerusalén.

Sus últimas palabras dirigidas a un Simon dolorido fueron típicas de él:

—Odó de Saint Amand está orgulloso de ti. ¡Pero no más que yo lo estoy de mi ahijado... mon brave Simon!

Luego, con un prolongado suspiro, su sonrisa se tornó rígida en el rictus de la muerte, en tanto su aguerrida alma abandonaba su cuerpo para reunirse con sus muchos camaradas de armas que le habían precedido hacia la gloria.

Cuando Simon le anunció a Corazón de León la muerte de Belami, el rey se puso a llorar.

—Era el servidor mejor de todos. Resulta difícil encontrar las palabras para describir a este gran soldado. Pero se me acaba de ocurrir el nombre de un nuevo rango: el de «servidor mayor». De alguna manera le cuadra a Belami perfectamente.

En 1199, Ricardo Corazón de León murió a causa de una saeta herrumbrada de ballesta, disparada desde la muralla de un castillo. El rey, impulsivo hasta el fin, perdonó caballerosamente al arquero francés que le había disparado. Una vez más, Simon lloró la pérdida de un camarada.

A lo largo de esos veintiséis años, dedicados a supervisar la reconstrucción de la catedral de Chartres, Simon perdió a muchos de sus amigos. Pero su tristeza se veía atemperada por la seguridad de que la separación sólo era temporaria. Todo el tiempo, el amor y la compañía de Berenice y familia, compuesta de dos hijos y una hija, llenaron su vida de amor, alegría y risas.

Al fallecer su amada esposa, Simon encontró solaz en la terminación de la catedral de Notre Dame de Chartres. La consideraba como un monumento a la memoria de todos aquellos a quienes había amado.

La última tarea que emprendió Simon fue la de poner a prueba las columnas de la nave por el «Misterio del Sonido».

Con la empuñadura de su daga, tal como Bernard de Roubaix había hecho en el pasado, Simon fue golpeando ligeramente, una tras otra, todas las grandes columnas. Inmediatamente, sus diferentes tonos de campana se elevaron hacia la alta bóveda, como un coro de ángeles.

El caballero normando, ahora de mediana edad, escuchó con el corazón gozoso el canto de la catedral.

Al fin llegó el día en que sus hijos, Jean, Pierre y Marie-Thérese, acompañaron a su padre a su última morada, junto a su madre, en la cripta de la nueva catedral. Allí, Simon y Berenice reposan hasta la fecha, junto al cuerpo de su amigo, Belami. Mientras sus gozosas almas vagan por el espacio y el tiempo, en la tierna, bajo aquella hermosa catedral, el Wouivre se remueve en su sueño de dragón, al tiempo que vigila sus restos mortales para siempre. ¡Inshallah!

OceanofPDF.com